Enrique Andrés Ruiz

LAS SEÑORITAS

PERIFÉRICA

Enrique Andrés Ruiz

LAS SEÑORITAS

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: enero de 2024

© Enrique Andrés Ruiz, 2024

© de esta edición, Editorial Periférica, 2024. Cáceres

info@editorialperiferica.com

www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-18838-94-1

La editora autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

La señora Vauquer, de soltera Confians…

BALZAC, Papá Goriot

PRIMERA PARTE

1

Hablan sin parar, sin levantar la vista. El murmullo continuo de las voces cruzadas. Están sentadas en el suelo, sobre esteras de cáñamo, lo mismo que en la playa. Se pintan las uñas de los pies. La espalda arqueada, la vista fija sobre los dedos abiertos, separados por algodones. Ya no son jóvenes, al menos para la mirada de los otros. Ellas lo saben a medias, no lo quieren saber.

El sol, fuerte, poblado de partículas de polvo que brillan, menos pesadas que el aire, entra por los miradores abiertos, traza agudos ángulos de inclinación, broncea sus piernas. Las persianas, verdes, hechas de listoncillos muy delgados, están subidas y enrolladas en un rulo sujeto por su propio cordón, que termina en una bellota de madera. La tarde de verano, espléndida, interminable, suspendida de una hora imprecisa. Las tarimas, calientes, desprenden el olor del viejo barniz de ámbar que se resquebraja en las juntas, como si de un momento a otro fuera a revivir algo desde ese acristalamiento fósil.

Hablan como si no hablaran. La indolencia, la banalidad. Conversaciones fortuitas de las que entran y salen como de un autobús. Las voces, muy tenues, se encabalgan una sobre otra como las fibras entrelazadas de un cordel grueso, la onda de un semitono.

No se miran, no hace falta; los ojos siguen con atención el perfil que el pequeño pincel dibuja sobre la uña, sin manchar la lúnula. Encima de una revista desplegada, con protuberancias de manchas resecas, hay frascos de acetona, blancos vellones de algodón desperdigados, algunos de ellos apretados sobre una mínima gota de sangre; tenacillas, limas rojas.

Entre estas mujeres hay jerarquías; las reacciones de cada una cambian al contacto con las otras, según con quién. A menudo, para contestar a Mercedes la voz de Emi irrumpe airada, fuera de tono, a la defensiva. Sabe a su hermana superior en edad, dignidad y gobierno. Mercedes es la mayor, nació en 1926, tiene perfecta memoria de la guerra. Cuando la madre murió, bastante joven, ella la suplantó en su puesto y cuidó de sus hermanas, las sometió. El padre se volcó en la dirección de la industria familiar de alcoholes y compuestos químicos. Los hermanos han muerto, también. Esa forzosa asunción de competencias ha modelado el carácter de Mercedes igual que un

recipiente determina la forma de su contenido.

Como las de los héroes de la épica, su personalidad no está sometida al cambio. O quizá ocurrió a la inversa, que su carácter fuera primero y conformara luego su función: eso es lo que piensa mucha gente cercana poco dispuesta a disculpar su altivez, que puede llegar a ser ríspida.

¡Sabrás tú!, suele decir Mercedes a María Emilia, la hermana pequeña, para desdeñar sus intervenciones. ¡Anda que tú!, responde Emi, ¡Siempre tienes que llevar razón! Emi se siente excluida, humillada por el papel subalterno al que está relegada. La pequeña Emi, rebelde y nerviosa, inconsistente. Tienes la mecha muy corta, Emi, le dice Charo. En ocasiones, está a punto de llorar. Alrededor, las risas acalladas de las otras la enfurecen aún más.

El chiste macho de Charo, la audacia de sus palabrotas templan los ánimos. Es descarada, impone su mundanidad, continuamente muestra a las otras que no son capaces de su irreverencia, presas de la ñoñería provinciana. Unas monjas, dice. Trabaja en el hospital de La Paz, en Madrid, en los laboratorios. Va todos los veranos con su madre, una anciana pizpireta y completamente sorda, a pasar una quincena en casa de sus amigas. Con su madre y con Mayo, grande y misteriosa, que sale en tromba del enorme coche negro lanzando látigos de babas, babas de pastor alemán. Charo fuma; es muy delgada, con brazos largos que semejan ramas; tiene siempre a su alcance un bolsito verde de piel donde guarda el paquete de tabaco y un pesado encendedor de oro, regalo de Armando, el novio perpetuo y esquivo. Mercedes se permite con ella la condescendencia: su posición no necesita ser afirmada. Lo que piensa de Charo ésta lo sabe muy bien, pero todas –menos Emi, quizá– conocen a la perfección la red que las une, su régimen político, de qué está hecha la malla de luz y calor en la que dejan pasar las horas muertas.

Hay que aguzar el oído para darse cuenta de que, también en el suelo, junto al borde doblado de la alfombra, con la antena rota, está sonando un transistor. No lo escuchan; a esta hora deben de estar emitiendo alguna radionovela entre pausas de publicidad y fuertes aldabonazos musicales que preceden a los momentos de intensidad dramática. Una tragedia que nunca termina ni se sabe cómo empezó. Aun diciéndose a sí mismas que todavía son jóvenes, sienten cierto orgullo, más propio de gente mayor de verdad, por lo que consideran sus experiencias. Un orgullo que incluye dolor acumulado, penas cicatrizadas, todo lo que, según piensan ellas (sin llegar a pensarlo, en realidad), pueden haber sufrido para bien, para dibujar sus rostros con

mayor resolución y firmeza, delimitándolos, haciéndolos singulares, únicos, de una calidad más alta, como el de Nefertiti. Las maderas endurecidas por el fuego, los metales al rojo templados por el agua.

Por la calle, apenas pasan coches. Motocicletas que chirrían desagradablemente. Cuando avance la tarde, subirá algo el volumen del rumor de la vida por ahí abajo. Una voz, el encuentro de dos personas en la acera se cuelan a veces por los miradores abiertos. La conversación en el interior cambia de repente: las mujeres han reconocido o han creído reconocer esa voz, les ha traído el recuerdo de un asunto reciente, un cotilleo. La prima Mila es la especialista. Pero la prima Mila, a la que Dedi siempre ha considerado, además, una de sus mejores amigas, hace ya tiempo que no acude a estas reuniones, desde poco después de su matrimonio. Estos convivios en los que sienten el raro placer de su afirmación en el presente. Normalmente no es así, normalmente, unas veces más y otras menos, viven como si la vida estuviera en otra parte, o hubiera estado, o fuera a estarlo, en un futuro más o menos promisorio y su circunstancia actual se pareciera a una molesta, gris y demasiado larga escala de tránsito entre dos estaciones inundadas de luz.

En la casa hay cuartos, alcobas que ya no se usan desde hace mucho tiempo, camas que pueden llevar hechas diez, quince años sin que nadie las haya tocado. A veces Dedi descubre las sábanas bajo una colcha que despide olor a polvo cuando la levanta, comprueba que el bozo bordado con bodoques y delgadas cenefas sigue allí, que aquella especie de escritura sigue allí, en aquella oscuridad silenciosa que parece haber sido importunada. Anchos cajones con mantelerías bordadas, de pliegues endurecidos; papeles de seda entre bloques de servilletas plegadas en triángulos. Armarios con trajes de hombre, camisones gastados, sombreros de fieltro negro en hondas cajas de cartón. La penumbra en esas habitaciones cerradas, con las persianas bajas. Al entrar se nota en la cara un calor sofocante. Al salir, cerrando la puerta, Dedi tiene la impresión de estar a salvo de nuevo, en la vida del mundo.

Al sol de la tertulia, los temas de la charla son indiferentes, enseguida se ve que para ellas se trata de liberar una energía que escapa suave, dulcemente, como una fuga de gas. La tarde se desliza. El pelo rapado, contestatario, muy negro, de Charo, es el de un pillastre más o menos literario o cinematográfico, aunque muy estudiado. Dedi, castaña clara, casi rubia, lo lleva recogido en una pequeña coleta. Hace lo que sea por cortar tensiones y disputas, no las

soporta, por lo general entre Mercedes y Emi, entre Emi y Charo.

–Ay, chica, dejadlo ya. Tengo el pelo fatal, esta vez me lo han dejado seco, pajizo. Un horror, estas puntas. Pues cuando vaya pienso decírselo… –Y se levanta deshaciéndose la coleta y sacudiéndose del regazo el polvillo de uñas que ha desprendido la lima. Mayo levanta el hocico, alza las orejas, puntiagudas.

El paso del sol las hace moverse lentamente; cambian de posición, se frotan las piernas lisas, bruñidas después de los días, los huesos de las rodillas agudamente marcados. Se arrancan con las pinzas pequeñas puntas de vello rebelde.

–Pues yo… estoy harta, parezco una momia. Mira esta, con dos días en el campo y ya ha cogido color –refunfuña Emi.

–Se estaba tan bien en la torca… Ya tenía ganas –dice Charo–. Todo el invierno en conserva, como las anchoas.

–¡Pero estaría el agua muy fría, brrr!

–¡Qué va! Sólo al entrar.

El tiempo está hecho con la tibia urdimbre de la inconsciencia. Los días que antaño prometía el futuro han sido drásticamente cortados de la actualidad con una cuchilla de olvido, en una operación de supervivencia, también inconsciente y efectiva. De ellos queda una fosforescencia azul, como la de los lentos atardeceres de verano que se resisten a desaparecer del todo, disueltos en la noche. Ellas no se darán cuenta hasta la muerte definitiva de su estela, pero todo –el Todo, esférico y completo, de la existencia– ha pasado ya, como un cometa, y, entonces, sorprendidas, les parecerá descubrirlo cuando ya es tarde. Las viñetas publicitarias descoloridas de la revista Meridiano; las fotos de labores del Burda, faldas de vuelo, blusas sin mangas, pañuelos y gafas; melenas cortas como las de los anuncios de Vespa, de Cinzano. Mujeres sentadas en el asiento de atrás, con los brazos desnudos en la cintura de un hombre que luce una camisa blanca, arremangada, por una carretera de la costa, entre los acantilados y el mar. No tiran nada: las revistas se apilan, se apelmazan en un enorme cesto de mimbre al que antes iba a parar la ropa para la plancha.

–He soñado con Anachu –dice Mercedes–. Este año no hemos llamado ni por su santo. Qué horror.

–Ni por el de Agustín… ¿Qué será de ellos? –dice Emi–. El día de la Candelaria, no se me olvida.

–Pues esta vez se te ha olvidado, rica.

–¡Qué graciosa! ¿Y a ti?, ¿no se te olvida nada? No, claro, tú eres doña Perfecta.

–La hija hablaba con el capitán aquel… –dice Mercedes, como si no oyera las palabras de Emi–. Es lo último que nos dijo Anachu. ¿Cómo se llamaba?

–Goyoaga…, Paco Goyoaga –recuerda Dedi.

–Aunque eso es más bien lo que ellos hubieran querido, me parece a mí. –Mercedes y su jarro de agua fría.

–Era campeón de salto. –Dedi levanta la cara, entorna los ojos–. Me acuerdo, un día, en Fadura…

–¡Anda! ¡Pues no hace tiempo de eso! –Emi cortaba con dureza; era brusca, morena, con el pelo revuelto, mal cortado. Entre el pelo rapado de Charo y el de Emi había la misma diferencia que puede haber entre la sofisticación y la ingenuidad, entre quien no sabe que su vestido es un adefesio y quien va hecho un adefesio a sabiendas, emitiendo una señal.

–No hace tanto.

–¡Lo dirás tú!

–Además –Mercedes retoma el hilo–, no sé si llegaron a salir siquiera. La niña iba detrás, eso sí, pero… no sé. Aunque una vez nos invitó a una fiesta y comentó que estaría Paco Goyoaga, el campeón de salto, dijo.

–Pero no fuimos, porque fue cuando lo de la niña de Mila… –dice Emi.

–Que no, que no hace tanto.

–Lo que tú digas.

–No sé. Yo creo que no.

–Mira, esta es la falda que decías, Dedi. ¿No es ésta? La veo larga, demasiado larga, un faldón. –Emi le había lanzado la revista, que

revoloteó como desplumándose en el aire hasta chafarse contra su hermana. Dedi perdió las gafas al querer darle caza, al intentarlo, mejor dicho, porque cuando pretendió atraparla la envió más lejos todavía. Mayo se levantó de un respingo.

–Qué bruta eres, Emi.

Charo se estira en el suelo para alcanzarla; su vestido, ligero, estampado con pequeños dibujos de barcos, con botones de arriba a abajo, como una bata, se abre mientras ella se deja caer con una pierna estirada hacia arriba. El brazo queda debajo del costado, se lo tuerce, lanza un grito, vuelca el frasquito de acetona; sobre la alfombra se derrama un líquido transparente, denso, que esparce lentamente en el aire su aroma químico y atrayente de droga fría.

–Ay, no llego. Me he hecho daño.

–Porque eres muy bruta, Emi… –dice Dedi. No hacía falta que Mercedes hablase.

–¡Así hacéis deporte! Además, oye, rica, ya está bien. Siempre que si eres tal que si eres cual… Estoy harta. ¡Pues sí que tú eres la de Mónaco! ¡Señorita, más que señorita!

Aparentan desdén al recordar otros tiempos, como si con ese desprecio fueran capaces de despojarlos de brillo, de esa luz que proyectada desde el fondo, ilumina todavía el presente, como la de la rada pintada en un telón de teatro, una luz que en realidad las hiere. A Dedi sobre todo. Tiene un sensor más afinado que las otras para captar el calor de esas radiaciones.

Emi y Mercedes, aunque por razones distintas, parecen cauterizadas. Emi es inmediata, primaria, callejera. Eres como un chicazo, le dice Mercedes. Las decisiones de la hermana mayor afectan a la casa entera. Ha renunciado hace mucho a la luz de las calles, prefiere salir al anochecer, nadie discute sus opiniones; los gruñidos y aspavientos de Emi no son contestaciones que deban tenerse en cuenta, se deshacen en el aire sin caer en tierra, como pompas de jabón.

Dedi es guapa a la manera de un muchacho gitano; su tez parece haber sido oscurecida por la intemperie imaginaria en otro lugar anterior, en otra vida, junto a una familia de pastores nómadas, o de alpinistas. Para vestir escoge colores con un gusto inconfundiblemente

imprevisto que luego siempre acaba siendo acertado. En cierto modo se lo descubre a las demás, igual que los libros: es entre ellas, salvo Charo y su continua exhibición de esnobismo, la única lectora y recuerda Nuestra Señora de París, Cumbres borrascosas… En su día, su prima Mila también había leído los libros de Pearl S. Buck, de Lajos Zilahy. Ahora Dedi la echa mucho de menos, piensa en ella y se le viene a la cabeza el lío de su casa, de sus hijos, su desbarajuste, como lo llama Mercedes, y ve alrededor de su figura un paisaje en el que se ha producido un temblor subterráneo que lo ha arrasado todo, vigas partidas y humeantes, cauces desbordados, maderas que flotan.

Dedi habla francés, a veces pronuncia palabras y expresiones que parecen de otro mundo; dibuja blocs enteros con caras de muñecas que se reducen a cuatro trazos sintéticos, la misma cara replicada en múltiples figuras vestidas de manera diferente. Sale del portal a la calle con sus ojos enfermos doliéndose del paso de la sombra a la luz; anda con la cautela que le permite su mala visión, con los brazos algo separados de la cintura, flexionados en ángulo para sostener el bolso, con los dedos de las manos abiertos. Parece un gesto aprendido en las revistas, pero no es así. Sus maneras, en general, son involuntarias; su involuntaria sonrisa, su involuntaria bondad. La magia de su ser es inconsciente, no es obra suya: es un don de la naturaleza. Esto multiplica su atractivo, el de sus mínimos gestos –el modo de bajar la barbilla inclinando a un lado la cabeza–, ante los que cualquier equivalencia verbal, cualquier descripción tejida con palabras resultaría de una pobreza ridícula. Su encanto pertenece al instante que pasa.

Sus silencios, muy frecuentes, son inquietantes, como ciertas sentencias casi incomprensibles con las que suele intervenir en medio de las voces cruzadas de las otras, con intención cómica, con doble sentido. Ese sentido nadie lo capta. Ella prefiere no hacerse visible, pasar desapercibida. No discute jamás, no porfía. Cuando calla, es como si en ese silencio le estuviera mordiendo algo recordado. Pero quizá sea una sugestión de quien la mira, originada en la ansiedad que siente todo el mundo por explicarse lo excepcional, por hacerlo todo explícito. Y eso era ajeno a ella por completo.

Actúa, en fin, como si no supiera nada de sí misma, la primera exigencia de las personas cautivadoras. Le gustaría un mundo más dulce, de sonidos más suaves y colores más matizados. Un mundo sin daño. Le gustan las cosas pequeñas. No aborda trabajos que impliquen gran esfuerzo. Ordena pequeñas cajas que antiguas amigas de su madre, algunas desconocidas, han hecho para ella con hilos de seda, o de marquetería, con láminas de maderas claras y fibras de paja teñidas

de colores. En ellas guarda felicitaciones de Navidad, tarjetas de pésame con un ribete negro, fotografías hechas en verano. Ordena cajones, armarios sin mucho empeño en expurgarlos; no tira nada. Puede estar horas haciéndolo, con los dedos en vilo de un pianista que no se decidiera a tocar. No llega nunca al fondo, ni de las cajas ni de los armarios. Ni de las cosas. El suyo, como el de los patinadores sobre hielo, como el de los reflejos del sol en el agua, es un resplandor que vive en la superficie, en la delgada piel de la contingencia. No conoce la razón de su manera de decir, de mirar, de escribir, de hacer el envoltorio para un regalo. No quiere indagar. Es una desconocida.

Su prima Mila y puede que Asun, de la que había sido inseparable desde que eran pequeñas, conocen quizá parte de su enigma, aunque no del todo. Tal vez esa verdad sea más accesible, como en un vislumbre, para alguien que no pertenezca al círculo inmediato: hace falta alguna distancia, cierta exterioridad, igual que la del camarero del bar de carretera a quien abre su corazón derrotado el hombre de paso. Charo se ha convertido ahora en su nueva mejor amiga.

Hablar de ella intentando describirla es como condenarse a dar rodeos infinitos sin encontrar nunca el camino hacia el centro, hacia la plaza de una capital extranjera, perdidos por los anillos de la ciudad medieval, solía decir Juan Detraux, un amigo de la casa, y el mejor amigo de Dedi desde que eran niños; la conocía muy bien. Quien se paraba a mirarla detectaba en su imagen una especie de insuficiencia que las palabras, al tratar de capturarla, ni siquiera la rozaban, como si nunca la pudieran reflejar por completo. Se parecía al tiempo vivo, a la luz del momento.

–Hay personas guapas que en realidad son feas, y personas feas, guapas –dice Mercedes al ver las fotografías de la revista. Charo alarga hacia ella la cabeza.

Algunos sitios parecen soñados. En la palabra garrafa está toda la vacuidad de la existencia, su hinchazón presuntuosa. Aire reconcentrado, encerrado en hermosos globos de cristal de color esmeralda. El roce de un paso lo puede convertir todo en sonido, una música inquietante y amenazadora.

En los almacenes anejos a la fábrica, bajo la misma vivienda de la calle Amadores, cientos de esos orondos cuerpos de cristal, vacíos y empolvados, se apilan contra las paredes. Con las bocas dirigidas al frente, forman un panal de alveolos en hileras que llegan al techo, por donde se balancean espesas telarañas. El falso silencio de los órganos en una catedral cerrada. Una voz, un murmullo, un silbido desde la calle pueden hacer llegar a la penumbra del almacén la mínima vibración necesaria para que estas burbujas de vidrio verde emitan sus leves, al principio lejanos, tintineos y sus notas tubulares, henchidas de rumores envejecidos.

El aire ha ganado aquí un tono grisáceo pero luminoso, una niebla cernida de color perla. El suelo está siempre mojado. Estas ampollas de vidrio, arrumbadas junto a las cubetas y los toneles de madera, insinúan a quien entra una potencia encerrada, la formidable capacidad de explosión y elevación latente en este espacio de fantasía. Hay una acumulación de vacíos que en cualquier momento podría estallar. Todo es aire aquí. O tiempo, tiempo vano, resentido de su cautividad y de su fracaso.

Todo el espacio se ha convertido en volumen. La casa entera se levanta sobre esta oquedad comprimida, cimentada sobre una hinchazón cavernosa y compartimentada por paredes de cristal, sin más sustentación que la de un color que tiñe la transparencia.

–¡No encuentro ninguna cuerda! –dijo Emi subiendo con aire chulesco, como poniéndose en guardia ante el reproche que, ya lo sabía, se le venía encima.

–Está visto que, si falta Avelina, estamos perdidas –dijo Mercedes.

–No sé por qué dices eso. –Sí lo sabía.

–Pues porque es la única que sabe dónde están las cosas… Pero

¿no ha habido siempre, ahí abajo, un mazo de cuerda enorme, gordísima, de soga fuerte?

–Pues, chica, yo no lo encuentro, y he estado mirando por todos los rincones… Está todo sucísimo, da pena…

–¡Eso es otra cosa! –Mercedes explotó–. Si te parece que está sucio, bajas mañana y le dedicas el día a limpiarlo, no vendría mal. La cosa es que yo ahora no sé qué decirle a este hombre.

–¿Qué hombre?

–¿Cómo que qué hombre? ¡Pues Felipe, el hermano de Lolita!

Lolita Lavilla era la peluquera; acudía a la casa todas las semanas, siempre azacanada, con un gran bolso negro en el que llevaba los artilugios; las atendía por turnos durante una mañana entera, en la amplia cocina, en cuyo centro colocaban una silla a la manera de un trono. Lolita hablaba de su hermano sin parar, lloraba; era espantoso, un caso perdido, todas las noches bebido, altercados, peleas; ahora creía que estaba enfermo de verdad, había vomitado sangre, no quería ir al médico, quién sabe si no sería mejor…

–Pues menudo trabajo va a hacer ése… –dijo Emi bajando el tono, aunque decididamente por fastidiar.

–¿Sabes lo que te digo? Que si tú conoces a alguien mejor, ya sabes… Además, ¿no ves que así le ayudamos con dos perras? No le vendrán mal. A cambio sacará de la habitación pequeña todas esas cajas de cartón, y los rollos de Sintasol de cuando lo de la despensa, y todo eso que hay por allí tirado… Si no, no sé dónde van a dormir Leonora y Charo cuando lleguen. ¡Dios mío! ¡Yo no puedo más! ¡Es que ya no me da la cabeza!

Esto fue al comienzo de un verano en el que cambiaron muchas cosas.

–¿Y para qué quiere una cuerda? ¿Es que no la puede traer él? –Emi no cejaba.

–¡Y yo qué sé! Eso es lo que me dijo. No me hagas más preguntas, porque es lo que me faltaba. No sé dónde tengo el Optalidón, ayer compré una caja nueva, voy a buscar en el bolso. Me preguntó si teníamos una cuerda fuerte, todo lo larga que se pudiera, y yo creo que tiene que haber una en el almacén, por lo menos la había. Pero, ahora, ya no sé. El caso es que vienes sin la cuerda. Y, entonces, ¿qué

has estado haciendo ahí tanto tiempo? –le pregunta Mercedes.

–Pues buscar y buscar, ¡qué voy a hacer! He removido cubas, bombonas, fardos, cachivaches, aunque tú no te lo creas. ¡Madre mía, lo que hay ahí!

–¡Y pensar en las musarañas! ¡Me lo imagino!

–¡Déjame en paz!

–Eres una rebelde y una desconsiderada. Pues ¡qué va a haber!, son muchos años amontonando bártulos. Todo lo que se quiere guardar, olvidar, que para el caso es lo mismo, ¡al almacén! Y así, ¡todos tranquilos! Son muchos años… Pero no tienes consideración. Ahora no sé qué decirle a ese hombre cuando venga.

–Pues dile que no tenemos, y santas pascuas –contestó Emi, revuelta contra la autoridad. No hacía más que moverse de aquí para allá; el movimiento liberaba su angustia, la trituraba, la convertía en una materia diferente, como la del compost hecho con los restos de los trabajos de jardín, la disolvía en el todo indiferenciado de la materia.

–¡Sí, claro! ¡Qué fácil! Tú así lo arreglas todo. Con decirle que no tenemos… No os enteráis de nada. Si no me ocupo yo, no hay manera, todo manga por hombro.

Dedi parecía no estar allí. Era refractaria a los disturbios. No los oía. Una mosca muerta, le decía a veces Mercedes, quien tenía hecha la caricatura de todo el mundo. Nadie habría pensado en ella para buscar algo en el almacén. Ahora leía una revista. Las bodas. Los festivales de cine. Farah Diba. Todo era lejano, resplandeciente, inofensivo. Sí, a Paco Goyoaga, el campeón del mundo, lo había conocido con los amigos de Bilbao, su caballo Quórum.

Cuando salía a la calle se ponía unas gafas con forma de mariposa. En casa, no se daba cuenta de lo que pasaba alrededor, los gritos, las destemplanzas. ¿O sí? Entretenía sus manos con tareas que tendrían más sentido en un cuento. Por un lado, a veces parecía desear que su vida cambiara de una vez y para siempre, que todo quedara borrado y en su lugar, como si del interior de un envoltorio de seda blanca surgiera una luz nueva con los colores de la mañana y del atardecer, con los brillos de las luces de la noche en las grandes capitales, en Madrid, en los restaurantes con salones grandes, techos altos, espejos, manteles blancos.

Por otro lado, le gustaría que nada cambiara –en realidad, que nada hubiera cambiado nunca, aunque para eso ya es tarde–, quedarse prendida eternamente de la inminencia de las horas hacia el fin del invierno, las de una primavera que no pasa, las del sueño que permanece unido a ciertos nombres leídos de pronto en el papel satinado.

Paco Goyoaga se había casado con Paula Elizalde, también amazona. No quiso vender al duque de Windsor aquel potro suyo, Verjel, un caballo raro con el que, para asombro de todos, ganó campeonatos. La gente de Bilbao. Las pruebas hípicas en Fadura, los partidos de polo, la tarde en Algorta, gris, con el aire salino, los rostros alargados con barbillas salientes bajo los tocados, las faldas largas, por debajo de la pantorrilla, con vuelo. Las risas. Dientes blanquísimos, grandes, de hombres altos, delgados, que fumaban. Paco Goyoaga también era alto, con el pelo ondulado, casi rubio, y unas amplias entradas; tenía una sonrisa confiada. A Bilbao acudía con otro caballo de nombre difícil: Fahnnenkoning. Está en una carpeta en la que también hay fotografías del concurso hípico de Aachen, la Aquisgrán de Carlomagno, el trono de mármol, el sarcófago que había sido de Perséfone. Los jinetes con gabardina, pie a tierra, bajo la lluvia y el viento de una fría tarde alemana. Paula y Paco se acababan de casar. Los caballos habían llegado en tren. Una tarjeta con abrazos para Mercedes y las hermanas.

–¿Bajas conmigo, Dedi? –María Emilia iba a emprender, por puro amor propio, el segundo intento de búsqueda de la soga. Se dirigió a su otra hermana al pasar por detrás del sofá.

–¿Eh?

–Que si bajas conmigo al almacén. Hay que buscar un mazo de cuerda. ¡Bah! Déjalo, tú a lo tuyo… –Emi daba a Dedi por imposible.

Hablaba alguien en la radio, una voz tapada que se había ido perdiendo con la tarde hasta acabar en un hilo de palabras casi inaudible, mezclado con interferencias granulosas. Debajo del aparador había un montón de revistas pasadas, con las primeras páginas abarquilladas, otras desgrapadas y sin la cubierta.

La amargura de Mercedes acababa casi siempre en un silencio distante, refractario a las ilusiones. El sueño era todo, sin embargo, para Dedi, pero más que del objeto de un sueño se trataba de su deseo, en el que se encontraba cómoda: no hacía nada por alcanzarlo en la vida real. Ella prefería la representación de la vida: ahí las cosas y las

personas no enfermaban, no morían, no se pudrían. Sostenía en el aire la taza de café, a la altura de su pecho. Con la otra pasaba las páginas satinadas, de atrás hacia adelante, las fotografías de magníficos escenarios, como si los tuviera frente a ella, trazados en una acuarela que se disolvía como la sombra en el agua. No hay daño en los sueños. Que el arte y la vida duerman en habitaciones separadas es una conquista de la civilización, le había oído decir alguna vez al doctor Santisteban, buen amigo de la casa. No chocan, no se inmiscuyen el uno con la otra; cuando esto sucede, la catástrofe es irreparable, decía el doctor.

Como los diamantes, sus sueños estaban hechos de luz comprimida, de roca.

–¡Pues yo no encuentro nada! –la segunda vez, Emi tardó menos en volver. Mercedes la estaba esperando.

–A veces, pareces tonta.

Los niños han estado jugando a fumar, escondidos en un recoveco de la escalera que sirve de leñera y que ellos toman por un refugio o una cabaña en el monte. Tosen entre humaredas, aspiran el humo de cigarros huecos, hechos de papel de periódico y encendidos a la llama de encendedores robados. Ahora ya se han dormido.

La madre entra en el dormitorio del matrimonio. Todas las noches, frente a un tapete extendido sobre el tocador se quita las lentillas, que vuelve a guardar en un estuche de plástico blanco con un interior de fieltro gris. Algunas noches caen al suelo, entre las sombras concéntricas que proyecta la lámpara; puesta de rodillas, las busca a tientas para lavarlas lentamente. En el tocador, que combina los dos colores, el del pino y el del castaño, hay pequeñas bandejas con anillos, marcos con fotografías y trozos de papel con notas escritas, teléfonos.

Hace frío. Lleva sobre los hombros un chal oscuro. Mientras gatea en las sombras, mastica recuerdos de mucho tiempo atrás, recuerdos en los que se reconoce en lo más profundo, lo que ignora de sí misma su pensamiento. Horas de sol, coches negros, relucientes, que hacían ¡cras! al frenar sobre la grava blanca de los merenderos, camino de Valencia. Terrazas con emparrados. Pájaros, insectos, su zumbido. Baños de mar con amigas, gafas de sol, viento cálido, el mar bravío del verano en Vizcaya, pañuelos de seda sobre la cabeza, vestidos con grandes estampados y colores de frutas sobre fondo blanco.

En la noche ventosa, de lluvia racheada, cerca ya de la primavera, cree oír voces, alteradas, estridentes. Pero tiene la cabeza bajo una silla en busca de uno de sus ojos transparentes y no sabe de dónde ha venido el ruido en realidad, ni si ha oído un ruido siquiera. La luz de la lámpara es violenta sobre la alfombra y se apodera de una comarca de suelo bien delimitada dejándola arrasada por el fulgor, la convierte en un calvero. El chal se le ha desprendido del hombro y cae al suelo. Aunque su estatura es muy normal, parece más alta. Las caderas anchas, el rostro delgado, hecho para la felicidad, se diría que atravesado hace algún tiempo por un gesto de renuncia.

Entre las sombras surgen árboles verdes, un río, juncos en la orilla, el sol sacando destellos del agua ondulante, como al choque de dos

lascas de pedernal. Y risas de mujeres y hombres vestidos de blanco, con las camisas mojadas y zapatillas de cáñamo. Fuman. Beben y comen sobre un mantel de cuadros azules. La hierba, muy crecida, está caliente y fresca a la vez. Sube de ella un vaho sofocante. Alguien pesca en la orilla, entre los juncos. Los otros le gastan bromas. Entre las mujeres hay amigas, hermanas y primas. Por entonces no estábamos separadas ni un minuto del día, piensa Dedi. Ahora, la mayoría ya casadas, tienen conversaciones por teléfono, hablan a la deriva de cosas inmediatas, horas enteras. La vida amenaza con separarlas; ellas no quieren, pero tampoco se resisten.

La casa es vieja, con balcones de hierro y miradores a la calle; las maderas grises, agrietadas por el sol y la lluvia, se abren en capas astilladas y resecas, como los hojaldres. En realidad, está compuesta por dos edificaciones levantadas en distintas fechas y comunicadas por un patio oscuro y húmedo al que otras casas colindantes asoman también por sus zonas menos ilustres. El patio tiene un olor perpetuo a vegetación descompuesta, las proliferantes colonias de hongos y musgos cuyas esporas se abren y fermentan en los negros rincones resbaladizos, detrás de los canalones que se desprenden de los muros, debajo de los tejadillos. Suena un goteo constante que las paredes hacen retumbar con una fina nota metálica, pero que se deshace en la costumbre; su melodía se olvida. La casa original fue dividida en pisos más pequeños, salvo uno, el de los padres, en el que viven ahora las dos hermanas que han quedado solteras. Desde que se casó, Dedi vive con su familia en uno de los pisos de la edificación más reciente, al otro lado del patio.

Esteban era el hermano mayor, más mayor que Mercedes; murió muy joven, hace mucho tiempo. Salvador, no hace tanto.

Al levantar la cabeza, Dedi volvió a oír unos pasos por la escalera y voces alarmadas. Parecía bastante gente. Gritos impacientes por manifestarse y, al mismo tiempo, urgidos por ser acallados. Las voces intentaban mantenerse en el timbre de los susurros, pero no lo conseguían. Era muy tarde, quizá la una y media o las dos de la madrugada. Mercedes y María Emilia habían abierto su casa para que entrasen todos; había nervios, llanto, una situación que se desbordaba. Había cumplido cuarenta años.

A través del patio interior, se veían las luces en movimiento de la casa de enfrente. No eran las de la sala grande, sino otras luces más profundas. Sombras y siluetas danzaban sin parar. Mercedes y María

Emilia no habían cerrado la puerta todavía, como si faltara alguien más por llegar, como si los visitantes, desde luego inesperados, entre lágrimas y lamentos no acabaran de llegar.

La escalera había quedado más iluminada incluso que la casa, y lo estuvo hasta que al fin se hallaron todos adentro, incluida Dedi, que había dejado a los niños dormidos en la suya y había decidido atravesar las escaleras para ver qué ocurría en casa de sus hermanas. Al salir, alarmada, quedaron volcados sobre el tocador los frasquitos de colirios limpiadores.

La prima Mila estaba sentada en una silla, llorando a lágrima viva, con el abrigo puesto y el niño pequeño berreando en sus brazos; sus otros dos hijos se habían desparramado sobre unas sillas en las que nunca se sentaba nadie, saltando de una a otra sin parar, tirándose al suelo desde ellas como si fueran trampolines. También estaba María Victoria, la mayor, ya casi una mujer.

–Pero ¡¿qué os ha hecho ese bandido?! –Emi gritaba sin tregua–. ¡Criminal, más que criminal! ¡Ahora mismo, a la policía, y esta vez no me digas que no, Mila!

–¡Pero qué tonterías dices, Emi! ¡No dices más que tonterías! ¡Qué policía ni policía! ¡Lo que nos faltaba! ¡Ahora la policía! –gritaba Mercedes a su hermana pequeña.

–¡Pues sí señor! ¡Eso es lo que hay que hacer! ¡Y ahora mismo! –terció Vicky, enardecida de furia, aunque sin una lágrima–. Para que vean bien todos cómo te ha puesto la cara, ¡como un fuego!

–Bueno, espera, primero cálmate, Mila –dijo Mercedes–. Y vosotros, niños, callaos, que os dé Emi un poco de leche, o lo que queráis. Mira a ver, Emi… Pero tenéis que tranquilizaros, esta noche os quedáis aquí, ahora veremos cómo nos apañamos.

–¡Eso es, eso! –Vicky estaba colérica y quería plantear además una cuestión universal a raíz del caso, convertido en ejemplo–. ¡Vosotras siempre lo mismo! ¡Tranquilidad y venga tranquilidad, que no ha pasado nada! ¡Y a olvidar! ¡Y a tragar, como siempre! ¡Así os ha ido a todas, tragando y tragando, hasta que reventéis!

–¡Ya está bien, María Victoria! ¡Cállate! Vamos a tener la fiesta en paz. Primero hay que curar esa cara y ver si nos tranquilizamos, eso lo primero. Venga, Emi, pero ¡¿no me has oído?! ¿Eres tonta, o qué? ¡Hija, muévete!

–¡Ya, ya voy! ¡No puedes esperar ni un momento!

–Dales lo que quieran. ¡Y mira a ver ese pequeño, que no sé dónde ha ido! ¡O tú misma, Dedi, mira a ver si les das algo! ¡En la despensa hay cosas, galletas…! Porque lo que es esta Emi… ¡Madre mía!

–Ay, Mila –dijo Dedi–, Dios mío. Pero ¿qué ha pasado? ¿Cuándo se va a acabar esto?

–¡¿Que cuándo se va a acabar?! ¡¿Y todavía lo preguntas?! –Vicky volvía a la carga–. ¡Vosotras sabréis, con vuestra tranquilidad! ¡Yo, desde luego, no vuelvo a casa! ¡Y tú, tía Dedi, ándate lista también!

Mila se había quedado sentada, como tirada, sobre la silla. Debajo del abrigo no llevaba más que un camisón: debía de haber salido de su casa zumbando con los niños. No llevaba ropa interior. El cinturón de la bata resbalaba, un gran moratón en la parte interior del muslo.

Al niño pequeño lo había cogido Dedi y lo acunaba entre sus brazos de habitación en habitación. Todas las lámparas de la sala estaban encendidas. Vicky, de pie frente al ventanal del mirador, miraba hacia la calle oscura, vacía. De vez en cuando pasaba un coche atravesando la aletargada luz de las farolas y hacía ver las rachas de llovizna.

Los chicos se habían tirado sobre la alfombra, un prado dieciochesco color gris perla con florones de tonos pastel, amarillos, verdes y anaranjados.

Dedi se acordó de sus propios hijos, dormidos. Pero ya no dormían. Toni se había cubierto la cabeza con la manta y, arrastrándola, había aparecido, atraído por el alboroto, en casa de sus tías en busca de su madre. Tras él, descalzo, estaba Guillermo –Willy–, con cara de saber perfectamente lo que pasaba gracias a las voces sobresaltadas, los llantos y las noticias, a medias supuestas y a medias inventadas, que le daba su hermano, la casa de las tías llena de gente. No parecían asustados; en ellos había más expectación y emoción que cualquier otra cosa.

En cierto momento, las luces brillantes de las arañas del techo se apagaron, sustituidas por las lámparas de mesa, más matizadas, tranquilas. Los niños pequeños de Mila se durmieron al fin sobre el prado de Versalles. En una de las alcobas del fondo, que nunca se usaban, Emi y Dedi los acostaron, amparados, seguros, como en el interior del cofre forrado de seda azul de Prusia que formaban los viejos cortinones.

–Te voy a dar una limpiadora y una hidratante. Te las recomiendo. –Pilar Iradier, la dueña de la perfumería, puso un tono de intimidad compartida–. Acabo de recibirlas. Pruébalas, de verdad. Te conozco y sé que a ti te irán perfectas. Me lo dirás.

Al volver la esquina del paseo del Marqués de Villarta, dejando atrás el imponente palacio neoclásico que la Diputación Provincial compartía con el Museo de Bellas Artes, se abría el amplio cuadrilátero de la plaza del Niño Guzmán. Se la llamaba así por costumbre, olvidando a la condesa del mismo nombre a la que estaba dedicada. Una plaza recorrida por soportales con fuertes pilastras de piedra, casas de ladrillo rojo, esquinas de cantería, dinteles labrados sobre los balcones, anchas persianas verdes tendidas sobre los balaustres de hierro. Todo el mundo la llamó siempre plaza de los Carros. Para entenderlo era suficiente con ver fotografías antiguas, muy conocidas, que, ampliadas, decoraban algunos comercios de la zona. Los locales cerrados de los transportistas de antaño conservaban aún bajo los soportales los letreros de madera, alguno con indicación de postas y rutas; estar a cubierto los había preservado en sus colores originales, muy sucios. Cordelerías, tiendas de maletas, de ultramarinos con grandes piezas de bacalao a la entrada, una papelería, la óptica, el local cerrado de la antigua academia de esperanto, consultorios médicos en los primeros pisos, algunas pensiones en los interiores profundos, con largos corredores abocados a patios de galerías sombrías y rincones húmedos con ropa tendida, canalones desprendidos de los muros, olor a comida. Los coches se resentían al pasar por el adoquinado de la plaza, sobre el que sufrían un gravoso tableteo de camino al paseo de los Pinarillos y a la estación del ferrocarril, al otro lado de las escalinatas que llevaban al postigo de los Junteros, por donde la ciudad encauzaba su salida de la avenida de Portugal, con las sierras al fondo.

La perfumería de Pilarín Iradier era un local pequeño, bañado en una refulgente luz de ámbar. A pesar de su reducido tamaño, estaba compartimentada en secciones, como una tienda de juguete. Perfumería, Cosmética, Artículos de tocador… Sobre el escaparate, una cuidada selección de objetos y productos relacionados con las celebraciones, con el lujo: algún neceser floreado, algunos pares de guantes largos, negros, de tonos calabaza, bolsas de raso para medias,

con cordeles de color rosado. Diademas, cinturones, alguna cartera de cocodrilo, pañuelos de seda estampados, de flores muy grandes.

Pilarín atendía a una pareja que parecía estar de paso. Enseguida los invitó a seguir viendo la tienda y dedicó una sonrisa a Dedi, que acababa de entrar sin levantar la mirada, fija en los estantes de cristal donde se alineaban las cajas de crema, con sus tonos pastel y sus emblemas heráldicos enmarcados entre guirnaldas. Tras los estantes, las paredes estaban cubiertas de espejos que ampliaban el espacio, prendidos de tornillos con embellecedores en forma de corola. Daba idea de un lugar en el que las clientas habituales soñaban con vivir, en el que no vivían. Todo estaba hecho para la calma y la luz del placer, para su transparencia. El mostrador, con cajones también de cristal y con patas muy finas de caoba, estaba distribuido en pequeños tramos.

–¡Cuánto tiempo! Pero ¡¿qué es de vosotras?! ¿Cómo estáis? –dijo Pilarín con aspavientos, tomando en las suyas las manos de Dedi.

Era una mujer mayor, aunque quizá no lo fuera tanto, orgullosa de serlo y de conservar un aspecto luminoso. Delgada, vestida por lo general con ropas blancas o negras, y tacones muy altos; el pelo recogido en un moño que le confería un aire de instructora de modelos; una boca ancha, de la que se adelantaban unos dientes prominentes. Era exagerada. Al hablar, daba la sensación de que estuviera masticando algo o de que los dientes no ajustaran bien sobre las mandíbulas. Eso procuraba una textura opaca al sonido de su voz, que inevitablemente hacía pendant con los movimientos deslizantes de sus dedos –el corazón, bajo una leve presión del pulgar– al tomar pellizcos de crema de los tarritos, como de una densa sustancia comestible.

–Sólo veo alguna vez a María Emilia cruzar la plaza a toda prisa, sin pararse nunca, cargada con compras. –Dedi vio en su imaginación a Emi con los cestos de verduras, con los zapatos torcidos, vestida con sus jerséis de cremallera y sus drásticos cortes de pelo, dando gritos a alguna conocida–. ¿Y Mercedes? ¿Cómo está? Tengo muchas ganas de verla. Dile que venga, y así charlamos. Hace siglos…

–Se lo diré, descuida. Está bien, ya sabes, cada vez más recluida.

–Ay, es verdad. Y no puede ser, ¿eh? Me acuerdo mucho de ella. Pero no lo voy a consentir. Dile que venga, por lo que más quiera. ¿Me harás el favor? –Al mismo tiempo no quitaba ojo a la pareja de clientes, que había entregado a una dependienta.

–Descuida, lo haré. A ver si entre todos conseguimos que le dé el aire. Pero no te preocupes por mí: veo que tienes gente, no te quiero interrumpir –dijo Dedi: un modo de aceptar la dedicación fraterna que le ofrecía Pilar.

–No, por Dios, ya sabéis que sois siempre bienvenidas. –Dedi estaba habituada al plural familiar–. Dime, dime, estoy contigo.

–¿Sí? Sólo quería algo para estas manchas. Mira. –Adelantó su mejilla hacia Pilar; ésta levantó sus gafas y miró por debajo–. No sé qué hacer. –Los visitantes salían de la tienda. Pilar fue adentro unos segundos, dijo algo a la chica y volvió con varias cajas en las manos.

–Es lo mejor que puedo ofrecerte. Ya verás, pruébalas y espero a que me digas. Lo vas a notar enseguida. Hacen unas cosas estupendas. Ya conoces la marca de otras veces. Además, con vosotras hay confianza, tú llévate estas muestras, y, si ves que no te prueban…, sin compromiso.

La voz firme pero empastada de Pilarín modulaba las consonantes con esa singular condición de su mecánica dental, como si estuviera dando vueltas a un trozo de barro humedecido, el que se ofrece a la infanta en la bandeja de Las Meninas, por ejemplo. Cremas, polvos de maquillaje, fluidos casi sólidos en tubos henchidos. Referida a todo este catálogo, su pronunciación alcanzaba una calidad táctil, particularmente acusada cuando decía, con la lengua hacia atrás y una sonoridad cóncava, la palabra Lancôme. Palabra opaca, palatal, casi ahogada.

–Y tampoco veo a Asun, antes veníais siempre juntas. ¿Qué sabes de ella? Hay que ver… Me tenéis abandonada entre todas. –Hizo un mohín. Enseguida una carcajada puso a la vista su dentadura completa, un artilugio prensil.

–Bueno…, está bien. Ya sabes, sus cosas, el archivo; ya sabes lo trabajadora que es. Tampoco la veo mucho. –La dependienta preparaba el paquete con las compras de Dedi. Asun, la inseparable amiga de Dedi desde siempre, familias amigas, nombres de casa.

–Todo cambia. Pero dile a Mercedes que no la olvido y que la espero. –Pilar y Mercedes habían ido juntas al colegio–. Yo sé bien lo que son los negocios y cargar con ellos, las preocupaciones. Ha tenido tan poco tiempo de disfrutar de la vida… Pero, mujer, dile que siempre hay algún rato, y ahora, en verano, con las tardes tan largas… Cuando cierro la tienda todavía hay sol. Es una alegría, no me digas.

Con los inviernos que nos chupamos aquí… –A esta frase le siguió una gran carcajada maxilofacial.

–Descuida, Pilar, lo haré; me alegro mucho de verte. –Pilarín le tendió de nuevo las dos manos para tomar las suyas mientras la besaba, mejilla con mejilla, casi sin rozarse.

–Y yo. Muchísimo. Y ya sabes. Díselo. ¡Que no sea avara de su gracia! –Junto a la exclamación final, otra gran carcajada, la mano huesuda, deformada, en la jamba metálica de la puerta.

La brillante luz de las perfumerías, las finas patas de los muebles, de ave zancuda, su ingrávida burbuja acristalada, la ebriedad de las esencias confundidas.

Por encima y al fondo, los patios interiores, ennegrecidos, quebrados por tejadillos con moho, tejas rotas, canalones por los que bajaban toses, enfermedades que no habían visto la luz de la calle desde hacía años. Los retretes, igual que garitas de centinelas.

Era como estar junto al agua, o junto a un artista genial. Su ociosidad tenía algo de sagrado. Alguien parecía haber pensado antes sus actos por ella, lejos, a mucha distancia.

Su lentitud, su pertinacia en llegar tarde a todas las citas. Su modo de destacar la boca, frunciendo los labios con la lengua entre ellos, al mirarse al espejo.

Su fragilidad era su fortaleza, como la de las telas de araña. Nada era suyo, pero se pertenecía a sí misma de una manera viva, real, como las criaturas de la naturaleza. Conservaba enlaces con el origen de otras vidas, de todas las vidas.

Avelina abría la puerta.

–Dedi no está. Volverá enseguida. Asun ha venido a buscarla; no sé dónde han ido, no sé si han dicho que iban a mirar las pantallas donde Isaac Valero, para las lámparas del dormitorio. ¿Quiere tomar una limonada?

Las casas de enfrente, grises, a las que llamaban casas del coronel, quedaban en la sombra hasta bien pasado el mediodía. El sol metálico, ardiente, del verano daba fuerte en las persianas de los miradores. La sala estaba en penumbra, el sofoco en el aire.

De pronto se oyó el giro de unas llaves; nadie esperaba que con ello llegara ninguna noticia de afuera.

–Mira, si está aquí Juan –dice Asun–. Ya es hora de que te dejes ver, ¿eh, guapo?

–¿Qué te parecen? –Dedi deshizo el envoltorio y sacó las dos pantallas, de color hueso.

Cada vez que regresaba a casa durante los años de universidad, todo parecía seguir igual. La sala, el reloj, los marcos de plata, la consola, aparatosa. El frasco con posos de colonia reseca en el estante de un baño que apenas se usaba, con color de moscatel. Dedi con sus cajas, sus álbumes, sus dibujos. Las cuentas sueltas de un collar, guardadas en la caja de las conchas. Juan, a menudo sentado con

Dedi, Asun y Mila en las terrazas de la Arboleda de Ronda, junto al río, escuchando las tétricas historias del Oratorio que le contaban.

Días blancos, azules, del verano recién estrenado, un tiempo sin confines. La calle de la Paz (a la que nadie llamaba así, sino por su nombre de siempre, calle Larga, que en cualquier otra ciudad podría haberse llamado calle Mayor) estaba hecha, al mediodía, mitad de sombra y mitad de una luz cegadora y drástica que caía duramente cortada como por un hacha desde los aleros de los tejados. Resonaban las voces, los pasos apresurados de los conocidos que se saludaban sin detenerse: las mismas personas, cruzándose todos los días con rumbos parecidos. Era un tumulto. La calle comenzaba en la plaza de los Carros y desembocaba entre magnolios ante la Catedral del Santo Ángel, junto al mercado, con su pabellón de hierro, sus claraboyas grises, los ruidosos puestos de abastos –el reino de María Emilia–, a esa hora en plena ebullición. Desde allí la ciudad se dispersaba en callejas y callejones –turbios, hondos, estrechos, llenos de tabernas y talleres de zapateros y tapiceros– que llegaban extenuados y convertidos ya en una salpicadura de casucas aisladas hasta la Arboleda y las márgenes del río.

Al salir de la perfumería, Dedi dobló por una calleja afluente a la calle Larga, ya de bajada, pasada la zona comercial, y se dirigió al Oratorio de San Julián. Era un gusto dejarse llevar por esa atmósfera fresca, sombreada, por el límpido día de julio, entre las voces cruzadas y el fragor de los trabajos en movimiento que revivían tras el letargo invernal.

Ahora le esperaba un horizonte compuesto, a uno o dos meses vista, por unas tareas difusas, quizá poco relevantes, pero que parecía satisfacerla, al menos en una de sus mitades. Su otra mitad, precisamente por esa falta tan suya de determinación y ambiciones, seguiría campando libremente por el país de la contemplación, ajena al acoso de las exigencias y las esclavitudes de la vida práctica.

El despacho del doctor Santisteban y su laboratorio más importante estaban en la acera principal de Marqués de Villarta, el gran paseo, que en realidad sólo tenía una acera, bastante ancha, porque la otra había sido colonizada por las entradas a las galerías comerciales decimonónicas del pasaje de Término. Pero esa única acera del paseo, amplia y arbolada, estaba guarnecida por una fila de fachadas historiadas, grandes portales y miradores que le daban el aire del muelle de un puerto, de cara al sol de la mañana. Ascensores con cabinas de rejillas rizadas, con olor a barniz. Los pasillos anchos de la antigua vivienda burguesa, las tarimas crujientes, las paredes blancas

decoradas con trozos de retablo de alguna iglesia rural expoliada o arruinada que conservaba los colores de su pintura popular. Techos altos, molduras con guirnaldas, puertas blancas con cristales biselados.

La bata blanca, el bigote y el pelo abundante, blancos también, de don Ángel Santisteban asomaban alguna vez por las puertas entreabiertas; el doctor a veces cruzaba deprisa las salas de espera hacia el laboratorio, al fondo de la casa: muebles metálicos con la pintura saltada, vitrinas como urnas llenas de bruñidos instrumentos de acero, placas de cristal ordenadas por tamaños, probetas. Después de acabar sus estudios en Madrid, Dedi iba a trabajar en el laboratorio; el doctor había sido un viejo amigo de su padre.

A la entrada del Oratorio, en una placeta sombría que en otoño se llenaba de hojarasca y llevaba por nombre el de la Fuente Panera –sus cinco caños salientes de uno de los muros–, una puerta de madera pintada y repintada de marrón oscuro daba acceso a una dependencia menor, separada de los espacios dedicados propiamente al culto. El coadjutor de la parroquia había dispuesto allí algunas mesas de contrachapado, agrupadas en un bloque central y rodeadas de sillas desparejas, para las reuniones de los feligreses y sus campañas de asistencia a personas que lo necesitaban. Era un sitio desangelado, con lo cual el chiste estaba puesto en bandeja. Se hacía llamar justamente Colegio de Ayuda y era muy conocido en la ciudad. Pero el habitáculo resultaba más bien un lugar de paso y su uso privativo no estaba garantizado, de manera que, si alguna necesidad más perentoria exigía otra dedicación, don Félix no se lo pensaba dos veces y sin previo aviso procedía a su desmantelamiento.

Con todo, para la organización, por decirlo así, de los colegiados, sobraba y bastaba con que se preservara indemne el cuadrante que, enmarcado y protegido por una puertecilla de cristal, colgaba de uno de los muros. Allí figuraban los turnos de asistencia, con los nombres y las fechas, así como con las horas de las misiones y las visitas que había que emprender. Eso era lo que Dedi había ido a ver, y aquella precaria situación era la que mostraba ese día el colegio, que de no ser por ese cajoncillo de la pared se hubiera dicho desaparecido. También figuraban allí noticias diversas, avisos, convocatorias que de algún modo tenían que ver con aquella vocación caritativa.

VISITACIÓN Y PATROCINIO

Los funerales se celebrarán en la capilla de San Miguel Arcángel, de este Oratorio, a las diez de la mañana del día 8 de julio y a las diecinueve horas los días 10 y 11 del mismo mes.

Se ruegan asimismo cuantas oraciones puedan ser elevadas en encomienda de sus pobres almas.

D. E. P.

Dedi y Asun siempre acudían juntas. Fue ésta quien un día le habló del Colegio por primera vez.

En la familia de Asun no existía ninguna afinidad con el Régimen y unos cuantos de sus familiares mayores se habían significado como republicanos, lo mismo que otros en la familia de Dedi. El tío Paco, de hecho, vivía exiliado en México desde el final de la guerra civil. Su familia, como la de Dedi, había alcanzado sin problemas una compatibilidad íntima entre las creencias religiosas y las presunciones políticas, y para ninguna de las dos amigas constituía esto una cuestión. Sus prácticas y sentimientos devocionales en nada se apartaban de la costumbre transmitida en sus casas. Con ellas, las ideas sociales, si pueden llamarse así, todas igualmente tácitas, encajaban sin fricción. Quizá Asun aireaba más las que entendía como propias. Cuando le propuso a Dedi que se sumara al Colegio no dejó de asociar la caridad con la justicia.

–Lo que yo creo es que Dios no es omnipotente.

–Pero ¡¿cómo puedes decir eso, Dedi?! –Estaban sentadas en la terraza de Palacios, la cafetería que ocupaba los bajos de la misma casa en cuyo primer piso estaban los laboratorios del doctor Santisteban, en Marqués de Villarta.

–Será lo que sea, pero omnipotente, no. No puede haber ninguna reparación, en ningún sitio, nunca, ni hoy ni mañana, para esta pobre gente. Nada que los compense. Pero no te pongas así, Asun, que tampoco estoy diciendo barbaridades. Además, lo hago con la mejor intención del mundo. No vamos a discutir; eso, desde luego.

–Bueno, vamos a dejar eso ahora; sólo quiero saber si vas a venir

conmigo a San Julián. Hay que hacer las inscripciones, me ha dicho don Félix, y se acaba el plazo.

–Sí, claro que voy a ir. Ya estoy pensando en las personas a las que me voy a dedicar. Cuando pienso en ellas, es como si me muriera, se me encoge el corazón. Cuanto mayor es el deseo de luz, más grande es la tristeza. Es una desolación.

–¡Y que lo digas tú! ¡Con lo que tú eres para las cosas bonitas! –«Cosas bonitas», dijo Asun–. Los vestidos, las casas… ¡Y caras!, ¿eh? Porque todas las cosas que te gustan… Hay que andar bien de aquí –dijo frotando el índice con el pulgar–. Me sorprende cómo estás hoy.

–Algunas veces dices tonterías, Asun.

Se levantaron. Se ajustaron la falda. ¿Cómo se veían a sí mismas?

–Pues sí, me sorprende un poco. Pero me alegro de que vengas, eso sí –dijo Asun al salir al paseo, precediendo a Dedi y sin girar la cabeza.

–Pues no te sorprendas. El mundo está lleno de heridas sangrantes, y basura, y gente encorvada. ¿Qué crees, que yo no me doy cuenta? ¿Que sólo pienso en el cine y en, como tú dices, las cosas bonitas? Me gusta el arte, el cine, sí. Pero no me digas de omnipotencias.

–Bueno, yo sólo sé que mañana tengo que hacer la inscripción. ¿Te apunto o no?

–Pues claro que sí, ya te lo he dicho –contestó Dedi–. Pero mañana, no sé. Mañana llegarán Charo y Leonora, por fin se han decidido. A Mercedes no le hace ninguna gracia. Además, vendrán con la perra…, y no la soporta.

–Bueno, ella es como es, no la vamos a cambiar ahora –dijo Asun.

Felipe Lavilla, el hermano de Lolita, había sido un buen mecánico, según decía su leyenda: unas manos de seda. Un oído que auscultaba los motores a distancia. Siempre violento, eso sí, taciturno. Bebía en todas las tascas habidas y por haber a lo largo de un trayecto prefijado que descendía hacia el río desde las traseras del mercado. Lo llamaban a veces de los puestos de la Guardia Civil para asistir las averías en la carretera. No siempre estaba en condiciones de acudir al rescate. Era capaz de dar en la noche con la pieza partida, la placa o la correa, repararla y hacer andar al automóvil, que podía llevar adentro a una familia angustiada, helada de frío tras pasar un buen rato en la cuneta.

Pero todo su arte era cosa olvidada. Sus manos desde hacía tiempo temblaban sin control, incluso mientras dormía. Sobre todo, desde el incidente que unos años atrás lo había puesto entre rejas. Una cosa turbia, desgraciada. Ahora cumplía con alguna modalidad de pena más llevadera, presentaciones regulares y todo eso, pero estaba en la calle. Fue una de las primeras visitas que se comprometieron a hacer al alimón Asun y Dedi tras que ésta se incorporase al Colegio de Ayuda.

En la calle Escuderos, una cuesta empinada y oscura que subía hacia los Altos de Armilla, antes tenebrosos pero urbanizados recientemente con una colonia de chalecitos, había unos cuantos caserones del tipo que la gente llamaba palacios. Algunos no pasaban de una fachada barroca, a duras penas conservada mientras las techumbres se hundían y los espacios interiores se aprovechaban para los usos más variopintos, no todos legales. De noche eran sombras, siluetas de sombras de cuyo cuerpo fantasmal salía de vez en cuando la luz de una bombilla en una pequeña ventana, dividida, además, mediante planchas de chapa, en correspondencia con los varios habitáculos en que se había partido el edificio. Las exiguas viviendas, resultado de esa tabicación, no contaban con las mínimas condiciones de salubridad. En los anchos portalones se amontonaban muebles desvencijados, bicicletas usadas por los inquilinos para la recolección diaria a la que se dedicaban por las calles.

Al ver en el colegio el letrero con el aviso del funeral de las hermanas Corchón, a Dedi se le despertó el recuerdo de los restos de comida esparcidos por el suelo, las cáscaras de huevos, las botellas de

aceite, las cenizas y el hollín de las hogueras, el fuerte olor a vino, a orines de que se vieron rodeadas Asun y ella en aquella su primera visita a Felipe en uno de los caserones de la calle Escuderos. El mecánico excarcelado no tenía asiento fijo. Se decía que su mujer y sus dos hijos, que serían entonces unos adolescentes, habían dejado de visitarle en la cárcel y andaban por Canarias.

Entraron a una especie de sótano a la derecha del portal, a oscuras. La puerta estaba abierta. Apenas se filtraba por lo alto de un muro la claridad de un tragaluz enrejado al pie de la acera. Los tacones de las dos mujeres pisaban cartones quemados, botellas de plástico, periódicos, latas. Muy al fondo parecía haber una pared de piedra que rezumaba como una atarjea. El olor era insufrible.

–¡Dedi, no vayas más allá, por favor! –Asun tiraba del brazo de su amiga, las dos detenidas al oír un crujido al que siguió un berrido, o el gruñido de alguien, quizá de un animal. Algo se movía en un rincón de aquel semisótano húmedo, como en una bodega de barco varado.

–¡Ehhh! ¡Gooondiósssssss! –El gruñido quedó ahogado de nuevo. En el rincón una figura borrosa hacía por levantarse sin conseguirlo. Al fin cayó de espaldas sobre su propia sombra, que había quedado marcada como la huella de un cuerpo en un jergón sin patas, o algo así.

–Felipe –dijo Asun sin levantar la voz y sin acercarse–, no se preocupe, no pasa nada. Sólo queremos ayudarle.

Pero el Lavilla gritaba improperios, juramentos; manoteaba en el aire, se rascaba la cabeza. Tropezó y cayó de nuevo, ahora en el suelo, sobre una mancha oscura y reciente. Quedó apoyado a cuatro patas.

–Escúcheme… –Y al decir esto tuvo que dar un salto hacia atrás para evitar el vómito, que salió expulsado como una erupción, un líquido amoratado y amarillento, pestilente. El cuerpo entero comenzó entonces a temblar, se debatió en convulsiones y quedó tumbado en el jergón en una posición imposible. Dedi le limpió la cara con un pañuelo, le echó lo que parecía una manta por encima, puso cartones sobre el charco. Tenía los pantalones empapados.

Asun lo veía ya todo desde la calle, agachada sobre el tragaluz.

–Vámonos, Dedi –decía desde afuera, gritos nerviosos y asordinados, como susurros–. Vámonos te digo. Tengo miedo. Nosotras no podemos hacer nada más, según está. Damos el aviso y que vengan a por él. ¡Dedi, Dedi! ¡Vamos! –Pero su amiga estaba junto

a Felipe, hablándole. El mecánico había batallado por sostenerse, pero acabó resbalando en el suelo mojado y volvió a caerse. Luego se quedó dormido en el jergón, como petrificado. Entonces Dedi decidió salir, un haz de la luz del ventanuco iluminó fugazmente su abrigo, que llevaba recogido con una mano. Sus zapatos pisaban tubos, tablas.

La calle casi vacía a las primeras horas de la tarde, algunos niños que volvían al colegio, palomas que aleteaban cruzando el hondo cauce entre los acantilados de las casas.

A una de esas pequeñas mesas de mármol, redondas, con cantos de latón dorado y un pie negro de hierro fundido que las cafeterías y los restaurantes sacaban a los soportales, estaba sentado el gobernador civil junto a algunos de sus ayudantes. Alguien se acercó a lo lejos, pero iba dando tumbos de lado a lado de la calle. Alguien que venía voceando y bufando a los pocos transeúntes con los que se cruzaba. Dos señoras se hacían aparte en su camino. La propia calle encañonaba la voz del hombre y la hacía resonar, como una tuba. Ése es el Lavilla, dijo uno de los que acompañaba al gobernador. Los gritos eran cada vez más altos.

–¡Viva la República! –exclamaba Felipe de una acera a otra de la calle. Llevaba la bragueta desabrochada; la camisa, fuera del pantalón.

–Pero ¿qué dice ese loco? Se va a buscar otro disgusto –dijo el gobernador, vestido con un traje de color crema, casi amarillo. Fumaba un puro–. Anda, ve y dile que deje de hacer el imbécil. ¿O es que quiere pasar un par de días a la sombra? Menuda ruina…

El secretario repitió lo mismo a un ayudante que salió disparado hacia el mecánico.

–¡Viva la República! –Sus consignas resonaban a voz en grito. La gente se paraba sin saber muy bien qué camino tomar.

–Por Dios, Lavilla, cállate. Te hablo como amigo –dijo el ayudante al borracho, que se había apoyado en una cartelera de cine adosada a una pared–. ¿No has visto al gobernador? Demasiado aguante tiene contigo.

–¡¡¡Mmmmelachhhhpppaelgobernadoooor!!! ¡Viva la Repúblicaaaaa!

–Cállate si no quieres que sea peor, por lo que más quieras. –El

ayudante corría detrás del borracho, que se había desplazado hasta la mitad de la calle y trastabillaba–. Bueno, di lo que quieras, pero dilo bajito, que no te oiga nadie, y vete. Habla, pero que no te oigan. ¿Hacemos el trato?

Felipe se subió la cremallera de la bragueta, sacó el pecho y se irguió como un personaje de teatro, como un descubridor en una pintura de historia. El ayudante quedó detrás de él, pero sólo hizo un ademán de retenerlo.

–Deeeeeacuerdo. Pero déééééjame. –Y Felipe se deshizo del funcionario.

Estaba encima de los mandamases. La camisa, llena de lamparones; la barba, crecida. Fue entonces cuando, al levantar el gobernador los ojos hacia él, Lavilla cumplió el trato hecho y mirándolo a los ojos, muy bajito, dijo:

–Buenas tardes. Escúchenme bien: viva Franco. Arriba España. Chhhhissst.

Los hermanos Sebastián y Virgilio Zamorano ofrecieron a Felipe Lavilla trabajo en su negocio, un taller mecánico instalado en una bocacalle de la avenida de Portugal, en la zona moderna de la ciudad, al que acudían muchos conductores de paso demandando una atención urgente. Fue su primer empleo fijo, con un contrato formalizado. Estuvo un par de años allí. De vez en cuando algún altercado, su desaparición durante unos días.

Virgilio Zamorano murió una noche en una de las carreteras de la sierra, una noche heladora. El camión que conducía él mismo por la carretera de Valencia fue a parar a la cuneta tras resbalar en el hielo. Volcó. En el volteo la cabeza del empresario quedó aplastada, una puerta la seccionó y salió disparada a unos metros de distancia. Lavilla, que iba con él de copiloto, anduvo kilómetros hasta llegar a Donosos de Luna, el pueblo más cercano. La instrucción judicial concluyó que no había prestado el deber de socorro convenientemente. Se dijeron cosas. Pasó casi tres años en la cárcel. Y salió distinto, peor.

–Dos criaturas desgraciadas. Estarán ahora en la misericordia de Dios. –En el Oratorio, Dedi volvió la vista y encontró a su espalda, casi pegado a su hombro, el rostro de don Félix, el coadjutor, que se había acercado con pasos quedos. Todo el mundo daba por hecho que en ese silencio se fraguaban decisiones.

Entraban de afuera el fragor de la calle, exclamaciones, saludos. Don Félix era un hombre alto, menos viejo de lo que su sotana inducía a pensar. Tenía mucho pelo, negro por completo, brillante y aplastado sobre el cráneo, más bien estrecho. Los dientes, grandes, amarilleados por la nicotina.

–Eso esperamos, don Félix –dijo Dedi al volverse–. Me había quedado en blanco, mirando los nombres.

–Rogad por ellas, rogad, tu amiga y tú. Al fin y al cabo, fuisteis vosotras las últimas personas que pudieron hablar con Patro y Visi. Que Dios os lo pague.

–Sí. Su situación era terrible, sólo hicimos lo que pudimos. ¡Qué casa! ¡Qué forma de vivir! Y, luego, qué quiere que le diga… La gente…

–Ya, ya. Pero no juzguemos, no juzguemos, hija.

–A veces pienso que no hay justicia.

–Bueno, ya la habrán encontrado.

–Hace falta mucha fe…

–No te entiendo… –El cura frunció el ceño esbozando una sonrisa condescendiente, como si la verdad no estuviera al alcance de cualquiera, y menos de Dedi.

–Sí…, que no sé, que hace falta ser como un niño que se duerme en manos de su madre para dejarse morir así. Como si hubieran sabido que abandonándose serían recogidas, como si allí no les pudiera pasar nada.

–Y así es, así es, hija… Allí. –Pero al decir esto don Félix ya se

había alejado sin despedirse; algo parecía haberle reclamado, al menos esa fue la impresión que quiso dar, pese a no haber nadie más en aquel lugar desolado.

A Dedi se le quedaron impresas en el semblante las palabras que ella misma había pronunciado. He dicho algo que no entiendo, pensó, algo pensado por alguien que no soy yo. Algo que me supera. He enunciado un deseo, se dijo, una frase que para ella no alcanzaba a contener una certeza. No se sentía satisfecha. No tengo que decir cosas así. Se había sorprendido a sí misma demediada entre la acción implícita en la que por lo común se desarrollaba su vida, todo en ella evento y naturaleza, el tiempo y la luz, el azar y la gracia; en la orilla opuesta, la reflexión y la conciencia.

Aquellas palabras sin embargo habían quedado retumbando a su alrededor y al salir del Oratorio resplandecían muy arriba, a mucha altura por encima de las calles atestadas de gente, por encima de la ciudad, de las torres, las cúpulas, los árboles y sus follajes verdes, por encima de los tejados, de las nubes.

Los días se abrían interminablemente, las tardes como playas, las mañanas parecían jardines. Esa edad de la vida le hacía percibir en su cuerpo el júbilo de las horas de luz, como si fueran a regresar intactas eternamente.

–Pues yo… Me parece que no voy a ir. Al fin y al cabo… –Al llegar a casa, Mercedes alisaba el mantel blanco sobre la mesa del comedor, el mantel extendido por Avelina.

Dedi la oyó desde el dormitorio. Dejó caer el vestido, sintió una especie de punzada. Lo recogió del suelo girando las rodillas hacia el mismo lado. Se había descalzado. Se quedó unos instantes mirándose en la luna del espejo, embutida en la puerta del armario ropero. La combinación le resultaba opresiva. Hacía calor. Su presencia pasó centelleante por el azogue, desencarnada. Se cambió de ropa. Al pasar hacia el baño, volvió a oír a Mercedes.

–Unas locas. Además, ¿quién va a ir a ese funeral? –No se dirigía a nadie en concreto, a nadie y a cualquiera: intentaba convencerse a sí misma.

Mercedes había ido formándose ideas propias cuya aplicación a los casos particulares sustituía de manera automática a las primeras intuiciones sobre las personas y las cosas. Era idealista, se puede decir.

Su tendencia a la tiranía, a los juicios sumarios. Avelina la oía, pero no la escuchaba.

Las persianas verdes, en el comedor, estaban bajadas hasta el suelo; la penumbra daba una sensación de frescor, la sugestión de un placebo. Era un mundo de simulaciones.

En el silencio de Avelina nadie sabía qué palabras se refugiaban, como los forajidos que en las novelas de quiosco se acogían a sagrado. Tampoco en el de Dedi, que tenía con la anciana sirvienta un hilo de comunicación implícito e irrompible. El efecto era el mismo: allí las congojas sin palabras encontraban una penumbra acogedora, segura.

Mercedes se defiende, solía decir Dedi, se ha rodeado de una coraza. Tuvo que sobrevivir y se endureció como el hielo. Hay enormes árboles caídos que conservan intacta la figura de sus troncos, transformados en piedra, árboles fósiles. Tienen decenas de milenios de años. Han conocido los cataclismos, las extinciones de especies completas.

Avelina había llevado muchas veces a casa de las hermanas Corchón ropas para arreglar, meter bajos, sacar jaretones, dar la vuelta a un abrigo de paño. Cobraban poco. Nadie confesaba acudir a ellas para trabajos como esos. Cuando las señoras no enviaban a alguien con el encargo y ellas mismas se cruzaban en la escalera oscura, fingían no reconocerse, escamoteaban el saludo con cualquier excusa.

Si Avelina decía algo, valía la pena tenerlo en cuenta. La vieja Avelina. Llevaba cincuenta años en la casa –había servido con los padres–. Había conocido a todos, los había criado, era una testigo. La ficción caía, se venía abajo ante su presencia. Había ayudado a Mercedes en todo desde la muerte de la madre y de Esteban, y la entrada del padre en aquellas tinieblas veteadas de resplandor sin recuerdos. Luego, Salvador. Pertenecía a la casa no como un mueble, sino como un ancla o un nivel que preservaba el asiento equilibrado en la realidad de las personas y las cosas. Avelina y la aspereza del apresto en las ropas de mesa. Avelina, los primeros ruidos de la mañana, cuando todavía parecían a los demás molestas interrupciones de la noche en calma. El brillo de los vasares. Los cristales, transparentes, impolutos. Un mundo sumergido.

Al llegar a casa, encendida por la euforia intensa del nuevo verano, Dedi decía cosas que nadie entendía, en un idioma sólo suyo, una jerigonza que inventaba en el momento y por lo general no volvía a

recordar. Suspiraba ante Avelina.

–Aveliña bonosa. Bonosísima. Landa. Ayyy, comer tribeso de fuera. Quién, quién. Bonosísimo –le decía al entrar, tomándola por los hombros y poniendo cara de enloquecida. Avelina se asustaba, casi.

Las desdichas de quienes figuraban en los avisos del Colegio de Ayuda eran de sobra conocidas por quienes leían sus nombres. Un ejército desperdigado y derrotado de sombras, rostros sin mirada, enterrados en vida. Aun así, pertenecían a la ciudad desde lo más hondo de sus familias, de su color, al que aportaban un matiz inconfesable, tapado a duras penas con capas y capas de maquillajes, como el tornasol avioletado de un moratón, con bordes amarillo sucio.

Había, de todas formas, personas a las que no se reconocía fácilmente por sus nombres, los cuales resultaban demasiado abstractos, oficiales, como el número en un penal o como los apellidos ya olvidados de las religiosas. Federico Navarrete Arribas, María Domitila Leñero García, Eloína Carrasco Vera, José Juan Muro Gómez, Felipe Lavilla Lapresta, Jesusa Antón Pérez, Miguel Carrillo Mata, Eliseo Romero Romero, María de los Ángeles Llorente. A muchos nadie los había llamado nunca de esa manera, sólo tenían sus apodos. Visi y Patro, las dos pobres mujeres del aviso del Oratorio, habían conservado sus nombres en esa versión apocopada.

Una tarde del invierno anterior, cerca ya de la primavera, aunque lúgubre todavía, Asun y Dedi subieron las escaleras de la casa de las costureras con algunas telas, meras excusas para llevarles algunos alimentos y hacerles un rato de compañía. Los peldaños de madera estaban casi blancos por la insistente abrasión de la lejía.

La casa consistía apenas en dos cuartuchos que daban a la calleja de San Antón y el corredor interior que desembocaba en un retrete común a otras viviendas del piso.

La cuesta de los Ordenantes, a la que afluía la calleja, era una pendiente larga que arrancaba de la plaza de los Carros y ascendía hasta atravesar terrenos de las afueras por los que la ciudad se había expandido formando nuevas barriadas de casas en hilera, de dos o tres plantas y ventanas de aluminio; no todas esas calles estaban asfaltadas y, al terminar, se abrían a un altozano. En los alrededores, la estación de ferrocarril, algunos aserraderos. Por encima de esa loma las calles se descomponían en casetas, naves y garajes sueltos, algunas granjas,

el almacén de Obras Públicas. En medio de ese páramo se levantaban la fábrica de Muebles del Sol, otra colonia de casas benéficas construida en origen para los operarios del ferrocarril, un vivero, un arruinado depósito de agua y un campo de tiro.

El cielo se ceñía a los montes lejanos con unas barderas rojas, desflecadas; un atardecer helador. En los patios interiores había ropas tendidas que se habían quedado rígidas como recortes de cartón; de hecho, se podían quebrar como el cartón o el cristal si se doblaban. Los tejados terminaban en un festón de carámbanos lacrimosos.

En el cuarto donde, bajo una sola bombilla, cosían las hermanas hacía mucho frío. Las mujeres se habían arropado con telas y trapos indefinidos, capa sobre capa, jerséis de lana, vestidos de verano y toquillas que las convertían en unos bultos informes. En el interior de la mesa camilla ardía un brasero de cisco del que emanaba un olor muy fuerte, a bocanadas irrespirable. Patro y Visi cosían sentadas en unas banquetas bajas, como de niño, pintadas de blanco ya muy sucio. Una muralla de prendas descosidas, hilos y patrones, las envolvía.

Algunas zonas de la pared estaban recubiertas de papeles de periódico pegados con cola. La humedad, los estragos en el techo y en el suelo, igual que mapas.

Una cama de hierro y latón historiado, junto a una cocina apagada, ocupaba todo el espacio del otro habitáculo, sin ventanas. Era donde dormían, las dos en la misma cama.

Según contó Mercedes, Visi había abandonado los alfileres y las agujas por la compañía de un descargador de bultos de la estación, un hombre cojo. Una vergüenza, dijo.

Dedi sabía que algunas personas han conocido lo indesarraigable de la esperanza, muchas veces suicida. Pero ¿cómo podemos imaginarla –se preguntaba– si no es como una reversión de los hechos, de los datos de la realidad, un contramundo?

–¡Será sucia! –Mercedes se había encastillado–. No tienen qué comer y, ahora, a sus años, con esas cochinadas.

Algunas clientas dejaron de visitar a las hermanas, de llevarles encargos.

Asun también conocía la circunstancia de las hermanas Corchón, en concreto la de Visi y el remedio de su soledad, así que no les hizo falta a las dos imaginar mucho para sospechar adónde habría ido

cuando de pronto, sin aviso, se levantó de la camilla, abandonó los bártulos, se echó otra capa de trapos por encima y se marchó. Patro no dijo nada, siguió encorvada bajo el claro de la mesa, encima de la batahola de labores. Y apenas si dijo más cuando le mostraron de lo que se trataba con el encargo, que quedó en lo alto del montón cuando se despidieron.

Estaban las dos muy flacas, se decía que no comían nada. Asun y Dedi les dejaron una caja de bizcochos, arroz, aceite, leche. Bajaron la escalera sin hablar.

–Cuando nos fuimos se quedó Patro sola.

–¡Habrase visto! Es de lo que no hay. Y yo no deseo desgracias a nadie, ¿eh? Pero…

Quien juzga no está en la vida, es su ventaja. No vive entre todos. Es la distancia, el pecado del pensamiento. Tiene el privilegio de la observación, como un centinela o un intelectual. Se ha hecho fuerte retirándose a un lado. La acción no es su mundo. Está lejos, aparte. Desde allí, observa. Mercedes, endureciéndose, se había soldado a una verdad sólo suya, pura y peligrosa.

–¿Y quién las ha encontrado? –preguntó cuando Emi llegó de la calle con la noticia.

–Dicen que Aurora, la de Bardón, la cuñada de Valero. Que fue con su hija para arreglar un traje de chaqueta, ya sabes que siempre va tan mona…

–Pero ¡¿qué tendrá que ver, si va mona o no mona?!–exclamó Mercedes para que Emi no se fuera por los cerros de Úbeda.

–Bueno, pues eso, que se encontraron con las dos…

–¡Qué horror, Dios santo!

–Y lo primero que hicieron fue ir a decírselo a don Félix. Pero ya nada –dijo Emi.

Dedi recordó las manchas en las paredes, el frío, la habitación sin ventanas, una ménsula con el Corazón de Jesús. Vio en un instante rostros que se desvanecían, paredes desplomarse, corroídas por insectos, por un polvo humedecido. Debían de estar muy enfermas.

–Pues debió de ser la misma noche que estuvisteis allí. ¿Cuánto

hace, tres días? Dicen que estaban en la cama, sin abrirla, sin desvestirse, las dos juntas, como los duques en el sepulcro de la catedral –decía Emi.

–Desde luego, no tienes arreglo… Qué cosas dices –dijo Mercedes.

Se dejaron morir una junto a la otra. La bombilla seguía encendida. La caja de bizcochos, cerrada, imaginó Dedi. Visi se descalzó al llegar y se tendió junto a su hermana, que yacía en la cama. La tomó de la mano.

Había antiguos amigos de la familia, los Escartín, de Zaragoza, Pilar, José Antonio y Adela, y los de Bilbao, Agustín y Anachu, con sus hijos. No se veían nunca. Habían pasado con ellos, de niñas, de adolescentes, muchas temporadas en Las Arenas, paseando por la Gran Vía. Lo que más me gusta de Bilbao es la gente, decía Dedi, «es otra cosa». Iban cantando a comprar bacalao por la cuesta de Zabalbide, infinitamente felices a los partidos de polo.

Y luego estaban Charo y Leonora. Charo era una amiga aparte desde que habían estudiado juntas Análisis de Laboratorio, aunque no en el mismo curso. Vivía en Madrid con su madre. Dedi no creía que Charo se fuera a casar alguna vez con Armando; no llegará ese día, pensaba. Su hermano José María era árbitro de baloncesto, pitaba los partidos del Estudiantes en el pabellón Magariños, le gustaban los coches, llevaba un bigote muy bien recortado. En opinión de Dedi se parecía a Clark Gable, sin las orejas.

Aunque se conocían desde mucho tiempo atrás, de niñas –eran también amistades de los padres–, todo volvió a comenzar cuando Dedi viajó a Madrid para seguir sus estudios. En realidad, fue a invitación suya como, en una reciprocidad que ella creía justa, comenzaron Charo y Leonora a dejar Madrid en verano para pasar unas vacaciones en la casa grande junto a las hermanas, incluso cuando Dedi ya estaba casada. Allí había camas de sobra.

Sin embargo, Mercedes y Emi las recibían un poco a la fuerza.

Las tres –Mayo incluida– llegaban puntuales al comienzo del verano, lo inauguraban. Su llegada en los primeros días de julio, justo con el estallido de verdor y calor, significaba un corte abrupto, una cancelación del régimen de oscuridad y frío ordinarios, y la emersión del sol al vasto espacio incontenible de una promesa. De pronto, algo muerto e infeccioso quedaba atrás. A pesar de que se las esperaba, la aparición súbita, avasalladora, de las amigas en la resplandeciente mañana de verano desbordaba la expectativa de su anticipación.

Mientras tanto, se vivía bajo la pauta rítmica de las campanas, las diarias que llamaban a misa, las de fiesta, en algarabía, las de difuntos, los repiques lentos, inacabables, que parecían deletrear los nombres de los muertos. Campanas de San Antón, cerca de la casa de

aquellas dos desgraciadas, de las Claras, de San Agustín, de San Martín del Monte, del Oratorio de San Julián. Eran como latidos.

Mercedes iba los domingos, en invierno, a la última misa de la tarde; al salir era noche cerrada, los carámbanos de hielo colgaban de los aleros quebrando el borde de las tejas. En el interior del Hospital –San Juan del Hospital– temblaba la luz de las lamparillas como si se alimentaran de un oxígeno retenido allí desde mucho tiempo atrás, años, décadas. Y, vistas desde la calle oscura, las ojivas guardaban un claror macilento y vibrátil tras las telas metálicas llenas de cieno, que evitaban en el entrante de las ventanas de piedra el asiento de las palomas. Arrastraba a sus hermanas a esa hora última; a Dedi la llevaba la costumbre, pero también la esperanza más concreta de volver a escuchar alguna vez su pasaje preferido, «El que está en lo escondido…», viviente en su corazón desde un día que había olvidado. Le parecía algo que le concernía, algo misterioso, pero también algo que, una vez escrito o pronunciado, perdía su misterio. Según pensaba, después de las palabras que lo revelaban, el misterio ya no podría volver nunca a su más pura verdad implícita, silenciosa, sin escritura. Únicamente ahí lo escondido es lo escondido. Pero no se atrevía a ir mucho más allá.

La casa había seguido desde la muerte de Salvador un orden hecho costumbre. Sólo María Emilia salía diariamente a hacer la compra (a recoger chismes, según Mercedes) parándose a cada paso con quien le saliera en el camino. A saber qué pensarán, decía Mercedes, y a saber qué contará ella. Entraba en las fruterías, en la carnicería, en el taller del zapatero, en la tintorería con una ansiedad parecida a la prisa, como el pez que no puede vivir fuera del agua. Se entretenía, se le iba el tiempo. Discutía, dejaba a deber, se despedía con un desaire sin esperar respuesta; los dependientes movían la cabeza.

Mercedes daba quizá algún paseo cuando sólo deambulaban por las calles, al anochecer, parejas de viudas o hermanas como ellas, de regreso de alguna misa. Tenía un prestigio mártir. En lo profundo del escritorio, bajo la luz del flexo en pleno mediodía, apuntaba facturas, desdoblaba poderes y recibos con una especie de desdén por el sol que había regresado. Grandes carpetas del color de las tejas, con gomas y dobles solapas. Archivadores. Los dietarios prácticos, llenos de asientos como patas de araña. Las tensas conversaciones telefónicas con los proveedores, las visitas de los clientes.

En los anocheceres gélidos, los escaparates iluminados con luces cenitales derramaban arena de luz por la calle del Escritorio, la de los Juanes, el viejo centro del comercio tradicional, atravesado por la

espina de la calle Larga. La cabeza de los maniquíes recibía un fulgor duro, blanco, tras los vidrios curvados en los ángulos de las sastrerías.

Las mañanas, oscuras, opacas como un cristal esmerilado y mate. Mañanas con la turbiedad de las perlas grises. Los cristales de los miradores estaban empañados. La condensación destilaba pequeños arroyos como lágrimas que buscaban su camino quebrándose sobre el vidrio. Dedi vagaba por las habitaciones. Tomó una caja de rafia trenzada con hebras de colores, la abrió y sacó un botón, un escapulario de cordón azul cielo: un recuerdo le sobrevino; cuando oyó la voz de Mercedes, dejó abierta la caja sobre el aparador de la sala. Las alcobas estaban protegidas como el interior de una concha tapizada de nácar.

Algunas mañanas de invierno Avelina ponía al fuego el sebo y la sosa cáustica para fabricar jabón casero. La cocina y las galerías del patio de atrás eran una nube densa y reluciente hecha de vapor, de efluvios tóxicos. Ayudada por Emi, que se ponía unos guantes de goma, daba vueltas con un palo lustroso al líquido bullente en una gran marmita de zinc. La niebla del día y la del barreño se confundían.

Pese al frío intenso, abrían los ventanales de la galería. Las caras habían enrojecido sobre ese cúmulo de iridiscencias ardientes. De la frente y las mejillas les caían goterones de sudor. Preparaban dos grandes cajones de madera que recibían el líquido ardiente; permanecía allí hasta que se enfriara y, una vez cuajado, pudiera cortarse en pastillas grandes, como gruesos ladrillos con bordes mellados de una pasta gris verdosa, compacta, mediante unos hilos de alambre que eran arrastrados por unas ranuras ya trazadas en el cajón. Los cortaban como si fueran quesos. Al abrir los ventanales, salía una fumarola blanca y espesa, igual que la de una explosión; se deshacía en penachos sobre los tejados brumosos, más allá del cielo de la ciudad. Más allá de las voces, de las imágenes y de las palabras.

–No sé cuándo van a venir los Nanos. –Eran unos albañiles proverbialmente informales, con los que a veces formaba cuadrilla Felipe el mecánico–. No hay quien haga carrera de ellos. Si no arreglan ese canalón, la gotera se va a hacer enorme…, parecerá un río. Y no está de parar –decía Mercedes.

La lluvia repiqueteaba sobre las tejas de los patios interiores, pequeños, ennegrecidos, con tejadillos cruzados que vierten a claraboyas de cristales gruesos y marcos de hierro, rincones verdes de orín.

Había días cetrinos en los que, en plena mañana, la luz eléctrica de los almacenes, a los que las claraboyas hacían de techo, ensanchaba la tristeza. Dedi pensaba en la película del día anterior, iba casi todos los días al cine con Asun, a veces sola. Los cines, al menos los dos mejores, el Alcázar y el Niza, estaban, como los bancos –incluido el formidable cubo del Banco de España– en el ensanche de la ciudad, en la avenida de Portugal, en los aledaños de la plaza Calavia, por arriba de la calle Amadores, hacia el norte. También los hoteles, La Isla y el Nuevo Mercantil. Dedi evocaba los cielos azules, árboles verdes, frondosos, crepúsculos encendidos en playas tropicales, el césped ante la imponente mansión de columnas blancas que ha visto en las películas. Amplios salones con chimeneas de piedra más altas que una persona, ventanales emplomados por los que entra el sol listado hasta chocar con las alfombras. Trajes largos, blancos, suaves, voces educadas. Acudía entregada a los efectos de la pantalla como a los ritos de una fe. Adoraba a Olivia de Havilland, hablaba con unción de Intermezzo.

–Sabes que se llevan a matar, ¿no? –le dijo Charo una vez.

–Ya, ya lo sé. Pero a mí me gustan las dos.

–Unas bobas.

–No sé por qué dices eso. –Dedi se sabía ante algo que le afectaba íntimamente.

–Porque sí. En una cosa son iguales: las engañan como a chinos y ni se enteran. Con esa cara de pasmadas…

–No, no las engañan. O, sí; las engañan, pero lo saben. Se dan cuenta perfectamente.

–Peor me lo pones.

Hombres esbeltos, con trajes cruzados. Mujeres con escotes que alargaban la longitud de sus cuellos.

A la vuelta del Oratorio, las advertencias y desdenes de Mercedes habían acabado en el silencio, como ríos consumidos por la tierra. En estas horas de esplendor del nuevo verano, los recados matinales eran una mera excusa para comulgar con un exterior al fin liberado de sombras.

–Luz de dam. Dam. Mimi señor vuela. Escla vadoma. Miseñorrrrrrrrrrrrrr. Borra, borra todo. Ven. Mi señor, ¿no hay nadieeeeeeeeeeee?

Avelina había encogido mucho, tenía el pelo blanco, lo llevaba recogido atrás; sus ojos, azules, bordeados por una orilla roja muy fina. No se la oía llegar. A veces recordaba a los chicos, como ella todavía los llamaba. Tenía unas mejillas encarnadas y una frente pulida que transparentaba el hueso. Llevaba un mandil azul, de tirantes, con manchas que ya no se quitaban al lavarlo. La casa, según ella, había llorado mucho. La guerra, y después. Decía que la señorita Dedi era muy ordenada. Que le gustaba cada cosa en su sitio, pero que apretaba poco cuando limpiaba. Sólo cada cosa en su sitio, despejada del polvo superficial, y ya.

Es posible que el negocio familiar de los alcoholes y los compuestos químicos tuviera que ver de algún modo con la decisión de Dedi de cursar sus estudios en esa materia, la tabla de los elementos. Pero lo suyo no era vocación, y de hecho había evitado por todos los medios que lo pareciera. Simplemente el río se abría camino por las tierras más blandas. Los demás tendían a creer que no tenía ambición. Y lo cierto era que no parecía esperar ningún día definitivo, ninguno que estuviera parpadeando desde el fondo del horizonte con el pestañeo de una consumación lejana.

Si era Juan Detraux quien miraba a Dedi, sentía ver encarnada la sustancia misma del presente, su inasible verdad. Cada instante cobraba en ella la realidad insustituible de una criatura, no estaba hecho para ser amortizado en la serie sucesiva de historia alguna. Lo sentía al caminar a su lado, entre la gente, al verla salir de una tienda o mirar a los tejados. Cuando hablaba con ella también tenía la sensación de que el mundo real circulaba por las rendijas de la conversación, por los espacios vacíos entre las palabras, más que por las palabras que lo decían. Ese mundo se iba con el aire, pertenecía a los instantes irrepetibles, como las coplas interpretadas por un cantaor analfabeto. Se trataba de acontecimientos en el tiempo, como los de la poesía. Dedi vive prendida de una planta de la que los demás nos hemos desgajado como un peciolo invisible, se decía Juan. En cierto modo, es como si estuviera diciendo que no va a morir nunca.

–¡Venga, mirreina, vámonos por continentes! Colores, coloraz, mudo de abaituas. Por pájaros que da-lam. Da-lam. Nubes. Grila. ¡Notecaeeeeeeerás! –Y Dedi cogía a Avelina de la cintura y la llevaba por los aires como en un vals. La mareaba…

–¡Pero qué demonio de mujer! ¡Quite, quite, señorita! ¡Un día me va a tirar y a ver qué hacen entonces ustedes!

Avelina abordaba las bayetas de encerar y surcaba las salas con la pericia de un esquiador de fondo para sacar el oro de las maderas. Quienes sufrían de ataques de parálisis ante la visión de las cosas que se pudren, se rompen o mueren sólo podían sentir envidia o una profunda inferioridad ante personas como ella. Ningún nido de cucarachas, ningún depósito de óxido bajo las cañerías sobrevivía a su paso. Avelina acababa sin contemplaciones con la presencia insidiosa de lo que se deshace, lo condenado a la descomposición y a inficionar de muerte los alrededores. Lo que a todos deprime y atenaza.

Era una casa de mujeres solas. Pero Avelina era de otra especie, pertenecía a otro movimiento del tiempo. Parecía accionada por el mecanismo de algún perpetuum mobile. Sentía una especie de respeto por el recuerdo, pero ninguna veneración por los restos del pasado. En una ocasión, después de oír varias veces que el antiguo vestidor y el cuarto de la plancha estaban atestados de cachivaches, ni corta ni perezosa arrambló con las cajas que guardaban vajillas y cuberterías, quizá marfiles, porcelanas antiguas, y las cargó en el carro del almacén de la fábrica para vendérselas al trapero de la calleja de las Batallas, a quien llamaban Caruso. Las señoritas no iban a hacer nada, salvo seguir lamentándose. Lo vendió todo a precio de papel viejo. Volvió muy contenta, con eso podían pagar la cuota de la Virgen del Carmen, ya que ese mes traería lo del arreglo de la hornacina. Pertenecía al misterio de la acción, no conocía la paralización contemplativa.

En algunas casas de las afueras que lindan con el campo, junto a postes de alta tensión, frente a huertos descuidados, las ventanas están iluminadas. En el centro de la ciudad, los tejados duermen inclinados sobre los patios, oscuros como pozos. Un rumor invisible. Un reino sin comunicación con aquel otro, más allá de la ciudad: los animales, su sangre vertida en las hondonadas del monte, la carne desgarrada de los débiles. A esta hora, atravesadas por carreteras como cicatrices, por collares de luces anaranjadas, por andenes desiertos de pequeñas estaciones, las grandes, oscuras, masas forestales y los roquedos de granito, en la profundidad de la noche, ocultan, agazapados en los pliegues de la tierra, corzos y pequeños ratones, comadrejas. Por encima pasan las nubes, sus borraduras de gris.

En verano, la luz desaparece del cielo sin que nos demos cuenta, nos retiene dentro de instantes que ya son el pasado, parece que no vaya a desaparecer jamás, decía Juan. Tanto sus pensamientos como sus palabras eran transparentes para Dedi, que los tenía muy presentes en cada momento oportuno. Ahora era el cielo y sus lentísimos cambios de color, su transición imperceptible. Cuando la mirada preserva todavía algún matiz indefinido, fosforescente, cuando ya no existe la luz en la realidad del tiempo y la noche ha llegado. ¿Quién la negará?

El doctor Santisteban salió hasta la puerta para despedir a Dedi al término de su primera visita. Su trabajo no había comenzado aún. Al fondo, Magda, la veterana regente del laboratorio, una mujer severa, con gafas de montura dorada, que afirmaba celosamente su imperio sobre las competencias propias al tiempo que la distancia irreductible con las funciones ajenas, los miraba tras un pequeño mostrador en el que hacía, o parecía hacer, algunos apuntes. Cuando el doctor le abrió la puerta, Dedi se giró y la miró de arriba abajo con la misma adherencia que la superficie de un detector de metales.

El doctor, un hombre culto aficionado a las lecturas graves en su silenciosa biblioteca, que sólo se explayaba tras comprobar que alguien parecía dispuesto a escucharlo, le dio recuerdos para las hermanas. Pero antes explicó algunas cosas surgidas en la conversación de la siguiente manera: al éxito que nuestro tiempo ha otorgado a la naturaleza en cuanto única verdad efectiva –venía a decir– se debe el interés por la salud, por el ejercicio físico, por la ciencia y por los paisajes vistos como obras de un arte superior, también la consideración de que la muerte es un hecho. Al reino moral pertenecieron en otro tiempo los símbolos que alimentaron creencias, asimismo efectivas, contra esa naturalidad de la muerte, contra el acabamiento definitivo, y también la retórica, las normas de protocolo, las razones que justificaron masacres, las canciones de amor. Y el amor, que tampoco existe en la naturaleza. Dedi recordaba los dichos del doctor y los repetía cuando podía, cuando igualmente alguien la escuchaba.

Al salir de casa, percibió el nuevo sol posado en el fondo de la calle como si se tratara de una poderosa máquina submarina en su descenso

a las profundidades. Fachadas grises, desconchadas, algunas con dibujos de estuco rotos, los barrotes de hierro de los balcones, con macetas en las esquinas que no contenían más que tierra seca, apelmazada como roca. Todo esto había sido invisible durante meses inacabables. Las alcobas abiertas a la calle parecían importunadas ahora en su letargo por una luz invasora. El invierno había durado demasiado, el sol las había pillado desprevenidas; desde el lecho marino se podían ver espejos asustados, pesadas cortinas, armarios abiertos como árboles centenarios que hubieran servido de madriguera, como cuevas.

La gente se antojaba nueva, intercambiaba saludos sorprendidos. Dedi notó que la vida común a todo y a todos, la universal y anónima, había acampado de pronto. El movimiento y una especial sonoridad del aire la invitaban a caminar, a cruzar la calle como si hubiera arrojado de repente por la borda algún hosco peso.

–Subiiiiiii tan, tan-taran-tan, miseñooooooooora. Lame de bienes opalandososos. Ben, ben, te recooojenmisooojitos. Verdelos que son, verdolatinos…

–¡Loca, ay, loca, más que loca! ¡Suélteme, señorita! ¡Suélteme ya!

Ahora su vida también estaba a punto de ser nueva en otro sentido. Debía pensar en organizarse de manera distinta. De alguna manera, al menos.

Había seguido, en Madrid, el último de sus cursos y había terminado con buenas notas. No extraordinarias, notas normales. El doctor Santisteban la había acogido de momento en un régimen de prácticas remuneradas, pero en el principal de sus gabinetes de análisis, el del paseo. Luego vendría un régimen más formal, horarios, tareas, todo eso. Antes de comenzar, tendría unas cortas vacaciones.

El vuelo del vestido, el bolso en el brazo, los pasos largos, la espera de su amiga, una nueva seguridad parecida a una inocencia.

Con la luz del sol en la cara, Dedi había sentido una especie de descargo. Su reciente trabajo en los laboratorios y su contribución así a los gastos comunes sería como una autorización legal para seguir siendo quien era y seguir haciendo todo igual que lo había hecho siempre. Era la primera persona en aquella casa que recibía una retribución por cuenta ajena desde el comienzo de los tiempos.

Árboles jóvenes, pero ya nudosos, no muy altos, por la acera de Marqués de Villarta; castaños de Indias con hojas anchas y

abrillantadas que daban una sombra fresca y tupida a las aceras. Frente a la entrada de los comercios habían estacionado muchos coches relucientes, casi todos con matrículas de fuera, visitantes de paso, de camino al mar o en ruta por las llanuras, que hacían su carga de especialidades en las confiterías, los almendrados y los hojaldres de nieve, los leandritos, los bizcochos espolvoreados con canela, dulces típicos. El meollo de los comercios históricos, que ya comenzaban a decaer ante las tiendas modernas de las nuevas avenidas –la de Portugal y la del Rey Alfonso–, se extendía hasta la travesía de los Juanes; había marroquinerías, tiendas de ropa de casa, farmacias. En el paseo, a defensa del fuerte sol, habían bajado los descoloridos toldos, de color centeno, que encerraban a los transeúntes en un interior sofocante, de polvo viejo, retenido entre las costuras de las lonas y los flecos deshilachados, que caían por debajo de los hombros. Era casi mediodía.

Había perdido el tiempo durante toda la mañana con gusto, a conciencia. Vestirse, abrir y cerrar las cajas de taracea sobre el aparador, que pasaban desapercibidas a cualquiera; levantar las figuras de porcelana, de las que el espejo mostraba la espalda de sus casacas; comprobar que allí seguía el billete doblado, el resguardo de la matrícula (ya inservible), la postal anual del tío Victoriano desde Mar del Plata.

Ahora Dedi estaba doblando la colcha azul para guardarla, una vez lavada por Avelina, en la funda en la que pasaría el verano, al fondo del ropero. Las fundas, las bolsas, las cajas eran astros principales de su universo, una para cada cosa; especialmente vistosas, las de tela para los zapatos, con sus patchworks de colores, sus cordeles de ajuste, las había cortado y cosido ella misma. De lo contrario las cosas sufrirían una intemperie que nada ni nadie merece.

Serías una buena doctora, le había dicho don Ángel al recibirla en los laboratorios en ese puesto de todos modos auxiliar, pero para eso era necesario que persistiera sin conformarse con lo dado, porque esas funciones, según el doctor, estaban muy por debajo de sus capacidades –y de su familia, quería decir–. Estaba a tiempo. Sólo existía un obstáculo: en lo más hondo, su intimidad batallaba por el escamoteo de cualquier destino conocido, de cualquier identificación con un perfil personal o profesional recortadamente dibujado, concreto, como el de los médicos o el de los profesores. Su verdadero propósito parecía más bien el de permanecer siempre vacante, un espacio libre, un hueco. Y, para eso, el especial modo de identidad que le era propio se avenía mucho mejor con un trabajo menor, poco relevante. Seguir desapercibida, libre, sin función. Lo otro –los puestos celebrados y

codiciados, las altas determinaciones personales, matrimonios incluidos– sólo eran, decía a veces, como la condena que pesaba sobre los actores y las actrices, sobre los reyes y sus papeles en la obra.

A veces Mercedes le hacía llegar algún reproche que ella soportaba sin molestia, o eso parecía. Su indecisión, su falta de determinación eran absolutas.

Pero su inocencia no era ingenuidad. Por algún tipo de sabiduría emparentada con el instinto, parecía saber que la realización de cualquier deseo comporta forzosamente una pérdida, algo irreparable: la destrucción de la expectativa.

SEGUNDA PARTE

–¿Dónde lo has conocido? –Charo sabía que no iba a ser fácil, por eso preguntó sin darle demasiada importancia mientras caminaban, sin mirar a Dedi.

–¿Qué le puede gustar a tu madre? No sé qué llevarle… –dijo Dedi. Entraban en Palacios, la confitería de siempre, con una cafetería muy concurrida. Dedi sabía que no había contestado a su amiga.

–No hace falta que le lleves nada. ¡Encima! ¡Sólo faltaba! Pero, venga, dime…

Dedi ya estaba adentro sujetando las puertas. La cabeza girada hacia atrás. Por entre las dos, una señora muy peinada salió con un paquete de dulces atado con un cordel rosa. El toldo filtraba en ese preciso lugar una luz anaranjada que teñía los rostros de un tono zanahoria. El sol estaba alto, era el centro de la mañana.

–Quisiera llevar algo que les gustase a todas. Nunca tomamos pasteles en casa.

–Entonces debería comprarlos yo. Déjame –Charo tomó posición ante el mostrador de cristal adelantándose con un gesto de la mano sobre el brazo de Dedi para apartarla. Las vitrinas bajas estaban repletas de bandejas con hojaldres, tartas de nata, de moca, pastas con piñones.

Palacios tenía por entonces, en la zona de despacho de confitería, un aire de snack norteamericano o de nave espacial. Relucientes embellecedores cromados; banquetas altas de escay con colores pastel, verde turquesa, rosa; espejos con forma de riñón. Era un espacio muy estrecho, con una barra a la izquierda, contrachapados decorativos: un decorado para Jacques Tati.

Al fondo, sin embargo, se abría un salón muy amplio, con aparadores pegados a la pared y mesas con manteles blancos, que había preservado la decoración a la antigua: fotografías de época y paisajes oscurecidos, apliques dorados con bombillas salomónicas que evocaban unas vibrantes llamitas.

Atravesaron el desfiladero de la entrada y eligieron una mesa en el

centro del salón.

–Bueno, ya estamos. –Charo dejó su enorme bolso colgado del respaldo. Con los dedos abiertos, extendió las manos sobre el mantel acercándolas hacia Dedi–. Y ahora ya no tienes escapatoria.

–¡Qué tonta eres!

–Venga, dime, estoy en ascuas. –Había avanzado la cabeza sobre la mesa, un poco en la postura de esas leonas al achecho que aparecen en algunos bajorrelieves asirios.

–Pero ¿qué quieres que te diga?…

Enseguida acudió Flores, el camarero veterano. Conocía a todo el mundo, a todas las familias. Dedi estaba acostumbrada, como los demás, a la chaquetilla blanca, el pantalón negro, la corbata estrecha, el vientre abultado. Era bromista, servicial; pequeño de estatura, con una cabeza redonda, calvo; el pelo seguía siendo negro en la rodela que formaban el cogote y la vuelta de ambas sienes. Pertenecía a una era del tiempo.

–Hola, Flores, ¿cómo está? Mire, para mí, café con leche, aunque sea ya muy tarde. Ya sabe usted: que no esté muy cargado. Y para Charo…

–Un bonito nombre, no se oye mucho por aquí. –La bandeja depuesta, vertical, al cabo de la mano caída–. Bienvenida, señorita. –Flores hizo una leve inclinación–. No puede estar mejor acompañada.

–Por Dios, Flores… –Pero el camarero guiñó un ojo a Dedi y rieron los tres.

–Tomaré un Martini.

El camarero se retiró.

Se miraron a los ojos. Dedi bajó los suyos.

–¡Que no sé! ¡No me mires así!

Al atardecer del día anterior había sonado en la calle el claxon grave, masculino, como una sirena de barco. Cuando bajó Dedi al portal, Charo ya había sacado varias maletas y discutía con su madre. Era un coche enorme, alto, negro, un Alfa Romeo con bastantes años;

lo había conducido su padre. Tenía algo de tanque y algo de trasatlántico. Charo lo conducía con toda autoridad, alzada sobre un cojín; el volante le quedaba a la altura de los ojos; la espalda, erguida. Mayo salió como en un estallido y saltaba como una loca.

–¡Rosarioooo! ¡La manteleta, la manteleta lo primero! ¡Y no te olvides del café! ¡Es el que le gusta a Mercedes!

–Madre, estese quieta, por favor. No me ponga más nerviosa. Mire, ahí está Dedi…

–¡Qué alegría, Dedi querida! –La anciana todavía no la había visto, no sabía hacia dónde mirar.

–¡No, ahí no! ¡Deje pasar, madre, deje pasar! –En la acera, Leonora iba interrumpiendo a la gente. Charo se subía por las paredes–. ¡Ahí noooo! ¡En el portal!

–¡Ah, claro! –Dedi se adelantó y tomó a Leonora del brazo. La besó en las mejillas. Al tiempo, Charo besó a Dedi por encima de la cabeza de Leonora y le habló por el otro oído:

–Le he dicho en Madrid que Mercedes no toma café.

–¡Loca! ¡Pero, loca, más que loca! –Dedi daba cariñosos manotazos a la perra, pero no sabía cómo deshacerse de ella. Mayo le puso las patas en el pecho; la chupaba, la llenaba de babas.

–¡Quieta! ¡Quieta! ¡Ya! ¡Ya! ¡Mala! –A la reprensión de Charo, la perra agachó la cabeza hasta el suelo, con las orejas plegadas, los cuartos traseros alzados. Era un animal hermoso, negro, con manchas de fuego en las patas, el pecho y la cara–. Pero ¡¿dónde va ahora, madre?! ¡Que no es por ahí! Me va a volver loca, si no lo estoy ya –le dijo Charo a Dedi apoyándose en su brazo.

–Deja, deja, no te preocupes, yo la llevo. Ahora bajará Emi para subir cosas.

–¿Por dónde, por dónde…? –dijo Leonora, azacanada, sin saber el camino que debía tomar.

–Por aquí, por aquí está la escalera, Leonora, vamos, yo la llevo.

El gran buque negro ocupaba demasiado espacio en la calzada por mucho que Charo lo hubiera orillado. Se oyeron pitidos de protesta. Ya estaban todos los bultos en el portal. Charo desapareció para

aparcar el coche en otro lugar. El día de julio era azul, luminoso. El sol, después de un invierno inacabable, lo llenaba todo, como el agua al abrirse las compuertas de una presa.

Las dos estaban de vacaciones. Sentían la amistad de manera distinta. Salvo Asun y su prima Mila, Dedi no había tenido propiamente amigas como para compartir palabras, nombres. Ahora, muchas cosas habían quedado atrás. Los hechos hablaban por ella. Para los demás eran como páginas.

El sol caía a plomo sobre las aceras. En la cafetería, los ventiladores giraban demasiado altos, demasiado lentos. Llegaba el ruido de la máquina de moler el café con su depósito transparente, en el que se veía el huracán de polvo marrón girando alrededor de su vórtice. El tubo estruendoso que hacía hervir la leche en la máquina exprés, un cuello de garza.

La gente salía con sus paquetes al paseo del Marqués de Villarta. Desde el salón interior se veía la entrada, reflejada en los espejos. Rápidas y diestras, las camareras cortaban con los dientes el cordel rosa después de anudar varias lazadas alrededor de los envoltorios; sus uniformes, con pequeños delantales rematados con puntillas. El rollo del cordel quedaba girando en vertical sobre un pivote metálico.

Charo llevaba una blusa sin mangas; solían ser blusas rojas o blancas. Su pelo, negro, muy corto; su flequillo, peinado hacia la frente, como los emperadores romanos. Pero su cabeza, a diferencia de la de ellos, era fina, estrecha, seguía la línea vertical de su alargada nariz. Dedi vio reflejados en los espejos a los maridos que esperaban en la calle, apoyados en los coches, fumando, mientras sus esposas hacían las compras, más o menos tardonas, más o menos habladoras, entretenidas en la inspección del establecimiento. Cuando salían, los hombres estaban enfadados, gritaban con las manos en alto, seguían haciéndolo cuando ellas ya estaban sentadas en el interior del coche.

–Si no quieres, no te lo voy a pedir de rodillas. Pero yo creo que tenemos confianza.

–No sé, es que no hay nada todavía, Charo…

Las reservas de Dedi no significaban timidez; llegada la ocasión era capaz de audacias insospechadas. Pero tenía miedo a que los destellos de plenitud, fugaces como imágenes o como canciones, pudieran tomar tierra mortal, abandonar el país feliz de las representaciones

imaginarias.

Ahora sospechaba que esa posibilidad estaba cerca. Se estaba haciendo a un camino en medio de la oscuridad. Había atisbado un primer claror en el horizonte. No puedo quedarme quieta mientras veo que alrededor nada permanece, se decía en medio de su inalterable mundo, el de su casa y el tiempo de su casa, acumulados día sobre día, año sobre año, hasta formar un bloque sólido, compacto, como el de una pirámide. En el corazón de las pirámides está la cámara funeraria, secreta, lo que les da el sentido. Sin embargo, para que el sentido persista, todo se debe mover alrededor.

–Bueno –de pronto rompió su encierro y salió a la superficie–, ¿te acuerdas de cuando murió Salvador?

–Mujer, ¿cómo no me voy a acordar? Perfectamente. ¿Cuánto hará este otoño, dos años?

–Tres en octubre, el seis.

–Dios mío, ya tres años. –Charo dejó ir los ojos al techo, los cerró–. Recuerdo cuando llegó a casa, blanco como el mármol. Exactamente así, como el mármol, de un blanco gris… Pero se empeñó en ir a la reunión esa.

–Es mejor no acordarse. Aunque para mí es como si estuviera en casa ahora mismo y lo fuéramos a encontrar al volver. Como si esta tarde nos fuera a llevar a nadar a la laguna.

–Lo pasasteis muy mal. Pobres.

–Muy mal. Fue horrible. Si no llega a ser por tu hermano José María, no encontramos a nadie dispuesto a traernos… atravesando media España para enterrarlo aquí, con todos los suyos. El año pasado hicimos la reducción de restos, ¿sabes? Hay tanta gente ahí, tantos nombres…

–Claro, eráis muchos. José María se acuerda muchas veces de aquel día. Yo también.

–Bueno, nos acompañó Juan. Juan Detraux, lo recuerdas, ¿no? Es un cielo. Siempre a mi lado. Desde siempre.

–¿Juan?

–Sí, hombre, Juan. La óptica.

–Ah, sí. Juan, tu amigo de siempre. ¿Qué es de él, se casó?

–Sí, claro. Se casó. Con una compañera de la universidad. Nos vemos poco. La consulta de oftalmólogo de su padre, que estaba encima de la óptica, la cerró. Ella es dermatóloga. Seguro que lo vemos estos días. Aunque él también estudió Medicina. Oftalmología, además. Pero no siguió con eso.

–Vaya viaje. –Pasaban de un asunto a otro sin transiciones, pero no hacía falta que la conversación acordase previamente su ruta; se entendían, cambiaban de camino a la vez, no se extraviaban–. Visto ahora que ha pasado el tiempo, es para no creérselo. El silencio durante el viaje, sobre todo; es eso lo que recuerdo. El calor. Las tres aprisionadas en el asiento trasero, y eso que el coche era grande. Pero… no te entiendo. ¿Qué tiene que ver?

–Pues que justamente en ese viaje…

–¿Qué pasó en ese viaje?

–No se lo puedes decir a nadie, ¿eh? Ni sacar el asunto con Mercedes delante, ¿eh? Bueno, no quiero ni pensarlo. Aunque aquel día Mercedes estaba como drogada, estaba en otra parte.

–Bueno, hay que entenderla. Le ha pegado un grito esta mañana a mi madre que hasta la ha oído. Empezamos bien, he pensado. A veces nos pone unas caras que son para salir corriendo. En fin, yo no le tengo en cuenta nada. Ha renunciado a todo por vosotras. La vida no le ha dado muchas compensaciones. Y eso que no le faltaron pretendientes, según creo. Lleva muy mal que traigamos a Mayo; que si los pelos de la perra, que si las babas… Yo la comprendo.

–Sí, ¡pero si se entera! Además, alguien así, con un aspecto de galán de cine. Y de… potro suelto, vamos.

–Pero no sé qué me quieres decir. ¿De quién hablas?

–Pero ¿no te acuerdas?

–O sea que ¿de quién me estás hablando? ¿Del muchacho aquel que nos trajo en el coche? ¡No me lo puedo creer! –Charo echó la cabeza hacia atrás, como quien es sorprendido por una serpiente–. Sí, lo recuerdo alto, bien plantado, con el pelo haciendo ondas así. Pero poco más; no tengo su cara.

–Bueno…, muchacho, muchacho, no. Aunque yo tampoco soy una

niña. Pero, además, para Mercedes es alguien desconocido, de fuera… –Dedi se llevó las manos a la cabeza, como tapándose los oídos–. Bueno, no quiero ni pensarlo.

–Vaya, vaya, vaya… –Charo se relajó, movió la cabeza hacia adelante y hacia atrás, como afirmando algo, lentamente. Necesitaba pensar, sería suficiente con unos segundos–. ¡Cuánto me alegro, Dedi! Aunque la verdad es que no me acuerdo bien. Apenas me fijé en él; era todo tan confuso, tan atropellado.

–No, pero no te alegres tanto, porque, de momento, no es nada de nada, ¿eh? Que te conozco.

–Era amigo de José María, creo, ¿no?

–No sé, no sé cómo apareció.

–O lo conocía del garaje donde deja el coche, que ese día no tenía el suyo, no sé muy bien qué pasaba… Y sabía que allí alquilaban coches con conductor. Porque el asunto no era cualquier cosa, ¡madre mía!, llevar de viaje a un muerto…

–¡Pero, Charo! ¡Por Dios! ¡Cómo puedes hablar así! –exclamó Dedi mirando a las otras mesas–. ¡Qué horror! ¡Eres tremenda!

–Perdona, perdona, es verdad… Pero la cosa se las traía, quiero decir.

–Desde luego. No, pero no te alegres tanto, porque, de momento, no es nada de nada.

–¿Cómo se llamaba?

–Antonio.

–¿Y, desde entonces…? ¿Y no me has dicho nada? ¡Que bruja!

–No seas tonta, no ha sido así.

–¿Cómo que no ha sido así? –Charo metió la barbilla en el pecho para hacer el gesto de gritar, aunque quedó en un murmullo acallado–. ¡Bruja, más que bruja!

–Todo ha ocurrido en este último año. Un buen día cojo el teléfono. Luego me di cuenta de que había sonado varias veces en los últimos días y que, al cogerlo Mercedes, colgaban. Con lo poco que yo le he dicho, Antonio ya conoce a Mercedes, se hace una idea. Bueno,

pues sonó otra vez y lo cogí yo. Sólo estaba Avelina en casa. Soy Antonio, dice. ¿Qué Antonio? Hace un par de años hicimos juntos un viaje muy triste, con su hermano, perdone que se lo recuerde. Digo: sí, claro, cómo no me voy a acordar. ¿Usted es…? Dice: Antonio. Digo: eso, Antonio. Lo recuerdo bien. Fue muy amable con nosotras.

–Tampoco creo que José María lo conozca demasiado.–Charo dejó que su mirada se perdiera por el local–. Se acercó al garaje a ver si encontraba a alguien… Hacía falta alguien con arrestos, eso sí, no todo el mundo habría estado dispuesto…

–Es atrevido y con arrestos, eso desde luego. –Dedi sonrió mirando a un lado.

–Y a ti te gusta eso.

–Mujer, sí, pero no es eso. No la llamo para recordarle aquel viaje, me dijo. ¿Te puedo tutear? Sí, sí, claro (esto me pilló de sorpresa), pero le dije que sí. –Dedi recordó el momento; le pareció estar al pie de una piscina y sólo le faltaba un leve empujón para lanzarse al agua.

–No me lo puedo creer. –Charo había sosegado su curiosidad, no satisfecha del todo. Se había colocado en la posición de una institutriz en las cosas del mundo, más o menos condescendiente. Dedi lo sabía y lo toleraba. Su amiga no la trataba con inferioridad. Desde un secreto lugar la admiraba.

–Bueno, pues… No llamo para recordártelo, me dijo, perdóname. Sólo que tengo un viaje previsto y voy a pasar por allí en unos días. Dice: me gustaría saludarte. Yo lo recordaba con agradecimiento, así que le dije que sí, que tomaríamos un café.

–Pues sí, sí que es atrevido. O está muy decidido. ¡Ya es hora de que alguien te salte al cuello, amiguita! –Charo rompió en una de sus carcajadas.

–Qué boba eres… Ya no te digo nada más.

–Pero ¿cómo que no? Has seguido viéndolo, claro. Ya tengo yo unas ganas de verlo que me muero.

–Es guapo.

–No digo sólo eso, tonta. Su desparpajo. A ver, ¿sabe hacerlo bien?

–¿El qué? ¡Oye, que no me ha hecho nada!, ¿eh?

–No, si era mucho pedir. –Ahora la carcajada hizo volverse a Flores, a lo lejos.

–Oye, vámonos. Ya está bien. No sé para qué te digo nada… –Dedi se levantó de la mesa pidiendo a Flores con un gesto que le cobrara. Cogió el bolso. Riéndose, Charo la siguió, susurrando a su lado, con la cabeza pegada a su hombro, la boca contra su oreja:

–Ojalá te devore, empezando por los pies y hasta el último pelo. Que tiembles. Que te coma y te muerda y te guste… Ja, ja, ja.

–Qué bruta, madre mía.

–Y tú, qué sosa. Sor Dedi. Ja, ja, ja…

Tenía la sensación de estar tirando la vieja piel con sus escamas al borde del camino. Perdería el color. Se secaría, la morderían los pájaros, las ratas. No sabía adónde se dirigía, sólo que la oscuridad y el frío la empujaban hacia adelante, hacia la luz del fondo. Se dejaba ir.

De repente Flores había dejado de sonreír y estaba plantado cortándoles la salida. Las dos habían hecho ademán de sacar el monedero del bolso para pagar. Pero no, no era eso lo que quería decir el camarero.

–No, perdónenme, no hay prisa, ahora les cobran al salir. Es otra cosa. No pasa nada, tranquilas. –Las dos se sorprendieron, abrieron los ojos. Dedi se asustó. Mayo no había ido con ellas. Charo, que iba carcajeándose, paró en seco.

El salón se había ido vaciando, casi era la hora de la comida; los espejos reflejaban otros espejos, como en un túnel desierto.

–Qué cabeza tengo, perdóneme; ahora he caído en la cuenta de que la conocía –dijo Flores–. Ya estuvo aquí el verano pasado, ¿con la perra verdad? ¡Vaya aventura!

–Claro, claro… –Charo, que de pronto también recordó algo que daba por olvidado, ladeó la cabeza–. Todavía me avergüenzo. No sé cómo podrán disculparme –dijo–. Por eso no la hemos traído. –Dedi observaba al camarero.

–No, por favor, tráiganla cuando quieran, con toda confianza. Sólo faltaba eso. No tuvo ninguna importancia. Ya estaremos alerta. –Rio abiertamente–. Era un animal precioso. Lo es, vamos.

–Bueno, bueno, es usted muy amable. Ya veremos. Pero no volverá a pasar.

Ya les habían cobrado y estaban en la puerta. Flores las acompañó hasta la calle, cuando salieron cerró por dentro; el comercio hacía un descanso hasta las cuatro, hora en que volvía a abrir.

–Nada, nada, no se preocupe. Con la correa no pasa nada… –Su

abultado vientre subía y bajaba al ritmo de su risa, como una válvula hidráulica.

Sí, se habían conocido de niñas, pero desde entonces no se habían vuelto a ver. Sus padres habían tenido tratos comerciales, había habido entre los dos, lo recordaba Dedi, mucha confianza. El padre de Charo había sido militar, coronel o quizá general, un militar de alta graduación, del cuerpo de Ingenieros. Una vez excedente del ejército, se dedicó a la importación y exportación de productos químicos para explosivos, un terreno que conocía bien. Se veían con frecuencia y algunas veces el padre de Dedi visitó, acompañado de alguno de sus hijos, la casa en la que ahora seguían viviendo Charo y Leonora –y Mayo–, en la calle Valenzuela, en Madrid, al lado del Retiro. Dedi recordaba la casa, aunque ella era muy pequeña entonces. Muy cerca vivía Ortega y Gasset. No había tiendas por aquellas calles.

Sin embargo, todo le resultó extraño cuando llegó para instalarse allí mientras siguiera los cursos de Análisis de Laboratorio. Charo ya los llevaba muy avanzados. De hecho, fue una carta suya –Mercedes y Leonora seguían escribiéndose, y a veces hacían a Dedi y a Charo poner unas letras– lo que la empujó a interesarse por esos estudios. La impresión que daba era la de que habían sido los primeros con los que se había cruzado. En la carta, Charo le hablaba de sus clases. Dedi decidió que haría la matrícula para el curso siguiente.

Tenía un buen recuerdo infantil de su amiga. Durante años se habían intercambiado por correo pequeños regalos, bombones en cajas de taracea, unos guantes de piel, un cepillo de nácar, una bufanda, un muñeco vestido de granadero que bailaba sobre una caja de bolitas de anís. Cintas, pinzas, diademas.

Llegó a Madrid una tarde de principios de otoño, todavía clara. El cielo estaba pálido. El Retiro parecía estar en verano aún, pese a que los castaños habían perdido el verdor y los iba mordiendo el óxido: una punzada en el corazón.

Charo y su madre fueron a buscarla a la estación; los padres de ambas ya habían muerto años atrás.

El equipaje de Dedi no ocupaba nada en el maletero del Alfa Romeo; a Leonora, hundida en el asiento delantero, no se la veía desde atrás. Una vez en la que se había sentado detrás, precisamente, Charo se la dejó pie a tierra en una gasolinera en la que su madre se

había apeado para ir al baño. Al cabo de unos minutos, alertada por un presentimiento, metió la cabeza entre los asientos y comprobó que estaban vacíos, dio marcha atrás y, al regresar a la gasolinera, encontró a Leonora dando vueltas en medio de la explanada; los operarios de los surtidores corrían detrás intentando darle caza: podía acabar atropellada.

Las puertas del coche se cerraban con un ruido acolchado, de camarote.

La casa de la calle Valenzuela, el ascensor traqueteante, la rejilla rizada. El piso, con la misma luz, la misma neblina de su infancia que creía haber olvidado, le pareció, eso sí, más pequeño; no reconocía su trazado, las paredes grises, sólo esa especie de niebla con la que desde entonces asociaba la ciudad entera, sobre todo el Madrid de las mañanas de invierno.

Menos habitaciones, pensó. Las dos mujeres compartían la misma, la que había sido dormitorio del matrimonio. Al lado, el despacho, reconvertido ahora en sala de estar, en el que Leonora daba sus cabezadas frente a la televisión. Hay dos canales, le dijo a Dedi, la primera cadena y la de UHF, ¿no lo veis allí verdad?

Mayo era la reina de la casa: era un animal imponente, movía el rabo sin cesar, la miraba, alzaba la cabeza, estaba intrigada, las orejas en punta, el fino hocico levantado, brillante. Charo la hacía tumbarse, pero las orejas y el hocico no se plegaban, más levantados todavía.

Había retratos pintados. Medallas y bandas, una gran cruz en una vitrina, fotos. Los muebles evocaban una época romántica y anticuada, rimbombante y soñadora, pero en el fondo moderna, reciente, de cuando por romanticismo, hacia los años cuarenta, se entendía en España una cosa muy particular: algo teatral, melodramático, como los cortinajes de color corinto, los polisones de los anuncios recortados que Max Ernst utilizaba en sus collages. En España, el estilo aquel, a fin de cuentas tan cinematográfico, tomó un aire administrativo.

Por aquí, por allá, Charo había ido insertando en esa panoplia objetos actuales, imágenes de otro mundo y otro tiempo o, en el otro extremo, de alguna fabulosa antigüedad. Un ábaco, que era en realidad un calendario chino de madera lacada en rojo que alguien le trajo de Londres. Cuadros de un pintor amigo –te lo presentaré, iremos al estudio–, manchas abstractas, estrellas, inflorescencias en el espacio, como en los paneles que decoraban las cafeterías en las que servían platos combinados. Una colcha lisa, gris, casi blanca, sobre

una cama muy baja, japonesa, según Charo.

–Éste será tu cuarto.

Había una estantería con libros y fotografías en color, suyas y con amigos, apiñados en torno a una mesa larga, bajo los arcos encalados de alguna casa rústica, con cubierta de cañizo, todos muy morenos, en traje de baño.

–¡Rosarioooo!

–Pero, madre, no grite, si estamos aquí. ¿Qué quiere?

–Dile a la niña cuál va a ser su cuarto, que deje sus cosas. A ver qué le parece.

–¡Pero si estamos aquí, madre! ¡Bien, todo bien, no se preocupe! –Charo se inclinó hacia Dedi–. Sigues siendo una niña para ella. Todos somos niños. Me paso el día gritando, ya lo comprobarás.

Aquel día que recordaban ahora, habían notado el revuelo a la entrada de la cafetería, junto al mostrador de los pasteles y las tartas, pero estaban demasiado embebidas en la conversación.

Algo pasaba. Charo entornó los ojos. Llegaban voces. Algunas risas. Un remolino de camareras atareadas. Señoras que pegaban la espalda contra la pared dando gritos.

Casi al mismo tiempo que Flores, anticipándose al camarero y a sus palabras atropelladas, cruzándose entre sus piernas, se presentó Mayo, muy alterada, con los bigotes y el hocico cubiertos de nata, de crema, con la cabeza y las patas espolvoreadas de azúcar glas, relamiéndose. No paraba de dar vueltas sobre sí misma, como si le hubiera picado una avispa en la cola.

En la entrada, las camareras limpiaban el destrozo; pasaban paños, los escurrían; recogían las bandejas volcadas, fregaban los pegotes de nata. Charo se levantó como empujada por un resorte y le pegó en el hocico mandándole que se tumbara; le pegó en todos los sitios menos en las orejas. Mayo se tumbó planchada sobre el suelo, todo menos la cola.

–No, por Dios, no le pegue, no pasa nada. –Flores había abandonado al fin su serena circunspección. Sentada a la mesa, pero

erguida en posición de alarma, Dedi se había llevado las manos a la boca, una mezcla de disculpa y risa; estaba asombrada.

–Bueno, pero dígame por favor lo que le debo. –Sacó la cartera atropelladamente del enorme bolso, que cayó al suelo desparramándose pesadamente como una manta húmeda; salieron tubos, pequeños envoltorios, bolígrafos, pintalabios, pañuelos de papel usados. Dedi lo recogió todo.

–No, no, sólo faltaba, no se preocupe. Clientes de toda la vida. Nada, nada…

–Pero, por favor, eso no puede ser… Precisamente por eso. Dígame, dígame lo que debo.

Se sentían niñas y antiguas reinas a la vez, lo parecían. Dedi, llena de vergüenza, caminaba empujada por un imaginario vendaval que la lanzaba hacia adelante, como en alta mar. El sol centelleaba en la acera, en los parachoques cromados de los coches estacionados; saltaban chispas de luz. Las amigas avanzaban sin ver nada alrededor, sumergidas en sus risas y en su azoramiento por lo ocurrido, los hombros juntos, apoyándose una sobre la otra, a tropezones. Se chocaban con la gente. No lo contarían en casa: hicieron vanamente ese juramento. Mayo tiraba de la correa y las guiaba por donde ella decidía, muy nerviosa; las tres iban como una cuadriga desbocada, sin dirección.

Callejearon por ahí, sin rumbo. El frescor de los soportales en la plaza de los Carros. No se les iba de la cabeza el hocico de Mayo, cubierto de nata. La cara de Flores, de las camareras, pobres. Juntaban sus mejillas, la perra tiraba de la correa, no oían los ruidos alrededor, Dedi no sabía quién la saludaba al pasar. Enfilaron la travesía de los Juanes, volvieron sobre sus pasos, salieron hacia las avenidas, atolondradas.

Cuando Dedi se incorporó a las clases, Charo estaba haciendo las últimas prácticas, que significaban el final de sus estudios.

El edificio, en la Ciudad Universitaria, era pequeño, un pabellón anejo a alguna de las facultades, Medicina probablemente. Sólo tenía dos alturas y un aire provisional, como los barracones de campaña. Vigas metálicas a la vista, muros y cubiertas de algún material prefabricado, aulas con tabiques de ladrillo rojo, ventanales anchos. En las salas de pruebas y análisis, había aparatos y utillaje en armarios acristalados y grandes pliegos de registros en cajones planeros. Amplias mesas con tableros negros contrachapados, altos asientos giratorios. Olía a sol y a polvo, a alcohol caliente.

Charo tenía movimientos de libélula, o de cierva con cría. Los brazos, largos y ondulantes, acababan en unas manos de dedos como puntas de pañuelo, como plumas. Dedi notó pronto que su amiga procuraba no pensar en nada que contradijera su afán de vivir, que le pudiera hacer resistencia. Lo suyo era desear una cima, cultivar una imagen de amazona intrépida, vencedora. Su voz de hombre.

Pero la ironía ácida de sus juicios, sus juicios unánimemente despectivos, la delataba. Su habilidad para poner motes precisos a la gente, todos desdeñosos. El resentimiento había afinado sus labios. En el fondo, pensaba Dedi, sufre un desamparo y una insatisfacción constantes que se notan en cada una de sus frecuentes y estilizadas carcajadas. La distinción, que era el motor de su vida, se le hacía cada vez más difícil de lograr, se alejaba de su alcance como el otro lado del horizonte, siempre huidizo. Contra ella conspiraba una realidad traidora, llena de mediocridades y miserias vulgares. Sabía dónde estaba cada semana el bar de clientela más escogida, pintores, novelistas, campeones en deportes minoritarios, esgrima, cesta punta. Algunos amigos suyos habían abierto tiendas de muebles modernos, por ejemplo, H Muebles, o Cores & Sota, en la calle Jorge Juan, muebles oscuros, rectos, de líneas esenciales, anchas mesas lacadas, sillones negros de cuero con tubos de acero sin juntas a la vista. Según dijo, pensaban fabricar tapicerías con diseños de artistas de vanguardia, tenían galerías. Conocía a Willi Wakonigg, al arquitecto Rafael Aburto; los había oído hablar de las telas de Afganistán, del Tíbet, de una colección de kaftanes.

Los chicos vestían con trajes de pantalones ajustados, a algunos les quedaban cortos, camisas blancas, corbatas escuetas. Pero no eran mayoría. Pronto comenzaron a verse las gabardinas. Las chicas acudían en grupos, algunas llegaban tarde, quitándose los guantes y metiéndolos en el bolso; el profesor, un señor grueso y calvo, con bigote y gafas sin montura, con bata blanca, interrumpía la clase cuando entraban.

El parque del Retiro comenzó a vaciarse, parecía estar más lejos. Charo la acompañó el primer día de clase, a pesar de que ella ya no tenía que ir allí; José María las llevó en su coche. Era un día despejado, fresco.

Los altos chopos estaban amarilleando. El vestíbulo del pabellón parecía desde el interior mayor de lo que era, una cuestión de proporciones. Las escaleras que conducían a las aulas formaban al terminar una platea con balconcillos de aluminio dorado, una incongruencia. Dedi apenas habló con nadie aquel día; vio a todos demasiado ilusionados, o eso creyó. Mucha gente parecía conocerse. Dos chicas se le acercaron, intercambiaron frases hechas. Al salir, Charo y José María ya estaban allí para recogerla, sonrientes.

Cuando llegaron a casa, las estaba esperando Armando.

–Ya era hora de conocerte –dijo–. Aunque en realidad creo que te conozco demasiado. Para Charo eres como una actriz que está de gira, una estrella.

–¡Por Dios! –Se sintió rara, se sintió otra, en el centro de algo.

El tema preferido de Charo, cuando él no estaba presente, era Armando, del que, según decía, no quería hablar. A Dedi le pareció que estaba obsesionada, con él y con ellos dos; todas las charlas aleatorias parecían conducir a lo mismo, significar algo relacionado con él de una u otra manera, por remoto que fuera el asunto. Armando era el centro de sus quejas permanentes, el obstáculo, la raíz o el blanco de su frustración profunda, muchas veces soterrada, imposible de arrancar sin levantar alrededor toda una superficie de terreno demasiado amplia, como la que oculta las raíces de las peonías, la flor bulbosa de los robledales que excava galerías interminables. Sus reproches continuos, su admiración por él.

Armando era alto, suntuoso, excesivo, con un desparpajo que se sabía un signo de dominio sobre lo que le rodeaba. Era excéntrico, se

gustaba a sí mismo. Vivía en un apartamento –así lo llamaba él– que era en realidad un piso enorme, exactamente igual que el de sus padres, quienes vivían debajo. Lo tenía lleno de objetos heterogéneos, máscaras, matrículas de coches del cuerpo diplomático, un caballo de escayola de tamaño natural pintado de negro brillante, un pinball, un sofá que había hecho subir de la calle a unos mendigos, a quienes invitó luego a comer en un restaurante que frecuentaba, La Bocana. Parecía no tener nunca nada que hacer y al mismo tiempo estar embarcado en operaciones muy importantes. Comía y cenaba todos los días con gente con la que trataba de esos grandes asuntos entre risas. Viajaba mucho, se quejaba de ello, estaba encantado.

En algunas de esas comidas, las de verdad, Armando acompañaba a su padre en lo que tenía visos de ser un período de transición para el traspaso definitivo a sus manos de los mandos de la compañía maderera que el padre había fundado y convertido, al parecer, en una caudalosa fuente de beneficios. La compañía estaba radicada en los montes de Segovia. El padre se había pasado la vida yendo y viniendo de Segovia a Madrid a diario, hasta que abrieron un despacho en Juan Bravo.

Los aplazamientos de las citas con Charo eran continuos; de Armando colgaban, al menos nominalmente, las relaciones públicas de la empresa. Sus llamadas, de pronto desde otras ciudades, alguna vez desde el extranjero. Tras ellas desaparecía días, semanas incluso. José María, el hermano de Charo, nunca hablaba de él.

El pelo se le había aclarado tras el verano. Estaba muy moreno. Tenía unas piernas largas; las suaves manos, nudosas. Aparentaba estar por encima de cualquier situación, todas parecían creadas por él. Hacía chistes en los que los amigos artistas y románticos de Charo no salían bien parados. Se mofaba de su buen gusto y su refinamiento, hacía ver lo peor: que todo eso en ellos era una adquisición, no algo consustancial. Solía hablar alto, gesticulando. Charo daba a entender entonces que ya conocía la obra y no era preciso quedarse hasta el final; se daba la vuelta, segura de que él ya tenía público suficiente.

Una noche quiso llevarlas a uno de sus restaurantes favoritos, que con frecuencia eran tabernas olvidadas y vueltas a reflotar por amigos avispados, o casas de comidas indiferentes en las que alguien había descubierto algo exclusivo que no debía divulgarse. Se presentaba como dueño de secretos recónditos, reservados a unos pocos. Éste no es importante ni lujoso, decía, eso para los ricachos. Se llamaba La Fuencisla, parecía una casa de comidas de barrio. Me trajo aquí el conde de los Andes, dijo, alguien que sabe. Estaba en una bocacalle

que daba a Hortaleza. Las aceras, rotas. Obras en la calleja, de las que salían frío y humedad. Pidió la cena para ellas sin preguntarles: sopa de cebolla, cocochas, un vino catalán. Las paredes estaban llenas de fotos dedicadas de actores, de escritores, Edgar Neville, Mario Cabré. Cuadros de toros. Armando saludó al dueño cuando éste se acercó a la mesa con una gran sonrisa. Charo ya había estado allí.

–¿Qué quieres hacer después? –preguntó Armando a Dedi.

–¿Después de qué?

–Cuando acabes los cursos. ¿Tienes pensado algo?

–No lo sé… –Para Dedi ningún después tenía importancia, no había pensado en ello, sencillamente. El laboratorio de don Ángel no era propiamente un después. Todo sucedía ahora.

–Hombre, tendrás alguna idea… Me imagino –dijo Armando muy seguro– que allí se es lo que se es. Nadie cambia. Un médico, un ebanista nacen con una condición que no va a variar en toda la vida, quizá la misma que tuvieron los padres, los abuelos, cada uno en lo suyo. Aquí eso no existe: nadie tiene una condición de partida, a lo largo de la vida puede cambiar muchas veces, las personas son lo que hacen.

–No sé, un amigo… –Dedi, un tanto intimidada, miró a Charo esperando que ella hablase. Pero Armando se adelantó dirigiéndose a su novia y cortando la conversación que él mismo había iniciado.

–Tengo en casa lo que me pediste, si quieres lo coges ahora. Las fotos, también. Perdona Dedi, es que, si no, luego se me olvida –dijo volviéndose hacia ella.

–Menos mal. Por fin te acuerdas –dijo Charo–. Ya es un poco tarde. ¡Pero bueno, por fin! ¡Ya es hora!

–No me riñas, no empecemos.

–Es que es verdad. Cuando prometes algo, ya puedo esperar sentada. ¿Y estaba la de Federico y Lola en la cascada aquella? Fue un momento bonito.

–Sí, sí, también está esa. Un poco cursi, la verdad.

–Bueno, lo que tú digas –dijo Charo mirando hacia la puerta del restaurante, dando a Armando por imposible.

Al salir la calle, muy estrecha, mal iluminada, estaba mojada; habían caído unas gotas. La noche era tibia todavía. Alrededor había palacios con muros ennegrecidos, desconchados, que ahora eran edificios públicos o academias, escuelas; tenían ventanas altas con rejas sucias, algunas con luz, seguramente del personal de limpieza. Pasaban tranvías de camino hacia la Gran Vía.

Las disputas continuaban.

–Hoy no vamos a aburrir a Dedi, que acaba de llegar. Desde ahora hay que hacer planes para los tres. –Armando tomó a Dedi el dorso de su mano y lo besó mientras caminaban por el medio de la callejuela.

–Dedi piensa en sus clases, que para eso ha venido. Además, cualquiera se fía de ti y de tus planes, Armando.

–Pero ¿tú has visto cómo es? –Armando se dirigió a Dedi pidiendo su intercesión al entrar en el coche–. Pues así todos los días. ¡Soy el santo Job! –gritó, y resonó el eco encajonado entre muros.

–¡Síííí*í*, claro! ¡Lo que tú digas!

A Dedi le dio la impresión de que para Armando todos los días, los momentos, las personas eran ocasiones para brillar, aunque devoradas en realidad por la impaciencia de estar en otro lugar, en otra ocasión, con otras personas. Ninguno de los dos era ya lo que se dice joven. Un día iba a dar una fiesta en su apartamento. Ya verás, dijo.

Estaban llegando a casa.

–Mañana me voy a Bilbao, tengo que ver a Soraluce. –Charo conocía de sobra los nombres que lo rodeaban, pero sabía que aquellos de los que hablaba no eran todos. Era un prestidigitador. Charo conocía sus trucos, él lo sabía.

–¿Viajas mucho? –Por lo general, el lenguaje de Dedi, salvo cuando estaba con Asun o con la propia Charo, estaba hecho de frases que no implicaban gasto alguno, puras cortezas, modos de envolver el tiempo en la convención. Se quedaba detrás de las palabras, parapetada; tras ellas se sentía segura. Decir lo consabido, sin exponerse.

–Más de lo que me gustaría. Pero así son los negocios. Ya estoy deseando volver.

–Síííí*í*… –dijo Charo.

–Charo, ya vale. –Armando había detenido el coche frente al portal.

Ahora estaban las dos en la cabina del ascensor, frente a los espejitos. Armando, que había esperado a que entrasen, les lanzó un beso sacando la cabeza por la ventanilla.

Leonora aún estaba en pie cuando llegaron; le había dado por tender ropa en las cuerdas del patio, eran más de las doce:

–¡La loca de arriba! ¡Ahora le da por tirar las pinzas al patio, con fuerza, como si fueran piedras! –No las vio llegar, gritaba a solas.

–Pero ¡¿qué dice, madre?! ¡A estas horas no hay nadie en el patio! Dios santo, hay que ver con esta mujer… –Pero no se paró, siguió andando hacia el dormitorio, lanzó el bolso sobre la cama. Mal humor.

Dos o tres días después de su llegada, despertó a Dedi un ruido seco, profundo, en mitad de la noche. Un ruido que parecía de un bulto pesado que hubiese caído en el patio interior. Algunas ventanas se iluminaron. Había gritos. Carreras por la escalera. Había estado preparando cosas para las clases, fotocopiando documentos; estaba muy cansada, tenía sueño. A pesar de eso, Charo entró en su habitación; habían llamado a la puerta algunos vecinos.

Un muchacho se había tirado desde arriba. El cuerpo ha caído como un fardo, dijo.

–Estaba desesperado, se había puesto tremendo de gordo –decía Charo a la mañana siguiente–. Nicolás, un pobre chico. Un desgraciado. Se negaba desde hacía meses a salir de casa; me lo dijo hace unos días doña Luisa. Pobre madre.

El invierno. Las tardes cortas. Aún más: inexistentes. Los globos de luz amarilla en los descansillos de la escalera. Los atascos en el interior de un taxi, en el anochecer lluvioso, mientras el parabrisas barría las ráfagas de luces rojas lanzadas por los coches que iban por delante, eran instantes para la tristeza, vacíos en el tiempo, páginas en blanco. Duelen tanto que dan ganas de llorar; decía Dedi.

En el Retiro había mañanas de bruma, una débil luz que, al otro lado de una pantalla opaca, se difuminaba enredándose en los troncos de los pinos romanos, inclinados sobre las pendientes que acababan en las verjas. Los cedros, erguidos; los castaños, desnudos. Los senderos,

enfangados por una pasta de tierra y arena blancuzca, lascas de hojas reblandecidas que se pegaban a los zapatos.

El sol de enero sobre las paradas de los autobuses, en la Ciudad Universitaria; el vaho helado de la primera hora del día. La bruma, que abolía la distancia. Los abrigos de los estudiantes, con el cuello alzado, y los de las ancianas que van al mercado se ven desde el autobús. Los cables, de lado a lado de la calle, sobre el vacío, como cuerdas de un equilibrista. Así me figuro Milán, decía Charo, Turín, donde nunca había estado. Cuando terminó sus prácticas iba muchos días a buscar a su amiga y acompañarla a casa. Entraban por el pasillo con la nariz helada.

–Eso es para ti –dijo Charo señalando una bandejita de cerámica en la consola de la entrada.

Una carta de Asun. Estaba enfadada, se notaba pronto: los celos de la amistad. Se notaba el gesto contrariado, el doble impulso que había llevado sus letras hasta el papel, la honestidad con la que quería saber de su amiga y, al lado, el reproche oscuro. La mención a «tus nuevas amistades» acababa con toda la incertidumbre, en la que mal que bien podía haber permanecido todo igual que siempre. Pero ahora ya era imposible. La irreversibilidad de las cosas. Esas palabras abrían una zanja que Dedi no sabía con qué rellenar después de haber sido excavada. Estaban ahí, escritas, demasiado claras, y no permitían saltar a la otra orilla del ancho río que ahora pasaba entre las dos. Lo concretaban de una manera que a Dedi le pareció brutal.

Asun, pese a todo, le pedía que le comprase dos pares de medias en el sitio de siempre, Asensio, la corsetería que les gustaba tanto a las dos. ¡Qué tontas éramos!, decía al contarlo años después, cuando iban juntas a Madrid, de Pascuas a Ramos. Medias de cristal, ¡qué tontas éramos!

Pero aquello era una excusa con la que pretendía matizar el enfado. Asun la quería para ella sola, y la verdad es que Dedi llevaba ya unos meses en Madrid sin ocuparse de su amiga. En Navidad, cuando volvió a casa, no se habían visto. Y ahora, no, no se había acordado de llamarla ni de escribirle. Demasiadas gestiones, clases, gente, pensaba en su descargo, pero no le servía. Y Charo lo teñía todo a su alrededor como un cristal que coloreaba los pasos y las distancias, determinaba su radio y el campo de su autonomía, como la soga de la

que se prenden los montañeros, los espeleólogos que bajan a las cuevas.

Asun sentía por ella un verdadero y peligroso amor fraterno, una admiración con la que había crecido, que se había hecho más profunda siendo ya las dos adultas. Pero Dedi sólo se pertenecía a sí misma y, aun sin saberlo, inadvertidamente, estaba envuelta en su propia condición aérea.

Dedi apenas si vio a Armando dos o tres veces más durante el invierno, a pesar de los eufóricos planes iniciales. Así es con todo, decía Charo, una especie de fuego de artificio, un estallido de colores que se borraba en la honda caverna de la noche. Finalizados sus estudios, el trabajo futuro de Charo dependía de un amigo de Armando, de un amigo de su padre, mejor dicho. Un médico que trabajaba en La Paz.

El de Dedi, con sus hermanas y amigas, por descontado había sido siempre un reducido universo personal, pero a ella siempre le asombró la poca gente que, en el fondo, componía el círculo que constituía para Charo el mundo habitado. Lo propio de las élites, pensaba Dedi recordando una cosa que había dicho el doctor Santisteban.

En el caso de Charo, esos cofrades de su círculo de escogidos adoraban la democracia, la libertad; eran partidarios de la justicia social, de la moral más laxa: todo era cuestión de estética. La injusticia y la falta de libertad significaban para ellos ordinariez, simplemente, una zafiedad que debía ser repudiada. Charo descolgaba el teléfono, alguien al otro lado se hacía cargo enseguida de su necesidad, ponía la influencia a su servicio. Siempre lo mismo. Un amigo, un hermano del amigo, la tía de Armando, el hijo del amigo de su padre. Mucha gente siempre solícita, pero poca en realidad. Y todo desde el sofá. A veces alguien se resistía, había que llamarlo varias veces.

–Deja eso ahora, Dedi. Vámonos, tengo el coche abajo. Hace un día espléndido. Para eso no hemos venido de vacaciones –decía Charo cualquier día de finales de julio; nada importaba más que la felicidad, el sol de la vida con su zumo.

–Espera, es un momento, no puedo estar viendo esta suciedad y no hacer nada. ¡Esta Emi!… –Emi era la encargada de ese tipo de cosas; tampoco Dedi cargaba con tareas domésticas concretas.

–Venga, déjalo –la conminaba Charo–. La limpieza es una

vulgaridad –decía. Su habitación en Madrid era una leonera. Si le hacía a alguien un regalo tomado de allí, un peine, por ejemplo, no lo lavaba, no se molestaba, pelos enredados, la caja abierta de una crema.

–Me gustaría presentarte a una persona especial, podemos ir un día a verlo a su estudio. Es pintor. Xisco Beceira. Está cerca, aquí al lado.

Francisco Castro Beceira –firmaba Xisco B.– tenía el estudio en un ático con una gran terraza que asomaba al paseo de Recoletos, entre las plazas de Colón y Cibeles. Era gallego de un modo imborrable. Había viajado por muchos países, en algunos de los cuales había hecho exposiciones. Había vivido casi diez años en Brasil. Ahora preparaba una exposición que se celebraría pronto en la Casa do Brasil, en la Ciudad Universitaria, un edificio moderno, rectilíneo, sereno, de una planta, que parecía pegado al césped, a la horizontal del terreno.

El estudio era enorme, un espacio diáfano en el que, salvo un cuarto de baño que se distinguía al fondo tras una cortina de plástico, junto a una fila de peines móviles, metálicos, anclados al techo, todo se confundía, nada estaba predeterminado a ningún uso que no fuera el arte. La cocina y su banco corrido, el gran camastro rodeado de estanterías a media altura cuajadas de libros, sofás dispuestos aparentemente de manera aleatoria, un taller que parecía de carpintero, otro, de escayolista, todo junto, mezclado. La cama, deshecha, a ras de suelo. La pared junto a ésta estaba recorrida hasta la mitad por un zócalo de telas amazónicas clavadas con chinchetas, tejidos con dibujos escalonados en forma de pirámide o de zigurat, de colores vivos.

Había montones de lienzos apilados, cargados de materias que habían hecho cuerpo con su soporte. Sacos de arena de río, papeles clavados con grapas a la pared que eran como planos de algún edificio, como mapas, como croquis geológicos. Apenas quedaba espacio en la terraza, llena de bártulos y embalajes.

Debía de ser, a pesar de todo, un lugar luminoso, de luz incandescente los mediodías de verano, pero ahora, además, todos los ventanales estaban cubiertos por gruesas cortinas que eran meras telas de lino, o de algodón, colgadas de cualquier modo. Algunos de esos ventanales estaban tapados por paneles de madera. Aun así, la claridad entraba por ciertos huecos abiertos en esa muralla, los que el

artista había decidido que eran necesarios y adecuados para su trabajo.

Al llegar, Xisco descorrió algunos de los telones con un brusco y diestro movimiento de brazo. Era una luz invernal.

–¿Una copa? Os puedo ofrecer licor de caña, es impresionante. ¿Lo habéis probado? –Dedi sentía curiosidad por todo, una especie de temblor–. No tengo mucho más. ¿Cerveza?

–Bueno –dijo Charo–, un licor de caña. ¡Dios mío! ¿Hace cuánto, Xisco?

–¡Venga, vais a ver! ¡Así nos entonamos, y todo se ve mejor! Siéntate, siéntate, Dedi, los amigos de Charo son mis amigos.

–¡Y las amigas, no digamos! –Fue la primera gran carcajada de Charo.

Pero Dedi no encontraba un sitio donde sentarse. Las butacas estaban llenas de libros y catálogos, revistas, recortes, fotos. El sofá más cercano estaba cubierto por una especie de colcha delgada, casi transparente, muy desgastada, aunque conservaba un dibujo de animales más o menos fantásticos, o algo así. Dejaba ver un respaldo raído, con manchas antiguas. Sin embargo, Charo no se lo pensó dos veces: antes de que Dedi se diera cuenta, ya se había sentado.

Xisco llevó las bebidas. Al llegar con las manos ocupadas, retiró de una patada un bote del suelo.

–Perdonad, ¿eh? Lo tengo todo manga por hombro, soy un desastre…

–¿Estás preparando algo, aparte de lo de la Casa do Brasil que me dijiste por teléfono? –Charo lo conocía desde hacía años.

–¿Te parece poco?

–No, hombre, ya lo sé. Quiero decir para más adelante, algo fuera…

Finalmente, Dedi se sentó en una extraña banqueta de madera, de asiento curvado, con la forma de una primitiva piedra de moler y con gotas de pintura ya secas.

–Pues, mira, sí, precisamente vengo de ver a Robles en el

ministerio y puede que salga una exposición de arte español en Alejandría, y luego está la Bienal de São Paulo. Hay buenas perspectivas y, además, allí conozco gente; dejé muchos amigos, Marcelo Moraes, Barboza, Euclides Larsson, todo aquel grupo.

–Y, ahora, ¿qué estás haciendo? Oye, este licor de caña o de lo que sea está buenísimo. ¿Te gusta, Dedi? –Dedi aún no lo había probado y se llevó la copa a los labios. Hizo un ruido, brrrr, cerrando los ojos.

–No exageres, no estás acostumbrada. El segundo trago es mejor, ya verás. A mí me vas a poner un poco más, Xisco.

–Claro, siempre me traen cuando vienen a verme de allá.

–O sea, que tienes ya la exposición preparada –dijo Dedi queriendo excusar el abigarramiento de bultos y cajas.

–Prácticamente. Ahora he dejado de firmar las pinturas. Al fin y al cabo, no son pinturas, y además no soy yo quien las pinta, ¿no os parece? Yo sólo colaboro, facilito un trabajo que hace la naturaleza ella sola, la vida, el azar.

–Además de artista, Xisco es un filósofo –dijo Charo inclinándose y adelantando la cabeza hacia donde estaba Dedi.

–¿Quién hace brotar un árbol del pan? –Xisco, que permanecía de pie, al hacer la pregunta levantó la voz; parecía un actor en el escenario interpretando una obra que era un monólogo. Dedi viajaba por sus palabras, por sus gestos.

Era un hombre más bien mayor, pero no era fácil decir cuánto; grande, con barba blanca, el pelo largo, sedoso, blanco también, casi por completo, parecía llevar mucho tiempo sin ir a un peluquero. En todo caso no aparentaba lo mayor que debía ser. Sus movimientos eran rápidos, bruscos, como si antes de todos ellos se hubiera acordado de algo de repente, como quien ante el rastro del olor acude a apagar un horno. Llevaba un jersey grueso, azul oscuro, que se había dado de sí, con dibujo de ochos. Por debajo se dejaba ver una camisa también oscura, de cuadros. El pantalón, de un color y de un tejido indefinidos, lo llevaba caído.

–Brrrr, esto te enciende por dentro. –Charo sacudió la cabeza con cierta euforia.

–Aquí tenéis limón, pon un poco –le dijo a Dedi– en el dorso de la mano, como con el tequila.

–¡Ay, es verdad, que tú hacías eso! –dijo Charo. Dedi lo hizo también; le pareció un líquido denso, quemante, con un dulzor muy escondido, casi una promesa.

Xisco se sirvió otra copa más y apoyó el cuello de la botella sobre la copa de Charo, antes de servirle. Dedi intervino con su mano para tapar la suya.

–Todavía no, gracias.

No les enseñó los cuadros de los peines; sólo vieron los que estaban desperdigados por el apartamento en distintos soportes, o sobre el suelo, apoyados en las paredes. No eran cuadros, eran trozos, fragmentos de realidad, decía. Según él, no estaban hechos por nadie; se han hecho solos, comentó ante un enorme rectángulo cubierto de una especie de materia arenosa, solidificada, en la que habían cuajado leves rugosidades y maclas, huellas de cosas, como tras la colada de un volcán. En cierto modo eran lugares, quería pensar, fragmentos de paisaje en los que todo había sucedido ya.

Dedi pensaba en su vida. Se sorprendió al hacerlo.

–Mis pinturas no son novelas –dijo. Las dos se quedaron mirándolo, inquiriendo con los ojos–. No cuentan nada.

–Hombre, yo encuentro que sí, que tienen mucho…–dijo Charo, pero se quedó a medio camino.

–No, no, no tienen nada que contar. –La interrumpió con vehemencia; se estaba sirviendo otra copa. Ofreció a las mujeres; Charo ya había tomado tres o cuatro. Ahora taparon sus copas a la vez. Xisco había entrado en una especie de trance explicativo que, en realidad, se contradecía a sí mismo.

–No sé, a mí me sugieren muchas cosas…

–Ya, pero no quieren decir nada; es lo que intento explicaros –rectificó–. Que estas pinturas no tienen argumento, no dicen nada distinto de lo que son. Que no cuentan nada. Aquí –dijo señalando un punto del gran rectángulo del cuadro antes de que su mano lo recorriera por entero a dos dedos de la superficie– no pasa nada. Mis pinturas sólo pueden describirse, como un paisaje, como una cara, ¡como tú! –dijo por sorpresa señalando a Dedi–. Aquí no pasa nada. No hay ninguna historia que leer. Lo que hay, es, está, eso es todo, no va hacia ningún sitio.

De pronto, Dedi recordó a sus amigas. Dedi es muy igual, dirían.

–Sin embargo, la enumeración de todos estos accidentes, las rugosidades, los arañazos, la tensión de esa arpillera, todo lo que hay es inaccesible, imposible de recorrer por completo con las palabras. No acabaríamos nunca…

Xisco ahora estaba sentado, abandonado en el sofá, sin posar la copa de licor, haciéndola revolotear en el aire.

–Porque todo está vivo, existe.

–Creo que te pones muy filosófico. –Charo no pudo articular esta vez su carcajada, el licor la tenía cogida con su mordaza.

Xisco era tío de un amigo de su hermano José María y llegó a vivir un tiempo con una amiga de Charo. Era imprevisible. En Brasil había tenido una hija, con la que había venido a España años atrás. Ahora no sabía de ella.

Retiró algunos tableros de las ventanas y descorrió algo más las cortinas. Quedaba muy poca luz, aunque las tardes parecían ya más largas, con esa claridad anticipatoria de la primavera que parece no encontrar su lugar, todavía destemplada. Las materias de los cuadros ya no se distinguían, las caras de los tres eran apenas siluetas. No encendió ninguna lámpara. El apartamento perdió sus límites, no se sabía dónde terminaba.

–Llévate esto. –Aunque se lo veía algo más pesado que cuando llegaron, se levantó con uno de sus bruscos movimientos y tomó un grabado de una carpeta. Era un pequeño aguafuerte de tonos grises muy tenues; la textura difusa de una lejanía y, en primer término, la ribera de un río o algo así, de la que sobresalían unas líneas verticales, como de árboles muy delgados. Se lo entregó a Dedi–. Un regalo, por tu primera visita. Espero que sean muchas más. Lo he estampado donde Dimitri. Para ti.

Era algo muy delicado, del tamaño de una octavilla. El papel, rugoso, esponjoso, grueso, se aplanaba en el centro, en el que había quedado la huella de la estampa, apenas ocupada por esas líneas finas, parecidas más bien a las de los juncos en una orilla. Crecían hacia arriba como por su cuenta, biológicamente, sin que una voluntad ajena las hubiera guiado. Dedi le dio las gracias levantándose para alcanzarlo, lo elogió, le gustó de verdad, volvió a mirar a Xisco, quiso decirle que era un regalo excesivo.

Pero él ya había desaparecido y revolvía otros papeles en un montón, entre las sombras.

–Hoy no tengo nada para ti…

–Ya se sabe, donde hay confianza da asco. –Ahora Charo sí volvió a reír con una gran carcajada de complicidad, interrumpiéndolo.

–Pero, bueno, tú ya tienes muchas cosas. –Al decirle esto Xisco, Charo se dio por agradecida, lo besó fuerte varios segundos, aferrándose estrechamente a sus hombros.

El buril había dejado sobre el barniz unas huellas muy sutiles, casi invisibles, que luego la tinta había ocupado antes de ser absorbida por el papel húmedo, como entre las ranuras abiertas por una cuchilla, por una de esas hierbas cortadas. Otra línea englobaba a los juncos por encima como una bóveda en el aire.

Había hablado también de que el vacío no existe. Todo es compacto, dijo, la realidad, la vida, siempre está todo completo, es intransitivo. Sólo puede ser descrito, no contado.

Ya en la calle, en la confusión del anochecer, Dedi se detuvo para volverlo a mirar. Tampoco Xisco había encontrado nada mejor para envolver el grabado que la bolsa de plástico de una zapatería, después de enrollarlo con una goma. Charo estaba a punto de cruzar un semáforo y tuvo que volver atrás, donde se había quedado su amiga. Las dos estaban algo confusas; Charo, más.

–Espera a llegar a casa, ¿no? Aquí no se ve nada.

–Es un momento.

Las líneas de los juncos tenían distintos grosores según la presión ejercida por la mano sobre el barniz a lo largo del trazo; se ensanchaban hacia la parte central del tallo, casi llegaban a desaparecer al final, como en los inciertos límites de una estela. Parecían hechas por la casualidad, con cierto desdén, sin finalidad alguna.

–Ha recibido muchos premios –dijo Charo, bastante confundida por el licor. Al bajar las escaleras había tropezado y estaba dolorida. Pero nunca ha ido a recogerlos. Una vez le ofrecieron un contrato en exclusiva con Van Cleef, para crear una línea de joyería. Ni contestó.

A Dedi le parecía que todo lo que oía, la alimentaba; que todo iba

a parar a un recién descubierto metabolismo espiritual y éste lo agradecía; que ella era capaz de transformar todo aquello, leerlo y hacerlo circular por su sangre, por su alma.

Aquel estudio parecía haberle revelado algún código secreto, sólo para ella. Se había sentido comprendida, en cierto modo descifrada. Había percibido una especie de hermandad o parentesco perdido que ahora hubiera reencontrado. Había sorbido imágenes y gestos lo mismo que había sorbido el alcohol, sentía su penetración haciéndose carne. Estaba iluminada.

Al llegar a casa y tras pasar por el baño, desvestirse y cambiarse de ropa, se sentaron a ambos lados de Leonora, que miraba fijamente al televisor.

Charo se levantó bruscamente y fue a la cocina. Regresó con una botella de vino recién descorchada y un par de copas.

–¿Quieres? Me apetece muchísimo. Podemos picar algo, también.

–Charo, no deberías beber vino ahora… –dijo Dedi. Leonora, por un instante, las miró sonriendo. No sabía de lo que hablaban. ¿O sí?

–¿Por qué?

–Porque después de una bebida fuerte te sentará mal otra con muchos menos grados. Sienta mucho peor que al revés.

–Uy, uy, uy… –Charo, eufórica, exageraba alzando los brazos y riendo, con la cabeza echada hacia atrás–. ¿Y tú? ¿De dónde has sacado esas sabidurías? Vaya, vaya, nos tenías engañadas, ¿eh?

–Lo sabe todo el mundo, no sé por qué dices esas tonterías.

–¿Dónde has estado? Hace mucho frío.

–Necesitaba despejarme un poco –dijo Dedi, con las mejillas encendidas al contacto con el calor de la casa–. Sí, hace frío. Todavía no habías vuelto cuando salí.

–¡Pero estás calada! –dijo Charo echándole en el baño una toalla por encima y frotándose con ella la cabeza. La sintió seca, caliente, acogedora como un refugio con la chimenea encendida en la alta montaña–. ¡Por Dios, cómo te has puesto! ¡Y la perra, igual! Anda, anda, cámbiate pronto de ropa. ¡Santo Dios! Pero ¡¿no veías cómo llovía?!

Charo sacaba a pasear a Mayo al anochecer. También antes de que amaneciera. Hubo dos días en los que no la encontró al regresar de las prácticas. Hacía frío. La calle olía a humo de carbón y estaba mojada por una lluvia constante y fina. Le extrañó: Dedi tampoco estaba; le solía decir adónde iba y si tenía pensado sacar a la perra.

La luz del estudio, desde la otra acera del paseo, se veía muy debilitada por la lluvia y la niebla, y las cortinas estaban echadas. Aquélla parecía vibrar, como los espejismos en las carreteras del verano. Había extensos charcos junto a las aceras. Los coches comenzaban a levantar pequeñas olas al pasar lentamente unos tras otros, hacían un ruido como de esquíes deslizándose por una ladera nevada. Se formaban atascos, los cláxones se irritaban.

Dedi se detuvo: no llevaba paraguas, el pelo comenzaba a chorrearle por los hombros del impermeable; el agua se hacía sentir por debajo, lo había traspasado. Siguió allí un rato, se paró en otra esquina. Volvió a la de enfrente, estuvo deambulando de una a otra como un centinela con su perro. Unos pocos pasos y vuelta a mirar arriba, al otro lado del paseo. Creyó ver alguna sombra cruzando los ventanales. Todo estaba lejos, como en la margen opuesta del río; las casas de la orilla con ventanas iluminadas, la noche en calma.

Creyó ver el trabajo allí adentro, los colores de la tierra ofreciéndose a una atención que sabía recibirlos, acompañarlos sobre una superficie agradecida. Los platos hondos en los que se secaban y endurecían las pinturas, las arenas, el polvo de mármol, recordaba que

había dicho Xisco. Su costra arrugada. Sierras de arco. Llanas de albañil, moldes de cocina. Trapos yertos, sólidos, convertidos en pieles fósiles. Tarros de barro y cristal llenos de pinceles limpísimos, suaves, algunos de marta; otros, enormes y redondos como las anchas brochas de maquillaje para acariciar los pómulos. Espátulas como palas.

Había sido un impulso repentino. Había llegado hasta allí sin pensarlo, sin querer, llevada por un camino del que ahora estaba satisfecha, que coincidía con su deseo.

Al volver y antes de tomar el ascensor, sacó un pañuelo del bolso y se secó malamente el pelo, las pestañas, la frente. El lomo de Mayo, las orejas y los ojos.

–Ahora llueve más, no lo parecía cuando salimos –dijo al abrir la puerta, excusándose antes de ser inculpada–. Lo siento, ahora seco a la perra.

–Tú cámbiate, anda. Deja, deja, yo la seco. –Charo acudió con una gran toalla en las manos–. ¡Venís buenas! Anda que… Ponte algo seco cuanto antes. Además, es muy tarde. Pero ¡¿no te has dado cuenta?!

–Voy, voy, lo siento.

–Te paso el secador, y también a la perra. Mayo, ven aquí. ¡Aquí, aquí! –El animal obedeció y se aplastó contra el suelo–. Que, si no, lo vas a dejar todo perdido. Y tú, Dedi, cámbiate lo primero. Anda…

Ahora estaban sentadas, cenando cualquier cosa ante el televisor. Dedi estaba callada, un poco nerviosa; Charo se quedó mirándola. Había explorado un camino, había descubierto un lugar sólo suyo, una especie de trampolín, de avistadero. Desde allí todo parecía al alcance de la mano. Un paso entre las montañas hacia la ciudad sagrada.

Había noches heladoras. El Retiro desprendía el vaho de una respiración húmeda en el aire congelado. Los barrotes de las rejas no se podían tocar: tenía miedo a quedarse pegada.

Al salir de los cines en días que no eran fin de semana, una nube de luz y voces bajas se abría paso en la oscuridad de las calles, todo el mundo en busca de taxi. Iba con Charo muy a menudo, a veces dos tardes en la misma semana, como había hecho con Asun durante años. Vieron El puente sobre el río Kwai, Tú y yo… No se sentía sola ni perdida en ninguno de aquellos lugares. En todos se sentía excitada,

con hambre de tiempo, de días ajenos, imaginarios. Le gustó El cebo, una película misteriosa en blanco y negro; había muy poca gente en el cine, gente sola, tranquila.

La bruma disolvía los edificios de Madrid en la invisibilidad de las alturas, los tornaba fantasmales, suspendidos en la noche. De algunos emergían ventanas con luces lechosas.

Durante el segundo invierno que Dedi pasó en Madrid, Charo se matriculó en unas clases nocturnas de yoga, y ella quedó encargada de sacar a Mayo a la calle.

–¿Qué sabes de Xisco? ¿Cómo le va? No recuerdo cuándo era su exposición.

–¿Qué? –preguntó Charo mientras recogía unos platos para llevarlos a la cocina–. Ah, no te dije, me encontré el mes pasado con un amigo suyo, César Portela, también gallego, y poeta, un loco como él, y me dijo que se había marchado a Galicia, a una aldea cerca de Tuy. Él es de por allí.

–Pero ¿y la exposición?

–No sé, la verdad, era un proyecto. Pero no sé si habrá sido ya o si seguirá preparándola. De todas formas, siempre hace lo mismo. Un día parece que se va a comer el mundo por lo que te cuenta y, de pronto, todo desaparece, se esfuma. –Charo hablaba desde la cocina.

–Me he acordado de repente y pensaba que podíamos ir un día a verlo.

–Unos locos, él y todos sus amigos gallegos. A lo mejor ha suspendido la exposición, vete a saber; no he recibido nada y siempre me manda las invitaciones, eso sí. No se pueden atar cabos con ellos.

–¿Quiénes son ellos? –Ahora Dedi estaba también en la cocina; tenía un vaso en la mano, un paño en la otra.

–¿No te lo estoy diciendo? ¿En qué estás pensando, Dedi? ¡Pues ellos! Él y sus amigos, gallegos y artistas como él. Está César, y luego está otro, José Antonio de Lema, que diseña muebles que parecen suecos y tejidos para tapicerías. ¡Madre mía, cómo se puso cuando se lo presenté a Willy y no le hizo ni caso! A César se le ocurrió hace unos años publicar una colección de poemas en una edición de sólo

cinco ejemplares. Estaban labrados sobre unas planchas enormes de zinc, o de estaño, no sé, un metal. Como las tablas de la Ley. Es poeta, pero no quiere publicar libros. Menuda panda. ¿No te pareció medio loco Xisco?

–La verdad es que no. No sé, su mundo, su casa, me pareció todo muy atrayente. Decía cosas muy interesantes.

–Sí, eso sí; por eso quería que lo conocieras. Pero sueñan mucho, y beben mucho. Y es mejor no hacer previsiones con ellos.

–No, loco, no. Distinto. –Hasta la suciedad es distinta, de distinto signo, según la ocasión, el momento, pensó.

Mujeres con más de cinco sentidos, al menos uno más. Son una raza. En ellas, ese otro medio de relacionarse con el mundo permanece libre, ocioso, en estado de disponibilidad, mientras los sentidos comunes prosiguen activos, cada cual a lo suyo. Este extraño sentido está más cerca de la gracia, del amor y del sueño, conoce su idioma. Las manos, los ojos, pueden seguir perfectamente con su tarea, la boca, los oídos incluso (aunque éstos menos, quizá). Pero ellas, lo más alado de ellas, no están ahí, y nadie lo sabe.

Mercedes encargó a Dedi que fuera a visitar un día a Dora Pascual, a la que llamaba mi modista. Hacía mucho que no se veían, años que no le pedía un traje o un vestido, como había hecho antes con alguna frecuencia. Cuando Mercedes quería poner un ejemplo del colmo de la elegancia y el buen gusto, o de la perfección en la costura, mencionaba a Dora Pascual. No era ninguna celebridad, pero había conseguido cierto prestigio en algunos círculos, ya bastante agotado.

Dedi no recordó el encargo; Mercedes tuvo que insistir por teléfono. Una tarde fue con Charo al taller de la modista.

Recordaba el portal de alguna antigua visita con su hermana, cuando era muy joven. A un traje de chaqueta entallado, con la falda muy ceñida, por debajo de la rodilla, de color avellana tostado, Mercedes lo llamaba el traje de Dora. Estaba en al armario de luna, bajo una funda blanca de algodón; ya no se lo iba a poner nunca. El taller estaba en la calle Luchana.

Entre los ventanucos acristalados de un chiscón de madera pintado de verde había un portero joven, sin uniforme. Parecía haber salido de una pelea, con la camisa fuera, el pelo alborotado, sudoroso. Aunque era de día –una tarde espléndida que adelantaba la primavera–, el chiscón estaba alumbrado, parecía que de manera permanente por una bombilla demasiado cerca de su cabeza. No les dijo nada, salvo las buenas tardes; dio por hecho su condición de clientas del taller. Éste estaba en el piso principal.

Les abrió un hombre de edad indefinida, más bien pequeño de estatura, compacto, muy moreno, con rasgos africanos o, mejor dicho, caribeños, de pelo ensortijado. Dijo ser el jefe de taller; se llamaba José Norberto. Llevaba unos pantalones negros muy ajustados y una

camisa anaranjada pegada al torso, abierta, con un cuello muy alto y unas alas que terminaban en unas puntas exageradas. Debajo de su reluciente papada llevaba un colgante, a la manera de un amuleto, con la forma de un pie que pendía de una gruesa cadena, de oro, seguramente. Era cubano, supieron después, amigo de José Legrá.

–Es mi hombre de confianza. –Dora había aparecido por la ancha puerta blanca del taller que daba al vestíbulo, haciendo crujir la tarima.

Nada más decirlo, se calló, hizo un silencio; esperaba que hubiesen entendido el chiste.

–Mi mano derecha, quiero decir. ¡Qué digo, mis dos manos! –prosiguió Dora–. Queridas, ¡qué ilusión me ha hecho cuando hemos hablado por teléfono y he sabido que vendríais! ¡Cuánto tiempo sin ver a Mercedes! Pero, tú…, tú eres Dedi, ¿verdad? La que ha llamado antes…

–¡¿Cómo está, Dora?! –Dedi exageró el saludo apelando a los recuerdos de la modista, así rompió la rigidez del momento–. Es muy amable atendiéndonos, se lo agradecemos infinito. Sí, he sido yo. ¿Cómo está? Mercedes tenía muchísimo interés en que viniera a visitarla. Se acuerda mucho de usted.

–¡Por Dios, no me llames de usted! ¡Eso me envejece todavía más! Pasad, pasad.

–Es Charo, amiga nuestra.

–Encantada.

–Lo mismo.

José Norberto era el único hombre que trabajaba allí. Había sido bailarín, contó Dora cuando se sentaron en una salita formada por la separación que producía un biombo con paneles de pinturas chinescas.

Una mujer no muy alta, pero seguramente había sido muy atractiva. Su cara relucía, el hueso relucía bajo la piel de las sienes. Tenía los ojos claros, de ningún color en concreto. Llevaba el pelo gris, recogido en un moño con una pinza de carey. Iba vestida de negro completamente, con una falda muy ceñida y una blusa de mangas con hombros abombados que hacía su cintura aún más estrecha. Sus formas, bajo la ropa, no aparentaban las de una mujer mayor. Parecía elástica. Unos dedos muy alargados.

–Entonces, ¿cómo está Mercedes? ¿Por qué no se anima a venir? Tanto tiempo… ¡Ganas de verla!, que diría José Norberto. –Sonrió.

Dedi creyó que la conversación la autorizaba a recorrer con la mirada todo lo que podía alcanzar desde el duro sofá y la mesita de mármol a la que Dora les había invitado a tomar el té. Charo había entrado con soltura; Dedi imaginó que podrían tener amistades comunes.

La sala tenía techos muy altos, como los de toda la casa, con molduras de escayola de motivos frutales, cestas y cornucopias muy repintados que habían perdido el dibujo de sus relieves. Había dos grandes lámparas de araña con lágrimas de cristal, algunos pequeños espejos enmarcados con pan de oro. Era igual que estar dentro de una vitrina.

Al fondo, tras el hueco de una puerta corredera que estaba abierta, se veía el taller, del que salían voces, retazos de conversaciones de las mujeres que cosían sin restar un ápice a la atención que ponían en las agujas y los cortes. Hablaban de hijos, maridos y casas. Parecían referirse a lugares extraños y lejanos. Su mundo estaba allí, al pie de las anchas mesas de madera gruesa y bruñida, bajo la luz de aquellas pantallas formadas por unas grandes semiesferas cóncavas, igual que cuencos invertidos. Su verdadero mundo, pensó Dedi en un instante, lejos de aquel al que las llevan sus palabras, aparentemente distraídas. Semejaban tener activada alguna terminal sensitiva y nerviosa con la que percibían las señales de una dimensión de la vida pegada a los hilos y a las sedas, al calor íntimo que envolvía el taller. Había más de diez o doce costureras, de todas las edades, dispuestas en distintos grupos o mesas de trabajo. Recibían y emitían entre ellas ondas invisibles, señales.

Al entrar Dora y sus invitadas en el espacio de trabajo, las ondas cesaron. Dedi notó que quedaba en el aire una especie de resonancia, como la que los niños creen sentir al entrar en el cuarto de los juguetes justo después de que estos hayan cesado su zarabanda. Se dio cuenta de que el resto de la casa estaba a oscuras; Dora iba encendiendo luces por habitaciones que al parecer habían tenido una función más vistosa.

En una de ellas, el salón, se habían celebrado desfiles, presentaciones de colecciones; aún estaba allí la alfombra por la que caminaron las modelos. Ahora la sala parecía dedicada a cualquier otra utilidad. Al abrir la puerta acristalada y encender las luces, Dora sonrió. Las sillas estaban recogidas contra la pared, unas encajadas

sobre las otras, para dejar espacio a paquetes, cajas de cartón, fundas de tela o de plástico, rollos de cartón que ocupaban el centro. También había desperdigados varios de esos artefactos con ruedas y una barra metálica de la que cuelgan perchas con ropa a los que llaman burros en los grandes almacenes. Las conversaciones pasadas, los silencios entre esas conversaciones, los saludos, los aplausos y el sonido de las pulseras, los perfumes habían quedado allí prendidos de las molduras, de las jambas, un mundo amarilleado por el tabaco y por la humedad, así como por la falta de pintura desde que allí se fumó, con boquillas de plata y baquelita, por última vez.

Pero el sueño de aquel lugar es eterno, se dijo. El paraíso lo era porque en él no existía lo irrevocable. ¿Qué buscas en esas visiones de la aniquilación y el olvido? ¿Qué crees haber encontrado?, se preguntó. Todas las promesas se desvanecen. Las sillas ocupadas en una tarde de pase de modelos. El humo de los cigarrillos. Mujeres con tobillos delgados, modelos con nariz afilada. Las posibles clientas apenas eran distintas. Hombres con pañuelo blanco en el bolsillo de la americana. Las bombillas se habían apagado, los embalajes ocupaban el lugar del distinguido público.

Aquello, insinuó Dora, ahora sólo era un taller de arreglos y de alguna que otra confección para clientas antiguas que traían el modelo recortado de una revista. También era, en parte, una escuela de corte en la que algunas chicas aprendían el oficio de mujeres a punto de jubilarse que habían conocido otras épocas. José Norberto se ocupaba de los papeles, las facturas; sus sueños artísticos seguían elevándose a varios centímetros por encima del escenario.

En la calle Luchana, enfrente del portal de Dora, había una cafetería donde Charo propuso a Dedi tomar unas tortitas con nata. Las hacían perfectas, para su gusto. Se llamaba Ilsa; había varias con ese nombre en Madrid. Un local estrecho, iluminado por tubos fluorescentes; al fondo había unas mesas de formica; las camareras llevaban unos uniformes azules, de un azul muy claro, y blancos.

–Yo también lo siento. Fíjate, Mayo, que es tan inquieta y tan impaciente, llegaba allí y era como si le hubieran puesto una inyección tranquilizante, como si aquel estudio, o qué sé yo, la voz de Xisco… No sé lo que sería.

Dedi recordó los libros de arte franceses, estadounidenses, sus cubiertas de arpillera, en el estudio de Xisco, que, por lo demás, sólo

llegó a visitar tres veces, cuatro a lo sumo, siempre con Charo. No debía de ser suyo. El propietario quería venderlo: le habían hecho una buena oferta. En Tuy la vida era más barata. ¿Qué habría pasado con las exposiciones en Alejandría y con la bienal de São Paulo?

Cuando se detenía enfrente, siempre por la noche, la perra también lo hacía sin necesidad de tirar de la correa para sujetarla. Dedi le acarició la cabeza. Luego siguió mirando hacia arriba, los ventanales negros, las luces apagadas, todo cancelado, sin vida. Era como si nunca hubiera existido. Pero las piedras, las maderas, siguen dejando su huella en las obras que queden allí, cargadas de una materia densa, maternal. Los costurones en las arpilleras estarán resecos, pero habrán alcanzado la serenidad de un cumplimiento. De todos los artistas de hoy, el que más me gusta es italiano, se llama Alberto Burri, había dicho Xisco, pero lo que él hace ya no se puede repetir.

Todo eso ya no existía, se había esfumado, y sin embargo el lugar, incluso visto de lejos en esa noche tibia, casi cálida, era capaz de hacer olvidar cualquier otro presente. Deseaba con toda su alma que nunca se hubiera acabado.

Los taxis circulaban por el carril más cercano a la acera haciendo un ruido continuo, aislante. Había seis carriles; en medio del fragor, los altos plátanos se inclinaban sobre la calzada haciendo una reverencia; también parecían mástiles de barcos encallados, detenidos para siempre.

Siempre era una palabra que sentía suya, una que pronunciaba sin reparar en su significado, a la manera de un mantra o un conjuro. Al decirla no acababa de abrir la cápsula profunda que guardaba en su interior una verdad inasible, aunque tan cierta como la almendra vacía del instante vivo. Bastaba con su eficacia inmediata, su invocación.

Allá en lo alto, el estudio parecía cercano, pero no lo volvería a ver por dentro. La extravagancia de aquellos artistas apuntaba a un lugar inalcanzable pero real; en ese lugar se hacía no obstante posible una comunidad desconocida, como las de algunas tribus del Amazonas aún no descubiertas, ajenas a la construcción narrativa del tiempo y a su planificación amortizadora, asesina.

El estudio de Xisco y el taller de Dora Pascual parecían unidos por algún pasadizo secreto, el túnel que comunicaba las ciudades de un reino. En ambos asentó Dedi ciertas ideas previas con las que ya contaba sin saberlo, es decir, que no eran ideas, sino una especie de

presentimientos inaccesibles a los oídos, a los ojos y a los demás sentidos habituales. Subían por sorpresa a la conciencia; su luz se parecía a la luz del sufrimiento, a la de la inteligencia y a la del día. Porque, ¿cómo podemos saber cualquier cosa, y saber a la vez que la sabemos, sin que ello la destruya? Algo irrecuperable ha quedado entonces atrás, pensaba Dedi, en un país del que no se regresa. Creyó haber conocido el tiempo, la oscuridad del tiempo, su vértigo.

De vuelta a casa, mientras caminaban con rapidez, calle de Alcalá arriba, dejó de percibir el trayecto, lo recorrió sin darse cuenta, entre visiones nocturnas. De pronto estaba abriendo la pesada puerta de madera del portal, polvorienta, pintada y repintada de un verde boscoso.

–He tenido que abrir las ventanas. Enseguida se va –decía Leonora casi gritando, al verla aparecer–. Estaba cociendo leche, se ha debido de salir y se ha quemado, qué rabia. Hace mucho frío, ¿verdad?

–Deje, deje, Leonora, no se preocupe –le dijo Dedi–. Yo lo limpio. Abriremos todas las ventanas. Mejor así, que se ventile. No, hoy no hace frío, al revés. Pero tenga cuidado con estas cosas, por Dios.

Leonora era muy pequeña, se desplazaba sin apenas rozar el suelo, como impulsada por una corriente de aire. En la cocina, había una nevera antigua, muy grande; tenía una forma abultada y un volumen que recordaba las redondeces barrigudas de un submarino o de una nave espacial, era alemana. Cuando Leonora abría la puerta, parecía que el aparato se la había tragado, abduciéndola como un vehículo extraterrestre que fuera a elevarse y partir en un viaje interestelar.

–¡No, Leonora! ¡No hace frío, hace muy buena noche! –exclamó Dedi. Mayo la miraba con las orejas levantadas, alertada por su esfuerzo en hacerse oír.

–¡No busques, no la encontrarás! –gritó Leonora desde el interior de su nave, todavía rodeada de humo–. Ha venido Armando a buscarla. Volverá tarde.

Las tarimas crujían, incluso bajo las alfombras. No sabía por dónde había regresado, por dónde la había guiado Mayo hasta llegar a casa; no recordaba haber atravesado las calles. Parecía haber llegado por el aire, flotando sobre la ciudad, las luces, los árboles, las azoteas, plagadas de antenas.

El olor a quemado había alcanzado el salón, aunque según comprobó Dedi los sofás y los cojines estaban incólumes; pensó

llevarlos a su cuarto, más alejado, pero el terciopelo y sus colores anaranjados y verdes retenían ya el familiar olor al tabaco rubio de Charo. Las mesas con libros, los marcos de plata permanecían, inalterables, en la penumbra. Un secreter de persiana, abierto, sostenía una pequeña lámpara de lectura que daba luz de paz a la casa. La paz de las cosas, que no son para nosotros, pensó, que no tienen recuerdos.

Leonora había desembarcado en la cocina y batía ahora huevos en un plato hondo. Decía algo que a Dedi le pareció lejano, de otro planeta.

7

Caminan tranquilas, algo azoradas por el recuerdo que Flores conserva de Mayo. Han hecho compras, nada especial, asuntos domésticos: la farmacia, la papelería para unos sobres alargados y papel Manila.

La calle animada del mediodía de verano. Conocidas, amigas, con las que Dedi intercambia preguntas, palabras rituales y alusiones a miembros de las familias. A algunas les presenta a Charo. Otras pasan sin mirar, acogidas al beneficio de la duda.

–Es una estúpida, no me ha querido saludar. –Ignorar a Mercedes y a María Emilia es un cargo de importancia. Hacerlo con Dedi tiene menos trascendencia, pero ella también ha aprendido los gestos, y su respuesta de desdén se hace igualmente inevitable.

–¿Quién?

–La tonta de Marilina, la hermana de Pura Morales; nos conocemos desde el colegio. Era compañera de Mercedes. Ahora va con la cabeza muy alta. Una estúpida.

–¿Y qué más te da? ¡Cómo sois, madre mía! –Charo sonríe, como ante la reacción presuntuosa de un niño.

–También es verdad. Llevas razón. ¿Qué me importa?

Dedi sospechaba otra vida. Una certeza que ahora estaba ahí, casi a la mano. El pasado más hermoso podía ser reencontrado al cabo de mucho tiempo, detrás del horizonte. ¿O era el futuro, ensoñado alguna vez? Era preciso atravesar la región oscura de la costumbre. Había amenazas, tormentas de polvo, precipicios. Al fondo brillan diamantes de luz.

La verdad del deseo tiene en la realidad resplandores inconexos, escenas sueltas, endurecidas como piedras preciosas, indestructibles. El punto de luz que hace resaltar en la oscuridad el rostro de un retrato, antes de ser engullido por las sombras; un reflejo en el agua, inasible y permanente a la vez. Captar y retener todo eso es un don de pintores chinos.

–Bueno, pero me has cambiado de tema.

–¿Yo? ¿Qué tema?

–¿Cuándo esperas que venga?

–¡Ay, no sé, Charo! A lo mejor uno de estos días…

–Bueno, mujer, no te pongas así.

–No, si no me pongo de ninguna manera. Me agobias, sólo es eso. Y no tengo nada que contar.

–Vale. Pero compréndeme –Charo no dejaba de reír mientras hablaba–, es la primera vez que te conozco un novio y…

–¡Un novio! Pero ¡¿qué dices?! Ni novio ni nada, cualquiera diría…

–Bueno, llámalo como quieras. La cosa es que nunca te he visto con un hombre al lado, salvo con tu amigo Juan.

–¿Juan Detraux? ¡Bueno, lo que faltaba! Juan es para mí como un hermano, alguien de casa; ha estado siempre conmigo, es como mis hermanos, más que mis hermanos, mucho más, siempre nos hemos contado todo.

–Por cierto, ¿no tenías que pasar por la óptica?

–¡Ay, si ya se me olvidaba! ¡Qué cabeza! Dejé el otro día la montura rota, y son las gafas que más uso.

–Pues venga, vamos. ¿Tampoco sabe nada de Antonio?

–¿Quién? ¿Juan? ¡Charo, por favor! –Dedi se detuvo y detuvo a su amiga, mirándola de frente–. Nadie sabe nada, y nadie debe saber nada. –Giró la cabeza hacia adelante y reanudó la marcha–: Y, además, ya vale, déjame en paz. Vamos a ver si están las gafas.

–Oye, que yo nunca he pensado que Juan fuera otra cosa.

–¿Otra cosa? ¿Qué cosa? ¡Que me dejes en paz!

Se sentaron en unas butacas de terciopelo granate, bajas, como descalzadoras de dormitorio. La óptica estaba hasta los topes. Encima de ellas, suspendidas de la pared, había vitrinas con lentes antiguas y tubos dorados, estuches de cuero con el interior de seda, algunos muy ingeniosos, de formas raras, adaptadas a las de los aparatos que

guardaban. Estantes con higrómetros arcaicos, termómetros, balanzas de precisión. Frente a ellas, un mostrador largo, también con vitrina. Espejos de mesa, redondos, con dos caras giratorias, una de ellas con aumento. Batas blancas.

–¡Mayo! ¡Mayo! ¡Échate! ¡Abajo, abajo! ¡Vamos!

TERCERA PARTE

1

La torca de Valzarón, a unos diez o doce kilómetros de la ciudad, en medio de un paisaje inhóspito, árido, que de pronto, tras el recodo de un camino arenoso, vira por arte de magia hacia una fronda inesperada, como si emergiera de la profundidad, parece la boca de entrada al centro del mundo.

En una planicie en la que no se advierten apenas accidentes hasta el confín de las sierras; de repente surge entre las rocas un cogollo de álamos, aligustres, fresnos y robles, con madejas de zarzales y arbustos de espino, entre los que se forma una piscina natural, profunda, rodeada de peñas grises, algunas muy pulidas, otras como cortadas a plomo en bloques rectilíneos y cuadrados. Junto a los arbustos, se abren otras entradas a cuevas más pequeñas, algunas con pozas que forman cursos de agua en lo hondo.

Árboles altos, copudos, la blandura de la hierba entre las sombras, lenguas de pedregales, matorrales hirsutos y olorosos, la dureza de las espinas. Y, entre los árboles, una gran cascada que vierte a un lado de aquella charca y a otras más pequeñas, entre rocas cúbicas, como dados tirados en algún juego de gigantes.

Mañanas de verano, mañanas frescas hasta la hora del mediodía, azules. Los cuatro o los cinco traqueteando entre risas sobre el remolque Ford de la fábrica, conducido por Salvador. En la umbría de la torca, la luz verde esmeralda filtrada por las copas de los sauces, los fresnos.

Las caderas anchas de Dedi, los brazos delgados, muy morenos. Los pechos crecientes, tensos, sin apenas relieve todavía, bajo el traje de baño rojo. Mila, siempre alegre, alocada, más bien bajita, no muy esbelta. María Emilia, con el pelo de hospiciana, sólo con una braga, parecida a los retratos de Mowgli en las ediciones ilustradas. Las tres dejan a la vez las ropas en el remolque, andan juntas, corren entre risas, hundiendo la cabeza en el pecho.

–Yo te sujeto, tú no hagas nada, pero no tengas miedo. Sólo tienes que dejarte llevar. –Salvador apenas si roza con la palma de su mano el vientre de Emi, por debajo del agua. Ha enseñado a todos a nadar, también a Juan, que suele ir con ellos. La niña chapotea dando manotadas a la piel del río.

–¡Mira, mira yo, como un perro! –Mila quiere que los demás vean su éxito.

–¡Pero no ves que no te cubre siquiera, tonta! ¡Venga, ya casi lo has conseguido!

Las rocas están calientes. Por las aristas, el sol saca destellos del pedernal, chispas de luz. Queman. El agua está fría, como dormida aún en la sombra de la noche. Es oscura. Salvador desaparece en la poza grande; todos lo miran en silencio, hasta que vuelve a emerger con los brazos levantados. Llega algún coche con otros bañistas, los saluda, son conocidos de toda la vida: Manuel Peña Lauder, un empresario de fertilizantes y abonos, compañero de estudios de Salvador en los Paules, con su mujer, Conchita, y sus hijos, además de sus sobrinos, que han llegado de vacaciones. Sus voces, los gritos llamando a los niños, que se han lanzado a correr.

Las chicas han extendido sus toallas sobre las rocas. Ignoran el futuro, pero no solamente lo que vaya a suceder, sino que exista algo así, llamado futuro, un lugar desconocido, un continente ajeno por completo. Dedi, quizá también Asun, comprende vagamente que está ocurriendo un crecimiento, algo relacionado con la savia. Con el destino. No lo ven desde fuera; las compromete desde algo más de cerca, como una mirada extraña que, dirigida desde adentro, les levanta el rubor.

El sol les da en la cara, les ofende; se han tumbado con los ojos cerrados, en el interior de los párpados traslúcidos todo es rojo. El dorso de las manos se sale de las toallas y las palmas comprueban la superficie ardiente de la piedra. El pubis se destaca de la lisura de sus vientres, algo duro, irreversible. Dedi se vuelve de espalda, sus nalgas son muy blancas por donde el traje de baño se ha retraído entre los glúteos. Hablan en voz baja.

Salvador llevaba a todos a pescar, antes incluso de aquellos baños. Dedi, Asun, la prima Mila, las amigas, Elvira Valero, Anabel Carretero, Pili Monsalve, y también amigos, por supuesto Juan Detraux, y Vito, Rafa Teruel, Pedrito Legaz, Ignacio –Nacho– Santisteban. Nadar, montar a caballo. Conducía el camión hasta Los Molinos, una zona alta del arroyo en la que había ruinas y balsas deshechas de viejos molinos harineros. Por delante se extendían unas anchas praderas que terminaban en el páramo, tras una franja de chatos cerros ásperos, grises.

En las fiestas, las llevaba a los toros, las paseaba por los patios de

cuadrillas; asombradas, ellas veían caballos, picadores gordos que fumaban puros. Salvador saludaba a todo el mundo, reía con los conocidos. En verano, de noche, había teatro al aire libre. Fuenteovejuna, El sí de las niñas. En septiembre, desde lo alto de las montañas se oía la ronca berrea de los ciervos invisibles, que subía de los calveros, en las hondonadas. En las mañanas resplandecientes de enero, el remolque del Ford ascendía por cuerdas montañeras hasta las altas mesetas, desde las que se oteaban regiones enteras, cordilleras cubiertas de bosques, cimas nevadas, bruma, países. Arriba, al sol de las alturas hacía mucho calor; al mediodía sobraban los jerséis gruesos. Almuerzos en fiambreras de aluminio preparadas por Avelina, tortillas, filetes empanados, ensaladas de tomate y cebolla (que a la hora del almuerzo estaban recalentados). Gotas de sudor en las sienes.

Era un hombre ágil y fuerte, no muy alto, más ancho que alto, con las piernas ligeramente combadas, como las de los futbolistas. Los hombros, cuadrados, y una cabeza grande y alargada, con el pelo abundante, ondulado y peinado hacia atrás. En el almacén de la fábrica había un par de argollas colgadas de una viga que Salvador y Esteban habían utilizado de chicos como anillas de gimnasia. Se llevaban bastantes años con sus hermanas pequeñas. Las argollas aún estaban allí, con las sogas enrolladas alrededor de clavos muy gruesos, oxidados. En un cajón de madera había unos guantes de boxeo.

Les había enseñado a jugar a las cartas, a pintar paisajes con los posos del café como Víctor Hugo, a atarse los cordones de los zapatos. No se había casado.

Dedi levantó la cara asustada, los ojos muy abiertos; acababa de llegar de la calle. Mercedes estaba al teléfono, desencajada. Era Charo. Sí, Leonora estaba bien, y Mayo. Pero no era eso.

La casa por aquel entonces parecía haberse curado de heridas sangrantes que, mal que bien, iban cerrando. La muerte de Esteban, la del padre. Se notaban las cicatrices, escocían en las tardes de tormenta. Todo había encontrado su sitio de nuevo, en otro orden. Las hermanas vivían tranquilas, hechas a las ausencias, a un silencio parecido al acoplamiento natural de las frutas en una banasta de la que se han extraído varias piezas. Salvador y Mercedes, los dos mayores, habían afrontado hasta ahora, con un equilibrio de acuerdos tácitos, las decisiones y las previsiones que afectaban a todos. No las consultaban con Dedi ni con Emi.

Mercedes había colgado el teléfono, pero no había vuelto al comedor. ¿Dónde estaba?

–¡¿Van a venir, o no?! –gritó Dedi desde la habitación para que la oyera. Mercedes no respondió.

¿Dónde estaba?

–Mercedes, ¡¿qué te han dicho?! –volvió a exclamar mientras se desvestía. Estaba doblando la falda sobre el antebrazo, con la puerta abierta del armario de luna; sus caderas resultaban aún más rotundas bajo la combinación.

La encontró sentada en una de las sillas del recibidor en las que nunca se sentaba nadie, parecía que no existieran. Lloraba desconsoladamente, estaba blanca, a punto de desvanecerse. Tenía la cabeza agachada, las manos juntas, apretadas contra el vientre.

Emi había acudido con un trapo entre las manos. De pronto Mercedes se levantó sin mirarlas y desapareció otra vez; cerró la puerta del baño por dentro. Dedi y Emi iban detrás, persiguiéndola, sin saber lo que pasaba. Aporrearon la puerta gritando.

Salió con los ojos rojos. Salvador estaba en coma en Madrid, en casa de Leonora y Charo.

Todo se había complicado. Al principio no parecía nada importante, una presión en el pecho que se extendía hacia el abdomen. Incluso, con esas primeras molestias, se había presentado él solo en el hospital, pero eso, claro, no era buena señal, Salvador no solía acudir a los médicos por cualquier cosa. Preguntó por Charo; ella debía de estar allí, trabajando en el laboratorio. Pero aquel día libraba, de manera que cogió un taxi y volvió a casa. Charo se alarmó al verlo entrar, parecía un fantasma, así que lo acompañó al hospital de nuevo. Se quedó descansando en la sala, estaba muy fatigado; ella hablaría con los médicos, los conocía bien. Hacía frío en los pasillos de la planta baja, por donde estaban las cabinas de Rayos. Se trataba de una obstrucción intestinal leve, que, según le dijo su amigo el doctor Olaizola, era mejor corregir ahora que no presentaba dificultades. Era un buen especialista.

Salvador había llegado la tarde anterior con un pequeño maletín de cuero, dispuesto a participar en unas reuniones de exportadores y fabricantes. Nadie pensaba que tuviera que permanecer en Madrid más de dos días; se quedaría en casa de Leonora y Charo. Lo había hecho otras veces.

Sería una operación casi ambulatoria, dijo Olaizola. Convenía, quizá, que pasara la noche en el hospital, pero nada más. Charo no llamó entonces a sus amigas; pensó que sería mejor contarles lo ocurrido al día siguiente, cuando todo hubiera pasado; seguramente él mismo lo podría hacer, así evitaría que se preocuparan en vano. Ella pasaría con él la noche en el hospital, aunque no fuera necesario. Entrada la mañana siguiente, casi al mediodía, tomaron otro taxi para volver a casa. Todo ha ido bien, les dijeron.

Pero luego sufrió dos infartos, el último, al menos, de verdadera importancia, según dijo el doctor Solans, un médico veterano y vecino en la calle Valenzuela, a quien acudió Charo cuando vio que Salvador, ya en casa, había perdido el color por completo, tenía grandes dolores y jadeaba de una manera angustiosa. Con su ayuda, Solans trasladó algunos equipos de su propia clínica, dos pisos más arriba, a la habitación en la que Salvador agonizaba. Máquinas con cables, una bombona de oxígeno, tubos, los soportes de ruedas con el suero.

–Era Juan, que se viene con nosotras porque no quiere dejarnos solas. –Dedi colgó el teléfono; no pensaba en lo que iba a pasar, no podía anticiparlo. Mercedes no le contestó; tenía la mirada perdida, estaba reviviendo experiencias de lo irrevocable.

Concertaron con un taxista el viaje a Madrid. El primero al que preguntaron no podía hacer el servicio, tampoco el segundo. Emi se quedó en casa con Avelina: estaban paralizadas. Juan ocupó el asiento de delante, junto al conductor.

Un viaje en silencio, eterno, en una tensión insufrible. Por encima de sus cabezas, sobrevolaban las supersticiones, los conjuros. Iban pensando aprehensivamente. Creían que un movimiento de más, una palabra inútil, un pensamiento evasivo podían desencadenar acontecimientos fatales a muchos kilómetros de distancia. Si tuviéramos el don de regresar a un instante anterior en el tiempo, anterior a todo lo ocurrido, en el que todavía fuera posible desviar hacia otra parte el rumbo de las cosas, pensaban. Todo en el mundo está encadenado; los sucesos más nimios y cercanos pueden provocar consecuencias terribles, devastaciones, a distancias remotas. Con ese implícito sentimiento, Mercedes y Dedi viajaban completamente quietas, como atenazadas, con los músculos agarrotados. El miedo había encontrado su modo de expresión, como en los animales agazapados.

De vez en cuando el taxista las observaba por el retrovisor. Ellas miraban por las ventanillas, pero no veían nada, no querían que sus ojos se detuvieran en nada, que se extraviaran. Hacia adentro sólo distinguían un mundo de piedra, de rocas abrasadas por el sol, un paraje solitario, deshabitado, en el que sonaba una especie de silbido. No podrían llegar a tiempo. ¿Llegar, a qué?

El corazón de Salvador todavía late, pensaban. El oxígeno lo reanimaría, eso es lo último que había dicho Charo. El doctor Solans estaba al pie de la cama, también había llegado Olaizola.

A Dedi le dolían las piernas y los brazos; llevaba la espalda contraída, los hombros erizados. Al llegar, Mercedes subió de estampida las escaleras. Dedi pagaría al taxista, pero en un primer momento tampoco lo hizo. Juan hizo el ademán, pero Dedi, al darse cuenta, lo apartó bruscamente.

–Lo comprendo, están muy nerviosas. No se preocupe –dijo el hombre cuando se apeó para estirar las piernas; había dejado muy marcado sobre el cojín del asiento el lecho excavado por su cuerpo. Llevaba la camisa empapada en sudor.

Unos momentos después, Olaizola dijo que nadie podía pensar ayer que fuera a suceder eso. Ahora el ataque había sido masivo, había destrozado el corazón. Dedi necesitaba que la abrazaran. Lloraba sin

lágrimas, inmersa en la situación; Mercedes había dejado de hacerlo.

Todavía no había amanecido cuando Salvador dejó de respirar, exhausto, después de horas de un esfuerzo sobrehumano, un afán animal por aferrarse a la vida. Dedi lo había oído, o leído, en algún lugar que ahora no recordaba, en aquella noche infinita: los animales y los sonámbulos hacen en sueños muchísimas cosas que no harían despiertos; su cuerpo puede hacer por su cuenta muchas cosas que asombrarían a cualquiera.

Pero todo terminó al punto de amanecer. Le tomaron las manos, le besaron la frente, ya desguarnecido de tubos y máscaras. Charo abrazó a Mercedes; Juan, a Dedi. Parece una obviedad, pero así es: cuando todo se ha perdido, ya nada se puede perder. La tensión desaparece. Era como abrazar un abrigo que estuviera colgado.

Aunque para algunas creencias nada ni nadie puede desaparecer del todo, sería un alivio que fuera así. O eso creyó pensar Dedi en las horas, los días que siguieron. No se nos da, salvo mucho después de los acontecimientos, el bendito don del olvido. Las rocas calientes en torno a la piscina de la torca, salpicadas de agua, luminosas. Las toallas dejan pasar el calor de las peñas. Salvador nadando de orilla a orilla en la poza grande, la más profunda; se sumergía, volvía a aparecer. Nadaba de espaldas. Las chicas hacían con varias toallas secas una especie de vestidor, levantándolas con las manos y juntándolas como cortinas a la altura de los hombros. Allí dentro se quitaban los trajes de baño mojados y se ponían la ropa interior seca, cálida, blanca. Las bragas no se deslizaban sobre la piel húmeda; había que tirar para ajustarlas, abrir las piernas, agacharse un poco, volverse a levantar. Las toallas no cubrían todo el contorno del vestidor improvisado; al moverse, las separaban con las rodillas, con los codos.

En el remolque llevaban junto a ellas grandes cestas de paja con todos los bártulos del baño.

–Podemos quedarnos –propuso Mila–. Tenemos comida de sobra: ha quedado queso y algunos filetes; el melón podemos atarlo y sumergirlo en el agua. Y luego vamos a Los Molinos.

–Pero Mercedes nos estará esperando –dijo Dedi–. No le hemos dicho que no iríamos a comer.

–Mejor mañana. Lo dejamos para mañana –dijo Salvador–, así la avisamos de que comeremos aquí. ¿Queréis?

De camino a la torca, era aburrido atravesar el llano hasta entrar en el desvío que se internaba en la zona frondosa. Ante la inminencia del paraíso, era posible aburrirse en una espera de diez kilómetros; aparecía la impaciencia. Había que cruzar un nudo de carreteras, tierras labrantías blancas y ásperas, pegujales llenos de piedras calizas, muchas de ellas se podían ver, recogidas y agrupadas en torno a las chaparras, las encinas enanas. Las sierras parecían muy distantes; no lo estaban tanto.

Tomado el desvío, la temperatura bajaba de repente, la luz se tamizaba y emergía un mundo cerrado, como una habitación, como un palacio de muchas habitaciones en penumbra. En la hondonada había robles viejos, encinas, sauces con ramas muy bajas que formaban un toldo de colgaduras sobre el camino de tierra. Había grandes raíces de pinos al descubierto, como huesos lustrosos, despellejados por las botas de los visitantes. Formaban escalones naturales con desniveles resbaladizos. Había helechos, zonas cubiertas de pinocha y cándalos resecos que se enredaban entre las piernas y se rompían con sonoros chasquidos. En lo más hondo de la vegetación, era un lugar sin horizonte. Había estrechos senderos con papeles de periódico, excrementos, colillas, paquetes de tabaco arrugados.

Luego de una caminata, el cielo azul volvía a aparecer despejado, el bosque descendía por un terraplén muy acusado desde el que, en realidad, comenzaban las estribaciones de las montañas. Rocas partidas. Veredas con huellas de animales grabadas en el barro seco. Al fondo de un camino aparecía el claro en el que se abrían las pozas y la cascada. Al llegar, el ruido del agua irrumpía de pronto como una explosión.

Pero la hondonada no terminaba allí, el camino continuaba; un poco más abajo se distinguía con dificultad una cabaña levantada con restos encontrados por ahí, piedras, tejas partidas, trozos de las viejas construcciones de los molinos. El color del cobertizo era el del resto del monte profundo, un color lobo, o ciervo oscuro.

Las ventanas no tenían cristales. Desde más cerca se podía ver el hueco de la puerta abierta.

–Ahí es. Pero creo que no le gusta que vengan curiosos. –Salvador hablaba en voz muy baja; todos en traje de baño, mojados todavía, descalzos–. ¡Chisstt!

–¡Pero no veo nada!

–¡Calla, Emi! ¡Ponte aquí delante!

–¿Y de dónde ha venido?

–No lo sé. Ni a qué orden pertenece, si pertenece a alguna –decía Salvador sin mover la cabeza.

–¿Qué es una orden? –Emi volvía la cabeza para mirar a Salvador, que observaba la casuca.

–Luego te lo explico.

–Pero ¿es monja de verdad? –Dedi estaba realmente intrigada, se había agachado. Las pequeñas piedras con puntas afiladas se le clavaban en las rodillas.

–Eso dicen. –Salvador tenía algunas noticias vagas. Sabía que con aquella excursión captaría la atención de todos–. La llaman la Beguina. Las beguinas eran unas mujeres ermitañas que se dedicaban a la oración, apartadas del mundo. Vivían de lo que el campo les daba.

–Pero entonces no son monjas. –Dedi tenía que resolver el problema.

–Bueno –Salvador parecía haber encontrado una salida–, eran monjas sin convento. Sin Dios ni amo.

–Unas anarquistas, ¿no? –Asun conocía palabras que habían llegado a ella rebotadas.

–Bueno, a lo mejor se sentían obligadas por una exigencia todavía más dura que la de los conventos y las iglesias normales. No sé quién me dijo que se llamaba Inge. Pero tampoco sé si alguien ha llegado a hablar con ella.

–Tiene que pasar mucho frío en invierno, ¿verdad? Los rayos del sol no llegan ahí abajo. Las nevadas… –Al imaginarlo, Mila sintió un escalofrío que hizo que le retemblara la cabeza. Se estaban quedando helados, a pesar de que allá arriba, el sol seguía calentando las rocas de la laguna. Pero en lo profundo todo comenzaba a confundirse en el gris.

Cinco o seis figuras agazapadas en los matorrales. El ruido de unas alas que levantan el vuelo, un pico invisible que, algo más allá, en lo alto, taladra el asta de un pino.

Llegó acompañada de un perro negro y marrón claro. Llevaba una especie de sayón basto, pardo, del que asomaban unas sandalias de correa y unos pies grises. Era una mujer pequeña, fuerte; no debía de ser muy mayor. Tenía el pelo muy corto, gris, o rubio muy claro, casi sin color. Al mirarla no se podía dejar de pensar que también ella veía a los demás, a pesar de parecer absorbida por su tarea. No llevaba ningún palo o vara, sólo unas sogas enrolladas al hombro. Entró en la cabaña, no cerró ninguna puerta.

Ahora hacía frío de verdad, todo se había hundido en la sombra. Aun así, era posible acercarse un poco más, hasta un grupo de rocas más grandes en mitad del despeñadero que descendía hasta la casucha. A un lado, parecía haber un pequeño huerto; sobresalían las guías de algunos cultivos, judías, quizá. Surcos oscuros, mullidos. Se podía ver una pequeña parte del interior de la cabaña por el hueco de una ventana. Pero estaba ya demasiado oscuro. Sólo se distinguía una mesa con recipientes de plástico, y quizá un jergón junto a una pared de piedra.

Inge. A Dedi su nombre la hizo soñar. Para ser eficaces, las imágenes han de ser pocas, su escasez debe mantenerse a raya. La profusión de las representaciones y las figuras acaba con los sueños, los satura, no les deja respirar. Lo más importante de las imágenes, como de las palabras, el vacío entre ellas. Apenas si pudieron ver a Inge en el atardecer, apenas si fueron capaces de concretar el lugar en el que vivía. El recuerdo y los sueños se construyen con esa pobreza. El vacío es el espacio necesario a la creación. ¿Qué ha sido de los días en blanco de la vida, los días sin historia, sin rastro, la argamasa entre la que se fraguan las fechas, los hechos con su resplandor?

En el corazón de Dedi, de Asun, de Mila había mucho espacio disponible, como el de un litoral que todavía no se ha urbanizado. Se oye el mar, el viento que peina las mimbreras. La luna emite señales como promesas, como las luces lejanas de los barcos. Años después, Dedi defendía ese espacio con todas sus fuerzas de cualquier intromisión, del allanamiento. Ese vacío era sagrado. Los claros en la opacidad boscosa y compacta de la vida, las cuevas y las torcas abiertas en la densidad de la roca. Ningún deseo concreto debía ser capaz de asolarlos ni de ponerles nombre, o color, o forma. En Inge le pareció ver a alguien de su parentela, una tía lejana, decía, que nadie le había presentado.

Al volver al camión, estaba todo muy oscuro debajo de los árboles altos. Los pies dolían tras haber pisado la tierra fría y las piedras puntiagudas. No se encendió ninguna luz en la cabaña antes de

perderla de vista.

–En el fondo es una persona egoísta –dijo Asun.

3

El silencio ante los muertos no lo ha decretado nadie. Pertenece a alguna ley antigua, anterior a la política.

Pasaron los primeros momentos, esos en los que los cuerpos y las almas tienen que renovar, bajo cláusulas distintas, su contrato de conveniencia. El tiempo se mantiene en suspenso, una tregua, un intervalo. Es el momento de bajar los brazos. Todas las presunciones quedan depuestas.

Dos hermanas de las Carmelitas de General Mola que habían acompañado al sacerdote convocado por Charo rompieron el anonadamiento con unas oraciones rituales, unas súplicas dirigidas a Jesús, José y María. Los llantos se desbordaron, el tiempo recomenzaba. El tiempo de después.

Mientras las monjas preparaban el cuerpo, Mercedes, Charo y Leonora comenzaron a moverse de aquí para allá, llevando cosas, haciendo correr el agua de los grifos. Dedi había llorado un llanto duro, rocoso, durante la noche. Tenía el rostro congestionado. Desde el sillón en el que había pasado las horas, Juan la había oído levantarse y volver a sentarse incesantemente, envuelta en la oscuridad rota por la luz de las farolas que se filtraba de la calle. Ahora esperaban los certificados y los demás papeles. El doctor Solans se ocuparía de las gestiones con el obispado; tenía relaciones y sabía tratar las cosas con mano izquierda. No estaba permitido el traslado de cadáveres sin cumplir con los trámites establecidos. Pero Salvador debía ser enterrado en el panteón de la familia, en su tierra.

Dedi se acercó al balcón, corrió los visillos, nubes grandes, oscuras. Podía llover. No despidió a las religiosas, no hablaba. Parecía no estar allí. Charo se acercó y con los brazos la rodeó por la cintura. Sabía lo que pensaba su amiga de los curas, de las monjas, de las ceremonias. Pero había visto que había sido ella misma quien había llamado al sacerdote y acompañado a las hermanas y agradecido su ayuda. Charo sabía cómo hacerlo, sabía lo que Mercedes y Dedi necesitaban, lo que querían, aquello de lo que eran incapaces en ese momento.

Salvador buceando y surgiendo entre las piernas de Dedi, desde el

agua profunda, del mundo de las sombras. Alzándola en volandas mientras su hermana –mucho más joven– manoteaba en el aire, se agarraba a su cabeza, le tiraba de los pelos, se cogía a la barbilla como al fuste de una silla de montar. QUÍMICA. FÁBRICA DE ALCOHOLES estaba escrito en el remolque con letras blancas y azules sobre el fondo rojo de la chapa, muy deslucido.

El volante ardía. Salvador apartó las manos de él con un silbido; el sol había acabado por entrar a la cabina como una rapaz por la noche en una chimenea.

El hombre que llegó ya no era joven. La luz del día, tras la muerte de una persona, se extiende como un bálsamo. Todo sigue. El cielo es blanco y rosa. Todo continúa, todo lo que había sido interrumpido. Es injusto. Los datos de otras ocasiones, conservados en la memoria, hacen visible el frescor en la arboleda de enfrente, oscura todavía. Algún sendero gris, los castaños, ferruginosos.

Era espigado, iba vestido con un traje gris entallado y una camisa blanca, y una corbata azul oscura. Tenía el pelo ondulado, peinado hacia atrás, con entradas muy anchas a los lados. No muchas canas, pero brillantes, plateadas. Se había rasurado las mejillas. Fue Charo quien le abrió la puerta y, casi sin dirigirle la mirada, le dijo que se sentara y esperara un poco, hágame el favor, enseguida estamos.

Dedi llevaba una ropa que Charo le había prestado. Habían salido de su casa hacia Madrid sin coger apenas nada, lo que cabía en un bolso de mano no muy grande, negro, cerrado con cremallera. Mercedes se puso una blusa de Leonora, negra. A pesar de la diferencia entre ambas, le caía como suya. Duchas por turnos. El cuarto de baño con la puerta abierta, la luz encendida, vapor, polvos, tubos de pomadas, toallas por el suelo.

–Ay, cómo os lo vamos a dejar todo…

–No seas tonta, Dedi, lo que faltaba. Deja esas toallas, hazme el favor, ya recogeremos. Eso es lo que menos importa. –Dedi suspiraba por esa contestación, se sentía abrigada por su amiga.

–Cómo lo voy a dejar…

–Déjalo todo, por favor –insiste Charo–. Todavía tenemos que esperar a Solans, a ver si lo ha arreglado; dijo que conocía mucho al párroco de San Manuel y San Benito, iba a ir con él al obispado.

–No sé…

–¿Y qué pasa si nos vamos? –se le ocurre decir a Charo. Dedi la mira sorprendida.

–¿Con él? ¿Por las buenas?

–Mujer, claro –contesta Charo sin mirarla–, no lo vamos a dejar aquí.

–No se puede, ya nos lo dijo ayer. Creo que hay que salir con un permiso, pero a vehículos particulares no se lo conceden. No sé, es mejor asegurarnos, nos podemos buscar un lío.

El baño era viejo. Charo había incorporado algunas novedades, cosas de detalle. Había baldosas quebradas; otras huecas que sonaban como castañuelas. Tenían los dibujos geométricos de la fabricación hidráulica. Sobre repisas de cristal había flores secas en unos búcaros rectos, un toallero de listones de madera pulida que recorría la pared de arriba abajo con toallas oscuras, verdes y azules. Las paredes tenían baldosines blancos hasta la altura de una persona formando un zócalo que remataba una cenefa azul. El techo amarilleaba. Charo surtía de nuevas remesas de toallas cada vez que alguien salía.

Frascos de perfume, de aguas de colonia con aromas cítricos, lociones, cajas de cremas con esquinas de latón dorado, tarros de cristal llenos de algodones de colores. Un rizador de pestañas. Cuando quedó vacío se notaba más intensamente la mezcla de esencias y olores tibios, estancados, que habían dejado las mujeres allí.

Unos pocos ratos de sueño intermitente no habían sido suficientes para descongestionar los ojos y los pómulos. Las monjas terminaron su trabajo. Había algo teatral en todo aquello, algún sentido que ya no era posible leer desde fuera, que había sido olvidado, algo superior a quienes ahora lo experimentaban. Lo lavaron, lo vistieron con una túnica; se habían ocupado de todo. Rezaron las dos solas mucho tiempo, al final se unió Leonora.

Juan se acercó a Dedi, la estrechó. Ella olía a piel enjabonada, el cuello todavía sin perfume, la blanca tersura detrás de las orejas. No se sobresaltó, no dijo nada al ser besada en la nuca.

Era otro día, definitivamente. Ahora Mercedes se había quedado dormida en una postura difícil, un sueño lleno de espasmos del que se resintió después, al salir del baño. Sabía que tenía que recuperar su puesto. Sentía la contradicción entre la sorpresa y la costumbre,

ambas concitadas al amanecer de aquel día. Además de desolada, se la notaba contrariada. Todo ha terminado, dijo.

–Ay, no me lo creo todavía. –Era la manera con la que Dedi confirmaba algo que ella misma estaba pensando–. Ayer, a estas mismas horas…, y hoy. –No le parecen días, sino más bien países separados, lejanos, entre los que no está permitido viajar.

–Vamos –dijo Charo cogiendo el bolso y un abrigo negro–, el hombre se habrá cansado de esperar.

–No, si yo ya estoy.

El hombre seguía sentado en la salita de la entrada, junto a una consola historiada, en una silla con tapicería de raso, a franjas amarillas y celestes. Estaba inclinado hacia adelante, con los codos apoyados sobre las rodillas; tenía entre los dedos una figurita de biscuit (una campesina que cargaba un haz de leña), que enseguida dejó en su sitio.

–No hemos recogido siquiera un poco el salón. Qué vergüenza. Con lo que habéis hecho.

–Ya vale, Dedi, no me seas tonta. Este señor no puede esperar más. ¡Maaadre, adiós! –gritó con todas sus fuerzas–. ¡Adióóóós! –En eso apareció Leonora, arreglada y vestida para el viaje.

–Pero ¿cómo que adiós? ¡Yo también voy!

Al final Charo, estupefacta, la convenció para que se quedara. No había sitio en el coche, le dijo.

–¡¡¡Madre, madre!!! ¡Hemos quedado en que tú vas mañana al entierro con José María! Él te llevará. Luego te llama. Mucho mejor así, hoy todo va a ser un lío, y ya veremos cómo llegamos. No sabemos ni la hora a la que vamos a llegar. –Al decir esto ya estaba en la escalera y había bajado la voz. Leonora se sentó en la misma silla en la que había esperado el hombre, el bolso en el regazo. Había sacado de algún lugar un traje de chaqueta que Charo no recordaba haberle visto nunca.

Por las escaleras subían tres hombres vestidos con monos azules, uno de ellos, el más viejo, con boina. Se formó un atasco, Charo se apartó hacia el descansillo. Al fin los hombres decidieron volver sobre sus pasos y bajaron de nuevo a la calle. Habían traído, en un furgón extraño, un féretro usado de los servicios de la parroquia. Hablaron

con el hombre que iba a llevar a Salvador cargado en la parte de atrás de su coche, un coche largo, con un amplio espacio interior. Entre los cuatro lo bajaron por las escaleras. Juan intentaba ayudar, pero la escalera era demasiado estrecha, o eran demasiadas manos. El hombre abrió la puerta trasera y los operarios del mono trasladaron el ataúd desde su furgón, lo colocaron suavemente; uno, agachado en el interior, sujetó el peso por los tiradores; los otros lo sujetaban a pulso. La destreza de la costumbre. Era un ataúd muy sencillo, sin decoración alguna, de madera clara, mate.

El doctor Solans, que había arreglado todo, estaba esperándolos con el sacerdote; la parroquia estaba muy cerca, tan sólo dar la vuelta a la Puerta de Alcalá.

Tampoco es que José María conociera demasiado al conductor. Lo había visto alguna vez en el garaje de don Celso, el garaje Madrid, en la calle Cea Bermúdez, cerca de su casa. José María llevaba allí el coche para alguna revisión, arreglos menores, o para guardarlo si no lo usaba durante alguna temporada; sabía que hacían portes y acordaban viajes con conductor. Se llamaba Antonio. Llevaba fama de saber de coches, de carreteras. Ante la urgencia con la que José María había acudido al garaje, don Celso le avisó enseguida.

El párroco de San Manuel y San Benito estaba dando instrucciones a Mercedes y Charo. Lo hacía con aire de advertencia. Seguía haciéndolo cuando ya habían ocupado sus sitios y sólo quedaba Antonio, junto al doctor Solans, por montar en el coche. Juan, otra vez en el asiento del copiloto.

Aquello contravenía todas las indicaciones debidas para el traslado de cadáveres. Estaban las civiles, ya de por sí detallistas por motivos sobre todo sanitarios, pero luego estaban las eclesiásticas, más minuciosas y enrevesadas, y menos comprensibles para quienes en ese momento estaban dentro y fuera de la creencia.

–Arranque usted –dijo Mercedes. Las ventanillas estaban cerradas.

El párroco insistía. Se lo oía bien. No quería saber nada, según dijo, de lo que pudiera pasar más allá de la diócesis; había convenido con el médico en facilitar las cosas en lo posible mientras el coche circulara por esa jurisdicción; tenía conocidos que habían aligerado los trámites. Y… por ser el doctor Solans, dijo.

–Lo que les ocurra más allá, de eso yo no sé nada, ¿eh? Cada maestrillo tiene su librillo –dijo.

La frase del párroco debió de cambiar el humor de Charo.

–Es de no creérselo –dijo–. Si no fuera por la angustia que llevamos encima, es para partirse de risa.

–No seas así, Charo.

–Pero ¿tú te crees? Parece una comedia de esas italianas con mucha gente, en que todo el mundo habla y corre y nadie se pone de acuerdo. Vaya lío.

–Nunca había oído esa palabra –dijo Dedi.

–¿Qué palabra?

–Rubia. Los hombres que han venido decían que si ponían a Salvador en la rubia.

El coche era muy amplio; tenía dos filas de asientos, además de ese espacio enorme de atrás que era como un gran vacío, un paréntesis, con laterales de madera. El silencio de un pozo, el del océano visto en fotografías.

La ciudad ya estaba metida en sus trajines, glorietas que comenzaban a bullir, los pasos sonámbulos, mecánicos, de gente que llegaba tarde al trabajo.

Dedi no pensaba, sentía, y los sentimientos se convertían en palabras de una manera inmediata, como sacadas de un reservorio que funcionase automáticamente. Veía gente a la que nada había ocurrido. Semáforos insomnes. Pasarelas elevadas que cruzaban las circunvalaciones. Altos edificios de oficinas en los que el sol ya se había encendido, la continuidad de un río sin dolor. Pequeños jardines cuadrados entre bloques de viviendas, arbolitos despeluchados como perros callejeros, el césped delimitado por vallas enanas. Letreros apagados.

El párroco había dicho que la norma exige celebrar una eucaristía en cada localidad del trayecto.

–¿Usted cree que atravesando a buena velocidad pasaría algo? –preguntó Charo.

–Yo no puedo decirles. –El conductor sonreía; tenía la frente y los

pómulos bronceados por el sol–. Vamos a ir por la carretera de Sarmental, que no tiene casi circulación. Es algo más largo el viaje, y peor carretera, pero estará menos concurrido. –Había tardado en responder, pensaba lo que decía. Pero sus decisiones eran de su sola jurisdicción.

–¿Y si cruzamos esos pueblos deprisa? –Charo no se daba por vencida.

Transcurrieron unos cuantos segundos. Parecía que no iba a contestar. Juan lo miraba esperando su respuesta.

–Dese cuenta de que eso no es todo. El cura ha dicho que tienen que presentar los certificados en cada pueblo, en cada parroquia, e ir recogiendo otros. Yo en eso no entro. Pero, si no los van reuniendo, pueden tener problemas mañana a la hora del entierro, o esta tarde, cuando lleguemos. Tendrán que presentarlos.

–Sí, eso es lo que decía, nos tienen que poner firma y sello por cada sitio por el que pasemos. –Mercedes parecía volver a reunirse con los demás–. Menos mal que hemos salido pronto.

Riberas de rascacielos refulgentes; barriadas, pasos elevados; polígonos con almacenes, el césped verde de las nuevas fábricas, apaisadas sobre el terreno; las farolas de los parques que las rodeaban. Dársenas de carga y descarga. Naves industriales, el desvío al aeropuerto. Granjas que habían quedado encajonadas. Fincas con sembrados. Desguaces y, entre ellos, merenderos con parras y mesas de cemento aprisionados por muros de ladrillo, los rótulos de plástico compuestos con las letras de las películas del Oeste.

El coche dejó pronto la carretera nacional y se internó por campos ondulados, rastrojos, carreteras descarnadas. Depósitos de agua.

–Creo que me he dejado los anillos en el lavabo. Qué tonta, me he puesto los pendientes, pero al lavarme las manos ya no los he cogido.

–No pasa nada. Allí estarán. –Charo no apartó los ojos del cristal. Un cervatillo saltaba entre las plantas de maíz, dibujaba líneas quebradas; se acabó ocultando al pasar el coche.

–Son los de siempre. Así, sin ellos, me parece que voy desnuda.

Nada es verosímil. Sin embargo, es real. Todo estaba en calma ahí afuera. En silencio. Las lomas y los caminos, algún pequeño soto con árboles verdes en una hondonada por la que seguramente correría un arroyo frío, oscuro. Dedi sentía la necesidad de no quedarse con nada, de olvidarlo todo cuanto antes, como un sueño malo, para que nada la distrajera de su hermano.

El coche olía a poliéster, un olor fuerte, como de desinfectante caldeado por el sol. Mercedes cabeceaba a ratos, estaba rendida. Iban algo apretadas, las tres juntas en el asiento de atrás. Dedi, en el centro, había abierto las piernas, para mantener mejor el equilibrio, a los dos lados del canal que abultaba el suelo del coche. El sol iba subiendo.

El primer pueblo era Barces, una simple aldea a la que desde la carretera conducía un camino de gravilla blanca flanqueado por algún algarrobo. Las casas no sobresaldrían de la línea del horizonte de no haber sido por un cerro central sobre el que se asentaba la iglesia, enorme, desproporcionada. Las horas del atardecer, ¿cómo serían allí? ¿Las calles en la noche? ¿Las alcobas? Ancianos removiendo las brasas de la lumbre.

–Aquí no hay nadie.

Algunas casas con corrales trepaban por la falda del cerro. Los tejados, pardos, vencidos, casi llegaban al suelo. Huertas con masas de zarzales. Un tractor a la sombra.

Antonio se apeó y fue en dirección a una puerta abierta junto al tractor; tenía una cortina recogida. Era una casa nueva, de una sola planta. Había rebaños en los rastrojos.

La iglesia era aún más imponente a corta distancia, rodeada por un muro de piedra a media altura. Aun abierta de par en par era oscura. El frío se hacía sentir desde afuera.

–Don Antidio, para servirles. –El hombre bajó de la escalera sobre la que intentaba pasar un cable grueso por la cornisa del muro, tras el zaguán de la entrada. Sólo contaba con la luz del campo. Llevaba una camisa muy vieja, de rayas; un pantalón gris, ancho, raído. Era bajo,

gordo; estaba sudando. Tendría sesenta y tantos años. Antonio le preguntó por el cura del pueblo.

–Ya les digo: don Antidio, para servirles.

La iglesia tenía una enorme y desangelada nave central; las tablas del suelo eran grises, con una capa de arenilla que chirriaba. Los pilares se abrían arriba en una flor de nervios que sostenían la bóveda.

–Ya, pero yo ahora no tengo tiempo. –Estaba irritado–. ¿Ven ustedes este gigante? –Hizo un movimiento con el brazo recorriendo todo aquel espacio interior–. Pues hay que darle de comer. Y, si no lo hago yo…

–Pero nos han dicho…

–Sí, pero no me puedo estar ahora a misas ni misas. –Había vuelto a subir a la escalera–. Lo único que puedo hacer, si esperan un momento, es firmarles el papel, ustedes se lo llevan, y santas pascuas. No creo que, después de dar la cara, ustedes vayan a hacer ninguna pifia, no tienen ese aspecto.

En el campo el día había comenzado con nubes solemnes, altas y lejanas. Ahora, ya con el sol presidiendo el cielo, habían crecido como fumarolas. Las había gigantescas, luminosas –de nuevo en el coche, Dedi miraba a lo alto–. Por debajo de los bullones, un coche atravesando el paisaje desierto, entre cañas rotas de centenos, calvijares, debía de parecer un escarabajo negro con su armadura brillante. Del fragor de las nubes salían brazos, torsos de centauros, nalgas, en una danza propia de la guerra o del amor. Allá arriba podría estar sonando la percusión de una orquesta desaforada, el sonido no llegaba abajo, imaginaba Dedi. ¡Qué inconstantes podemos llegar a ser, hasta en los momentos en los que nuestra alma parece más atrapada! ¡Qué fáciles de distraer, cualquier cosa es capaz de arrastrarnos consigo! Vivimos en la dispersión, eso nos salva.

–¡Qué barbaridad! No llego a verlas por entero –dijo Dedi echándose encima de Charo para alcanzar la cima de aquellas moles–. ¡Ay, perdona! Qué tonta, te he despertado.

–Pues mire al otro lado –dijo Antonio, que en Barces se había quitado la chaqueta y la corbata; los antebrazos, arremangados, morenos–. Por allí ya está lloviendo.

Al fondo de los llanos, una pesada cortina parecía caer sobre las sierras, reducidas a una débil sombra azulada y borrosa.

–Está cayendo pero bien, a cántaros. Y las nubes vienen hacia aquí.

En el interior del coche comenzaba a hacer demasiado calor. Dedi sacó un pañuelo del bolso que había dejado bajo el asiento, lo humedeció con colonia. Esparció un perfume fresco y ácido. Al sacar el bolso, tuvo que abrir más las piernas. A veces encontraba los ojos de Antonio en el espejo del retrovisor. Era fuerte, los hombros presionaban la camisa blanca, llevaba camiseta interior.

Ella dijo que aquellas montañas parecían muy lejanas. Pero es nuestra dirección, dice él.

–Aunque no lo crea, la carretera hace un recodo. Enseguida dejaremos la que llevábamos para tomar otra por la que daremos un rodeo, pero es más solitaria y segura.

Parecía que todo un mundo estuviera en sus manos y que conociera todos los resortes con los que manejarlo, como un malabarista, como Chaplin con el globo terráqueo.

Era un hombre serio, de todas formas. Dedi enseguida aprendió a esperar sus respuestas, como si estuviera acostumbrada a hacerlo. Él despertaba la confianza que pudiera inspirar un piloto militar. Dedi miraba su cuello, enrojecido; las ondas de su pelo, como dunas; sus manos, sin apenas deslizamiento ni presión sobre el volante de baquelita.

Quedaron atrás los letreros que indicaban el camino a Cenizosa, a Palacitos el Nuevo. Eran pueblos de cereal, rasos, con pequeños cementerios cuadrados a un tiro de piedra. A lo lejos, junto a uno de ellos, se levantaba la forma cúbica y desmesurada de un silo que parecía una gigantesca fortaleza de ciencia ficción. Invitaba a imaginarlo bajo la luna, en un viaje espacial.

–Enseguida llegamos a Cenizosa del Campo.

–Pero ése…, ése lo hemos dejado atrás hace un momento. He visto el desvío… –dijo Dedi.

–Era Cenizosa de la Torre, pero nosotros vamos a Cenizosa del Campo –dijo Antonio unos segundos después.

Talleres de reparaciones, grasientos y profundos, con bandas rojas y blancas remarcando el umbral de la entrada. Camiones estacionados

delante, al sol, sobre la grava menuda, con lonas polvorientas. Entre los muros de los talleres y los almacenes, huebras de mulas con arrieros ancianos dirigiéndolas por los caminos hundidos que llevan a las huertas.

A la entrada del pueblo, por donde abocaba un camino de acacias, había un humilladero. Pilastras de piedra marcando las estaciones del Vía Crucis. Un campo de fútbol de tierra, las porterías despintadas, los largueros ensillados igual que el lomo de los burros.

¿Cómo sería la vida allí? Había calles fantasmales, de color de hueso. Portones de madera. La carretera partía el pueblo en dos. No era tan pequeño, se notaba al cruzar al otro lado. Las casas junto a la carretera, protegidas por barandillas, habían quedado por debajo del nivel de la calzada; delante de algunas puertas había puestos con banastas de verduras y frutas, pimientos rojos, tomates, escarolas.

En la plaza, a la que se ascendía por una calle en suave pendiente con almacenes de pienso y semillas, hacían corro mujeres con cestas, pequeñas, regordetas. Dedi contemplaba aquel documental proyectado en la pantalla del automóvil, aliviada por que tuviera principio y fin. Supuso que Antonio tenía un conocimiento previo del mundo aquel, que podía hablar su idioma, que, a pesar, quizá, de los años, no lo había olvidado.

En la plaza, presidida por un quiosco de música con columnillas de forja y una cubierta de pagoda, el coche rozó los soportales y las tiendas con sus entradas llenas de sacos. Rollos de cuerda, herramientas de hierro sin limar. El reino de la fuerza y la aspereza: también esto lo asoció Dedi con los brazos de Antonio. La poca luz en invierno. El frío de las escuelas. El sol en los palomares.

–Tendrán que esperar a la hora de la misa. Así, servirá de funeral. –El cura era un hombre joven, con la cara colorada, redonda; podía ser de allí o de otro pueblo cercano.

Junto a la iglesia, haciendo esquina con ella en una placeta contigua, había un palacio, una auténtica obra de orfebrería, blanco, con la apariencia frágil que le daba la labor calada, como de marfil, que recorría la galería abierta en la planta de arriba.

–Tenemos casi una hora –dijo Mercedes, sentada en un banco de piedra–. Podemos aprovechar para tomar algo. –A nadie le apetecía comer nada, pero Antonio se había acordado de un letrero que decía CASINO, en la plaza Mayor.

Era un bar amplio y destartalado. Olía a serrín, a tabaco apagado, a lejía, a cerveza. En el enorme salón había una única mesa de formica junto a un ventanal, con cuatro sillas de patas metálicas. En la pared había una pizarra con los nombres de los equipos de fútbol según la distribución de los partidos en la quiniela. Un paño húmedo, pero sucio, había restregado la pizarra emborronando los resultados de la última jornada.

El cielo se había nublado, en la plaza se levantó un aire seco que arrastraba arena. Antonio hablaba con el hombre que atendía la barra como si lo conociese de toda la vida. El hombre estaba contrariado; el pueblo de al lado, que celebraba sus fiestas, le robaba la clientela, dijo.

–Unas tortillas ya nos harán –dijo Antonio. Permanecía de pie; ahora era él quien esperaba respuesta. Se sentía obligado para con la pena del duelo, que arrasaba a los demás y los incapacitaba. Dedi veía en su rostro otra vida y otra salud, nuevas, desconocidas, como llegadas de algún futuro.

Encargó la comanda: huevos duros, ensalada de tomate, pan crujiente, unas aceitunas. La sirvió una chica que entraba y salía de un pequeño almacén, junto a la cocina, por un pasillo atestado de cajas de bebidas apiladas en torres. Los calcetines habían perdido el elástico que los sostenía sobre sus tobillos, blancos y resecos.

Mercedes no probó bocado, esparció lo que le sirvieron hacia los bordes del plato. Había mermado de estatura en unas horas. De vez en cuando sonaba la cortina del local, hecha con chapas de botellas, dobladas y encadenadas, con un tintineo apagado.

Al salir, el cielo estaba plomizo, hacía bochorno. De vuelta a la iglesia y caminando entre los puestos y las tiendas, Dedi veía esclavitud, destinos trazados. Antonio fue a llamar por teléfono a una cabina encastrada en una columna de los soportales. ¿Con quién habla?, se preguntaba Dedi.

Después se quedó dormida, derrotada. El llano era ahora interminablemente monótono. Despacio, sus piernas se fueron abriendo más, cada rodilla hacia un lado, el blancor de los muslos por encima de la presión de las ligas.

Al llegar a Monir de San Pedro, aparecen los signos del pueblo en fiesta, los banderines de colores que cuelgan de lado a lado de la

carretera, que parece ser, además, la calle principal. De todas formas, es la hora de la tregua, la gente se ha recogido para comer. A la entrada de varios bares hay bombos en el suelo y sillas vacías, cachivaches de las orquestas que rondan por las calles todo el día. Hay remolques aparcados con adornos de ramas verdes y cintas de colores con los nombres de las peñas. Algunos jóvenes siguen encaramados arriba, cantando mal, berreando, dando tumbos, aburridos y abrazándose para sostenerse en pie. Músicas lejanas, destempladas.

Algunas mujeres suben endomingadas por una cuesta, con peinados altos, cardados, y vestidos de colores chillones, muy prietos, que crujen al andar. Parece un pueblo más grande que los otros, con más dinero. El coche avanza lentamente, hay grupos que han tomado la calzada. Todo está cambiando, aquí se nota más. Hay casas nuevas, de ladrillo visto, con portales fríos, buzones de chapa y suelos de terrazo, en los que resuena el eco cuando entran dos personas hablando. Puertas de aluminio. Tiendas abiertas pese a la celebración, carnicerías, pequeños comercios con ropa de niño que quisieran permanecer ajenas al bullicio, sucursales bancarias.

La iglesia se ve al llegar a la plaza, tras cruzar un arco de piedra sobre el que descansa una torre esbelta, de ladrillo. En la torre hay un reloj y una campana. Pero el cura no está, estará en San Miguel, dicen. Miren, se ve desde aquí. Allá arriba.

Casas de piedra caliza con balcones de hierro, con palmas secas en los balcones. Alguna fachada con intenciones vaga y rudamente modernistas, volutas, huecos redondos como ojos de buey.

–El cura está en el salón. Están preparando a la Virgen para la función de esta tarde –dicen un par de paisanos. Ya se ve hacia dónde corren las señoras endomingadas.

El salón ocupa la planta baja de un edificio nuevo, de aire funcional; la cabeza del cura se levanta por encima del enjambre. Hay un fotógrafo con varias cámaras y pertrechos, auxiliado por un aprendiz; se han retirado a un rincón. Sobre un gran tablero compuesto por varias mesas unidas está extendido el manto de la Virgen, los hilos de oro, las borlas azules, los flecos de seda.

–¡Pero no, por Dios, no lo vamos a sacar! ¡Menudo día para desfilar con un ataúd! Ya me visto yo, salgo y hacemos un responso. ¿O quieren que nos formen un pasacalle?–Está muy atareado, atiende a las consultas de varias mujeres a la vez. Su gesto es el de estar apechugando con un estorbo añadido–. Vamos, vamos, cuanto antes,

mejor. –Y se escapa por una puerta estrecha que tiene salida a una calleja. Desde allí llama agitando la mano. Por la calleja, cruza un perro de color amarillento, flaco, asustado, con las orejas plegadas.

Parece la huida de unos ladrones. Pero la sacristía de San Miguel tiene una entrada por la calleja. Allí están los libros, los papeles. Pasillos oscuros y altos, con olor a sopa.

Los jóvenes que cruzan por la bocacalle no deben de vivir en el pueblo, habrán venido a las fiestas. Han visto revistas con fotos de cantantes y actores, conocen la manera de fumar que tienen las actrices.

Cruzar el río, por un puente ancho, con barandilla de piedra, es dejarlo todo atrás, la fiesta, la música desafinada. Todo lo que queda atrás duele, piensa Dedi, que está llorando de nuevo. Ahora no querría avanzar más, quisiera volver a días pasados, a años, a siempre.

Pero el futuro tira de ellos hacia adelante, no deja que se detengan.

El cielo se ha oscurecido, las copas de los álamos se mecen bruscamente, un viento arisco que barre la suciedad, la vejez de todo. A poniente hay jirones de cielo como telas rasgadas de color púrpura.

Con un gesto amargo, Mercedes pide cerrar las ventanillas, levemente bajadas, porque entra un aire polvoriento. Antonio había acordado con la funeraria –Mercedes le había pasado el número de teléfono– el punto exacto en que habrán de recoger el féretro de Salvador poco antes de entrar en la ciudad. Esa había sido su llamada desde el pueblo. Charo ya lo sabe, piensa Dedi. Su mirada tarda en descifrar esas operaciones. Pero es un alivio, así se acortará este viaje interminable. Atravesamos la corteza del tiempo. Atrás queda lo profundo. Buen rumbo, hermano. Dedi cree descubrir la verdad, la libertad del tiempo.

FUNERARIA REDONDO. El coche negro, entre dos luces, está esperando ya en el alto de La Marona, un mero paraje con varias casuchas aplastadas sobre la tierra y un desguace de automóviles. La ciudad se ve iluminada a lo lejos.

Enseguida tres hombres hacen el traslado. Antonio les ayuda como ayudó a los de Madrid. Juan quisiera echar una mano; no encuentra su sitio. Al terminar, se acerca a Dedi, la rodea con un brazo; ella se encoje, agazapada. Se oye el cierre seco, sin eco, del furgón. Acuerdan

con Mercedes la hora en que abrirán el depósito al día siguiente, los últimos trámites. Son tres hombres jóvenes, fuertes, gente avezada, hijos de un conocido del padre y de las hermanas, del que han heredado la empresa. Recuerdan a Salvador. Confortan. Su saber hacer constituye un consuelo.

Junto a los coches, sobre un arcén amplio cubierto de grava, hay un enorme cartel con un anuncio, ya desgarrado, de crema bronceadora. No se ve bien; pero, como es tan grande, se puede distinguir a una niña a la que un perrito tiene prendida por la braguita de su traje de baño; la niña quisiera escapar, pero el perrito muerde y, al tirar de la ropa, deja al descubierto la marca que separa la piel tostada por el sol de la piel blanca que hasta ahora tenía cubierta la tela. Encima hay pegados otros carteles más pequeños, azules, amarillos y fucsias, que anuncian las funciones de algún circo de paso, pesados papeles deshojados.

Se han quedado inmóviles en medio del anochecer, en medio de la nada, siguen al coche funerario con los ojos llorosos. Al fondo, la ciudad y sus luces anaranjadas, envueltas en la bruma. Una inmensa oscuridad en torno. Los antiguos historiadores de civilizaciones desaparecidas eran escritores. Conocían trucos, estratagemas literarias entre las que no podían evitar, sin embargo, que se filtrara un destello de la verdad, más poderoso que la destreza revelada por su arte, mayor, incluso, que la otra verdad de los documentos.

CUARTA PARTE

1

Asun fue la primera de las amigas en casarse, muy poco después de la muerte de Salvador. Por eso Dedi y sus hermanas no fueron a la boda. En todo caso, el distanciamiento entre ellas había sido anterior a su matrimonio. Todo va deprisa, muy deprisa, pensaba Dedi últimamente. Sentía el vértigo en la forma de un viento tan fuerte a su espalda que no la dejaba recapacitar, pensar el día.

–Hola, Dedi, espera un momento, por favor. –Era la manera de evitar los besos antiguos, el encuentro de los ojos.

Asun, nerviosa, abrió la puerta fingiendo estar en ese preciso instante muy atareada, tener a alguien al teléfono –aunque éste descansaba sobre la consola de la entrada– o algo así, quizá un guiso en la cocina a punto de quemarse y provocar un incendio, pero ella no era muy de cocinar ni tampoco era ésa la dirección que había tomado.

No se habían visto en meses. En realidad, desde antes del verano anterior. Ahora ya era el final de otro otoño, un tiempo muy desapacible, de luz exhausta. Parecía que fuese a nevar pronto.

–Perdona, perdóname –seguía diciendo, ya de regreso desde el fondo del pasillo. Dedi se había quedado a la entrada con el abrigo puesto, como un cartero, un repartidor. Asun venía secándose las manos–. Hija, a veces todo coincide. No sé ni qué hora es, te esperaba un poco más tarde, y Mariano…

–No te preocupes. Son las cinco. ¿Es pronto?

–No, no. Sólo que no podía dejarlo pendiente. Pero, pasa, pasa, no te quedes ahí. Siéntate. Las cinco es la hora a la que habíamos quedado, ¿no? Se me he echado el tiempo encima. –Se quitó de un manotazo el delantal, que llevaba atado a la espalda, y lo dejó por ahí.

–¿Cómo estás? ¡El tiempo que hace que…! ¡Madre mía!

El embarullamiento, los nervios. No había contestado a la última carta de Dedi desde Madrid, a punto ya de terminar el curso.

No tener nada que decir y no querer decir lo que se siente por no estropearlo todo de manera definitiva. Un antiguo tiempo compartido

merece la misma veneración que los padres, que los recuerdos; de todo nos distanciamos. Ese sentimiento sostenía a las dos, ahora que estaban frente a frente de nuevo, mientras las cosas iban quedando atrás, como los paisajes al paso del tren.

–Te he traído esto, es una tontería.

–Pero, por Dios, Dedi –tendió una mano de mendigo, o de santa, para recogerlo–, no tenías que… ¡Qué ilusión! –El papel de seda le crujía entre los dedos.

–Lo vi al pasar por una tienda de Arenal, que tienen cosas monísimas, y me acordé… Es una bobada.

–Pero, no tenías que… ¡Oh, es precioso! Madre mía, Dedi, muchas gracias. ¿Y por qué…? Oye, ¿cómo estáis? –Asun, con el regalo entre las manos, bajó la cabeza acercándola a Dedi.

Un pequeño colgante de cristal tallado que imitaba a los diamantes, en forma de estrella picuda, facetada, con ocho puntas. Tenía un enganche de oro.

–Bien, bien. Bueno, intentando que todo se recomponga. Sobre todo, Mercedes.

–Es una preciosidad.

–Me pareció que te quedaría bien. Tenías una cadena así, recuerdo, de este tipo, ¿no?

–Sí, sí, claro, ¡qué memoria! Pero…, gracias, Dedi. –Asun se levantó a medias del sillón y besó a su amiga.

–Bueno, me apeteció. Además…, es una tontería.

–Qué va… Una tontería, dice. ¿Qué quieres tomar? Café, ¿no?

A pesar de todo, intentaban hacer valer la memoria entre las dos. Lo revelaban las preguntas y las frases desvitalizadas, protocolarias, de las que ninguna se atrevía a salir; entre ellas estaban a salvo. Pero eso también revelaba la realidad del cambio.

–Si quieres, vamos al huerto, como siempre, ¿no? Estaremos mejor. ¿Crees que hace demasiado frío? En la pérgola no se está mal. Tengo unas mantas de viaje para eso. Cuando salimos, Mariano y yo parecemos dos ancianos… –Hizo un amago de risa.

Lo que Asun llamaba el huerto era un pequeño jardín que había acabado encajonado por completo entre los muros medianeros de los altos edificios nuevos, construcciones de pisos, entre los que estaba el suyo. La sombra de esas moles apenas dejaba ahora que descendieran sobre el huerto unos pocos rayos de sol a las primeras horas del día y a las últimas de la tarde, unos rayos asustadizos. Cuando salieron, ya sólo quedaba cierta claridad, como un reflejo. Esos edificios, con sus blancos muros perforados pautadamente por las pequeñas aberturas de las ventanas de los cuartos de baño, habían surgido en terrenos que, como el del propio huerto, pertenecieron a la familia de Mariano y, en parte por la presión de sus hermanos, se habían vendido al fin a una constructora. Asun y Mariano prefirieron quedarse con el huerto y con uno de los pisos bajos que tenía salida al jardín.

Era estrecho, alargado, con dos niveles distintos formados por dos terrazas escalonadas. En una de ellas había rosales, ahora sólo los tallos espinosos, que Asun cuidaba amorosamente, cada uno atado a una guía de hierro clavada en el suelo de la que sobresalía una nudosa arboladura, como un muñón, resultado de podas cuidadosas. Había un peral, nísperos, dos álamos blancos comprimidos entre las paredes, matas de fresas silvestres. Por los senderos, de grava gruesa de color tostado, que acababan por confluir, se llegaba a la segunda terraza, a la que llamaban la pérgola porque estaba acotada con balaustres de cemento pintados de blanco y cubierta por enredaderas prendidas de mallas metálicas a los cuatro lados. Se ascendía a ella por una corta escalera de tres peldaños bajos rematados con filas de ladrillos.

Por las rendijas que dejaban abiertas las hojas de yedra, muchas de ellas secas y aprisionadas en el enrejado, se alcanzaba a ver un descampado sobre el que el último sol de la tarde recortaba las siluetas de algunas grúas, andamiajes de más edificios en construcción a las afueras. Un olor de vegetación polvorienta. Un bienestar de invernadero.

Asun había sido la mejor amiga de Dedi, la más antigua. De niñas, de adolescentes, Asun, Dedi y su prima Mila, casi de la misma edad, habían sido inseparables. Las fiestas de cumpleaños, los empachos tras las meriendas casi íntegramente compuestas de dulces, el ardor de las mejillas al salir a la calle después de los juegos. Un mundo de días comunes en el que cada una lo sabía todo de las otras.

–Las cosas han cambiado mucho. Es normal, la vida pasa. –Asun dejaba la mirada suspendida en un punto del huerto, arrasado; por los rincones se habían amontonado hojas del color del tabaco llevadas por el viento.

–Bueno, sí, todo cambia.

Les costó mucho concretar cualquier asunto, salir de esa zona en la que parecían aturdidas por un hilo musical. Asun se había envuelto en un chal rojizo, de mucho pelo, que debía de resultar cálido. Dedi se había puesto el abrigo sobre los hombros, y la manta cedida por su amiga, de cuadros verdes y marrones, sobre las piernas.

Se estaba cómodo allí, el momento era inane. Pero las palabras, ellas solas, por su cuenta, llevaban dirección, destino.

–El caso es que no la aguanto, para qué te voy a engañar.

Asun estaba celosa de una manera infantil, lenta y oscuramente fermentada, que ahora había decido hacer explícita a la media luz de la confianza, cuando quizá ya no importaba lo más mínimo. Pero todo resultaba súbito, demasiado brusco, como el estallido que da rienda suelta al gas comprimido al descorchar una botella de champán. Ella misma tenía la impresión de que todo había ocurrido hacía tiempo y de que ahora el enfado resultaba ridículo, una confesión de debilidad. Estaba contrariada. Dedi no sabía si discutir o ayudarla a volverse contra sí misma, como parecía en el fondo estar deseando.

–No la conoces, Asun. De primeras puede parecer así, como… Pero, luego, no es así. ¡Qué va!

–Ya, pero no puedo. No puedo. Y estas cosas son como son. No sé, con esa superioridad siempre. Y sus carcajadas, siempre a costa de alguien… No puedo.

Dedi recordó a Charo hablando de Godard; de una figura de los nuba comprada en un mercadillo callejero, en Londres; de los pintores amigos de Xisco Beceira que trabajaban con chapas o con trapos adheridos a los lienzos, y arrojaban la pintura mientras saltaban sobre las telas en el suelo; de un viaje por el norte de África que tenía pensado con Armando; de una aventura en la Scala con los carabinieri… Era mal hablada. El pelo, como el de una prisionera de guerra. Su cabeza y su cara eran alargadas, como afiladas, igual que las de algún inédito pájaro marino de las islas Galápagos. Unos dientes blancos, perfectos. Le gustaba Portugal, Aquitania, la franja áspera entre Aragón y Cataluña, el chocolate de una tienda de la Grand-Place.

Habían estado hacía poco en el Museo Arqueológico. Las figuras de

las civilizaciones antiguas, su misterio, algo irrecuperable e irrepetible, resistente a cualquier pretensión de recuperar en el presente. Los caballos, los toros, las leonas…, esas líneas infinitamente precisas, obra de manos dirigidas por una observación exacta de las criaturas vivas, sus movimientos, el perfil elocuente de sus tendones en reposo, la contracción de sus músculos a la expectativa del salto sobre la presa…

Se detuvieron ante una vitrina en la que se exponía, bajo una tenue luz cenital, la pequeña figura de una gacela tallada y pulida sobre hueso. Tenía incisiones que remarcaban algunas líneas de los ojos, las pezuñas, el fino hocico. Era, sólo a efectos catalográficos, una figura arcaica; en realidad reunía todas las condiciones de una escultura hecha por unas manos virtuosas y muy refinadas. Tenía un color amarillento pero muy claro, un color de avena. El largo cuello, la cabeza estirada hacia adelante, en plena carrera. El animal huía. Las patas se entrecruzaban bajo el vientre. Estaba hecho con mimo, sin vacilar. La exactitud de los volúmenes, la precisión de la anatomía.

–Pero no es eso lo que importa –dijo Charo.

–No te entiendo.

–Sí, quiero decir que seguramente tenía algún significado que entonces era más importante, funerario quizá, religioso.

–O sea –Dedi se había quedado pensando ante la vitrina mientras Charo ya estaba en la siguiente sala. Al final ésta tuvo que retroceder en su busca–, que lo que quieres decir es que no la hizo un artista, exactamente.

–Bueno, puede que sí, pero no sería un artista a la manera en la que hoy lo entendemos, sino más bien un artesano; artista es otra cosa, creo yo, es alguien que piensa y expresa lo que piensa libremente. Pero lo que significaba esa figurita no estaba en manos del artesano.

–No sé, me parece tan maravillosa. –Volvían a estar las dos clavadas frente a la gacela–. Tan delicada. Tan exacta. No creo que haya ningún significado que pueda estar por encima de éste, ni entonces ni ahora.

–¿De cuál? –preguntó Charo.

–De ése, el de ser tan maravillosa como es. Yo me quedo pasmada. No puedo apartar la mirada de ella. Ante ella no puedo cerrar la boca.

–Pero eso no es un significado. –Charo había leído libros, había hablado con los artistas, frecuentaba las galerías, sus tertulias, las cenas tras las inauguraciones.

–¿Y qué?

–Pues que un significado es algo superior, y no creo que ese artesano, que era, y es verdad, tan hábil, tan virtuoso, no creo que estuviera pensando en nada por su cuenta; todo se lo habían dado decidido, el animal, su sentido, lo que quería decir esa figura. Pero el arte…, el arte è cosa mentale! –Y levantó el dedo índice hacia la nariz de Dedi.

–No puede haber nada superior a esa manera de acariciarla, de pulirla, de acertar a la primera con el lugar de las orejas… Todo eso es lo que la hace increíblemente magnética, ése es su poder, como el de un hechizo. El pasmo que produce: eso es lo que cuenta. Sus manos estaban llevadas por una gracia. Eso sí que es superior a cualquier significado, es lo primero. Me imagino las yemas de los dedos pasando por el lomo, por esa elevación de las escápulas…

–Vámonos. Quiero fumar.

–Pero hay que tomárselo a broma, Asun, por Dios. Es una persona muy normal, te lo aseguro. Y, si puede hacer algo por…

–¡No, eso, no! Normal, no. Pero, además, oye, que lo entiendo, a cada uno nos caen las personas de distinta manera. Sólo que me duele, que han sido tantos años, y tan amigas…

–Y éste es un mundo muy cerrado.

–¿Qué me quieres decir?

–No, no te quiero decir nada. No estoy hablando de ti, no seas susceptible.

–No, Dedi, no soy susceptible. Porque, además, la vida de cada uno es eso, de cada uno, y ya está. No pasa nada.

–Sí, sí pasa, porque yo no quiero que estés molesta, Asun. Me decidí a hacer los cursos. He tenido que vivir en Madrid. Tú te has casado. En fin, que todo…

–Sí, sí, que ya lo sé, que está claro: todo cambia.

–Además, es una familia amiga de mis padres, de hace mucho, tú me has oído hablar…

–Dedi, por favor, no te estoy pidiendo explicaciones. Sólo faltaba. Pero es que yo no… Hay personas con las que chocas. Ya está.

Había oscurecido. El huerto era una sombra, mucho más densa y compacta en el interior de la pérgola. Ya no se distinguían los senderos; todo estaba húmedo, frío. Ráfagas de luz eléctrica, oblicuas, que llegaban abajo desde los edificios colindantes y se proyectaban azuladas sobre los árboles, como los focos de un cine. Todo lo demás había desaparecido. Ellas mismas eran bultos y formas –unos pasos sobre la grava– que arrastraban ahora, como un sudario, lo que restaba de su tiempo compartido. No se reconocían.

Asunción García del Río era sobrina de Francisco Bernardo del Río –en la familia, el tío Paco–, desde hacía muchos años exiliado en México. Éste había sido catedrático de Anatomía Patológica en la Universidad Central y uno de los científicos más renombrados en el campo de las enfermedades infecciosas y las investigaciones sobre la sangre. Fue una celebridad. Cuando acabó la guerra, marchó a Francia unos meses; estuvo en un campo de refugiados. Luego pasó a México en uno de los barcos que llegaron a Veracruz. Era miembro de la junta directiva del Ateneo Español. Escribía varias cartas al año dirigidas a sus familiares, algunas a Asun personalmente. Le hablaba de España, de estudios publicados en revistas de investigación mexicanas, le preguntaba por su trabajo en el archivo. Era un republicano inamovible; en realidad vivía atado a una fecha que no había pasado, siempre la misma, clavada en el calendario. Y era católico con una fe segura, innegociable. Un intelectual católico que conocía a Bergamín, aunque habían discutido en cierta ocasión y se habían distanciado. Asun tenía libros suyos sobre la medicina antigua, sobre la organización de los laboratorios, sobre epidemias. La cirugía en el antiguo Egipto era un breve folleto publicado como separata de una revista que llevaba una misteriosa y borrosa foto en la portada, en tonos azules, de un bajorrelieve. Su sobrina lo conservaba como oro en paño.

Asun trabajaba en el Archivo Provincial. Había estudiado Historia y cursos de Paleografía y Documentación; sabía mucho de documentos medievales. A Dedi le parecía fabuloso su modo de recrear verbalmente momentos históricos a partir de lo que decían los viejos legajos, las ejecutorias, con sus enormes sellos y sus escrituras indescifrables. Su compañía le había hecho volar a otras épocas, por encima de las horas grises.

El tío Paco y sus amigos de la universidad, sus excursiones a la sierra, con el sombrero negro, la barba picuda, negra también, la chaqueta en el brazo, en pleno verano, sudando, con el chaleco desabrochado, como se veía en las fotografías. Su idea de la naturaleza, sus viajes con colegas investigadores en coches que pedorreaban, en busca de fósiles o de plantas que sólo crecían en lo alto de la montaña, con florecillas rojas y azules. Ya en México, acabó enemistándose con algunos de sus viejos compañeros de estudios y

excursiones; Asun creía que se debía a su catolicismo. De sus fotografías emanaba para Dedi un encanto que ella asociaba con otras sabidurías muy diferentes de las científicas, unas que no se pueden aprender, irradiantes, que van con las personas, decía, quizá con las épocas. Asun recordaba algunas viejas canciones de corro y cuna, y algunas serenatas que su tío guardaba copiadas en un cuaderno, regalo de otro amigo filólogo. La vida popular y la estela de las antiguas tradiciones españolas habían sido para él devociones constantes. Para la imaginación de Dedi habían sido como trampolines. El cielo azul, el campo cuajado de gente que trabaja, que canta; la fiesta del amor en primavera, en prados junto a los ríos. La prehistoria de la vida, a la que no se puede volver, el aroma del humo y del espliego. Una España antigua, grácil y delicada, que estaba a muchos metros de profundidad, como las urnas funerarias.

Cuando el tío Paco regresó a España para pasar unos días, Dedi sintió una enorme emoción. Lo saludó, lo vio en persona; su sombrero, sus gafas significaban mucho para ella. Era la primera vez que regresaba en veintitantos años. Un anciano todavía erguido pero enfermo, demacrado, muy triste. Se arrepentía de volver, no reconocía nada, se le humedecían los ojos. Para Dedi había sido un dios de su Olimpo particular, el monte de los nombres. Murió poco después de su regreso a México. Aquellos fueron días tristes. Seguían siéndolo en su recuerdo.

Del padre de Asun, don Andrés García Lapuerta, médico cardiólogo, que había muerto años atrás, y de su madre, doña María, la hermana del tío Paco, siempre se contaba lo mismo, como los cuentos que recomienzan sin cesar en los teatros de guiñol. Habían acordado que al comienzo de cada primavera se encontrarían un día sin prefijar en una de las isletas en que se disgregaba por su parte central la Arboleda de Ronda, el amplio parque de la ciudad que, al paso del río, formaba un laberinto de estrechos canales y meandros. Varios puentecillos de aspecto japonés o rústico y como de juguete comunicaban aquella especie de archipiélago recreativo que era una de las atracciones del parque. En cada isleta había varios bancos de madera que formaban plazuelas, y cada una de ellas estaba dedicada a un prohombre de la ciudad.

Según lo convenido, cada uno de los cónyuges se debería situar en un extremo del sendero principal a primera hora de la mañana, cuando es más vivo el bullicio de los pájaros entre la fronda de los olmos, los castaños y los sauces. Don Andrés –traje negro, sombrero negro, bastón con puño de cabeza de perro– se situaría al comienzo, a la entrada del parque; doña María, en el extremo contrario, el más

cercano al ensanchamiento del cauce a la salida del río, que marcaba, entre cierta confusión de terrenos sin urbanizar, el final de la Arboleda. Toda la emoción estribaba en las dos únicas incertidumbres que el episodio conservaba para aquellas dos imaginaciones, pese a ser el mismo: la fecha exacta del encuentro y la isla concreta en la que éste tendría lugar.

Los amantes se habrían de reunir al fin después de una auténtica coreografía, también ritualizada. En alguna ocasión, contaba Asun, el encuentro se había producido en la primera isla explorada y el primer día en que los dos acudieron, pero la mayoría de las veces no coincidían en su búsqueda andariega. El cónyuge que había acudido al parque regresaba entonces a casa algo decepcionado, aunque tampoco mucho, porque sabía que habría de volver al día siguiente con la ilusión intacta y quizá redoblada. Cuando eso ocurría, ni una palabra sobre ello durante el resto del día, así que, en el fondo y según recordaba Asun que decía su madre, el mayor deseo de ambos consistía en que las tentativas del encuentro fracasaran el mayor número de días posible, para que no se apagara el corazón con una satisfacción demasiado rápida.

Pero lo que daba a la escena su auténtico clima no era, de todas formas, esa composición de lugar, propia de una estampa galante en un plato de porcelana, ni la inquietud del cónyuge explorador ante la posibilidad de que aquel día y aquella isla fueran los señalados, sino la circunstancia de que don Andrés, asimismo por acuerdo de las partes, debía manifestar su presencia desde su entrada en la Arboleda a través de un canto fino, melifluo, con el que, de puente en puente y flanqueado por los altos y viejos sauces llorones, canturrearía «Cucurrú-cucurrú-cucurrú-cucú…», para que doña María, desde uno de los bancos, si es que estaba presente, le contestara: «Ah-pichón-pichoncito-cú-cú…». Tenían por entonces ochenta y cuatro años él, y ochenta ella; estaban encorvados, empequeñecidos, con los ojos brillantes de esperanza y de alegría.

Las verdes copas de la Arboleda ya habían formado en el techo del parque una cubierta tupida que dejaba pasar cañones de luz filtrada, dibujos móviles, temblorosos, sobre la grava blanca. A mediodía se vaciaba de paseantes. Aquellos ancianos y su juego a la lotería de los días le despertaban a Dedi pensamientos sobre la expectación y la inminencia. Los dos avanzaban despacio hacia su objetivo. Había gente, cierto público que al cruzar el parque miraba a un lado y a otro para comprobar si aquella era la fecha en la que se habían de encontrar. El encuentro se prolongaba con una conversación ensimismada. Pero, en ese momento, ¿qué se decían?

–Bueno, ha refrescado mucho; me he quedado helada –dijo Dedi.

–Entra, entra en casa y siéntate un rato. ¿Quieres tomar algo caliente? ¿Otro café?

–No, por Dios. Si me tengo que ir, se hace tarde… Muchas gracias, Asun.

–Gracias, gracias… Qué tonta eres, Dedi, qué cosas dices. Me alegro mucho de haberte visto. Porque quiero que sepas eso, que me acuerdo de ti, me acuerdo de muchas cosas.

–Yo también. –Dedi no se volvió a sentar, puso las manos sobre las de su amiga.

–Te queda muy bien esa blusa, te favorece. Te da luz a la cara.

–Ya hace tiempo que la tengo, he tardado en ponérmela. Me la regaló…

–Pues es monísima. ¿Vas a volver a Madrid?

–Sí, tengo que ir para cosas del título y todo eso…–Avanzaban en fila india por el pasillo. Llegaron a la puerta.

En ese momento, entraba Mariano.

–¡Oh! Pero ¡¿quién está aquí?! ¡Ya te dábamos por desaparecida! –exclamó muy exagerado mientras dejaba las llaves y una carterita sobre la consola–. ¡Estaba dispuesto a dar parte a la Guardia Civil!

–¡Qué tonto es! –Asun completaba así las bromas de su marido mientras Mariano besaba a Dedi.

–¿Tú también? No me digas eso –contestó Dedi–. ¿Cómo estás, Mariano? Ya me iba, Asun me ha cuidado tanto que se me han hecho las mil.

–Pero ¿ahora que llego nos vas a abandonar? –Al decirlo hizo el puchero de los niños.

–Deja de hacer sandeces, Mariano. –Asun moderaba la comedia de su marido.

–Otro día nos vemos más despacio, si queréis. A ti te veo muy bien.

–La puerta ya estaba abierta. Dedi se hallaba en el umbral.

–Sí, eso, porque no sabemos de ti y eso no puede ser. Nos tienes que poner al día. ¿Tú también te vas a casar? –Mariano abrió primero una boca enorme para remarcar aún más su metedura de pata, más o menos confianzuda. Inmediata y teatralmente se la tapó con las dos manos. En vez de mirar a Dedi, miraba a Asun–. Creo que ya he chafado el misterio. Pero, qué voy a hacer, ¡como todo el mundo se casa!

–No le hagas caso, Dedi, siempre con sus gracias, que no tienen ninguna.

–Adiós, Dedi, perdóname –dijo Mariano poniéndose serio bruscamente–, pero cuenta con que tenemos que vernos. Podemos tomar un café en Palacios cuando quieras. –Las dos amigas dejaron atrás a Mariano y cruzaron el umbral hacia el descansillo para llamar el ascensor.

–¿Por qué me ha dicho eso?

–Ya sabes cómo es. Ni caso. –Asun, de regreso, tenía la mano en el tirador dorado de la puerta–. Lo habrá dicho por Mila, porque he oído que suenan campanas. O por Juan Detraux, ¿no te ha dicho él nada? Creo que espera una niña, o un niño, no sé.

–¿Quién, Juan?

–Claro.

–También llevo tiempo sin verlo. A ver si estos días paso por la óptica.

–¿Conoces a su mujer?

–Sí, bueno, no demasiado. Es una compañera de la universidad. Al principio tardó en decirme que era su novia. Luego, ya, sí. Pero hace mucho que no hablamos.

–A lo mejor nos hemos hecho todos mayores –dijo fingiendo un gesto de pena infantil.

–De eso no te quepa duda. –Dedi, ya dentro del ascensor, dejó que se cerrara la puerta.

–¡Que sea pronto, Dedi, por favor!

–¡Adiós!

Las personas desearían que todo el tiempo tuviera la brillantez continua de los instantes que refulgen como llamas. Su resplandor ha quedado preservado en celdas aisladas, inconexas, como las gemas de ámbar en las que se conservan inmóviles e intactas las criaturas de hace milenios. Contienen la vida, momentos aislados que ven desde afuera, en los que les parece no haber estado nunca.

¿Con cuántos planetas aislados entre sí se roza un asteroide mientras dura su viaje por el ancho, inabarcable espacio? El asteroide va chocando con cada uno y por un tiempo forma parte de él, participa de su política. Dedi sentía un indecible hartazgo ante los instantes invocados por su amiga como contraseñas o teselas para el reconocimiento mutuo de las dos mujeres que habían sido. El huerto, las fresas, las medias de Asensio. ¿Te acuerdas de Pedro Legaz, de Federico Ayllón, de Elvira Valero, de Rafa, siempre pegado a Flora Valencia? Lo bien que lo pasábamos… Todo es insufrible, piensa Dedi, una lluvia de pereza.

Pero los destinos de los otros amigos tenían al menos la autenticidad de los hechos reales; el suyo, no. Estaban acompasados, evolucionaban sin disonancias a lo largo de una llanura ondulante y viva como la del mar.

Ya en la calle, Dedi recordó las horas de oración, en la capilla del colegio, ese momento fatal en el que, si reparaba en el enunciado de los rezos, si pensaba lo que decía, perdería el hilo y debería comenzar de nuevo. Sólo se vive de verdad mientras el pensamiento no inyecta la duda en el hilo continuo de la existencia, su veneno letal.

El cauce de esas vidas de los otros era tranquilo y seguro, un hilo como el de la oración. Entre Asun y Mariano las bromas tontas disimulaban una idea limitada pero confiada y práctica de la vida. O, lo que es lo mismo, una afortunada ausencia de ideas. Los únicos que no se casarían, curiosamente, eran Rafa Teruel y Flora Valencia, siempre pegados el uno al otro. ¡Sois limítrofes!, decían los otros al verlos, con la confianza de los chistes que no consumen inteligencia. A Rafa se lo veía poco ahora, a veces por los bares mugrientos del final de la calle Larga o de la plaza Calavia, esos pubs decorados con grabados de cacerías inglesas, en los que recalaba después de haber recogido la mugre de otros tantos locales. De Flora no se sabía mucho, aunque, sí, se había casado, en Valencia, precisamente, con un

ingeniero. Pero eran todos caminos sin interrupción, sin cortes, sin cambios rasantes. También el de su familia, fundida con la ciudad y sus calles, sus liturgias.

Todo le pareció que había quedado atrás, al otro lado del corte que –así lo sentía– había interrumpido el hilo del cuento.

A esa hora Palacios estaba casi vacío, eran momentos de receso. La gente que acudía a desayunar ya se había marchado; quedaba algo de sofoco en el ambiente, servilletas de papel en el suelo; las camareras arrastraban montones de basura con grandes cepillos. No había voces, sólo el ruido de tazas y platos en el interior de los obradores. La puerta batiente no paraba. Flores fumaba un cigarrillo con el codo apoyado en el mostrador, como después de una jornada de caza.

El encuentro fue casual, aunque en realidad encontrarse en Palacios no revestía ninguna sorpresa: era un lugar que Juan y ella frecuentaban desde siempre. Abrazos emocionados, largos. Se habían quedado sin pan en casa, Dedi lo buscaba a deshoras. Las palabras se atropellaban, de pie; poco a poco el torrente fue encauzado y encontró la calma, hasta que el diálogo pareció parte de otra conversación hacía tiempo interrumpida y ahora reanudada con la misma confianza y complicidad de siempre. Quienes miraban alrededor no existían, no sabían quiénes eran, dónde estaban, exactamente.

–A veces creo que estoy flotando como si no tuviera peso –dijo Dedi–, sin un cuerpo definido. Me siento extraña en todos lados, empezando por mi propia casa. ¡Y eso que sé que no me podría trasplantar a ningún otro sitio! No, no te rías, Juan, es cierto.

–No, si no me río. Creo que he sentido algo parecido; en la vida hay cambios…

–¡Ya, ya sé que en la vida hay cambios! Pero eso es lo normal, no hablo de eso –dijo Dedi–. En tu vida hay cambios, ya lo sé, como en la de todo el mundo, pero, no sé, la óptica, la tienda, ya enseguida tus hijos… No sé, es como un guion. ¿Cómo está Pilar, por cierto? Era Pilar, ¿verdad? ¡Estará enorme y agotada! En fin, que tienes un ancla, quiero decir.

–Sí. No te he dicho nada porque esperaba que nos viéramos. –De pronto a Juan le parecía una eternidad el tiempo que llevaba sin hablar con Dedi. Lo sentía como una culpa.

–Es lo normal, ¿ves? El negocio, la familia. Todo en orden. Yo, ahora mismo no sé adónde voy.

Pero no estaba muy segura de lo que decía, de que esas palabras expresaran su pensamiento. No era el pensamiento lo que la hacía hablar. En el fondo no envidiaba nada de todo aquello, era mentira. Las leyendas repetidas, los nombres de siempre girando sin descanso alrededor, las campanadas al ritmo de la sangre, las mismas calles.

–¿Y tú? –preguntó Juan.

–Pues yo…, nada de particular. Bueno, pero dime, ¿cuándo sale de cuentas? Está al caer, ¿no? ¿Le gusta esto?

–Sí, le gusta. A lo mejor le costó un poco al principio. Yo habría preferido que se especializara en Oftalmología, así podríamos haber abierto de nuevo la consulta de mi padre. Pero se decidió por la piel. La consulta está intacta, ¿te acuerdas? Como él la dejó, hasta la tabla optométrica, con sus lámparas y todo.

–Bueno, pero está muy bien, ¿no? Casi no hay dermatólogos. –Dedi hablaba sin mirarlo a los ojos.

–Aquí, no. Eso dice ella, que no parece una médico, sino alguien llegado del espacio, una astronauta o algo así. –Sus risas se sincronizaron.

Ahora Dedi había fijado la mirada. En sus ojos se reflejaba la imagen del muchacho de siempre, rubio, delgado, de aspecto algo frágil, su amigo desde niños. Una especial manera, según había dicho ella muchas veces, de reunir los brazos a la espalda dejando que uno cayera extendido.

Él lo sabía todo de Dedi, creía saberlo todo. Sabía más que ella, eso sí. Después de estudiar Medicina –Oftalmología– en Madrid, había estudiado Óptica en Barcelona. Había viajado constantemente de Barcelona a Madrid, donde Pilar, su novia, seguía residiendo entonces en un colegio mayor. Se habían conocido en la facultad. Durante aquellos años, Dedi y Juan se vieron poco.

Dedi había imaginado muchas veces la coincidencia de los dos en Madrid sin que sus caminos se encontraran. Seguro que estuvimos cerca sin saberlo, dijo, mutuamente ignorados. El sol sobre los toldos de las glorietas, el tráfico, la lluvia, la sonrisa de los maniquíes en los escaparates iluminados de la calle del Carmen.

–Tengo que volver a la óptica. Pero, si quieres, podemos vernos esta tarde, más despacio. ¿Te parece? –Flores acudió en cuanto notó la mirada que lo reclamaba.

–Bueno, si tienes un rato, bien. Pero, no sé, tú verás, ¿cómo está Pilar? A lo mejor debes acompañarla.

–No, no creo que haga falta. Además, ya se ha instalado su madre aquí. –Dedi sonrió echando hacia atrás la cabeza–. Te espero luego. Cuando tú quieras. ¿Sobre las seis?

–Vale.

La media tarde. La óptica no estaba en su hora punta; era hacia el mediodía cuando acudían las ancianas que habían sido pacientes del doctor Detraux padre, algunas acompañadas de sus hijas. Se presentaban con gestos familiares que reclamaban atenciones en consonancia. Esgrimían sus consignas de reconocimiento. Los oficiales del taller y las dependientas las conocían a todas.

Juan estaba recogiendo un tapete de fieltro verde sobre el que había extendido lentes y monturas. Una vez encajadas, el tapete se enrollaba sobre sí mismo y se ataba con un cordel exterior. La bata blanca quedó colgada tras la puerta del taller.

–Pelayo, si viene doña Marina, la de Izaguirre, lo suyo está ahí, en la repisa; las dos cajas, sí. Ya están probadas.

Un cajón quedó medio abierto bajo el mostrador de cristal.

–Lola, no sé si volveré, voy a tomar algo con Dedi.

Lola era la empleada más antigua.

Las vitrinas relucían, llenas de cristales, de varillas de oro, de carey. Vibraban al pasar a su lado.

–Vamos a dar una fiesta en La Serna –dijo Juan–, hacia abril o por ahí, para celebrarlo. En cuanto sepamos recibirás la invitación, ¡de las primeras! Vamos a cambiarnos al tercero, ¿sabes? Lleva años vacío, desde que se fueron los Merino, ¿te acuerdas?

–Sí, claro. –No era verdad. No que se acordase, sino que estuviera prestando atención.

–Dedi, te estoy hablando; no me dices nada.

–Es que no tengo nada que decir, Juan. Que me alegro mucho.

–¿De qué, de que se hayan marchado los Merino?

–Qué tonto eres… Perdona. Estaba un poco despistada.

–Pero, dime, es mejor que me cuentes tú.

–No sé, ¿qué quieres que te diga?

–No sé. Tú sabrás.

–¿Te acuerdas cuando trajimos a Salvador?

–¡Cómo no voy a acordarme!

–¿De Antonio, el amigo de José María, o lo que fuera?

–¿Antonio? No sé… ¿Quién, el conductor?

–Sí. –Caminaba mirando al suelo, jugaba a meter la barbilla en el cuello del abrigo.

–Me acuerdo perfectamente, sí. Lo hizo de maravilla, y no era fácil aquello. ¿Qué pasa?

Juan la quería mucho, la quería desde siempre. Y ahora, en ese momento, la quería más aún. Hay seres únicos: su reino no es de este mundo ni de ningún otro. Expresan la resistencia de la vida individual a las leyes de la naturaleza, una loca desobediencia a la verdad de lo que fluye, de lo que se transforma y desaparece. El asidero de una esperanza alucinada. Y nadie conoce, propiamente, las señales que podrían servir para identificarlos. En un instante apenas perceptible, en un destello, algo los hace emerger de la común sustancia homogénea e insignificante: los bordillos rotos de las aceras, el frescor húmedo y corrompido que despide el portal de una casa en obras, el ruido, las voces cruzadas a la entrada del mercado, el sol sobre los muros de las iglesias. Aquí, entre lo indistinto, de pronto se manifiestan sus auras.

Pero ahora era como si estuvieran los dos a orillas opuestas de un río profundo y caudaloso que bajaba dando saltos, sin poder atravesar ese cauce, sin poder oír las voces, los gritos del otro lado, acallados por el estruendo del agua.

–¿Hace mucho que no vas al cine?

–No hace tanto, con Antonio precisamente. Pero a él no le gusta como a mí. Se aburre, se impacienta. Yo vivo en la pantalla. ¿No me

digas que me vas a llevar al cine?

–No. ¿Te puedo decir algo?

–Juan…, ¿a estas alturas? Sólo faltaba.

–No sé, te esperaba más contenta, más eufórica después de lo que me cuentas. Más luminosa. Casi me lo has contado de pasada, como un incidente.

–Me conoces muy bien, y nunca me has visto eufórica. Pero es como si una película hubiese terminado y ahora fuera a empezar otra. Las luces, de momento, están apagadas. No sé lo que va a ocurrir.

–Bueno, pero entonces es el momento de la mayor ilusión, los rótulos de crédito, ¿te acuerdas? –Era un viejo dicho entre los dos, todo un lema: no ir más allá, no pasar de la promesa. Quedarse en ese momento en que la música comienza sus compases y algunas imágenes irrumpen entre las letras de los créditos declarando que existe un lugar en el que la vida verdadera no tiene principio ni final.

–Sí, pero todo es raro. Como si hubiera visto una señal para zarpar…

–¡La llamada de la selva!

–En parte, sí. Es eso –dijo ella–. Todo me parece viejo alrededor, estancado, muerto, como si trastos y trastos amontonados en los desvanes hubieran caído abajo al derrumbarse los techos por el peso. Me repugna el olor de las cortinas. El otro día me enfadé con Avelina, y me arrepiento; la pobre se quedó de piedra, nunca me había visto así. Pero es que…, señorita Dedi por aquí, señorita Dedi por allá. No quiero que me siga llamando así, como toda la vida, como a Emi, como a Mercedes con sus ínfulas…

–¿Y qué dice Mercedes?

–Yo creo que ya lo tiene tragado. Me ha costado mucho, al principio fue un horror. Cada llamada de teléfono, con la mosca detrás de la oreja, era una alarma para ella. Le tuve que decir a Antonio que mejor lo llamaría yo. Me controlaba las horas de regreso a casa cuando él venía, ¡como si fuera todavía una colegiala!

–Bueno, lo ha hecho siempre. Hay que comprenderla.

–Sí, claro, pero ya no…

–¿Viene a verte? –preguntó Juan.

Paseaban sin rumbo.

–Sí, cada poco. Con esa facilidad que tiene para coger un coche u otro… Pero Mercedes siempre al acecho. Un día me dijo: que sepas que ya eres mayor y no quiero que estés toda la vida debajo de mis alas. Sólo quiero que no des que hablar. ¡Madre mía lo que lloré aquella noche! Pero luego me di cuenta de que, para ella, no se trataba de mí, sino de él. Antonio está hecho a Madrid; nació en un pueblito de Guadalajara, una aldea, casi. Trabaja desde que era un niño. Está muy toreado, me dijo Mercedes. Y, claro, todo eso… Yo sé lo que piensa Antonio. Cuando le presento a alguien aquí, cambia por completo; se pone todo envarado, rígido como una máscara. En Madrid es libre. Si lo ves, parece otro, gasta bromas, tiene muchos amigos, conoce sitios a patadas.

–Entonces, ¿viviréis en Madrid cuando te cases?

–Ay, no lo sé, Juan. No sé nada. ¡Tengo tal embotamiento! Lo único que sé, y no se lo he dicho a nadie más, es que lo llevo metido aquí. –Se llevó la punta del dedo índice a la frente–. Todo es para mí una espera larguísima de algo que, en realidad, no sé, en realidad no sé si quiero que llegue…

–Como el final de las películas.

–Todo me aburre, me deprime.

El sol se había refugiado en los aleros de los tejados más altos, comenzaba a refrescar. Era una hora última de vida iluminada. Pronto llegaría el silencio, tras los chirridos de los cierres metálicos de los estancos, las jugueterías y las tiendas de confecciones.

La boda de Juan y Pilar también se había celebrado, como la de Asun, en la ermita de la Virgen de la Serna, a unos sesenta kilómetros de la capital, un sitio pintoresco, encaramado a un risco, con una explanada y un mirador desde el que se veía en torno un amplio panorama de sierras y bosques que parecía curvarse, como un circo romano. Hasta allí conducía una carretera con vueltas y revueltas. La pequeña iglesia estaba muy adornada con flores y guirnaldas; se quedaron afuera muchos invitados, sobre todo los hombres jóvenes, fumando, de charla, los abrazos. Hubo un almuerzo largo en Las Sabinas, a la bajada de la sierra. Dedi observaba a la familia de Pilar,

muy numerosa, los hermanos, los primos, los abuelos, sus familias colaterales. El ruido sereno de neumáticos sobre la grava. Vestidos aparatosos, tocados, joyas. Mercedes había pedido prestada una estola de visón a Pura Morales, quien se la cedió con satisfacción infinita.

–¡Juan, hijo! –La alegría de Mercedes era auténtica; un tiempo, unos nombres regresaban a ella por un día–. Oye, si necesitáis algo, ya sabes dónde estamos. ¡Ay, si te hubiera visto tu madre! No sé dónde anda Dedi. –Al decir esto, y como si no estuviera en la boda ni fuera con ella, cuchicheó–: Yo cada día la veo más ida. Ya sabes…

El amor de Dedi: una patria perdida, quizá poseída alguna vez sin saberlo.

Era agradable caminar a pesar del frío: primero la calle Larga, luego por Arzobispo Elvira, la placeta de la Catedral, las callejas del Horno y Guarniciones. Desde algunas bocacalles de aquellos barrios se veían a lo lejos, en lo alto, al otro lado de la ciudad, las luces de la avenida de Portugal, que comunicaba con la circunvalación. Al fin, la Arboleda de Ronda, envuelta entonces en la bruma del río; los árboles, desnudos, vaporosos, grises.

El agua de las márgenes, entre las barandillas y las junqueras, muy recrecidas, corría rápida; la piel de su superficie sobre una masa profunda e inmóvil. El relente junto al río hacía bajar aún más la temperatura. Una tarde oscura. Los bancos vacíos de las isletas aumentaban la impresión gélida. La soledad de los puentes, su falta de sentido.

Dedi tenía las manos heladas a pesar de los guantes. Para el guionista de una película, francesa, por ejemplo, hubiera sido fácil anotar el momento. Metió una mano en un bolsillo, pero no de su abrigo; con la otra sujetaba el bolso, marrón oscuro, de escamas brillantes. Algunos patos entre las cañas.

De regreso, antes de la cuesta de Muleros había un bar de barrio en los bajos de unas casas nuevas, de dos plantas, construidas en el viejo arrabal.

Sonaba el ruidoso pinball, accionado a golpes por un joven desharrapado. Era un día de trabajo, pero víspera de alguna fiesta. El hombre movía todo el cuerpo al embestir los flippers. Estaba muy concentrado. Todavía de pie junto a una mesa bastante pringosa, Dedi se apartó mientras la mujer pasaba un paño. Había poca luz. La televisión estaba encendida, un programa infantil con decorados de casitas de espuma. Un perro echado al fondo del local impedía el paso a un cubículo que parecía almacén.

Fotografías enmarcadas de equipos de fútbol, con el sello, en una esquina, de la revista La Actualidad Española. Iríbar, Sáez, Echeverría, Aranguren… La televisión sonaba con estribillos incesantes.

–Te veo seria.

–No, ¿por qué? Mercedes no está bien. Las dichosas jaquecas. Tanto Optalidón no puede ser bueno. Se mete en la cama, todo a oscuras, y ya no la vemos hasta el día siguiente. Me preocupa.

–Dedi.

–¿Qué? Es verdad.

–Sí, ya sé que es verdad. Pero no te pregunto eso.

–¿Entonces?

–¿Has estado con él últimamente? ¿Va todo bien?

–Sí, todo bien. Bueno, no, no lo he visto. Precisamente las jaquecas de Mercedes; quería haber ido a Madrid… Bueno, nos vimos el mes pasado. Quería que conociese a su hermana. Vive en el pueblo. Es su única familia. Bueno, tiene hermanos mayores; su padre se casó dos veces. Son muchos, pero no tienen gran relación. La hermana vive sola. Y se nota, ¡puf!

–¿Por qué lo dices?

–No sé, ese pueblo, Alcúzar, en medio de la llanura… La soledad.

–Te quedaste hundida.

–Pues, la verdad, para qué engañarnos.

–¿Se lo dijiste?

–No, ya lo sabe él, de sobra. Él mismo se hunde cuando lo recuerda. Se esforzó por contarme cosas de su casa, de su infancia, cosas que intentaba presentarme de lo más brillantes, con los colores de la felicidad. Hablamos, ¡y cuántas veces ni nosotros nos creemos lo que decimos! Las palabras mienten, las palabras sólo sirven para ocultar.

–¿Por qué lo dices?

–Antonio ama todo aquello, pero le produce una tristeza infinita. Lo odia. Lo que ama es otra cosa, su infancia. En realidad, escapó de allí en cuanto pudo. ¿Sabes que me presentó un día a Sammy Davis Jr.?

–¡¿Qué me dices?! ¿El cantante negro, con el ojo de cristal?

–El mismo. Muy simpático. Canta con Frank Sinatra; estaban en Madrid. Y Antonio me llevó a un espectáculo de flamenco, estaba allí. Me lo presentó, no paraban de reírse juntos. Y de fumar, ¡como un carretero! Creo que de beber tampoco. Antonio me dijo que iba a hacer unos negocios con ellos, no sé de qué, porque Antonio no habla inglés ni papa. Pero, bueno, ellos llevan gente que habla español perfectamente. Algo de coches, creo.

Dedi se quitó el abrigo y dejó el bolso sobre la silla de al lado. Empezaba a sentirse acalorada, el ambiente era denso. Miraba a lo lejos dejando que la vista se perdiese más allá de los muros, del río, de los árboles. Era un recuerdo, pero parecía un deseo. Como el fantasma de una compañía invisible. Sammy Davis bailaba enredando las piernas entre sí, delgadas, como un sacacorchos, dijo. Pero era también un nombre junto a otros nombres, formaban una tripulación que navegaba sin rumbo conocido, en una especie de barco fantasma: Xisco Beceira, Dora Pascual, don Francisco del Río… Un teatro con muchos personajes en escena hablando a la vez, quitándose la palabra. Nombres. Inge. Paco Goyoaga. Ella estaba dentro y fuera a la vez, la espectadora y la apuntadora, pedía un papel en la obra, por pequeño que fuese. El público en la oscuridad. Vivir en la leyenda. Fuera del escenario existían los accidentes, las enfermedades, el mal olor de los patios ennegrecidos, la muerte, los aljibes cegados.

–¿Cómo lo conoció?

–No sé, creo que habían llamado al garaje pidiendo un coche con conductor; querían visitar El Escorial y Toledo. Sammy Davis iba con otros que debían de ser sus agentes, eran compinches. Bebían en el coche, un coche norteamericano enorme que había encontrado don Celso, el dueño del garaje, con un mueble bar. Se hicieron amigos. Sammy abrazaba a Antonio cuando se encontraban, le daba palmadas en la espalda. Cuando me lo presentó me dedicó una reverencia como en Versalles, adelantando un pie y flexionando la otra pierna mientras hacía un barrido así con el brazo. Es un ganso. Nos dio entradas para varios espectáculos. Decían de él muchas cosas, y de Sinatra. Sectas satánicas, qué sé yo, cosas que dice la gente. Antonio le tiene mucha simpatía.

El local estaba ahora más concurrido. Chicos y chicas con ganas de divertirse. Llamaban de tú a la mujer de la barra; le preguntaban por alguien haciendo muecas, su marido, quizá. El bar parecía ser su centro de operaciones. El hombre del pinball abandonó el juego con un topetazo a la máquina, la apagó, se acercó a la barra, agotó el último trago a una caña de cerveza muerta y se marchó. La mujer

movió la cabeza.

Dedi hablaba de la hermana de Antonio, del día en que la conoció; sentía la necesidad de contarlo todo, se ahogaba. Estaba anocheciendo afuera, los fluorescentes del bar eran crueles.

Cuando Charo estaba presente, Antonio se quedaba como un palo, a la defensiva. Cara de palo, lo llamaba ella. Vaya con el piloto, decía, no te enfades, hombre.

Antonio tenía complejos. Llevaba gafas de sol en días nublados. Se comparaba, se medía con los otros; se había hecho a sí mismo en la competición, en la pelea de tiempos difíciles. Al lado de Dedi, si alguien se acercaba se sentía empequeñecer, se ponía en guardia. Eso le hizo ganar entre Mercedes y Emi fama de hombre serio. Pero no era eso. Tenía recuerdos, los odiaba; en el olvido estaba su redención. Ahí, en ese último reducto frente al miedo, se sintieron seguros los dos, ahí se encontraron, en una memoria apócrifa anterior a los recuerdos.

Con sus amigos y conocidos de Madrid era muy distinto. El garaje, los bares, las pensiones por las que había pasado; los compañeros de batalla conocían a un hombre burlón, procaz muchas veces. He guiado a muchos señoritos por la noche de Madrid, decía. Antonio era alguien en Pasapoga y en el Caribiana. En Villa Rosa. En los locales con luces rojas y verdes, llenos de humo, de las calles adyacentes a la Gran Vía. Allí los conocidos tenían un código de señales y palabras con sentido modificado. Se comunicaban sin mirarse, decía Dedi, se gastaban bromas, avezados, alerta, dueños del territorio. Ella no los entendía, pero sabía leer signos sueltos que decían de una vida curtida en la desconfianza y quizá, muchas veces, en la violencia. Ya no te tratas con los pobres, le dijo a Antonio un cerillero al pasar por delante de un bar con azulejos en el que había flamencos, cerca de la plaza de Santa Ana. Estaba atestado.

–¡Achuri! –Antonio lo saludó sin detenerse–. ¡Qué bien te veo!

Entraban en sitios con tubos calientes por los que pasaba el agua de la calefacción siguiendo el trazado de la barra de mármol. Dedi no entendía, pero apreciaba la destreza y la audacia de los que saben andar por encima del agua sin hundirse. En su terreno Antonio era un gallo, se crecía. Sostenía, sin fumar, un cigarrillo entre los dedos con el gesto de los actores. Contaba a Dedi la historia de la gente. Una patrona de la calle Mesón de Paredes, cuando él llegó a Madrid, le empeñó el abrigo para dar de comer a la hija recién nacida. Había hecho viajes a Badajoz, hasta la frontera con Portugal, para traer

tabaco. Una vez hubo un descarrilamiento, era de noche, dos trenes chocaron. La mayoría de la gente iba dormida, una cadena de fuertes golpes los despertó; el ruido era tremendo. De pronto el vagón había perdido su forma, las paredes se habían abierto, los metales doblados; el techo se desprendió, bultos y cuerpos desperdigados y amontonados formando barreras. Hubo muertos. Antonio se salvó por estar dormido, precisamente; sintió un golpe tremendo en la cabeza que lo dejó aturdido, no sabía dónde estaba, vio la sangre, el cuerpo de una mujer en el pasillo, saltó por encima de otros cuerpos. Hacía mucho frío en el campo, estaba muy oscuro; un humo blanco comenzó a llenarlo todo a franjas que de pronto desaparecían como cortinas descorridas. Se oían aullidos de dolor.

Era un superviviente. Conocía a los taquilleros de los campos de fútbol y de las plazas de toros, a los fotógrafos, a los porteros de las boîtes con nombres tropicales en las que actuaban vedettes que le habían dedicado sus fotos. Junto a él, Dedi volvía a ser casi una niña, mimada, segura; se encontraba de nuevo con aquella imagen suya.

Cuando estaban juntos, a Antonio sólo había una cosa capaz de hacerle cambiar el gesto: el recuerdo de su hermana, allá en el pueblo, despertaba en él una profunda herida.

Pero la compañía forzosa de los amigos de Dedi le hacía sentir algo distinto, una inferioridad lacerante. Entonces se volvía suspicaz, sospechaba un desprecio imaginario. En ese mundo se comía de otra manera; la cortesía era taimada, ocupaba el lugar del desprecio. Otro idioma. Relájate, chófer, le decía Charo para encocorarlo más todavía. Eres pesada, Charo, déjalo ya, decía Dedi.

Antonio tendría que haber visitado a su hermana meses atrás, y no lo había hecho. Sabía que ahora, llegase cuando llegase, le esperaban el rencor y los reproches, siempre lo mismo, la culpa que Fermina le arrojaba al rostro, desde su soledad. Aquella mujer había cargado ella sola con la ruina definitiva de la casa, y nunca se lo perdonaría. La pobreza, la enfermedad, la muerte de los padres. Antonio sabía lo que ella pensaba: él había desertado. Dedi lo contaba con lástima, y a la vez con una repelencia preñada de augurios.

Los campos de otoño en la llanura, a la primera hora de la mañana. El aire diáfano, si acaso un tenue vaho que sube de la tierra. Los horizontes circulares, azulados. Las manchas negras de los pinarillos a lo lejos. Lomas pedregosas. Una bicicleta avanza por la

carretera que lleva de Alcúzar a Los Tejares. Rastrojos pardos, con perlas de rocío, las cañas ennegrecidas por la humedad de las noches. Los surcos interrumpidos de vez en cuando por un montón de tocones apilados, entresacados a golpe de azada. El ricio, que verdea como un bozo sobre los caballones de tierra apelmazada.

No es la primera vez que Fermina hace ese camino en bicicleta para ir a ver al tío Trinidades. Hace cuatro años fue a pedirle dinero a cuenta para hacer la obra del retrete. En aquella ocasión él se le insinuó, le ofreció a cambio una rebaja del interés, llegó a hablarle de perdonárselo por entero, con los labios húmedos. Su mujer estaba en la cocina, al lado del despacho, y debió de darse cuenta, pero fingió estar colocando vasos en el vasar, se oía el ruido, y no sería la primera vez que lo hacía.

Los Tejares es una aldea. Un grupo de chicas, ya mayores pero vestidas como niñas, entra bromeando y riéndose a un colmado, la tienda del pueblo. Llevan vestidos cortos, con calcetines hasta la rodilla que no se sostienen; tienen las mejillas encarnadas, alguna lleva dos coletas.

La casa de Remigio Escalada es una de las mejores; parece moderna, aunque de una modernidad de casi un siglo atrás, de cuando la electricidad era moderna. Piedra blanca, caliza, de color calavera, que centellea al sol del llano; sillares cortados severamente en los dinteles y las esquinas; ladrillo rojo; un balcón central, corrido sobre la fachada, con rejería muy historiada. En las habitaciones del piso de arriba hay ventanas cubiertas con chapas. Un cartel de Nitrato de Chile, el jinete de la capa. La casa está rodeada de corrales, salvo por un lateral que da a la calleja sombría que lleva a las eras. En la esquina del edificio había quedado empotrado un poste del servicio telefónico, de madera gris, con un embrollo en lo alto de cables negros colgando que partían en todas direcciones. Sobre el dintel que enmarca la puerta de entrada hay clavadas varias chapas oxidadas, de la aseguradora de incendios, de Telefónica, azul: la casa del usurero es la única con teléfono. De vez en cuando, la mujer sale corriendo en busca de algún vecino al que llaman por una urgencia.

Al descolgar la bicicleta de la viga, en la cuadra, decidida a visitarlo de nuevo, Fermina piensa que debe atender únicamente a los hechos; lo demás, como si nada. Sólo quedaría conseguir el dinero, ver los papeles, firmar, salir de allí cuanto antes, corriendo.

Pero, cuando deja la bicicleta apoyada en la fachada, no puede evitar el recuerdo de la vez anterior; no tengo otra, pensó. Tú verás,

no te cuesta nada, mujer, y así en cambio te desperdicias, le dijo entonces. Ahora, el dolor por aquello la muerde, la devora. Estás en flor, tonta, no te cuesta nada, y te hago un precio. Ella sentía la suciedad, la saliva colgando de la boca, el olor a sudor en la ropa. Al salir de allí, había echado a correr por el campo vacío y ahora volvía a oler un tufo a casa quemada que llevaba desde entonces prendido de la nariz. Había intentado dar con Antonio, sin conseguirlo. Cuando pudo hablar con él, lloró, lo insultó por teléfono, lo llamó lo peor, le achacó todas sus miserias. Antonio colgó, estaba en un bar de la calle Hartzenbusch, cerca de la glorieta de Bilbao, lo recordaría siempre. Se quedó muy alterado, creyó sentir un mareo.

Hace frío en el interior. El zaguán es oscuro, de baldosas rojas; hay una carretilla. El prestamista, encorvado sobre los papeles, le indica que se siente. El despacho del usurero está a pie de calle. También lo llaman el Negro. Pero el tío Trinidades le hacía rabiar. Lo están llamando judío. Su mujer se limpia las manos en el delantal a la puerta del despacho, lleno de cajas de cartón, sacos y cajones con botellas. Es viejo, con unas guedejas blancas que le cubren las orejas, gordo, achaparrado; lleva puesto un ropón negro que verdea. No se ha afeitado.

–¡Hombre, quién está aquí! –El Negro sonríe; la ha visto llegar desde el interior del despacho, aunque no se ha levantado de su butaca–. ¡La flor de estos campos! Yo siempre a tu servicio.

Las imágenes sustituyen a las imágenes, las desbancan. El recuerdo reciente, al de la tarde anterior. El dolor de hace años sentido en aquella misma casa había sido borrado por el de ayer en la suya, todavía supurante. A mitad del camino de regreso, pedaleando en la bicicleta, Fermina volvió a oír las pisadas de ayer en la escalera de madera, hueca, vieja. Las botas rotundas, las maderas oscilantes, el sonido lento, interminable.

Fueron llegando todos poco a poco. Primero, Abilio, el mayor, que al entrar se quitó la boina. Julián, Germana, Cecilio, Alejandro, Goya, la mayor de las mujeres. Se fueron sentando en las sillas de la sala, con respaldos de cuero negro labrado. Los hombres siguieron de pie, adustos. Al rato aparecieron Marcelino y Julita, la pequeña de todos ellos, que llegó muy cansada, le costaba arrastrar su peso.

La madre de Antonio había muerto el año anterior, por fin. Su hermana le recordó mil veces a su hermano la carga de las penurias,

los achaques continuos, la demencia, los lavados del cuerpo. Fermina había asumido aquellas tareas ante la completa ausencia mental de la anciana, un dolor insoportable. Tenía unas pocas tierras arrendadas, de eso vivía. De eso y de pegar etiquetas en los frascos de la fábrica conservera; se los llevaban a casa, los recogían, una miseria por cada millar de etiquetas pegadas. Las noches enteras a la luz del flexo.

Cuando murió la madre, Fermina sintió un alivio, pero también un temor a lo que tarde o temprano habría de ocurrir, lo cual se confirmaba ahora. Durante ese año áspero y vigilante, cualquier ruido en la puerta de la calle, el chirrido del batiente, le hacía dar un respingo. O cuando llegaba la única amiga que iba a buscarla en verano para dar una vuelta por la plaza. ¡Soy yo, Acacia!, gritaba desde la calle, para que Fermina la viese por la ventana. En el entierro apenas habló con sus hermanos mayores –eran hermanos de padre–, en el mercado rehuía a sus mujeres.

–¿Tienes un momento ahora? –Abilio habló por todos cuando vio que no esperaban a nadie más.

–Cualquier día, por ese peldaño de la mitad… Me da miedo cada vez que sube alguien. –Aunque se resistía a reconocerlo, ella sabía muy bien el motivo de la visita; ya no sentía la angustia del año anterior: ahora ya estaban aquí. Los hechos reales, siempre preferibles a su anticipación.

–No hemos querido agobiarte, habrás visto. Pero yo creo que ya es hora de atacar el tema entre todos. No hay más salida, Fermina.

–Ya…

–No sé, tú dirás: te compramos la casa o nos quedas en paz. Pero entonces hay que echar cuentas. Han sido muchos años, y no hemos dicho nada. Al fin y al cabo, era la mujer de mi padre. Lo hemos comprendido, pero ahora, ya… Tenemos que decidir qué hacemos.

–¿Y adónde voy a ir yo ahora?

–No sé, a lo mejor Antonio…

–¡A buen sitio has ido a dar! ¡Pues, sí! ¡Antonio! Como si no tuviera hermano.

–Tendréis que pensarlo, pero, claro, nosotros también queremos hacer algo con la casa. Es de todos.

–Está hecha una ruina. Y eso que yo he hecho muchas cosas, ha habido gastos…

–Ya los descontaremos.

–Y, si os pago las partes, ¿cuánto sería eso?

Vendió las tierras a los aparceros, pidió un dinero en la conservera, Antonio le mandó un pequeño giro, todo era poco.

Antonio pensaba que Dedi tenía que estar al corriente de la vida de su hermana antes de conocerla. Pero no había abierto la boca en todo el viaje. A Dedi le dio la impresión de que dejaban el coche –un Dauphine azul claro– demasiado lejos de la casa. Parecía haber algo previamente meditado en aquella llegada.

Al cerrar las puertas del coche vieron salir a Fermina. Con una mano en la frente, hacía visera para que el sol no le diera en los ojos. No era fácil saber en qué coche llegaba Antonio.

–¡Ya estamos aquí! –dijo él de un modo que a Dedi se le antojó demasiado efusivo, sobreactuado. Fermina avanzó no más de dos pasos. Miraba a Dedi fijamente, achinando los ojos.

–Hola –dijo.

–Es Dedi. Tenía muchas ganas de conocerte.

Fermina tardó unos segundos en contestar, parecía confundida. Los labios fruncidos, como si un hilo tirase de ellos hacia adentro de la boca, abiertas las aletas de la nariz.

–Hola, ¿cómo estás? –dijo Dedi.

–Ah, creí que era… –Lo dijo volviéndose de espalda para entrar en la casa. Antonio, alzando la voz, cortó la frase de su hermana:

–Ha salido un día precioso y he dicho: ya es hora de que os conozcáis.

–No tengo nada para daros.

–¡Que lo mismo da, mujer! Es lo de menos. –Entraron.

Dedi miraba las paredes, la cal ahuecada, las vigas combadas en

los techos bajos, centenarias. Por un instante, recordó pasajes del Quijote, ventas de los caminos. El resto fueron minutos de tensión creciente, la literatura había desaparecido. Subieron a la sala por las inseguras escaleras. El reloj de péndulo, como un juez inflexible. La claridad de la ventana, el suelo en pendiente, las alcobas. Fermina no se llegó a sentar; por un momento creyeron que no los acompañaría. El silencio. Salió de la sala, algo se le había olvidado.

De repente, volvió y comenzó a gritar, encendida de ira contra Antonio. Le echó en cara manchas atávicas, deudas, pecados. Todo indicaba que era a Dedi a quien se dirigía para mostrarle quién era su hermano. Los aullidos salían de algún atanor de la tierra y de la raza atravesado por un río hirviente. Dedi no pudo permanecer sentada, no sabía dónde mirar; apoyó la espalda contra la pared, se manchó con el polvo blanco, como en una panadería. Cruzó los brazos. Antonio se había levantado, también.

Al final, después del ataque de ira, de los improperios y el vértigo, Fermina cayó derrumbada sobre la cama de una de las alcobas, una cama alta como una carroza, de hierro negro, que había sido la de su madre. Temblaba, tenía convulsiones.

–Vete al coche –le dijo Antonio a Dedi.

Ella esperó más de media hora sentada, mirando a la casa. No podía pensar nada, no sabía dónde había estado. Le retumbaba la cabeza, la dañaba el martillo del sol.

El vaho del interior había terminado por empañar los cristales con un velo turbio. El bar se había llenado. Varios grupos de jóvenes, ahora más numerosos, ocupaban la barra y las mesas. Debían de haber entrado hacía un rato; las chicas ya habían tenido tiempo de formar un conjunto aparte, en una mesa llena de coca-colas. Ellos eran farrucos, retadores; las voces crecían, no había otra manera de hacerse oír en la algarabía. Seguían un partido de fútbol ya muy avanzado. El campo era un barrizal con una luz muy pobre; los jugadores pululaban entre la bruma. El balón no botaba, caía en los charcos como un peso muerto.

Al salir, la bofetada del frío fue un alivio; adentro el ambiente ya estaba muy cargado, nubes de humo retenidas bajo el techo amarillo.

Las farolas de la Arboleda de Ronda estaban envueltas en un halo como el de las aureolas de los santos. Sobre el parabrisas de los coches aparcados se había formado una capa de escarcha. En uno de ellos, Dedi dibujó un zigzag –el aliento ganaba consistencia en el aire–, algo parecido a un barco, hecho con palotes. Un hombre. Una cara. Lo borró todo, los guantes de lana quedaron empapados.

Se oían ladridos. El río, su presunción, estaba muy cerca, por algún lado, al final de una ladera resbaladiza.

Volvían de Alcúzar con el coche inundado por un sol resplandeciente y dañino. El campo brillaba como la barba congelada de un montañero, como una lámpara de lágrimas de cristal. Los bordes de la carretera arrojaban destellos. Antonio estaba pálido, había enmudecido.

–Me da tanta pena. –Dedi quiso que la sintiera cerca, estar con él, acompañarlo.

–Lo peor fue lo que le dijo la primera vez.

–¿Peor que lo otro? –Había recibido de los propios labios de Antonio la historia completa, ordenada por capítulos, de las humillaciones y las ruinas que asolaban a su hermana, desde la

primera deserción que ella le achacaba, el origen de las calamidades.

–¿El qué?

–Hombre, las manos en los pechos, detrás de la puerta… Es tremendo, terrible. Terrible… No me extraña que esté como está. Y, aquí, sola… –Dedi se dio cuenta de que estaba acrecentando la angustia de Antonio, justo lo contrario de lo que pretendía.

–Está loca. El médico lo sabe.

–A lo mejor yo también me habría vuelto loca. ¿Y tú no pudiste…?

–¡No sé cómo! No sé. –Era la herida más profunda de Antonio, lo que conseguía desarmarlo por completo–. Si estoy delante de ese pájaro, lo mato. Pero, de todas formas, ella es imposible, siempre lo ha sido. Una persona imposible.

–Sí, pero ahora ha tenido que volver a ver la cara de ese sinvergüenza. Y, gracias a eso, ha conservado la casa.

Después se callaron. Iban oyendo el zumbido del coche, encerrados en una cápsula hermética. ¿Qué tenían en común? ¿Conocían lo que los había acercado? Se sentían cómplices, pero ¿en qué? Esa complicidad, ¿era suficiente como para haber ganado la confianza mutua que autoriza los reproches, las acusaciones, sin que todo se venga abajo? Era algo que los juntaba, que les hacía daño a la vez.

Mercedes estaba asombrada. No entendía. Pero había claudicado y dejaba hacer. Los de su hermana ya eran muchos años, treinta y cuatro, y ella había sufrido demasiado desgaste, demasiado tiempo haciendo guardia como un centinela en la noche. Ahora Dedi salía a descolgar el teléfono ella misma, un aparato negro y pesado.

La imaginación de Mercedes había escrito para su hermana durante años una historia distinta, una historia en la que se cumplía un destino conocido, con personajes conocidos y un desenlace favorable que muchas veces había llegado a ver anticipado, lo que es una historia. Aquello tenía un argumento que ahora había desparecido; el tiempo real y sus hechos lo habían desbaratado, como en el choque que sufría el espectador de una película al salir a la calle. ¿Qué podría andar buscando Dedi para encontrar lo que había encontrado?

–¿Tú crees en el pecado original? –Antonio la miró fríamente; por supuesto no contestó de manera inmediata. Había nubes extendidas como sábanas.

–Creo en Dios, si es eso.

–No, no es eso exactamente. –Dedi no tenía muchas ganas de explicaciones, sólo tenía preguntas.

–¿Lo dices por lo que te he contado antes? –Estaban llegando a casa. Dejaría a Dedi en la puerta, ella lo prefería.

–Sí. Pone los pelos de punta. Así que… cada familia arrastra sus pecados, ¿no?

–Eso fue lo que le dijo cuando ella salió corriendo de la casa.

–¿Y por qué? –Dedi preguntaba entrecerrando los ojos, como ante una visión sobrecogedora–. ¿Qué tenía que ver tu familia?

–No lo sé. Que yo sepa, nada, aunque en Alcúzar el Negro es como un demonio para todo el mundo, alguien que ronda la casa. Sabe cosas, amenaza, chantajea a la gente. Y tiene una memoria que guarda asuntos muy viejos. Vete a saber.

–¡Puf!

–Además, imagínate, con lo que son en los pueblos.

–Dios mío. Para ella debió de ser como estar condenada desde el nacimiento hasta la muerte, sin poder hacer nada. Dios mío.

Ella también se lo preguntaba a sí misma. Servo arbitrio. Sabía que estaba obedeciendo, pero ¿a qué? Un lugar yermo, hirsuto. Un vacío amenazador. Bajo la tierra anidaban cargas explosivas milenarias, compactadas ya con la constitución geológica. Nadie hubiera creído ver en Dedi a un expedicionario dispuesto a internarse por ese país. Ni Mercedes, ni Asun, ni Mila. Ni Charo, siempre proclive a animarla a la transgresión.

En compañía de Antonio se sentía en haldas de un anuncio de felicidad indefinido, difuso, contra el que era inútil luchar con razones. Con él había descubierto una poesía que le parecía propia, en todo distinta a la que para Mercedes constituía el desarrollo lógico de

una trama y el cumplimiento feliz de un destino. El mundo en el que había nacido y crecido se había desintegrado como las rocas limadas por el viento y reducidas a polvo que vuela. Su reconstrucción era imposible; sólo cabía una edificación de nueva planta en la que tal vez podía reencontrarse algo parecido a la dicha soñada y perdida. Los olores de la plancha, el tacto de una bufanda de vicuña, el tono de una voz, el color de un vestido, los de una tapicería, la luz avanzando sobre el suelo, ganando terreno a la sombra fría, todo eso que significaba para ella una plenitud evaporada pasaba ahora por el abandono y la demolición completa, hasta los cimientos; por amasar de nuevo la tierra, dejarla secar en bloques y levantar la nueva arquitectura.

Pensaba en Fermina y en aquellos episodios, lo bueno y lo malo de las cosas, los juicios morales. Antes la simulación y la hipocresía que sucumbir a ese mundo dominado por el juicio, hecho de salvaciones y condenas.

–En el fondo, a veces Dedi y Antonio me parecen dos inocentes –dijo un día Mercedes–. Yo ya estoy cansada.

7

Fermina no asistió a la boda. Fue un día de octubre, todavía luminoso, antes de que cayeran los primeros aguaceros y llegaran las tardes cortas. Quedaron fotos que parecían las de un funeral. Los novios, el sacerdote, los padrinos –Mercedes y don Celso–, iluminados en el interior de la iglesia, ante el altar, por un foco inclemente como el de los reporteros norteamericanos que, cámara en ristre, sorprendían a los gánsteres de Chicago a la salida de la timba. El negro de los trajes y el blanco de los rostros.

Se celebró en los Claretianos, una iglesia moderna, estrecha como un túnel, que imitaba lastimosamente a base de escayolas y pinturas algunas formas góticas. Era la capilla del colegio de San Antonio y la Concepción. Suelo de mármol con losas de varios tonos acaramelados, un ábside en el que traslucían varias vidrieras con dibujos geométricos y alegorías, iluminados desde atrás con tubos eléctricos.

No hubo muchos invitados. Juan y Pilar; Charo y Leonora; José María y su mujer; Mila y su marido, Feliciano; ya casados también, Mariano y Asun; los de Bilbao; Elvirita Valero y Alberto; Anabel Carretero; Pura Morales…, en fin, los de siempre, más unos pocos compañeros del garaje. La calle no era ancha y entre todos formaron un tapón en la entrada al saludarse.

A la salida hicieron grupos en el patio del colegio y se pusieron al corriente de sus vidas. Charo salió de la iglesia arrastrada por Mayo, a la que había metido sin que nadie se diera cuenta. La gente salió al patio por una pequeña cancela situada al final de un pasillo que olía a lápiz, a goma de borrar, los olores de las clases. Era como si los anchos espacios vacíos, habitualmente ruidosos, hubieran retenido el estrépito de los balonazos, los ecos de los gritos durante los juegos, entre los muros coronados por alambradas. Pistas con las líneas cruzadas de los diversos deportes, enmarañadas, de colores. Las hileras de canastas, con sus aros sin red.

Los ecos de sus propias voces, demasiado altas, intimidaron a los primeros invitados que salían de la iglesia, mientras los novios y los padrinos firmaban documentos en una sala grande con estanterías acristaladas llenas de libros y fotos de los cursos de muchos años atrás. En el patio encendieron cigarrillos, lanzaban el humo hacia arriba.

–Y eso te decía. Que bien, pero…

–Bueno, pero será una idea pasajera.

–Pues creo que no. Ha dicho que se va, y se va. ¡Menuda es Margarita! No la conoces. La ves así, pero, luego… Si ha dicho que se va, eso ya no hay quien lo mueva.

–Pero ¿os ha dicho por qué? –Margarita había servido muchos años en casa de Pura Morales, quien hablaba con Anabel.

–No, sólo que lo ha pensado y que van a contratar a gente por donde vive su hermana, en Zamora, y que es el momento de cambiar. Llegó con quince. Y tiene treinta y dos… Estuvo con mi madre ya. O sea, que tú me dirás. El caso es que a mí me hace un roto pero que un roto de verdad. Nos íbamos y sabíamos que podíamos dejarla en casa con toda tranquilidad. Y los chicos, igual.

–¿Tiene novio?

–¡Qué va a tener! Vamos, no que yo sepa. Estaba aquel Adalberto, o Abelardo, ya no sé, que era un pavisoso como ella, pero aquello terminó, creo. Lo peor es que no sea agradecida.

–¿Por qué lo dices?

–Pues, porque sí, porque no son maneras. En fin… ¡Mira, ha venido Flora Valencia! ¡Vamos, vamos a verla! Madre mía, el tiempo que hace. Y elegantísima, ¿eh?

–Siempre lo ha sido. ¿Estará Rafa?

–¡No! ¡Qué Rafa ni qué Rafa! –Pura solía estar al cabo de la calle de los acontecimientos–. Al final no se casaron, pero ¿no lo sabes? Es que Rafa… Yo no sé, creo que no le va nada bien. Me dijo Luis que le pareció verlo el otro día salir del bar ese, El Arenero, dando tumbos; decían que estaba metido en cosas de… Aquél es su marido, qué buena facha, ¿no? Ricardo creo que se llama. Viven en Valencia. ¡Y qué coincidencia, no me digas!

–¡Flora!

–¡Uuuuuy! –Se dio la vuelta. Una mujer con un gran armazón, a pesar de todo esbelta, con un recogido muy acabado, tocada con un pequeño casquito de color lavanda, un busto prominente–. Pero ¡¿quién está aquí?! ¡Estáis estupendas! ¡Qué alegría veros! Mira,

Ricardo: Anabel y Pura, de toda la vida. Mis mejores amigas.

–Encantado. –Era un hombre bien plantado, mayor. Sonreía. Les besó las manos, sin rozarles la piel. Le miraron la frente mientras se inclinaba.

Recontar imágenes no es contar historias: es recoger agua con cestas. Las historias sobreviven a quienes las cuentan, las leyendas. Son completas, delimitadas, enfocan lo que ven: una lección de óptica. Pasan de generación en generación. No pertenecen a la vida, se suman al mundo y lo refutan. Vivir en el tiempo es otra cosa. Cantar, caminar se consumen en el instante, son actos únicos. Se modifican a cada momento, con cada intérprete que ejecuta la partitura.

Un fraile cruzó el patio aprisa, sin mirar, ignorando el bullicio de la celebración; las copas de los álamos amarillos sobresalían por encima de las tapias, bajo un cielo que amenazaba lluvia. En algún golpe de suerte, estas imágenes, lanzadas a lo alto, caen formando historias. El deseo de las personas no tiene acuerdo posible con el mundo, lo contradice.

–Fíjate, ha sido una sorpresa. No supimos nada hasta que recibimos la invitación –decía Flora Valencia–. Claro que hace ya tanto tiempo que no veníamos…

–Bueno, es que ha sido bastante rápido, o eso nos ha parecido a todos. Él no es de aquí, y entonces…

–Claro, por eso te digo. –Flora miraba a su marido al hablar; buscaba una ratificación en su rostro, inexpresivo, distante.

Los novios salieron al patio, hubo cierto alboroto. Besos, de las amigas, sobre todo. Juan y Pilar, a cierta distancia, hablaban con una señora mayor. Algunos vítores, tímidos más bien. Avelina había llorado en la ceremonia, y seguía llorando. Mercedes recibía felicitaciones de Elvirita Valero y de su madre, doña Elvira; de Pura y de la facción senior de los invitados, doña Marina, doña Elisa, la viuda de Valentín Recio, íntimo del padre de Dedi. La rodeaban los amigos de Bilbao, los Pardal y los Gárate, Agustín, Anachu. Abrigos de entretiempo.

El banquete se celebró en el hotel La Isla, en la plaza Calavia; el salón era moderno, pero parecía vetusto; estaba recién pintado de blanco. Los techos, altos, recorridos por una cenefa de estucos rectilíneos. Los radiadores, pegados a las columnas; los ventanales, con visillos hasta media altura. Los suelos, ajedrezados en blanco y

negro. Contra las paredes había aparadores antiguos muy barnizados, cargados de mantelerías y bandejas, y procedentes de otro hotel anterior que tuvieron los dueños en el centro.

A la entrada del comedor, había un caballete con un cartel que indicaba mediante un dibujo la distribución de las mesas, los nombres de los comensales y el lugar que debían ocupar en cada una; nadie lo leía, todos pasaban de largo. Al llegar a las mesas, ignorando ese croquis, se hacían preguntas por el sitio que les había correspondido. Reagrupadas, las invitadas más ancianas se habían sentado donde les había apetecido. Se veía pronto que el orden de aquel día estaba presidido por ellas y sus ideas de las cosas. Elvira siguió a Pura Morales y las dos se reunieron con Mila.

Mila se había casado año y medio o casi dos años atrás. Ahora Elvira y ella estaban embarazadas y habían hecho un aparte de su circunstancia común. Para Mila sería ya el segundo hijo; ya había tenido a María Victoria –Vicky–, una niña con carácter desde el primer día. Al comprobar la distribución de las mesas, se separaron; las dos estaban cansadas. Se despidieron como quienes toman asiento en el tren en vagones distintos y fueron con sus maridos y otros matrimonios.

No hubo baile. Las mujeres comenzaron a ir y venir del cuarto de baño; tardaban en volver, no volvían, se detenían en mesas en las que encontraban antiguas amigas. Las ancianas prolongaron su charla cuando ya eran pocos los invitados que quedaban en el salón. Mercedes, de pie, hacía las despedidas.

–Tened cuidado en la carretera. Y, por favor, volved pronto.

–A ver si es verdad. Pero piensa lo que te he dicho, Mercedes –decía Anachu–, en cuanto pase el invierno; Bilbao está precioso. Tú ya lo sabes. Te esperamos.

–¡Hombre, que si lo sé! Y me acuerdo muchísimas veces.

–Venga, Mercedes, pero que sea verdad. Hace tanto… Te esperamos con María Emilia, venga. Bueno, y con Dedi, aunque ahora eso ya será más difícil. –Anachu Gárate había cultivado esa elegancia vasca hecha de modales bruscos y fingidamente aldeanos, con los que había compuesto una especie de campechanía aristocrática. La rudeza de los señores de la tierra–. No tienes excusa.

–A lo mejor me animo, sí. Adiós, adiós, tened cuidado.

El salón se vaciaba, las camareras levantaban manteles. ¿Dedi dónde estaba? Antonio despedía a don Celso y a los compañeros, les daba las gracias. Saldría enseguida con Dedi de viaje en el Dauphine azul. Era un sábado por la tarde, más bien húmedo, con sol a ráfagas, con nubes grises, una hora desierta.

Horas de la media tarde festiva. Las calles vacías evocaban la muerte.

Dedi apareció por la puerta del hotel. Había estado luminosa, el cuello esbelto y erguido de una mujer no demasiado joven, el fulgor de su sonrisa, cierta aceleración en el pecho al recibir felicitaciones de quienes hacía mucho tiempo que no veía. Las familias. Las historias, los nombres. Hablaba con Antonio cuando se cruzaban en sus idas y venidas, cortas indicaciones, recados. No era el día más feliz de su vida. Ignoraba todos los futuros. Guardaba palabras, instantes en su corazón. Lanzados al aire, podían volver a encajar en un orden distinto al caer en una composición plena, con alguna armonía desconocida. Ojalá fuera así, pensaba.

Mila Capellán se había casado en 1961 con Feliciano Arce, de quien apenas sabía nada unos pocos meses antes, salvo por la leyenda que iba con él y los suyos. Y eso era justamente lo que, conociéndola un poco, debió de encender en ella la mecha de la atracción: ese aire mítico, fabuloso, que por una serie de casualidades se vio aspirando junto a él, como quien aspira una fragancia exótica hasta entonces desconocida.

Chano Arce, o simplemente Chano, tal como era suficiente para que cualquiera lo identificase, era sin embargo muy conocido por todos, al menos de oídas –sobre todo de oídas–. Lo eran sus hermanos y su padre, y sus tíos también. Habían vivido de antiguo en la bajada al río de la calle Tintoreros y habían hecho de aquellas costanillas medio asilvestradas una demarcación sobre la que gobernaban sin que nada ni nadie pudiera hacerles sombra, como en un virreinato, un barrio propio. Se habían dedicado al acopio y venta de ferralla, y algo más adelante a recomponer vehículos de todo tipo. No sólo las casas y el almacén eran suyos, sino que los otros terrenos colindantes, las calles mismas, los descampados, los consideraban su posesión. A partir de aquel germen de industria, Feliciano, al que también llamaban por el apodo familiar –todos ellos eran los Fajines–, había logrado crecer en solitario y ascender muchos peldaños en la escala verdaderamente decisiva para su clase de negocios.

Pero Chano Arce nunca había sido un amigo entre los amigos, llegó desde afuera; en realidad fue Mila la que, marchándose con él, abandonó su círculo habitual. El mundo de Chano siguió estando lejos, a la orilla del río, entre coches desguazados, rollos de chapa, enriquecimientos súbitos y extravagancias audaces. Desde entonces fue corriente que llegasen ecos de las escandaleras y los excesos de la pareja, siempre entreverados de episodios a medio contar, amistades desconocidas. Más vale no hablar… Dedi ya lo había oído decir muchas veces.

Había una competición de natación en el río. El verano, las tardes inagotables, salpicadas de manchas de sol entre las vibraciones de las hojas. Las orillas estaban adornadas con guirnaldas y banderines que

colgaban de álamo a álamo, todos verdes y tupidos formando por esos días como los túneles de una selva. Pequeños gallardetes hechos con papeles cortados en triángulos de colores, que la brisa estremecía y hacía chocar hasta levantar un aplauso. Junto al camino de arena, al fondo de una nube polvorienta, había una barraca de tablas y chapa improvisada por los dueños del embarcadero, organizadores del concurso. Las casas cercanas, las de los Fajines entre ellas, eran viejas, bajas, no más de dos pisos.

Mila había bajado al río a ver las carreras con Dedi, Antonio y otras amigas, Pili Monsalve, Anabel y alguna más de las habituales del grupo. Juan Detraux iba con ellos. Fue la tarde en que conoció a Antonio; no se volverían a encontrar hasta la boda de Dedi.

–No sé…, en cosa de coches, creo, pero trabaja en Madrid; debe de ser un entendido en eso, según me ha dicho Dedi. –Mila había informado a Anabel mientras bajaban juntas por las callejas en cuesta. La plenitud de la tarde, su redondez.

Los coches ya habían abandonado por entonces los severos colores negros o grises con los que venían representando hasta poco antes una dignidad de respeto, onerosa. Ahora había más, eran más pequeños, pero de colores vistosos y con unas líneas más suaves y compactas. Los coches captaban las ilusiones y los deseos de la mayoría de los jóvenes que se abrían paso por un territorio nuevo; hacían las veces de una contraseña entre pioneros.

Mila llevaba un vestido de cuello camisero –así lo llamaban– y cintura estrecha, de fondo blanco y estampados azules y rojos como de brochazos de tinta o caligrafías que hubieran sido arrastrados sobre la tela, semejantes a los de las pinturas gestualistas de Hans Hartung. Estaba guapa, algo redondeada, siempre irreflexiva, muy alegre, con unas mejillas de encarnación muy viva y una gracia particular en las manos y en la manera de girar la cabeza, sin volver el resto del cuerpo. Achinaba los ojos y fruncía la nariz cuando reía, que era muy frecuentemente. Dedi era algo más alta, tampoco mucho; su vestido, de más vuelo. A pesar del sitio agreste y el acontecimiento deportivo, no había dejado de calzarse unas sandalias de tacón que la hacían más esbelta. A su melena corta el sol le arrancaba reflejos dorados; llevaba unas gafas de sol muy llamativas.

Dedi no seguía a Antonio, no parecían novios, no lo eran exactamente. El patetismo de esas esposas, o novias, o viudas, que llegan a la ósmosis, como solía decir ella, con sus maridos le producía una aguda sensación de ridículo y de lástima. Hablan de las mismas

cosas, tienen las mismas opiniones, piden las mismas bebidas, miran desde el mismo punto de vista, decía. Antonio no significaba para Dedi ningún desplazamiento de su lugar propio. Su fuerza de atracción movía todo hacia ella desde lejos sin saberlo. Tampoco lo sabe un animal.

No era fácil conocer a ese hombre; su profundidad no pertenecía al misterio, como la de Dedi, sino al secreto, incluso para sí mismo. Era una combinación de tiesura y suspicacia que no eran en él incompatibles. Cuando, sentados a una mesa de chapa junto al bar improvisado, esperaban que en la tabla del agua diera comienzo el segundo turno de carreras, apareció con gran estrépito un coche enorme, de eslora inacabable, de color rojo cereza, con la carrocería salpicada de relucientes embellecedores cromados en los que se reflejaban, alargados y convexos, el verdor de los árboles y los banderines de colores, como en una anamorfosis. No era un coche de los antiguos, pero tampoco de los pequeños de ahora; era un Dodge norteamericano, al que habían desmontado o serrado la cubierta metálica y acoplado otra de lona plastificada de color crema para su uso como descapotable.

El coche había formado un enorme barullo al detenerse junto a la barraca de los refrescos; el frenazo suscitó gritos y protestas, muy parecidas a las expresiones de admiración. Lo conducía un hombre joven, fuerte, con rasgos como de jefe indio de las películas, los pómulos muy marcados; vestido con un traje claro, color beis, y corbata roja, desanudada; el pelo negro y unas grandes gafas de sol con montura metálica. Otros amigos o pasajeros lo jaleaban desde los asientos de atrás, y dos o tres chicas que iban sentadas sobre las puertas y sobre la capota plegada se agarraban donde podían para guardar el equilibrio. Los hombres, algunos unos chavales, llevaban también trajes arrugados, ligeros, y eran más pálidos, de cara chupada, con los dientes en general estropeados, oscuros.

Cuando el coche frenó, Antonio se levantó de un salto de la silla y llamó al conductor: ¡Chano! ¡Eh, Chano! ¡Joé, qué tío! ¡¿Ya no conoces a los amigos?! Y otras frases por el estilo que daban vergüenza a Dedi.

Tras el frenazo y el desembarco de la tripulación del Dodge, el conductor recibió los agasajos de tres o cuatro conocidos. Chano aún no había oído a Antonio, que iba hacia él:

–¡Chano! ¡Chano!

Sobre el capó rojo del coche, ancho como un lago de reflejos, comenzaron a marcarse las huellas de dedos y manos de chicos que iban corriendo desde la orilla del río, algunos desnudos de cintura para arriba. Formaron una barrera. Al cerrar la puerta del coche, Feliciano Arce saludó a Antonio con un gesto de la cabeza y observando lo que sucedía a lo lejos mientras éste intentaba abrazarlo.

–¡Final del viaje! –gritó el Fajín sin concretar el destinatario, con una autoridad que enseguida vio cumplida su orden entre los pasajeros a los que había transportado, que se dispersaban.

El servicio de transporte ha terminado, ¡y cada mochuelo a su olivo!, dijo. Una chica rubia, despeinada, no lo entendió y el Fajín le señaló por dónde debía marchar si quería ver a los nadadores. Todavía había polvo del frenazo en el aire.

Al levantarse de pronto de la silla metálica, Antonio la dejó volcada en el suelo. Mientras apartaba a los otros para cerrar la puerta del coche, Chano Arce le echó la mano por encima del hombro:

–Pero…, ¡hombreee! ¿Y tú aquí?

–Ya sabía que era tu tierra, pero no esperaba encontrarte con este portaviones –dijo Antonio.

–¡¿Cómo por estos lares?! –Feliciano, que seguía sin mirar a Antonio, ahora buscaba el grupo con el que podría haber llegado su amigo. Se conocían del garaje; el Fajín pasaba por allí de vez en cuando para dejar algún vehículo.

Feliciano Arce había consolidado la relación que su padre, por un increíble golpe de suerte, había establecido con la empresa Barreiros –un nombre grande de la industria del automóvil–, que ahora disponía de representaciones y concesionarios de vehículos en todas las ciudades. Camiones anchos, ruidosos, como achaparrados. La empresa había estado dedicada en origen a la fabricación de motores y otros componentes, pero tuvo una expansión vertiginosa y últimamente se hacía cargo de la fabricación en España de coches norteamericanos, como aquel Dodge con el que Chano y sus amigos habían llegado a la fiesta del río.

Los negocios de la familia Arce siempre estaban en las habladurías. Compra de piezas de desguace, montaje de elementos adquiridos en viajes a la Europa del Este, eso sí, ensamblados con la magia de

verdaderos artistas. Dinero que aseguraba acuerdos con mandamases de Obras Públicas o del Ejército, encomiendas dudosas. Las conversaciones acerca de los Fajines eran en voz baja.

Nada en la vida es casualidad, solía decir Feliciano. Lo parece, pero no. Cuando su padre había conocido a Barreiros, a quien se llamaba en los periódicos el Rey Midas español, el encuentro fue obra del azar, de acuerdo, según el hijo del Fajín. Pero con eso no es suficiente; después hay que seguir, combatir, vencer con voluntad, poner al azar de nuestra parte, decía con orgullo. Arce había sido el nombre de otro taller de reparaciones que estaba muy lejos, en Galicia, el primero en el que trabajó, cuando tenía once años, el ahora magnate todopoderoso. Convertido ya en gran empresario, vio un día escrito el nombre del pequeño negocio de los Fajines –allí, en la misma calle Tintoreros, un modestísimo taller de mecánica que no se había desprendido de su aspecto de chatarrería– y se detuvo ante el letrero, ARCE, pintado en una pared. Ordenó parar, se apeó. ¿Arsenio, cómo…?, preguntó. El patriarca contestó: Arce. ¡No puede ser!, dijo el empresario ¿Arsenio Arce? ¡No me lo digas! ¡Choca los cinco, hermano!

Así comenzaron las alianzas y los pactos, y el pequeño y oscuro taller alcanzó la dimensión de una firma especializada que acabó siendo muy conocida entre quienes habían emprendido la mecanización del campo. Un milagro. Cambió de ubicación. Ese crecimiento se consolidó luego de la mano de Feliciano, una vez independizado de sus hermanos menores, con los que, en principio, había compartido la continuidad del taller y concesionario Arce Hijos.

Ahora Feliciano tenía delante una nueva ocasión para prosperar al hilo de la expansión de Barreiros. Antonio recordaba, según le diría luego a Dedi, que solía aparecer por el garaje cuando paraba en Madrid, de camino a unas naves de Barreiros en Villaverde.

–¡Bueno, a ver! ¡Preséntame a tu gente, hombre! –dijo. Y, a boca tapada, junto a la mejilla de Antonio–: Y así me quito de encima a estos pesados.

–Ya veo que te va bien. Hace tiempo que no vas a Villaverde, ¿no? Por el garaje no te vemos.

–Sí, ya hace tiempo, ahora estoy con otras cosas… Por cierto, tenemos que hablar algún rato, estoy buscando a alguien…

–Mira, te presento: Dedi, mi novia. –Antonio sonreía al decirlo, su

orgullo era evidente. Chano pertenecía en cierto modo a su mundo.

–Pero ¡¿qué me dices?! –El Fajín le volvió a echar la mano por encima del hombro–. Ya veo que no has perdido el tiempo. Encantado. –Cuando Dedi le alargó la suya para saludarlo, el hombre pareció estar adivinando el tipo de mujer que era.

–Aquella es Mila, su prima, y éstas son Anabel y Pili, y aquí Juan Detraux, un amigo. Hemos bajado a ver la competición. Pero, siéntate, ¿qué quieres tomar?

Se acercaban conocidos, interrumpían la conversación, se echaban encima del célebre personaje. De vez en cuando los altavoces anunciaban el comienzo de una carrera, la entrega de medallas.

Sobre los guardabarros del coche, polvorientos tras haber bajado derrapando por caminos de tierra, los chicos habían acabado haciendo dibujos obscenos cuando remitió la fiebre de la emulación. Para ellos la competición había perdido interés de pronto.

–¡Niño, deja el coche, coño! –dijo un tipo canijo, flaco, con el pelo muy negro, aplastado; surgían vigilantes espontáneos, defensores de un orden tácito, sin normas escritas, un poder evidente, la potestas. Habían asumido su custodia, tenían la esperanza de la recompensa.

Mila callaba. De vez en cuando cruzaba una mirada con Feliciano mientras éste no paraba de hablar como quien se dirige a un auditorio. Ahora ella estaba en un espacio aislado, acolchado, como los estudios de radio, al que no llegaban los ruidos de afuera.

Antonio hacía preguntas que quedaban sin contestar. El Fajín hablaba sin fijar la mirada en su interlocutor; sus ojos barrían mientras tanto todo el entorno, como en busca de alguien, o de algo. Dedi intentaba seguirlos por saber en qué o en quién se fijaba; pero no se detenían en nada en concreto, lo registraban todo, como un peine. Antonio comprobaba la soledad de su propia voz cuando se dirigía a su amigo. De repente, Chano se centró y le habó como en un aparte:

–Perdona, macho, no sé qué me decías, pero es que tengo en ciernes una cosa… Al verte, me he dado cuenta de que a lo mejor eres el hombre que busco. ¿Vas a estar muchos días?

–Vengo con frecuencia. –Miró a Dedi, quien hizo un mohín casi imperceptible.

El sol iba bajando, como la temperatura junto al río, cubierto por

las sombras. Por las junqueras y la maleza de la orilla iban abriéndose cuevas de oscuridad, madrigueras.

Los pasajeros que habían llegado a bordo del Dodge desaparecieron como los de un servicio público que hubiera llegado a la última parada. Otra chica rubia, muy joven, no lo entendió así y se acercó al Chano para preguntarle por la hora de regreso.

–El viaje ha acabado aquí, guapa –le dijo con una condescendencia que la dejó en ridículo–. Tienes a tus amigas con los nadadores.

–No son mis amigas. –La chica se marchó. El Fajín cubrió su retirada. Un culo alto, musculoso, con la braga del bikini metida entre los glúteos, una auténtica grupa que la camiseta no llegaba a tapar. Al volver su mirada hacia la mesa, se encontró con la de Dedi. La de Mila era más hospitalaria.

Pero por entonces algo había cambiado entre Mila y Chano Arce; incluso quienes estaban fuera del cruce de miradas podían advertirlo.

La lámina del río, oscura, vacía, había recobrado la impasibilidad. Se había celebrado la final de las competiciones; la gente y los nadadores habían vuelto la espalda al agua. A cierta distancia, las ondas despedían los destellos instantáneos de un arco iris, como los del aceite.

La última luz bailaba en el río ondulante entrechocando con sombras densas que se deshacían. Era como si Dedi hubiera abandonado el lugar en el que todavía estaba sentada y estuviera ahora nadando sobre la línea de la superficie; de pronto se vio sumergida en el agua reteniendo la respiración por un minuto, volvió a tomar aire, volvió a sumergirse, cada vez más tiempo, dos minutos, tres… Quiere algo, lo siente de un modo salvaje, más hondo y mucho más violento que el de sus habituales reacciones adiestradas. Volvió a flote cuando los dos amigos se levantaron.

Al final todos se pusieron en pie, ella la última. Quiere algo, no sabe qué. Tiene que ver con el tiempo, con la edad y su condición irrevocable. Mientras buceaba deseaba dejarse llevar por corrientes de color esmeralda, movidas de parte a parte por un torbellino que empujaba desde las fuentes y habría de llevarle a un país en el que lo perdido sería olvidado y vuelto a rescatar, los vestidos de piqué, cartas con papeles azules, visitas de contables, de nodrizas, señores ancianos que olían a tabaco y a madera. Soñaba con entregarse, hacerse alimento para la vida. No quedaría nada del pasado, todo se borraría

de una maldita vez y, al mismo tiempo, allí, en aquel mismo lugar, todo volvería a ser si ella contenía la respiración bajo el agua el tiempo suficiente.

Chano Arce propuso ir a cenar a otro sitio. O a tomar algo, si queréis, dijo. Por única respuesta, Antonio miró a Dedi. Prefiero ir a casa, dijo ella, llevo todo el día por ahí, estoy cansada. En cambio, Mila sí parecía animada, así que terminaron los dos en el coche en busca de un sitio agradable y divertido, hablando sin parar.

A los pocos meses se habían casado. Una boda sonada. Gente de fuera, industriales del automóvil, de los motores, negociantes experimentados en un tráfico de mercancías y capitales que exigía destreza y arrojo, con trajes negros, corbatas amarillas, barrigas abultadas. La camaradería y la temeridad. La violencia implícita de los jefes de territorio. María Victoria nació cuatro o cinco meses después. Mila comenzó a vivir en un mundo de prosperidad arrolladora.

Tras la boda y la primera hija de Mila, Dedi ya había accedido íntimamente al futuro con Antonio, pero no se atrevía a decírselo a sí misma. Se desgarraba; en su intimidad no se sentía una, la unidad de un alma. Había un ángulo de la realidad que permanecía oscuro. La parsimonia de Antonio en encontrar las respuestas, el atenazamiento en el que le parecía verlo a ciertas horas, en ciertos días, se le presentaban como zanjas, peligrosas al caminar en la oscuridad. Tendremos que decidirnos, Antonio. La puerta no la empujaban los dos a la vez.

A Antonio le costaba despedirse de su vida en Madrid, los amigos, las noches y el brillo del asfalto en las calles. Pensaba en la panoplia de sus tareas, que parecían juegos, anudados en torno al centro de operaciones del garaje. Dedi tenía su trabajo en el laboratorio, pero una vez casados no lo podría conservar. Así estaban las cosas entonces. Por lo demás, no hacía falta que Dedi dijera que nunca había pensado en vivir en Madrid. Las tardes acababan en una especie de pantano.

–Tengo que contarte algo. –Antonio llamaba un jueves a mediodía. No era habitual.

–Pero ¿estás aquí?

–Sí, estoy aquí. Ayer por la noche me llamó Chano y me dijo que si podía presentarme hoy aquí a primera hora para hablar de una cosa. Algo interesante para ti, me dijo, estoy seguro. ¡Madre mía, los planes que tiene ese hombre en la cabeza!

–Pero ¿qué te ha dicho?

–¡Quiero verte, tengo que verte, Dedi! ¡Baja ahora mismo y tomamos algo en Palacios!

–Ahora no puedo, Antonio, estoy recogiendo cosas con Avelina, estamos atareadas y enseguida vuelvo al laboratorio.

–Oye, venga, no digas tonterías. Te aseguro que no es una tontería lo que te voy a contar. Venga. En un cuarto de hora, te espero allí.

Estaba eufórico, se había librado de los grilletes que habitualmente lo tenían prendido a la cautela. Era, a su manera y como decía Mercedes, un hombre inocente. Fantasioso, muchas veces. La ilusión del éxito, la de ser más –no era fácil concretar mejor esa aspiración difusa– le ganaba siempre. Ésa era la emoción que podía desbaratar todos sus controles internos.

Feliciano había diversificado los negocios, por decirlo así, hasta constituir una nebulosa que su padre no había soñado. Ahora había acordado con Barreiros incorporarse a la red de expansión de los nuevos automóviles Dodge y también a la de los Simca, que debían competir en España con los Seat por el negocio del coche familiar utilitario. Hablaba con la voz de la empresa en las comisiones negociadoras con el Estado. Le dijo a Antonio que se había reunido junto a los Barreiros con el ministro de Industria. A partir de ahora controlaría por su cuenta un área muy extensa de concesionarios y contarían con su opinión para tomar decisiones que iban a afectar al conjunto de las empresas del grupo. Pero debía dejar de ocuparse de los viejos talleres, de la mecánica, dejar todo eso en unas manos de confianza.

La boda de Antonio y Dedi esperó lo necesario para que los nuevos negocios y responsabilidades del mayor de los Fajines despegaran del todo; de ellos dependían muy estrechamente los nuevos trabajos de Antonio con los repuestos y las reparaciones que ahora Feliciano le ofrecía gestionar.

–¿Te das cuenta, Dedi?

–¿De qué?

–¿Cómo que de qué? Es lo que estaba esperando. Ahora, sí. ¡Ahora podemos pensar en lo que quieras!

Feliciano Arce consiguió en muy pocos años personificar una firma de renombre nacional asociada al desarrollo tecnológico de la agricultura, que se transformaba de una manera incontenible. Las cosechas crecieron; gran parte de los beneficios del campo se invirtieron en nuevas máquinas y nuevos cultivos. Las ganancias se multiplicaron. La titularidad de las concesiones comerciales que el Fajín había conseguido logró una proyección nacional a la que había contribuido, en una importantísima medida, su don para mezclarse con la gente, su incesante palabrería callejera. El rey de los bares.

El éxito, para ser completo y verdadero, ha de ir acompañado de

un aire de conspiración: eso es lo que Feliciano había aprendido a decir. Guardar muy adentro, o fingir que se guarda, un secreto. Entonces, el círculo mágico se expande hacia afuera y crea el movimiento contrario al de una corriente de atracción, sístole y diástole, una fuerza centrípeta y otra centrífuga, y ambas cuentan con la contribución fascinada de la imaginación de quien, desde lejos, no sabe nada pero sospecha saber. Antonio se sentía halagado. Dedi estaba en otro lugar. Su alegría era doméstica, no participaba de ninguna construcción argumental.

El prestigio está hecho de magia. Por lo que se refiere a Mila, siempre estuvo fuera del círculo mágico, aunque creía estar dentro. Antonio también, pese a contar con un saber intuitivo acerca de lo que los pimpantes negocios de su amigo debían a la oscuridad. El sueño de Dedi estaba en un riesgo permanente de aniquilación.

Los saludos de la gente. La entrada a los bares llenos de humo, atravesados por franjas de luz turbia en el mediodía de los domingos, significaba cubrirse de abrazos, besos que olían a cerveza o a perfume. En el suelo crujían las cáscaras de las gambas, el serrín esparcido para empapar las bebidas derramadas. A Mila, al lado del Fajín, le llovían los elogios, los parabienes, las miradas de admiración y envidia. Hay algo de compraventa en todo eso, pensaba Dedi, en las relaciones tejidas por el triunfador entre las cosas y la persona; ése es su acuerdo con el mundo.

Al año siguiente de Vicky nacieron Feliciano y Juan Carlos, los gemelos. A pesar de los embarazos, en los principios del matrimonio hubo viajes largos, felices; el sol de las playas entraba dibujando líneas paralelas en el suelo, proyectadas por las persianas en las habitaciones de los hoteles. Mila dejaba que su pelo ondease al viento de las carreteras, fuera del pañuelo, que había dejado volar hacia el bosque, hacia el mar. Conoció ciudades, paseos al pie de murallas, callejas estrechas en torno de las catedrales, manteles blancos, mullidos, en restaurantes de fama. Nunca supo los precios de nada. Vivía en un sueño rápido que parecía furtivo.

Dedi apenas la vio por entonces. Cuando Mila recibió la invitación para la boda de su prima, tuvo una sensación parecida a un recuerdo, al regreso a un lugar del que creía haberse olvidado.

Transcurrieron unos años. Chano Arce pasaba demasiado tiempo fuera de casa, los niños enfermaban; los médicos, sus visitas. De noche

la casa estaba en silencio, interrumpido por los llantos. Había comprado, a saber dónde, un Buick que parecía un catamarán, de color azul metalizado y líneas aerodinámicas algo anticuadas, espaciales, vertebraciones y membranas de los grandes animales marinos prediluvianos. Las corridas y los grandes festejos celebrados en la plaza de toros comenzaban con varias vueltas al albero a cargo del Fajín y su sonrisa abierta a los mandos del Buick engalanado; el codo apoyado en la puerta del coche, tan gruesa como las cajas blindadas de los bancos; la capota desplegada, la carrocería reluciente, sobre la que reían y saludaban y se corregían la pintura de los labios las damas de honor, vestidas de seda, con mantillas y abanicos.

Un día de fiesta, Dedi fue a casa de Mila para ver el nuevo mobiliario, todo en blanco y negro, la alfombra velluda, los sillones de cuero, cubiertos por una funda de plástico transparente para protegerlos de los resbalones y las carreras de los niños, que ya habían crecido mucho. La encontró desaliñada, seria, sola. Había aprendido a reír con sus carcajadas. Ahora Mila era incapaz de representarlas. Dedi acudió con sus hijos, Toni y Guillermo, que eran muy pequeños. Juan Carlos, el mayor de los gemelos de Mila, al que llamaban Charlie, era un bicho, un jefe.

–No paséis por aquí, ¡¿eh?! –exclamó Mila bloqueando sus movimientos.

Había lámparas de pie, metálicas, de vanguardia; una de ellas dibujaba una parábola que arrancaba de un rincón y terminaba en el centro de la sala, como pendiente del vacío sobre una mesa blanca lacada, de forma oval. Ceniceros geométricos, de cristal de roca. Habían comprado una mesa de madera de cedro a través de un catálogo danés. Mila llevaba puesto un delantal de cocina mientras enseñaba todo a Dedi. Tenía las manos pequeñas, con dedos cortos.

–Estoy muy cansada, no lo creerás.

–Me figuro que sí. Se te ve en la cara.

Le hacía falta una sesión de peluquería. No tengo tiempo para nada, dijo. Ahora empezamos con las alergias.

–Bueno, Vicky ya será pronto más mayorcita y te podrá ayudar…

–Sí, a veces demasiado mayorcita. De rato en rato me viene con cada pregunta… Entre otras cosas, pregunta por su padre. Y, además, en el colegio son todas unas brujas.

–También puedes coger a alguien, ¿no?

–¡Uy, coger a alguien! Tú no sabes. No te puedes figurar cómo estamos.

–¿Por qué dices eso?

–Porque no es oro todo lo que reluce, Dedi.

La noche anterior Feliciano no había dormido en casa. No volvería en tres o cuatro días. Todo el mundo lo veía pasar con el Buick calle arriba y abajo, cargado de mujeres que gritaban y cantaban con vasos en la mano.

–Hace mucho que no lo veo –dijo Dedi–. Creo que tampoco Antonio lo ve demasiado. Le dice que está de viaje. Como él. Yo también me veo sola a veces, no creas.

–Dedi, toma un bocadito, son los de nata de Palacios de toda la vida, los que te gustaban. Pero ahora no es nata, es chantilly; si lo llego a saber, se los devuelvo. ¿Y por qué no lo ves?

–Bueno, cuando se hizo cargo de los talleres, no dejó del todo lo del garaje de Madrid. Don Celso lo llama para encargos de clientes conocidos, y no puede decir que no. A veces son viajes largos. Eso me dice. El otro día venía de Gibralfaro, en Málaga; debe de ser precioso.

–Cualquier día se encuentran los dos por ahí. –Mila intentó una risa imposible y se palmeó los muslos.

–Cualquier cosa. Hay días que me llama desde Orense, o desde Murcia; se oye el ruido de un bar, las voces de los camareros, un follón tremendo, y corta enseguida. Me dice que ha recibido un aviso y tiene que recoger a alguien en Madrid para viajar a las chimbambas. Yo no sé. Tampoco es que se esté haciendo de oro.

Mila estaba otra vez embarazada. La música de las fiestas llegaba a ella por las noches como el ruido de una mina en la que se estaban produciendo detonaciones.

–¿Y qué hacemos, Dedi? –Estaba sentada ahora sobre una silla del comedor que parecía incómoda, pero le permitía tener las piernas abiertas, acariciándose la barriga. Tenía miedo, su prima se había dado cuenta.

El coche-barco pasaba y volvía a pasar por las calles cargado de

desconocidos, los invitados de los que decía el Fajín que debía ocuparse. Dedi sabía por Antonio que el Buick había dormido algunas noches aparcado –más bien atravesado– junto a la puerta de La Candela, un hostal-restaurante de las afueras, por las barriadas. El sol del amanecer sacaba chispas de los embellecedores metálicos. Debajo de las puertas había botellas, papeles arrugados.

Sus hijos sentían por el Fajín la devoción de la soldadesca por el emperador. Sólo María Victoria, según decía Mila, parecía percibir el rumor del otro lado.

Dedi comenzó a visitar casi diariamente a su prima; sabía que la encontraría sola. Lo que veía en su prima se parecía a un destino, un horizonte a cuya fuerza era imposible sustraerse. La buena suerte se había oscurecido. Las reclamaciones, las deudas y la falta de atención al negocio comenzaron una corrosión imparable. En varias ocasiones Mila pidió dinero a Dedi para pagar el recibo de los colegios. El negocio de la maquinaria, que precisaba para su funcionamiento de las aprobaciones de la casa matriz, empezó a resentirse de una falta de dedicación evidente. Chano desaparecía días, semanas; se decía de su afición al tapete de La Candela, pero también a los de mucho más lejos, en timbas portuguesas, cerca de la frontera, o en Francia. Mila sabía que Dedi había sospechado ya su abandono. Los golpes, también. La vida bajo el amo, el rey sin jueces.

Dedi reflejaba la vida en su integridad, decepcionante, irredimible. El diamante junto al carbón, la cal y la arena, todo junto. Las joyas del tiempo, sus momentos magníficos, mezclados con las grandes masas de materia indiferente en la que Dios no se fija. La discordante sustancia de la verdad. La basura junto a las esmeraldas, los desperdicios.

Estaban sus silencios. A Mila le costaba entenderla. ¿Es que también el matrimonio de su querida prima tenía grietas? ¿Era eso lo que le estaba queriendo decir desde hacía ya tiempo, años quizá? No acababa de decirlo; al hablar, ocultaba.

Toni y Willy eran unos niños maravillosos, tranquilos. Muchas noches se quedaban con Mercedes y María Emilia; ellas los acostaban en su casa, fines de semana sobre todo. Dedi deambulaba sola por la suya. Sí, parecía cansada, también. A los niños no les hace falta averiguar nada, lo saben todo, no saben que lo saben. Mirándolos dormir, se ve un sueño cumplido que no podrá ser recordado. Ningún deseo se realizará, pero el sueño encarnado en ellos es real, verdadero. A sus horas les da igual que las aprovechen. Es su pureza, piensa Dedi cuando los mira.

Antonio se conformaba con su nómina de empleado y con que el taller no estorbara los encargos que le seguían llegando del garaje; con Chano se veía poco. Le hablaban de él. A veces, daba una vuelta con Dedi por la calle Larga; ella le cogía del brazo, miraba escaparates, se paraba con conocidos. Antonio cortaba las charlas cuanto antes. Estaba nervioso, se impacientaba, se descargaba castigando a alguno de los niños. Desde lejos, cuando estaba de viaje, mientras sonaban las fichas que caían por la ranura del teléfono y el ruido de los bares, su voz era más tranquila, alegre incluso. Mañana estoy con vosotros, ya tengo ganas, mi amor.

Pero, cuando paraba en casa, se iba a la cama sin hablar. Y mejor así. Dedi tenía que oír cosas que le hacían daño.

–Señorita, más que señorita…

¿Qué ha pasado con estos fugitivos, estos expulsados del paraíso?

Era invierno, horas congeladas. Tardes exangües, con una corta luz de perla. Nevaba. Los neumáticos se deslizaban por la calle sin poder evitar que finalmente, dulcemente, los coches chocasen como en una pista de feria. Llamaron del colegio (el padre Ascensión, de los claretianos, un nombre raro y un hombre raro) para preguntar por los niños de Mila, por los dos pequeños. Estaba sola. La casa respiraba como un animal dormido. Chano había ido a recogerlos al mediodía, pero no los había devuelto a las clases de la tarde. Vicky estaba en una excursión por Andalucía, adelantada para que no coincidiera con los exámenes de fin de curso. Allí hacía buen tiempo, había dicho por teléfono, una lástima las pocas horas de luz.

Tres días después Chano volvió con los niños cargados de cajas y paquetes; habían visto el mar, según dijeron, les habían regalado muchas cosas los amigos de papá, habían montado a caballo. Regresaban con botas de montar, con sombreros. Habían estado en una montería, oyeron muchos disparos y vieron las nubecillas que a lo lejos salían de las escopetas; al final pasearon entre innumerables ciervos extendidos sobre el suelo, sus grandes árboles sobre las cabezas torcidas, los charcos de sangre. Habían pasado por una laguna en la que habían estado papá y mamá cuando se casaron. Aparecieron gritando, despeinados, arrastrados por la vida salvaje.

–¡A ver si empiezan a conocer el mundo, que falta les hace! ¿Y tú? ¿A quién piensas recibir esta noche, con esa pinta?

El cielo tenía unos jirones rojos de despedida, desgarros morados. La calle estaba vacía y, más que vacía, lívida como una cicatriz reciente. El hielo formaba bajo las farolas una puntilla de estrellas de cristal. ¿Es posible que la belleza no abandone al dolor?

Mila sintió que había pasado toda una época. Un período de los que dividían la historia entera de la humanidad en cinco o seis eras, tal como había estudiado entre los hábitos azules de las Hijas de la Caridad, con las que también estudiaba Vicky ahora. Y eso era lo asombroso, que un bloque de tiempo, tan compacto como los del hielo ártico, se hubiera desprendido del continente y fuera imposible volver a él porque entre los dos mediaba un abismo cada vez más insuperable: el de los cambios de conciencia. El bloque desprendido se acabaría fundiendo con el mar, se perdería en su olvido, lejos de los acantilados. Los osos blancos veían cómo se alejaba aquel territorio a la deriva y a una distancia cada vez mayor del continente. El mar, cada vez más ancho, más profundo, del color del vino, sí.

A este lado de las cosas, amueblado con el sofá de cuero blanco (quizá fuera de escay) y las cortinas de rayas verticales blancas y negras que recordaban tejidos indios; a este lado del cuarto de baño de baldosas negras y el dormitorio blanco y el gran espejo que ocupaba toda una pared, el mayor de los Fajines llegaba –cuando llegaba– de madrugada y, a la mínima resistencia que encontraban sus impulsos bañados en alcohol, la emprendía a insultos y a golpes mal dirigidos cuya fuerza lo hacía caer y a veces no levantarse.

Se encendían ventanas en el patio interior. En el recuerdo de Mila, la playa de Gijón estiraba la luz entre dos horizontes azules al llegar en el descapotable; así ocurría cuando se casaron, en la luna de miel. El hotel, a un paso de la playa; el olor a barniz que el soplo del mar levantaba de los muebles del vestíbulo; la habitación caldeada por el sol de la mañana; las risas, la cama en la que se dejaban caer como nadadores y se enredaban entre sí como anguilas, deslizándose. Había en la pared de enfrente una pintura convencional con barcas de pescadores, rojas, azules, y un cielo con nubes como bullones de algodón; un mapa de Asturias con ciertos lugares clave señalados mediante dibujos de aspecto medieval; en la mesa, un ejemplar intacto de El Comercio, un ramo de rosas amarillas, dos botellas de sidra, vacías, con dos vasos anchos, sucios como ventanas de coches tras una tormenta de arena. Unas bragas blancas, transparentes, en la mesilla. Gritos y saliva. El corazón desbocado.

En La Candela hubo una pelea con heridos cuando empezaba la primavera. Todavía hacía frío, sobre todo en las primeras horas de la mañana. Cuando Mila se enteró, al volver de unas compras, no supo qué pensar, pero sintió un nerviosismo acelerado que pensaba por ella y la disponía a afrontar la evidencia.

Fue al hospital acompañada de Dedi, quien se había presentado en su casa, y encontraron a Chano medio dormido en la cama, o sedado, con vendajes que le envolvían el hombro derecho, el pecho y las costillas. Esperaba de inmediato una operación en la que le implantarían unos clavos que sostendrían una placa metálica. El supraespinoso, dijo el médico. Estaba destrozado. A Mila su marido le pareció alguien conocido en otra época.

Esperaron, las dos en silencio, en una sala turbia y sucia, el aviso del interfono. No habían comido. Ya atardecía. En los ventanales se habían borrado las montañas y los cristales devolvían sus rostros blancos, aunque sofocados. Sonó la llamada. El pensamiento de Mila

estaba muy lejos de allí.

–Sólo pueden pasar unos instantes. Estará atontado por la anestesia. Procuren que no se duerma –les dijo una enfermera.

–Menos mal que no llevaba la pistola –dijo Chano, completamente despejado, al menos en apariencia–. Si no, no me encuentras aquí, mami. ¿Y los niños? –Pero no tenía mucho sentido lo que decía.

–Feliciano, no pienses ahora. La prima Emi se ha quedado con ellos.

–¿Qué tal estás, Dedi? ¿Qué es de Antonio? ¿Qué hacéis últimamente, que no se os ve? –Estaba nervioso. No era él quien hablaba: era un fantasma. La enfermera volvió a entrar:

–Es mejor que lo dejen descansar ahora. La anestesia confunde mucho.

–Yo tampoco lo veo demasiado –dijo Dedi despidiéndose–. Mejor que no hables. Descansa.

–Desde que no voy por el taller… ¡Qué hombre este!

–Tienen que salir, por favor. Pueden esperar en la otra sala.

–¿Te vas a quedar esta noche? –le preguntó a Mila mientras caminaban por el pasillo–. Si quieres, me quedo contigo.

–Si es en la habitación, sólo se puede quedar una persona –dijo la enfermera, al tanto de la conversación entre las dos.

–No te preocupes. No sé si me voy a quedar. Esto tenía que pasar algún día.

Los niños se habían empeñado en comprar un hámster; Emi lo cuidaba, había limpiado la jaula y le daba de comer. El vestíbulo estaba lleno de coches en miniatura, algunos desventrados, con las puertas abiertas, camiones de bomberos, ambulancias blancas con cruces rojas; el Matra de carreras tenía una escala algo mayor, como un dios entre sus ángeles. Los gemelos eran muy aficionados a los coches. Eran subversivos y peleones, se comían a los hijos de Dedi; a su lado Toni y Willy eran unos benditos o unos panolis. Ya han cenado, dijo Emi.

Al llegar a su casa, Mila vio que Vicky estaba en el baño

preparándose para salir esa noche; los azulejos negros, muy brillantes, hasta media altura de la pared, donde terminaban en un zócalo blanco con cenefa, devolvían el reflejo más o menos distorsionado. Ella volvería al hospital; sólo pasaba por casa para recoger unas cosas y ver cómo estaba todo. (De pronto recordó que Emi les había contado que no hubo manera de evitar que los niños sacaran al hámster de la jaula. No se habrían acostado todavía. Jugaban haciendo corretear de extremo a extremo del pasillo al animal, que estaba enloquecido.)

En junio Chano seguía ingresado en el hospital. La tarde, casi veraniega, se iba borrando en un anochecer sin fin. La recuperación será larga, hará falta mucha paciencia, le habían dicho a Mila.

Durante aquellos meses, Emi llevó al colegio a los niños, que estaban instalados en su casa. Dedi los recogía por la tarde, hablaba un poco con las madres, no mucho; algunas parecían querer preguntarle por Mila, por Feliciano, pero no acababan de hacerlo. Esto era una suposición suya.

Salía de casa envuelta en el aroma de la colonia fresca, el vuelo del vestido abombándose por la escalera al bajar los peldaños, el sol golpeando en las gafas oscuras. El sol en lo alto, como sobre el descampado de un páramo seco, alumbrándolo todo, como si nada se le pudiera ocultar, como si nada pudiera esconderse en la sombra de una ranura, de una raja de la tierra. Tenía sed. No había nadie alrededor. Y, si alguien aparecía, mejor sería tenderse más aún, aplastarse contra la superficie, confundirse con su color, con su dureza, hacerse invisible y no tener que decir nada, olvidar su nombre.

Dedi no sabía dónde ponerse, si sentarse siquiera. Abandonando la oscura y destartalada cocina, optó por volver a la sala. El olor de las melenas de hollín que tapizaban el interior de la gran campana, como tirabuzones. Al final, en lo alto, un pequeño cuadrado azul.

Por lo menos en la sala entraba el sol con el consuelo de sus rayos. Dejó a Fermina y a Antonio en la cocina, salió en silencio, y no se dieron cuenta: Fermina hablaba de cara a la pared mientras, frente a una pequeña estantería de plástico blanco, ponía a escurrir vasos, platos, un cuenco; Antonio estaba de pie en medio de aquella penumbra. Los grifos estaban abiertos.

–No sé qué mandarle; ha sido muy amable –decía Fermina–, como siempre. Una señora.

–Ya miraré algo. –Antonio hablaba en voz baja, acercándose a su hermana.

–O, si no, algo de aquí, algo típico. ¿Le gustará la miel?

–Cualquier cosa le parecerá bien, ya la conoces.

–Aunque eso me parece poco. Lo atenta que es siempre conmigo. A veces lo pienso, y es como si tuviera una compañía. Ya sé que es muy rica y que eso para ella, ¡bah!, es una tontería, pero es un detalle, por lo menos. Es una auténtica señora.

La cuerda del reloj de la sala tomaba impulso para dar las campanadas; las pesas negras subían y bajaban del tambor. El péndulo se balanceaba, con su gran esfera de latón dorado, pulida y brillante; las varillas que lo sostenían asemejaban la forma de una lira.

No se quedaron a comer. De vez en cuando le hacían una visita. Dedi rogaba al cielo para que no surgiera algún incidente; los nervios de Fermina podían desatarse. Tomaba una medicación muy fuerte. Pero por debajo estaban el rencor, las crisis. Dedi no solía llevar a los niños.

El paso a nivel a la salida del pueblo. Los pinarillos entre las piezas de labor, oscuros y profundos, resultaban sedantes durante el viaje de

regreso. Los caminos arenosos se perdían al otro lado de los altozanos. El cielo, brillante, de un tono azul muy saturado, casi oscuro. Entre los desmontes, asomaba una granja de cerdos con el encalado desvaído, con zócalos de suciedad, pequeñas ventanas prefabricadas, sin cristales. Había un par de furgonetas junto a la alambrada, con barro seco en la parte baja de la carrocería. Dedi no quería saber dónde estaba exactamente el pueblo, no miraba nunca hacia atrás, como se suele hacer cuando se quiere grabar un recuerdo.

Los sueños, los recuerdos. El mediodía, reflejado en el agua. Esas imágenes benéficas, felices, ahora podían ser presencias que mordían. Muchas noches se despertaba llorando de tristeza, lo contaba ella misma.

Está con Asun, en Madrid, las dos riendo bajo los anchos y gruesos toldos de las aceras comerciales, los de Arapiles, la glorieta de Quevedo. Van de compras, la gente cruza la calle. Los cláxones de los coches negros, pesados. Sólo son las diez de la mañana y el calor de julio ya es sofocante de camino a la torca de Valzarón. Salvador silba y tararea una canción de moda haciendo gestos exagerados como un imitador, con los brazos estirados sobre el volante, la espalda echada hacia atrás, la camisa arremangada, blanca. Las rocas arden. ¡Te lo estás inventando! ¡No tienes ni idea! Las tenues luces dispuestas a lo largo del vestíbulo, ocultas en el interior de la moldura de escayola que recorre el techo abovedado, se apagan: la película va a comenzar. El olor a gutapercha, a zapato lustroso, a coche nuevo, a ambientador de cine bajo el gran plafón del ambigú. El suelo, los dibujos geométricos –estrellas, rombos, lunas– con áreas de colores, verdes, anaranjadas, del color de las macetas, divididas por líneas remarcadas con listones de vidrio. Afuera hace frío, llueve. La emoción de los colores-luz en los rótulos de los créditos, antes de que la película comience. La inminencia anterior al principio, más poderosa que ningún pasado, que ningún futuro feliz.

Esas imágenes eran ahora como amenazas, de las que hacen que se encoja el corazón. Emitían destellos resplandecientes y, sin embargo, a Dedi le producían el desasosiego de una casa abandonada, los cristales rotos, los excrementos de mosca, la humedad y sus campos de pequeños hongos sobre las paredes, negros como flores, las colonias que se han adueñado de los techos por condensación. No voy al cine desde que me casé, decía.

Toni y Willy eran unos muchachos callados y pacíficos, quizá ya demasiado reservados y observadores. Estudiaban y jugaban solos inventando sin cesar nuevas maneras de hacerlo, códigos y reglamentos particulares. Sabían distribuir su personalidad en las de varios personajes y jugadores diversos. Sus primos Charlie y Feli les parecían demasiado agresivos, los intimidaban; al lado de éstos pasaban por tímidos.

No tenían muchos amigos. Cuando llegaba su padre y se hacía oír en el umbral de la puerta con un gran silbido, tomaban carrerilla desde lejos, saltaban y se colgaban de su cuello. Una vez, una noche de verano, asistieron a una representación de El alcalde de Zalamea en un tablado portátil montado en la Arboleda de Ronda, con el río al fondo. El regreso a casa entre los oscuros árboles, las últimas ráfagas de la luz del espectáculo a la espalda, fue emocionante.

Escuchaban en silencio las conversaciones, atentos como felinos a los nombres de quienes no estaban allí. Las palabras caían como semillas en una tierra rica, llena de nutrientes. Cuando Leonora y Charo iban allí de vacaciones, los llevaban al campo, a la torca o a Peñalobera, el sitio preferido de Charo, con amplias laderas de tomillo y espliego por encima de las praderas salpicadas de cardos. Las adoraban; cuando ellas se iban, quedaban desconsolados. En el Alfa Romeo les parecía ir montados a lomos de un castillo ambulante. A mediodía hacía mucho calor, así que se quitaban las camisas y las camisetas; ellas les hacían fotografías con una máquina enorme en las que salían, echados hacia atrás, con un palo en la mano, más alto que ellos, y viseras blancas. Cerraban los ojos, el sol les ofendía. Y jugaban con Mayo a encontrar conejos; la perra acechaba con las orejas puntiagudas delante de las madrigueras.

Nada de aquellas voces se iba a salvar, las frases triviales, lo que se gasta en la pura contingencia del tiempo que pasa. Y, aun así, ¿quién no quisiera vivir en la fábula, en la canción?

–Pues es lo que voy a hacer. –Emi había regresado del taller de corte y confección al que acudía desde hacía años para aprender algunas habilidades, la de leer bien los patrones, por ejemplo. En realidad, no eran propiamente unas clases, sino el aprovechamiento de su amistad con las costureras del taller. Pero no se le pegaba mucho de su sabiduría. El local estaba en la calle del Oidor, en la parte vieja; tenía un suelo de baldosas amarillas, sin lustre, puertas pintadas de blanco, acristaladas, recortes de tela, hilos sueltos por el suelo. Emi

nunca terminaba nada. Lo que parecían enseñarle las operarias y las maestras de corte lo olvidaba antes de llegar a casa. Pero volvía entusiasmada, dispuesta a emprender de nuevo alguna gran labor.

–Pues yo te digo que así no puede ser… –Mercedes solía ser la encargada de echar el jarro de agua fría. Charo y Dedi sabían lo que eso acarreaba.

Leonora era tan pequeña, y además se había reducido tanto con los años, que apenas si sobresalía por encima de quienes estaban sentadas en el suelo sobre las esteras, tomando el sol que les bronceaba las piernas.

–¡No empieces, Mercedes!, ¿eh? ¡Estoy harta, siempre con lo mismo! –dijo Emi.

–¡Y me dirás que no llevo razón! Lo que te digo es que no has tomado nota y no te has enterado bien; siempre te pasa lo mismo. Porque así no puede ser, ese frunce no puede ser tan alto, porque entonces la sisa tiraría mucho…

–¡Qué pesada! ¡Te digo que es así porque lo he visto hacer! –Emi se sentía menospreciada–. ¡Además, déjame en paz, no he pedido tu opinión! ¡Siempre lo mismo! ¡Haré lo que me dé la gana! –Sus últimas protestas sonaban ya desde lejos, gritaba de camino a su cuarto. Mercedes por su parte seguía replicando, casi sin levantar la voz, no hacía falta. Bajo la disputa patente circulaba otra tensión soterraña que abocaba a una rebelión frente al poder instituido:

–Emi –Charo solía dejar que la hermana pequeña volviera al salón más sosegada. Quizá Mercedes ya no estaba allí–, así la sisa te va a quedar tirante. ¿No tienes el patrón?

–¿Ahora tú también? ¡Lo que faltaba! El patrón está en Burda. ¡Ahí lo tienes, compruébalo si quieres!

La revista estaba en el suelo. La cogió Dedi. Pasaba las páginas con desdén, distraída, sólo con dos dedos. Ya no recordaba lo que estaba buscando; mientras tanto, movía la otra mano en el aire para que se secara antes el esmalte.

–Qué bonita es la ropa interior blanca, me parece maravillosa. Es luz.

–Pues ya sabes, Dedi –le contestó Charo–, cuando vayas a Madrid, en El Danubio Azul tienes lo que pidas.

–No sé si lo que tienen allí es lo que más me gusta.

–Querida, es que estás de un finolis… Oye, por cierto, ¿cuánto hace que no vas a Madrid? –Charo se detuvo, estaba arrancándose con las pinzas el vello de las piernas; se quitó las gafas, se las ponía para hacerlo, levantó los ojos y los fijó en la cabeza agachada de Dedi. Sus pantorrillas brillaban–. Aunque a lo mejor has ido y no me has dicho nada…

–Qué tonta eres.

–A lo mejor te ha llevado tu marido a ese cuartucho de la calle del Pez.

–Eres boba. Pareces mi vigilanta.

–No se dice vigilanta. Se dice policía. O detective.

–Yo no sé, tú eres la intelectual, ¿no? Y no, no he ido. ¡Con lo que tengo en casa! Ya no es como antes. No sé si te has dado cuenta. Ya lo verás cuando te cases con Armando. Si llega ese día, claro.

–Qué vengativa, Dedi… No pareces tú. Nunca te he visto así, ¿eh? Eso es un bajonazo. –Dedi conocía muy bien el talón de Aquiles de su amiga.

–¿Lo ves o no lo ves? –Emi miraba de nuevo a Mercedes, que había vuelto y comprobaba los patrones de la revista. No se daban por vencidas, ninguna de las dos.

–Haz lo que quieras, no voy a discutir. Al final lo vas a hacer de todas formas… –El abandono de Mercedes resultaba más doloroso, incluso, que su insistencia, aunque al final volvía a la discusión–. Pero ¿no te has dado cuenta del hilván que recorre el cuello? Eso es lo que mantiene la forma de la sisa, con esa holgura, porque si no, ¡tiraría…! ¡Pero haz lo que quieras, oye! Para tu sí no hay un no que valga, lo sé desde siempre.

–¡Pero qué hilván ni hilván! Mañana me llevo la revista y les pregunto, y que me lo expliquen con pelos y señales. Ya lo vas a ver…

–Pues eso es lo que tienes que hacer, llevárselo y que te digan.

–¡Vaya! Tenía que haber comprado naranjas, y se me ha olvidado. –Emi pasaba de una cosa a otra sin transición–. Pues ya sabéis que mañana, cuando vayáis a desayunar, no habrá.

–Bueno, y luego hace falta que te acuerdes, claro. –Mercedes vio puesta en bandeja la ocasión para remachar–. Porque te lo pueden explicar muy bien, pero, si luego no te acuerdas, pues no sirve de nada, como siempre…

–¡Ya habló doña Perfecta! ¡Que me dejes en paz! –Nueva retirada a los cuarteles interiores. Emi desapareció desabrochándose la cremallera lateral de la falda que había traído de la calle y que aún no se había quitado, pero tampoco tenía paciencia para esperar a desvestirse en su cuarto.

QUINTA PARTE

1

En 1970 Dedi estaba de nuevo embarazada. No lo había previsto, ni deseado. Mila ya tenía cuatro hijos, el último, el pequeño Javier, había nacido cuatro años antes sin que Chano Arce estuviera presente.

El embarazo de Dedi tenía problemas. Le mandaron hacer el mayor reposo posible. La consulta del médico, a la que acudía todas las semanas, tenía una gran sala de espera –el salón confortable de una vivienda silenciosa– con paredes enteladas en tonos verdes, más bien oscuros, y varias lámparas de mesa con pantallas amarillentas que daban una tranquila luz indirecta. Aunque fuera pleno día, la claridad del exterior no traspasaba las gruesas cortinas de terciopelo. Era un lugar en calma, invitaba a la tregua. Habría permanecido allí horas, siglos, sin hacer nada, sin decir palabra, sin que nadie le hablara.

Pero estaban los persistentes dolores, como golpes de martillo que de pronto le recordaban la actualidad y lo concreto de su situación. Emi la acompañó algunas veces, una vez Anabel, aunque en realidad prefería acudir sola. La enfermera le era desconocida, un arquetipo de profesional.

Vamos a ver, decía el médico tras recibirla al otro lado de su mesa, invitándola a que se tendiera sobre la camilla para la exploración. Ésta iba seguida de un silencio roto por el rasgueo de la pluma sobre el recetario, el estampado de varios sellos, una voz al otro lado: algo que la enfermera indicaba afuera a otra paciente.

A Dedi le parecía un silencio excesivo, le parecía que lo favorable, por poco que fuera, que un médico pudiera transmitir lo transmitía inmediatamente. Sabía que mucha gente opinaba lo contrario: por lo general ellos se curan en salud, es lo que se suele decir. Estaba preocupada. El médico no la despedía con el mismo ánimo que la recibía a su entrada. Debe tomar varias cosas; hay que corregir algunos índices de los análisis que pueden significar problemas de cierta entidad, así lo dijo. Pero vamos a esperar. Las imágenes no eran muy claras.

Cuando nació María Fernanda, después de un parto que se hizo eterno, tardaron mucho tiempo en devolverla al regazo de su madre tras comprobar sus pulmones. Apenas había llorado, no sabían si estaba respirando; al fin un débil soplo de su boca se hizo notar al

aplicar el oído. Pero no pasa nada, dijeron, ya está. Mila había dejado a los niños con Mercedes y acudió, acompañada de Vicky, con un enorme ramo de margaritas. Luego se llevaron de nuevo a la niña. La noche se había echado encima; era el mes de abril, a finales. Había vencejos dando vueltas en el cielo a la salida del hospital, un cielo azul cobalto.

Su ginecólogo se presentó de noche; Mila y Vicky estaban a punto de irse, ya había llegado Emi.

–Bueno –dijo el médico–, hay algo que es mejor conocer. ¿Has descansado un poco? –Esa familiaridad era un signo, le pareció a Dedi, aunque no sabía de qué.

–Bueno, no mucho, ha sido muy largo. Estoy muy cansada.

–Muy largo, sí, ha costado mucho –dijo el médico con un gesto tenso, con la mirada dirigida a un punto indefinido del bulto que era ahora el cuerpo de Dedi, no a sus ojos–. Pudo haberse perdido. Hubo un momento en el que no las tenía todas conmigo, aunque ya sabíamos que iba a haber problemas.

–¿Problemas?

–Ya le había dicho, ¿no? –De pronto cambió el tuteo por el trato de usted; se amplió la distancia–. Había cosas que no me gustaban nada a la vista de las pruebas y, aunque hemos actuado con vitaminas contras las carencias, ahora… Bueno, vamos a ver…

–¿Qué pasa? –Dedi no podía incorporarse, estaba agotada; a pesar de que Mila y Vicky la habían lavado sobre unas toallas, el pelo se le había pegado a la cabeza.

–Sí, es mejor saberlo. La niña ha nacido con insuficiencias graves; habrá que hacer un seguimiento muy atento, con una medicación coordinada. Son muchas las patologías, las más importantes las neurológicas.

Dedi se echó a llorar desconsoladamente, no se veía con fuerzas para levantar ese peso. Se desvaneció, la cabeza se le fue hacia un lado.

–Nada, nada, no pasa nada –dijo el médico–. La conmoción. Espero no haber sido demasiado duro. Pero es mejor que lo sepa cuanto antes. Cuando la vuelva a ver –se dirigía a las tres mujeres sin mirarlas–, observará una malformación en la cabeza un tanto

llamativa. Tiene unos ojos preciosos, pero una mirada vacía.

–¿Y se curará? –preguntó Vicky.

–Eso habrá que irlo viendo con el tiempo, pero con mucho tiempo. Va a hacer falta mucha paciencia…

La enfermera estaba acercando un vaso de agua a los labios resecos de Dedi. Con las yemas de los dedos le salpicaba gotas en la cara; con la otra mano sujetaba la cabeza. Se iba reanimando. Estaba muy hinchada, las mejillas como vejigas encendidas.

–Verá enseguida que no mueve los miembros del lateral derecho, que caen como pesos muertos, como si no fueran suyos. –Emi se sentó en la butaca, porque también sintió que se mareaba, y comenzó a llorar–. En su momento habrá que seguir un programa de ejercicios de rehabilitación, combinado con las medicinas. Prácticamente, carecerá de fuerza muscular. Al menos, de momento.

Cuando Dedi, mal que bien, se repuso, se quedó mirando fijamente al techo. Antonio llegó al día siguiente. Cuando entró en la habitación, ya sabía lo que ocurría. Apenas hablaron. Acarició la frente de Dedi, las manos. Estaban a océanos de distancia, arrecifes de coral entre los dos, archipiélagos enteros, ciudades, cordilleras por las que correteaban pequeños mamíferos entre los pliegues de las rocas, sobrevoladas por las águilas.

Cuando María Fernanda cumplió tres años, los gemelos de Mila tendrían once o doce. Leonora había muerto, era ya muy mayor. Charo había dejado de venir en verano; durante los años anteriores puso excusas, pero luego, al morir Mayo también, ni siquiera parecían necesarias. Había decidido casarse con un señor mayor que tenía hijos mayores, nietos y había ejercido toda su vida como agente de Bolsa.

Charo llamaba a Dedi de vez en cuando para preguntar por Mafe y para invitarla a pasar unos días en Madrid, aunque había vendido la casa de la calle Valenzuela y se había trasladado a un chalé de su marido, en la zona norte, en Pozuelo. Sabía que hacer a Dedi ir a Madrid era imposible. La niña requería de cuidados continuos, no podía valerse por sí misma, y cuando fuera más mayor tampoco podría. Ni siquiera Dedi era capaz de atenderla ella sola. Todos los días, a la misma hora, la llevaba a una clínica de cuidados especiales en la que seguía los tratamientos. Varias veces fue con ella a Madrid, eso sí, en una ambulancia alquilada, y Charo las acompañó al hospital. Charo, sola, en la distancia: Dedi no la imaginaba menos sola por el hecho de que ahora se hubiera casado; su tardío matrimonio no afectaba a la soledad de su amiga. La soledad, el cierre de todo un tiempo.

Salvo Mafe, en su cabeza Dedi apenas tenía nada más, a nadie más, todo había desaparecido. Mi amor, mi pobre niña. Las cosas no pueden ser como son: el corazón humano alberga esta certeza contra toda evidencia, esta proposición endémica.

Encontrarse con Mercedes, o con Emi, significaba darse de bruces con una esperanza olvidada, una que nadie había insuflado en ellas. Los médicos de Madrid han dicho que sí, decían, que todo va mejor, que va respondiendo, seguramente habrá que operarla cuando sea posible. Pero con rehabilitación, y sobre todo con paciencia, se recuperará. Nadie había dicho eso. El pensamiento destruye; el amor unifica.

Fueron años así, hechos de días que pasaban sin pasar, como si volvieran a comenzar desde el mismo punto. Movida por el calendario y los horarios de Mafe como por un mecanismo de cuerda, Dedi no sabía si Antonio estaba en casa, si estaba de viaje. No le importaba.

Los niños vivían gran parte del tiempo con sus hermanas. Era una especie de fe animal, programada en sus nervios y sus músculos, la que la hacía moverse, actuar como por resortes automáticos, sin concurso de su voluntad. A ella la movía su cuerpo, pero ¿qué movía a éste?

Sin embargo, había ganado una seguridad extraña. Una capa de encanto y belleza había caído, lo mismo que una muda de piel inservible, y a cambio apareció una corteza dura pegada a las fibras de su carne como una coraza que parecía hacerla invulnerable. Se podía confundir con la impasibilidad.

Su hermosura, abrasada por las lágrimas. Su forma de sonreír ahora, sin abrir los labios; la de calzarse los guantes, lentamente, con el asa del bolso en el antebrazo; la de despedirse sin mirar y sin echar ya hacia atrás la cabeza como antes. Todos los gestos atestiguaban en favor de esa nueva gracia escondida. Lo invencible de la debilidad. Por entonces parecía inatacable.

Cualquier persona guarda, ante las miradas ajenas, un punto ciego, algo que los ojos del otro no pueden captar. Es el fracaso de la mirada apropiadora, la derrota de ese predador: el ojo. Una persona no es un objeto por completo visible. No es una cosa en el espacio, en la extensión. Otra lección de óptica. Se la cree conocer del todo, ver su interior por completo. Pero, de pronto, en medio de esa pura transparencia, en el centro inasequible de su ser, irreductible a la visión, esa criatura es extraña.

Durante muchos años hubo en la óptica, enmarcada entre dos vitrinas, una estampa que representaba al pulidor de lentes encorvado sobre el banco de trabajo. Era oscura; en el centro de la escena se abría un espacio de luz irradiante, como entre las nubes de un rompimiento de gloria. Debajo de la imagen había diversas frases suyas, párrafos enteros, proposiciones. Esos textos seleccionados avivaron la curiosidad de Juan y orientaron sus lecturas.

La luz tamizada entra a la buhardilla alquilada por las ventanas, de vidrios emplomados. Baruch Spinoza es frío, apasionado. Es silencioso, odia las disputas. Quiere que la totalidad fuera su patria.

A través de los rombos de esos pequeños vidrios llega filtrada hasta él la terrible verdad de un mundo infinito, eterno, frente al que las maneras de los hombres de llamar al tiempo y sus particiones son eso,

maneras de ver, formas de las que se sirve la imaginación. En esa verdad temible no hay partes, objetos separados, individuos, existencias particulares: todo es igual y permanente. ¿Qué sentido tienen aquí las criaturas únicas, excepcionales, el amor que las crea, precisamente con su manera de mirar?

¿Qué sentido tiene un deseo que desborda de la realidad, el deseo de amar, de ser amado para siempre? ¿Será posible que, también en el amor, las personas lo pongan todo de su parte?

A la habitación apenas llegan los ruidos de la calle. Un pregón lejano, los niños que entran a la casa. Ha rechazado todas las propuestas de rango y dignidad académicos que le han ofrecido; ha rebajado el propio subsidio con el que un amigo está dispuesto a contribuir para que pueda afrontar sus gastos (y eso sólo cuando éste muera).

Le duele la espalda, ha tardado en darse cuenta. Un molino ocupa un gran espacio de la estancia; la mesa, bajo la ventana; la escudilla, con el polvo de los cristales. Un catalejo.

Lo admiran unos pocos, más que a nadie sobre la tierra. Le escriben, quisieran entenderlo, sienten que para ello deben abandonar todas sus creencias, todo lo que venían dando por cierto. Pero allí, en la pequeña estancia que se va llenando de luz blanca y levemente turbia, sospechan una certeza que está por encima de todos sus pensamientos. El muchacho con quien vive lo adora. Es su criado, pero también su interlocutor; hablan de todo, pasean al caer la tarde.

Sabe de las máscaras y los velos con que se presentan las palabras humanas. Las desnuda. Pero ¿cómo conservar la alegría y el gusto por vivir si uno abandona la parcial perspectiva que se le ha asignado y ve las cosas desde el punto de vista de Dios? Dios no tiene cuerpo, ni sexo, ni piel, ni deseos, ni tampoco ocupa un sitio particular en el espacio.

En alguna de sus cartas Spinoza se enorgullece –no es la palabra para él– de que sus lentes manualmente pulidas tengan mayor grado de perfección que las que han pasado por máquinas, como las de Huygens.

La estampa ocupó el mismo lugar en la pared durante mucho tiempo. Quienes entraban a la óptica por primera vez se detenían ante ella, leían las frases, las olvidaban. Los niños no sabían lo que eran las lentes convexas, las cóncavas, los ángulos de refracción, los cristales

dióptricos. Los clientes habituales ya no la miraban, no la veían. Estaba rodeada por un passe-partout muy ancho, biselado, de color crema. El marco, fino, oscuro, no llegaba a ser negro, con un delgado filo de oro.

No se podía decir que fuera una madre mimosa, no lo había sido con Toni y Willy, y no lo sería en realidad con Mafe. En ella, no se trataba de eso. Mucho menos de la publicidad que habitualmente hacen las madres y los padres de la excelencia de sus hijos. Los criaba, los acarreaba, se ocupaba de todas sus cosas. No hablaba de ellos.

Tampoco era fácil imaginar a Dedi haciendo valer con demasiado empeño su voluntad frente a la de los niños. Nada con demasiado empeño. Tras la visita al pediatra o al dentista, les solía comprar un cuento de tapa dura en la librería Finojosa, en la calle Larga, que ellos abrían aspirando el olor del papel, mezclado con el de los lápices de la sección de papelería. La sonrisa de doña Blanca al salir, sentada en un taburete alto, junto a la caja. Así había sido con sus dos hijos, y así seguía siendo con Mafe, en gran medida. Pero en realidad todo había cambiado tan radicalmente como si el antes y el después fueran hemisferios por completo invertidos a ambos lados de un ecuador tan hondo como un abismo.

Su casa era, principalmente, ella, sus tareas, su perfume, sus ropas. Su soledad. Pasaba el día a la espera de la hora en que recogía a los niños del colegio. Al dejar su trabajo en los laboratorios cuando se casó, don Ángel le dijo que siempre tendría un lugar allí.

Antonio cada vez dedicaba menos tiempo al taller y pasaba más en Madrid, semanas, incluso, temporadas. Viajaba, conducía incesantemente, con los encargos del garaje. Muy entrada la noche llegaba a ciudades en las que a la mañana siguiente recogía a algunos pasajeros. Despertaba a los conserjes de los hostales, vencidos sobre mostradores bajo luces amarillentas. Camino de Madrid, salía de casa cuando todavía no había amanecido; a veces dejaba dinero a Dedi bajo una caja de madera labrada que utilizaban, sobre la mesa de la entrada, para deshacerse de las llaves. Cuando volvía, venía cargado de regalos. Aparcaba el coche encaramándolo a la acera y llamaba con el claxon a los chicos para que bajaran y ellos se abalanzaban sobre los asientos de atrás, a sabiendas de sorpresas seguras.

No todos los regalos eran juguetes o dulces. Al entrar en casa esparcía folletos turísticos, que ellos coleccionaban hechizados, de

ciudades, de hoteles, de los paradores que por entonces en España habían puesto en marcha una estrategia de expansión aprovechando la llegada del multitudinario turismo extranjero. Por lo general consistían en vistosos edificios históricos –castillos, conventos, palacios…– rehabilitados y acondicionados como establecimientos hoteleros de gran empaque escenográfico. Los niños llevaban los folletos a todas partes, en cajas, en carpetas; los ordenaban por provincias, por regiones; se los enseñaban a Mercedes, a los compañeros del colegio, muy orgullosos, con gestos triunfales. Esto es Alarcón, mi padre ha estado allí, en el Parador del Marqués de Villena. ¿Sabes tú dónde está Alarcón? Hay un castillo con mazmorras y armaduras de guerreros. Esto es Santo Domingo de la Calzada. Esto, Ciudad Rodrigo.

La intemperie, también la del alma, hace caer de un cuerpo todo lo que le sobra y también seca el exceso de savia, de ingenuidad. La dureza del núcleo trasparece a la superficie desde el fondo. En invierno, Dedi se subía un poco el cuello del abrigo y se cubría la nuca. El paño, generalmente azul o castaño oscuros, caía recto hasta el bajo de la falda, a la altura de las pantorrillas; su andar era más bien pausado con los tacones, no muy altos. No soportaba las ropas ceñidas, nada demasiado enjuto que le oprimiera. En verano, sus faldas solían tener un vuelo generoso, un talle más bien alto; sus blusas, solapas de camisa.

Se despedía de los comercios sin sonreír, sin mirar, mientras ajustaba el cierre del bolso; los chicos, si la acompañaban, ya estaban en la calle. Eran los pocos ratos en los que, pasados unos años, podía dejar a Mafe en la clínica, entre barras y colchonetas. Las enfermeras y los médicos querían a la niña, llevaba mucho tiempo allí, le gastaban bromas; ella hacía muecas que significaban risas, muy aparatosas. No se ponía en pie; una de las enfermeras la hacía pasar por un puente entre dos barandales sujetándola por las axilas mientras ella batía un poco las piernas como unas torpes alas. Enseguida las dejaba caer.

Al salir de allí, Dedi empujaba el carrito de Mafe con mucha destreza y lo plegaba antes de entrar en el taxi casi sin ser notada; a su espalda quedaba apenas una estela muy tenue de perfume, Madame Rochas. Un segundo después nadie podía decir que hubiera estado. Iba en su cápsula, una burbuja estanca de paredes duras que únicamente compartía con su hija. Pero no se añoraba a sí misma; estaba segura, por primera vez en su vida, de ser la que era, de no tener sueños o de haberse librado de ellos, de estar donde debía estar, de que su realidad era su deseo.

Me di cuenta por el gesto aquel, decía Dedi, de lo imbécil que he sido. Seguro que lo había visto otras veces, quizá muchas, pero no había reparado en ello. De pronto, fue como un despertador, decía, y entonces volví a reconocerlo en todas las veces anteriores. Una visión retrospectiva que de pronto se hacía consciente. En todas sus ocasiones, desde la primera.

Alcúzar tenía ahora las calles pavimentadas; pasaban algunos coches más que los poquísimos de unos años atrás, pero la carretera general seguía estando lejos. La casa sólo tenía dos pisos, con una cámara arriba que hacía de desván. Había quedado hundida tras el remonte de la calle y el trazado de las nuevas aceras. Había un par de tiendas nuevas, una mercería y un comercio de menaje y pequeños electrodomésticos, Delsy se llamaba. Por lo demás, el mismo olor a pan y a ganado porcino. A estiércol.

En la puerta, Fermina solía estar con alguna vecina, de charla. Mujeres con jerséis muy gruesos y peludos, faldas pardas y largas, zapatillas de paño o de fieltro, el pelo recogido con horquillas.

Cuando vio que llegaba el coche, miró de frente e hizo ademán de despedir a la vecina, una señora cansada, quien retomó el peso de la bolsa para seguir su camino. El sol le daba en los ojos. Alzó una mano; la otra la tenía en el bolsillo del delantal azul. Avanzó hacia la mitad de la calzada sin mirar siquiera a los lados, parecía extrañamente animada. Pero, al acercarse al coche, se paró en seco y volvió sobre sus pasos. Se metió en la casa.

Cuando entraron al zaguán, ya estaba ocupada con un trajín de cajas de madera y botellas vacías. Hacía un instante no parecía demasiado atareada. No levantó los ojos para saludarlos.

–Que me ha dicho el de los cascos que hoy los recogía, y estoy esperándole. Cinco pesetas cada veinte botellas –dijo, sentada sobre una banqueta muy baja–. Pero así ando.

Casi había ido corriendo hacia ellos, antes de arrepentirse por algún motivo. Fue un atisbo que pasó enseguida, como si nunca hubiera ocurrido, contaba Dedi.

Pero fue justamente eso lo que le hizo reconocer, hacia atrás, aquel mismo gesto en las otras ocasiones anteriores, igual que un sabor que pasa desapercibido hasta que el acompañamiento de alguna especia lo aviva.

Ésos eran el gesto y las palabras entrecortadas de Fermina que le habían pasado hasta entonces desapercibidos, y a los que Antonio –recordaría también– no había respondido nunca.

–Creía que venías con… Pero, bueno, subid, voy enseguida.

El zaguán, junto a las cajas de botellas, estaba además lleno de cubos, escobas y rodillos para blanquear las paredes con cal. Pronto llegaría lo más fuerte del verano.

–Esto es el cuento de nunca acabar. Pero yo, con esta ciática, no sé cómo voy a apañarme. Antes, todavía me valía… –Comenzaron los reproches.

Dedi subió la escalera por delante de Antonio, quien se había quedado abajo hablando con Fermina; apenas se los oía. En uno de los peldaños, varios ladrillos apilados prevenían del lugar que no debía pisarse, hacia la mitad del tablón. De pronto comenzaron a decir cosas en voz algo más alta.

Cuando Antonio alcanzó a Dedi, ya en la sala, notó que ella tenía los ojos clavados en los suyos, sin parpadear, sin decir nada.

–Creo que no te he hablado de ella, ¿no? –dijo Antonio.

Esto era cuando estaba aún embarazada de Mafe, pero la historia se remontaba a bastante más atrás, quizá antes de que se conocieran, incluso.

Habían decidido ir a ver a Fermina para que quedase enterada del nuevo niño que esperaban. Al entrar al zaguán, Antonio señaló a Dedi con el gesto de la mano de quien presenta, de perfil, un número de variedades. Dedi se acarició el vientre.

Salvo un vistazo fugaz, Fermina no acusó recibo de la noticia desde su banqueta. Y seguía sin decir nada cuando ya estaban los tres en la sala.

¿Por qué esa tardanza? ¿De quién debía hablarle Antonio? Quien fuera, ¿qué tenía que ver con Fermina?

En la mesa camilla había un frutero de hierro forjado, vacío, lleno de sobres con cartas, casi todas de propaganda, y un folleto de las fiestas patronales publicado por el ayuntamiento. La mesa estaba cubierta por un cristal bajo el que quedaba como prensado un paño blanco de ganchillo, en labor de flores y estrellas, y entre el paño y el cristal había unas cuantas estampas de santos. Olía a cerrado.

–Sólo estaremos un momento, tenemos que volver a recoger a los chicos, que se han quedado con sus primos. –Dedi conocía muy bien todas las inflexiones exculpatorias de Antonio, los matices de su voz, aparentemente fortuitos. No había dejado el bolso de sus manos mientras estuvo sentada en una silla muy recta y dura. Miró las fotografías del marco negro colgado en la pared, las mismas que había visto otras veces; ahora se fijaba en los labios finos, los óvalos de los rostros repintados por el fotógrafo, las cejas. Sobre el cristal, por el lado exterior y prendidas del marco, se habían ido acumulando otras fotos más recientes, aunque tampoco tanto, en colores desvaídos, primos y tíos que vivían en Francia. Aquél era un mundo que siempre sería desconocido, ajeno, para ella.

A pesar de estar separada –aunque no legalmente– desde hacía más de diez años, la señora de Estalella seguía usando el apellido de su marido. Ferrán Estalella era un arquitecto muy conocido en el círculo de los artistas y los intelectuales catalanes más refinados, y ahora había pasado a serlo entre otro tipo de gente, a lo largo de la costa mediterránea. Había trabajado con Coderch. Pero, después de ser considerado durante mucho tiempo un autor de chalés y viviendas de vanguardia, cuyas fotografías eran frecuentes en las revistas de arquitectura, se había convertido en el artífice de muchos hoteles de nueva construcción en los lugares de veraneo, sobre todo en el litoral levantino y la Costa del Sol.

María Victoria Masclans, su apellido de soltera, también seguía siendo Viví Estalella para sus amigas y amigos. Vivía en la calle Servando Aguilar, un pequeño afluente de los que desembocan en el paseo de la Habana, en Madrid: Servando Aguilar, 6.

Madrid había crecido hacia el norte y las grandes arterias de esa expansión atravesaban como anchos ríos zonas que en la orilla derecha habían dejado callecitas semiocultas, algunas sin salida, más o menos ahogadas por la presión del crecimiento alrededor, pero con la ventaja de acabar así convertidas en calles particulares, formadas por riberas de chalés con jardines de todas las dimensiones, grandes y

pequeños, al otro lado de las altas tapias y los setos y los anchos portones. El chalé de la señora de Estalella era una amplísima y serena construcción de dos plantas y trazado moderno, horizontal; lo había diseñado su marido y evocaba la pureza, la falta de elementos gratuitos y el empaque de líneas esenciales propio de las construcciones del estilo internacional de los años cincuenta: amplios ventanales, muros tapizados de yedra, cubiertas de placas de pizarra, de las que eran frecuentes en un Madrid que pretendía borrar su condición sureña y su proximidad africana para ganar a cambio cierto prestigio nórdico. En el interior, materiales orgánicos, espacios diáfanos que daban a un jardín grande con una pendiente de suaves ondulaciones, varios ginkgos, álamos, altos pinos romanos y un cerezo pruno.

Su posesión le había correspondido en el reparto. Mientras duró el matrimonio, muchas de las construcciones proyectadas por su marido habían sido luego vestidas y decoradas por ella en lo que se refería a los complementos textiles: cortinajes, alfombras, tapicerías, etcétera. Era la hija única de Joaquim Masclans, uno de los fabricantes de más prestigio en la industria textil catalana, cuyos antecedentes familiares se remontaban a la producción de indianas y, aún mucho antes, a los gremis medievales. El bisabuelo de María Victoria había producido fibras de algodón para la fabricación de hilaturas en factorías asentadas en Cuba y Puerto Rico, antes de la pérdida de las colonias. Ahora, el viejo Masclans asesoraba a su hija a la manera de un consejero áulico, sin moverse de su biblioteca en la calle Balmes, donde lo atendía un equipo permanente de enfermeras. En la práctica, era ella quien se había hecho cargo de la dirección del grupo empresarial, si bien contaba todavía con directivos y expertos que se habían curtido con su padre y en cuyas manos, en realidad, tenía puesta toda su confianza.

A su vez, el paseo de la Habana, uno de los afluentes más importantes de la gran avenida que, como un ancho caudal, abría el camino de Madrid hacia la sierra, ganaba su mayor brillo en las proximidades del estadio Santiago Bernabéu. Hoteles de cristal y acero con amplias escalinatas flanqueadas por banderas; floristerías sofisticadas, con especies exóticas, al fondo de las anchas aceras; cafeterías con self-service, peleterías con escaparates como habitaciones, edificios de aseguradoras, clínicas veterinarias, boutiques con el nombre de sus dueñas en placas doradas; grandes puertas taraceadas de restaurantes invisibles, de pubs sin ventanas a la calle. Prostitución de lujo.

Los coches se detenían al llegar a los semáforos con suaves

frenadas. De los taxis bajaban mujeres con melenas recién arregladas en la peluquería y aire de jóvenes esposas, orgullosas, cargadas con enormes bolsas de asas con cordones gruesos.

–Llámala señora, es como la llamo yo, y ya está. –Antonio ya le había contado a Dedi que llevaba un par de años haciendo servicios solicitados por aquella mujer en el garaje, como para tantas otras personas. Un día, al dejarla con el coche en la puerta del jardín a la llegada de un viaje a Málaga en el que habían charlado de sus familias respectivas, la señora le había propuesto que concertara una fecha con su esposa, cuando mejor les pareciera, para tomar una copa y mostrarles el chalé. Le gustaba tener invitados.

Dedi se sorprendió, pero luego no dio le más vueltas al asunto. Charo le insistía en que fuera a Madrid, y quizá era el momento de responder a las dos invitaciones al mismo tiempo. El problema era Mafe. Bueno, no era un problema exactamente, ella no lo habría llamado nunca así, era su circunstancia, de la que ella misma estaba hecha, lo que la constituía, sencillamente. Ahora, Mafe era su auténtica libertad, quien la había hecho conocerse.

Pero, era inevitable, una interrogación sobrevolaba ahora por encima de Antonio, por encima de las misteriosas y entrecortadas palabras de Fermina la última tarde, idénticas a otras que recordaba a lo largo del tiempo. Y esto era lo que coloreaba las cosas cuando Dedi, a pesar de todo, aceptó la invitación de acompañar a Antonio a casa de su clienta.

Pronto debería llevarla a Andalucía, según dijo Antonio en el coche. Tenía previstos encuentros y entrevistas en varios sitios, Arcos, Vejer, El Puerto… Y, principalmente, Torremolinos, donde varios hoteles de nueva construcción habían solicitado al grupo Masclans la presentación de productos y presupuestos con vistas a grandes compras para sus rutilantes instalaciones. Palmeras, piscinas, barras junto a ellas con techados de caña y bebidas de colores, idiomas escandinavos. Se trataba, pues, de visitas comerciales. Y hacía falta un coche especial que diera imagen, por un lado, de estilo y modernidad, pero también con capacidad suficiente para acarrear cajas de muestras, catálogos, etcétera. Don Celso lo encontró enseguida. La señora merecía ser atendida como lo que era.

–¿Por qué no me has dicho nada antes?

–Porque no voy a estar dándote la biografía de los clientes. Muchas veces ni los conozco. Ni ganas. –Antonio, como siempre, tardó en

contestar. Lo hizo mientras buscaba algo en la guantera, al tiempo que, con la cabeza agachada, controlaba el volante con una sola mano sin mirar al frente. Dedi echó la espalda contra el asiento, tensa. Cuando eran unos recién casados, Antonio le retiraba la falda para descubrir sus muslos, los acariciaba.

–Esto es distinto. Hasta tu hermana la conoce, por lo que se ve.

–¿Por qué dices eso? –No servía de nada que Antonio disimulara. Pero era el camino que había elegido.

–Me acuerdo de que otra vez dijo lo mismo. Varias veces.

–¿Qué dijo… qué? ¿Cuándo?

–Antonio, por favor. No sé, otra vez que fuimos a Alcúzar. –Él se puso las gafas, el sol lanzaba sus rayos rasantes contra su frente. Era lo que buscaba en la guantera.

–Sería una vez que íbamos camino de Zaragoza, para ir luego a Jaca, al parador. ¿No te acuerdas de que le llevé a Toni unos folletos?

–¿Y qué?

–¿Cómo que y qué? No te pongas tonta, anda.

–Pues que con eso no me dices nada. Y no me pongo tonta, Antonio. Hasta tu hermana… ¿Te crees que soy idiota? –La conversación subía de tono. Dedi lo creía necesario por una vez.

–Oye, deja a mi hermana en paz ahora. En aquel viaje, paramos en Alcúzar, nos pillaba de camino, se la presenté, la saludó, y eso es todo. Luego creo que le ha mandado algún detalle, en Navidad o por ahí.

–¿Un detalle?

–Ahora vas a conocerla. Nos ha invitado, ¿no? Mejor así, todo aclarado.

–No, Antonio, no hay nada aclarado. Lo único claro es que ella por lo que sea la adora. Que si es una señora, que si qué le puedo regalar… Y me lo dice a mí, para que yo lo oiga, ¿o no te das cuenta?

–Oye, Dedi, vale. ¿Es que has estado espiando?

–No, no he estado espiando, sólo que he caído del árbol. Madre mía.

–Madre mía, ¿qué? No saques las cosas de quicio. Además, si eso es lo que quieres, damos la vuelta y la llamamos diciendo que ha surgido algo y no podemos ir.

–No, no, ahora, ya, prefiero ir. Pero ¿tú ya conoces la casa?

–Sólo la entrada, alguna vez he recogido algún bulto en el jardín para llevarlo al coche.

Tras que una sirvienta con uniforme abriera la puerta, la señora Estalella apareció bajando los peldaños de una ancha escalera de granito gris de la sierra, con un pequeño bolso de color crema colgado del brazo, como si fuera a salir. Unos tacones altos, finos. Se detuvo mirando dónde ponía los pies al tiempo que desplegaba los brazos, como alas, en un gesto de acogida. Decía algo, no se la oía en la distancia. Al encontrarse con ellos se inclinó sobre Dedi ofreciéndole sus mejillas en el aire, a un centímetro de la piel. La tomó del brazo agachando un poco la cabeza.

Todo era excesivo, y a la vez teatral, excesivo por teatral, pero había en ello un elemento tranquilizador.

–Por favor, pasad, pasad por aquí, sentaos, ¡qué alegría! Tenemos preparada una tontería. –Hablaba en plural, a la manera en que un capitán podría referirse al conjunto de su tripulación incluyéndose él mismo en ella, o un abad a su comunidad reunida.

El salón, al que se accedía tras subir los peldaños de un espacio de recepción, era inmenso, luminoso; un ventanal recorría un lateral entero de la estancia y al otro lado del cristal había un jardín con un césped que parecía un mantel verde oscuro, de terciopelo; los altos pinos, los arbustos con flores blancas, los álamos, las ardillas.

Los condujo por un corredor hasta una habitación no muy grande que hacía de biblioteca, cálida, con baldas blancas dispuestas en derredor de las paredes y recorridas por una barra dorada sobre la que se desplazaba una escalera. Había también un pequeño altillo, al que se accedía por la escalera corrediza. En un hueco entre las estanterías, un retrato suyo, de medio cuerpo, con un vestido de seda verde, de fiesta. En la mesa, sobre un mantel rojo había preparada una merienda, tartas, brioche, una tetera, una cafetera humeante. En otras mesitas auxiliares, porcelanas azules, bandejas de plata, fotografías. Junto a la columna de madera en la que se apoyaba el altillo, había otra sirvienta, casi una niña, con uniforme blanco y azul, las manos

cruzadas sobre el regazo, los pies juntos.

Las carreteras de España, el centro del verano. El fulgor del sol amartillando tramos grises, descarnados, de los que saltan guijarros como cáscaras de almendra. El calor acumulado en el paisaje se remonta a fechas de los años cuarenta, treinta incluso, que perduran junto a las sombras de árboles solitarios, sobre ribazos yertos, calcinados, en torno a los que se han apilado unas rocas calizas agujereadas. Enormes extensiones de olivos, como sábanas punteadas. Hay alquerías con muros blancos en la cima de suaves lomas grises, con camionetas a la puerta. Letreros de cotos de caza, resecos, hechos con maderas blancuzcas. Polvo. Postes del telégrafo. Depósitos de agua cuarteados.

También hay sotos verdes, con arboledas altas que acompañan el curso de los arroyos, al cabo de las hondonadas. Familias enteras que salen de coches minúsculos; el padre, en camiseta de tirantes, saca cestas del maletero; van cargados hasta los topes con maletas sujetas con cuerdas, niños corriendo. Han parado a comer, de camino a las playas. En lo alto, una brizna de viento apenas mueve las hojas de los chopos, que giran alternando el haz y el envés.

Atraviesan llanuras, el calor hace vibrar la visión del aire a un palmo del suelo, como un temblor de agua. El interior del coche es sofocante, los cristales arden, al entrar por las ventanillas el aire es un aliento de fuego. Las ropas están pegadas a los cuerpos. Al apearse, la señora Estalella tira de su vestido para desprenderlo de la piel, la tela muy ligera, húmeda de sudor. Entre los camiones aparcados delante del restaurante de carretera hay sombras como túneles. Son muchos, todos recalentados.

El comedor está lleno; el humo de los puros, las risas, hombres de cara enrojecida, con enormes barrigas a la vista de las camisas desabrochadas.

–A partir de aquí todo es distinto. Pronto llegaremos al pantano. Después, es subir el puerto y todo cambia –dice Antonio.

Conoce la ruta, sabe en qué sitios hay que parar a comer.

–Hay que fijarse en los sitios en los que haya muchos camiones…

Al entrar, después de atravesar el largo trecho de la barra del bar, Victoria recorre el comedor con los ojos. Muebles salidos de un decorado escolar para el Quijote. En el techo, lámparas con gruesos velones simulados. Han esperado unos minutos en la barra, bebiendo vino, hasta que una mesa ha quedado disponible. Zarajos, morteruelo, asado… Ella lo saluda todo con una sonrisa; todo le parece divertido, término que usa siempre para lo que descubre en los viajes con Antonio. En algunas mesas, pegadas a la pared, hay hombres solos que miran la televisión en lo alto, sobre el batiente de la puerta de las cocinas, mientras se llevan cucharadas de flan a la boca.

–Yo sólo querría una ensalada, algo de pescado…

–No pidas pescado aquí…

Cruzan el país. Entre los dos son suficientes para formar una tribu nómada que deambula a la descubierta por un universo luminoso. Por momentos, atrás no queda nada.

Bordean precipicios a los lados de carreteras estrechas, pegadas a las rocas, que parecen echarse encima. En ocasiones lo que se echa encima es un camión que aparece de pronto en sentido contrario; los dos vehículos se detienen, dudan antes de que uno decida orillarse, con frecuencia, Antonio hace trepar el coche por las estribaciones de la peña para dejar paso al monstruo. Paran en un bar en medio del desfiladero, con terraza y barandillas que dan a la carretera; en la terraza hay un futbolín, unas tinajas en las que crecen plantas de pita, musculosas y descuidadas. Juegan un par de partidas, ríen; Victoria hace extrañas contorsiones para lograr empujar la bola con las manillas, casi se cae al suelo. En el bar, también venden puñales oxidados, enormes llaves viejas, monedas.

Al descender en zigzag, se abren panoramas inmensos, el aire es distinto; campiñas de frutales, huertas, naranjales oscuros, naves de almacenamiento; la planicie llega hasta el mar, su pequeña franja de bruma.

Los pueblos, ya cerca de la costa, son feos, grandes, con un castillo olvidado en un otero y calles rectas de casas nuevas, alicatadas con baldosas. Las fábricas de cerámica, las cementeras. Entre unos y otros apenas hay transición; es ya una zona saturada de industrias, un país enriquecido muy deprisa, un país que olvida. Algunos de los pueblos están apenas separados por un camping y un paso a nivel. Setos de ciprés. Roulottes, matrículas francesas.

Hace tiempo que Viví le ha pedido a Antonio que la llame así, que deje de llamarla doña Victoria. A él le cuesta, no lo recuerda, ella tiene que recordárselo, y vuelve a tomarlo como una exigencia, todo lo contrario de lo que ese ruego quiere ser.

Me gustan los restaurantes de carretera, dice ella. No es gusto, exactamente. Siente asombro ante un país desconocido hasta ahora, uno en el que la vida es bruta, pero lanzada hacia adelante, incontenible. Eso le fascina, alienta su imaginación. Antonio conserva el jardín de Viví en el recuerdo, lo lleva con él a todas partes, las sombras nocturnas de los árboles que proyectan sobre la hierba las luces de las farolas de la calle, y ellos avanzando desnudos por el césped mojado, jugando a esconderse y encontrarse. Las grandes cristaleras de los ventanales corredizos, el dormitorio abierto al jardín, la cama abierta, inmensa, las luces de la casa apagadas. En las calles cercanas, el rumor de unas voces que de vez en cuando salta los muros y llega a las alfombras en las que se abandonan tendidos, como si fuese el rumor del mar en un Madrid exhausto por el calor de julio.

Son vidas, sueños invertidos. Viví rompe a reír a la mesa de un restaurante del paso de Despeñaperros cuando un grupo de camioneros estalla en un vocerío de palabros dedicados al camarero. Sabe disolver los complejos de Antonio, su humillación. Necesitamos una habitación, dice afirmándose en su sonrisa.

Con la cabeza inclinada sobre el mantel, mira a los ojos a Antonio, que abaja los suyos. El restaurante tiene también habitaciones, se anuncia como hostal; hay camioneros que pasan la noche, los hay que duermen la siesta en las horas de más calor.

–Una habitación para los dos solos. Una habitación nuestra, sólo nuestra –dice Viví.

–Sí, pero no aquí, ¿no? –Antonio echa la cabeza a un lado con un gesto exagerado que Viví sabe falso. Ella sabe cómo decirle las cosas; muchas veces él no capta la intención, no comprende las ironías, se cree objeto de broma.

Pagan, toman café en la barra, a la salida, junto al expositor giratorio de los casetes y un mostrador de llaveros con escudos de los equipos de fútbol. Luego, suben al primer piso por una escalera exterior, una especie de jaula desde la que se ve la inmensidad del páramo ardiente. Van jugando con la llave, sujeta de un grueso pomo

de bronce. Se sienten invulnerables en territorios desconocidos. Se ven seguros, capaces, con una libertad conquistada. A Viví no se le ha deshecho aún la sonrisa cuando suben deprisa los peldaños de terrazo. Ella va por delante, pasando la mano por el barandal y arrastrando lentamente los pies, hasta que Antonio, ya en un pasillo interior, la alcanza, le levanta el vestido, la aprieta, la aplasta, la desnuda por dentro, la coge en volandas, la zarandea; ella eleva las piernas y las mueve en el aire. Suena una puerta en el pasillo, hay eco, parece un edificio vacío, sin inaugurar. Recomponen la compostura a duras penas. Junto a ellos pasa una limpiadora o una señora del servicio de habitaciones cargando con una pila de sábanas y toallas en los brazos.

Las cortinas de la habitación, sólo hasta media altura, atravesadas por el duro sol de la tarde, filtran una luz anaranjada. Hace mucho calor. Hay dos camas separadas, cubiertas con colchas de franjas de colores, bastas, que parecen desgastadas. Las tuberías del baño despiden un olor desagradable que se mezcla con el otro olor a cerrado. A Viví todo le divierte.

Su mundo son salones silenciosos, iluminados con amplias lámparas de mesa de grandes pantallas, hoteles con cúpulas acristaladas, placas doradas en el umbral de las consultas de los médicos amigos, casas de campo en cotos con encinas, chimeneas en las que arden grandes leños, perros tranquilos. En la casa de una amiga, Nina Verantes, en la provincia de Guadalajara –la conocerás, debe de estar cerca de tu pueblo–, bajo un tejadillo, hay cocherones abiertos con carruajes del siglo XIX, calentadores de agua de cobre abandonados en el piso de arriba, bajo las techumbres donde se encontraban las habitaciones del servicio, patios de posta con empedrados entre los que brotan en invierno los líquenes y el musgo. Cuando estuvieron allí, Antonio permaneció callado todo el día, serio, contraído. Viví lo presentó a su amiga y a su marido, Federico Orozco. Luego, al volver, siguió callado en el coche, pensativo, reconcentrado; no habló hasta el día siguiente. Recordaba el garaje, los amigos, a ese otro que es él y se llama como él y que allí, lejos, no tiene miedo a nada, ni se detiene ni se calla ante nadie. ¿Qué fue de aquel hombre? ¿Dónde está ahora?

En el paseo de La Habana –así dice Viví cuando se refiere a su casa– están los cuadros que pudo escoger cuando se separaron; los había coleccionado con su marido, aunque muchos eran de artistas amigos de Ferrán. Hicieron lotes. Ella prefirió el que comprendía, entre otras cosas, varias pinturas informalistas no demasiado

interesantes, pero también un dibujo blanco de Lucio Fontana, sin agujeros; un cuadro bastante grande de Ben Nicholson, con finas líneas que delimitaban áreas geométricas como las de un barco de vela, y un pequeño y misterioso tàpies –de 1957, su preferido, según decía siempre–: tierra oscura con ralladuras y pliegues solidificados entre los que surgía una cruz como por azar, como formada naturalmente.

–Parece un trozo de pared o de suelo que hubiera encontrado por ahí, entre escombros, y lo hubiera puesto en vertical, enmarcado por unos listones.

–Es que es eso… Un hallazgo, más que algo hecho o fabricado por el artista.

–¿Y qué diferencia hay? –dice Antonio. Están tumbados sobre la alfombra, con vasos de whisky en las manos, mirando hacia arriba, hacia la pared. Viví tiene la cabeza en el pecho de Antonio, en perpendicular a su cuerpo. Sólo lleva puesta la ropa interior, de encaje blanco, y sobre ésta, la camisa de Antonio.

–¿Qué diferencia hay entre qué?

–Quiero decir que cómo distingues una obra de arte que parece una cosa encontrada por casualidad, en el campo, por ejemplo, y una cosa encontrada en el campo que parezca una obra de arte.

–Toma. –Viví le ofrece un caramelo o algo así, se lo pone en los labios. Antonio lo rechaza:

–Dime. No, no me apetece… Dime.

–Que te diga qué. Toma, tonto, son pastillas de Vichy. –Es adicta a ellas, se las traía de Francia su amiga Betina. Los gruesos octógonos de las tabletas, las cajas blancas, de latón, con dibujos azules.

–No. Dime.

–¡Pero qué quieres que te diga! ¡Y yo qué sé! Pesado, que eres un pesado. –Se levanta, va descalza, y se dirige hacia el cuarto de baño corriendo a saltitos.

Compran de todo por donde pasan. Viví, excitada, se encapricha de cualquier cosa. Compra queso, vino, mantas. En un pueblo de Jaén

compra una hoz afiladísima, con una hoja y una punta que dan miedo; se la envuelve entre arpilleras fuertemente atadas con cuerda. Compra trozos de armarios de sacristía, un trillo, al que faltan muchos dientes de pedernal y cubierto por un cristal muy grueso, con el que quiere hacer una mesa para la terraza del jardín.

Correrán las tabernas, beberán vinos ásperos, comerán escabeches, mojamas, frituras expuestas en las barras de los bares en los que Antonio ríe, habla, cuenta recuerdos, anécdotas para el asombro de Viví, para el brillo de sus ojos ante la luz de las maravillas. No todas son ciertas, muchas están retocadas. Pisarán los suelos cubiertos de serrín, llenos de suciedad, de colillas. Saldrán riendo, dejando sobre los mostradores de mármol o níquel suculentas propinas. Se sentarán en pequeñas mesas de reservados interiores, embaldosados con azulejos taurinos. Se besarán. Las manos invadirán las sombras. Pedirán comandas que no podrán consumir. Se emborracharán, se cogerán de la cintura, tropezarán por callejas, oscuras. Viajarán de noche, cantando a gritos, por carreteras paralelas a la costa; por las ventanillas abiertas entrará el frescor de los negros naranjales, el olor a azahar.

A los seis años, Mafe sufrió una crisis aguda que fue confundida en los primeros momentos con un brote epiléptico. Antonio no estaba en casa. Dedi pasó con ella dos días en el hospital, sin cambiarse de ropa, el pelo recogido con una goma negra en una pequeña coleta de la que se salían los cabellos y le caían por la cara, lacios, como cuerdas.

Las pruebas acabaron por descartar las primeras hipótesis, pero, al tercer día, cuando la niña ya estaba mucho más tranquila, aparecieron las hemorragias. No hizo ningún gesto; nada hacía sospechar lo que había sucedido. Dedi no sabía –es lo primero que pensó– cuánto tiempo llevaba inundada, sumergida en aquel gran charco de sangre que ella descubrió al destaparla para que hiciera sus necesidades. Estaba empapada, no era una mancha; el pequeño cuerpo, inmóvil y desarticulado, estaba en el centro de una poza rebosante de un líquido oscuro y denso en el que flotaban coágulos como pequeñas algas más oscuras todavía. Todo, hasta los empapadores de felpa y plástico, estaba teñido de rojo bermellón; aquella espesa linfa chorreaba por las patas, goteaba por debajo de la cama.

Ha perdido mucha sangre, dijeron. Durante la noche le hicieron varias transfusiones. Es una criatura en manos de su Creador, se dijo Dedi. Hacía pensar en lo inadecuado que resultaba aplicar a la naturaleza la idea de lo fallido, tan presente en todas las acciones humanas, cuyo éxito o cuyo fracaso estriban en la destreza con la que han sido ejecutadas por un artífice, con mayor o menor aproximación al objetivo, al blanco, al punto de oro. Dedi recordaba que el doctor Santisteban había dicho que el arte antiguo y el deporte moderno funcionan así, celebrando la excelencia sobre un podio, a cuya sombra quedan todos los otros intentos malogrados.

Estaba amaneciendo cuando el médico entró en la habitación acompañado de Antonio, que llegaba en ese momento. Había atravesado España, según dijo luego. Emi había pasado la noche con Dedi junto a la cama de Mafe; la noche anterior le había llevado algo de ropa. Las enfermeras la dejaron ducharse en la dependencia en la que ellas descansaban, comían algo y tomaban café durante los turnos de guardia. Allí había mesas bajas y viejos sofás de plástico rajados, de los que salían pellizcos de espuma amarilla. Paquetes de galletas, termos abiertos. Le ofrecieron té, café. Una de ellas hablaba de

espaldas, casi desnuda, desde las taquillas en las que guardaban su ropa, el neceser con peines, cepillos y demás, los zapatos de calle, las barras de labios.

El médico estaba desconcertado; lo que podía decirles no era mucho: nunca había visto nada parecido. Era como si la niña hubiera sufrido una primera menstruación, torrencial, incontenible, con mucho tiempo de adelanto. Estaba muy débil; la pérdida de hierro, proteínas, fósforo y minerales había sido muy importante: ahora debían administrarle todos esos elementos con mucho cuidado, de manera dosificada, porque un colapso podría ser fatal. Estaba exangüe y adormilada, como después de un esfuerzo sobrehumano.

Mila acompañó también muchos ratos a Dedi durante su estancia en el hospital. Feliciano ya no vivía en casa. Sus amigos de La Candela, ese local de las afueras que se anunciaba como night club, le habían cedido una de las habitaciones del piso superior, el mismo en el que se encontraba el cuarto en el que solían celebrar las partidas, aunque en extremos opuestos del pasillo. Un sitio desangelado, como un edificio en construcción, sucio; en un recoveco del corredor, tan ancho como otra habitación, había una torre de palés de madera ennegrecidos por la grasa de los camiones, tablas sueltas y rollos de algún material aislante, cartones. La habitación que ocupaba Chano era grande, sin apenas nada más que un camastro, una estantería metálica en la que apiló camisas y pantalones, dos sillas (una de ellas la utilizaba como mesilla) y una especie de mostrador corrido y anclado a la pared a lo largo del lateral de los ventanales que daban al aparcamiento. En un extremo había un pequeño televisor estropeado. Las paredes, vacías, manchadas de humedad.

Se instaló allí después de la noche en la que apaleó a Mila y la echó de casa con sus hijos. Había llegado muy borracho, encendido por alguna paranoia. Mila ya estaba acostada; él entró en el dormitorio y cerró la puerta. La casa estaba en silencio; de pronto comenzaron a oírse gritos, insultos. ¿Cómo que no?, se lo oía decir con grandes alaridos pastosos; estaba fuera de sus cabales. Vicky abrió la habitación de sus padres y encontró a su madre en el suelo, llorando, con la cabeza apoyada en la pared. Se enfrentó a su padre y éste le lanzó la lámpara de una mesilla. Rompió un espejo, barrió todos los frascos y las bandejas del tocador con un manotazo, y, agarrando del pelo a Mila, la arrastró con el cuerpo desnudo y el camisón subido tapándole la cara. Vicky pegaba a su padre en la espalda con los puños, como quien machaca algo. Mientras tanto, Mila cogió a sus

hijos, les puso los abrigos encima de los pijamas y salieron todos a la calle zumbando.

En la casa no hubo nadie durante dos días. El silencio de las habitaciones desordenadas, los cajones fuera de sus rieles, montones de ropa, charcos de agua. Ventanas abiertas, las cortinas volando como banderas, el golpeteo de las hojas contra la pared.

Dos días más tarde, el Fajín volvió a su casa para recoger unas pocas cosas. Su relación con las empresas de Barreiros había terminado. Las razones no estaban claras; se hablaba de un acuerdo para evitar males mayores, después de un incidente extraño. Tampoco la empresa era la misma que unos años atrás: la euforia se había disipado. El caso es que se tuvo que ir con lo puesto; eso era parte del propio acuerdo. A cambio, dejarían pasar la cosa.

El siguiente episodio estaba cantado: el Chano pensó volver al taller, era lo único que le quedaba, y aun esto no era ya una tabla de salvación segura para nadie. Antonio tampoco se había ocupado mucho desde que sus viajes del garaje Madrid se habían hecho más y más frecuentes, sobre todo desde que estaba al servicio, casi exclusivo, de doña Victoria y sus rutas comerciales.

Tuvieron un encuentro agrio. Después de estar llamando algunos días sin encontrarlo, Chano Arce se presentó en el despacho que ocupaba Antonio, un voladizo interior del taller, un altillo acristalado sobre el ancho espacio de la nave, en la que apenas dos operarios atendían los coches con reparaciones pendientes. Se sentó en la butaca del escritorio.

–¿Mucho atraso, o qué?

–Demasiados días de fiesta y poca gente –contestó Antonio, que ya había visto la cara del Fajín y sabía de las habladurías.

–Pues no te va a dar tiempo. Lo que haya lo terminaré yo. Es lo que hay, Antonio.

–¿Cómo está Mila? –Intentaba desviar la conversación y que los rodeos la suavizaran.

–No me busques, ¿eh? Vamos a dejarlo estar. –El Fajín levantó la mirada, los ojos encendidos; respiraba jadeando–. Eso y todo. Lo que hay es lo que hay. Yo tampoco te preguntaré por tus viajes turísticos. –

Bajó la cabeza de nuevo. Estaba jugando con una figura de movimiento continuo entre los dedos, una especie de balancín cromado; tras empujar el columpio, éste ya no se detendría.

–Hay que hacer cuentas –dijo Antonio.

–¿Cuentas? –Feliciano no alzó la vista, no se había afeitado–. No sé si recuerdas que hicimos un traspaso que Román Sánchez-Cantos, el abogado, llamó reversible, ¿te acuerdas o no? No tienes ningún contrato con el que reclamar nada. Además, compañero, en su día te eché una mano. Y ya está. Punto. Todo tiene un final.

–Pero yo me he ocupado de mantener abierto tu negocio…

–Te has ocupado y de eso te has servido. ¿O no? Además, no me cabrees. ¡Basta, se ha terminado! Mañana ya vendré yo por aquí y me haré cargo de todo. Que tengas suerte. –Chano tenía el pelo demasiado largo, la camisa muy arrugada, desabrochada hasta más abajo del pecho. Despedía mal olor.

–Sabes que Máximo ya no está, que le dieron la incapacidad, ¿no? –Había sido el encargado del taller durante años; se había caído en el foso y se había roto la cadera.

–¡Que me da igual te digo! –gritó Antonio dando un martillazo sobre el cristal del escritorio con el juguete móvil, como los que zanjan los juicios en las películas, y se puso de pie. El juguete se detuvo. Llevaba unos zapatos dados de sí, como barcas, llenos de polvo–. Unos golfos, eso es lo que son todos. Y, venga, ya puedes marcharte, no vamos a alargar esto. Tiraré con lo que haya pendiente, pero aquí no hay sitio para los dos.

A la salida del taller, por el otro lado de la carretera, se abría un extenso descampado con asfalto roto y algunas matas de hierbajos. Al fondo había una gasolinera de la que llegaba el ruido de un transistor, puertas de coches que se cerraban, voces que daban las gracias por las indicaciones de ruta dadas a los viajeros. Más allá, pasados unos desmontes con basuras acumuladas, comenzaban los almacenes de algunas industrias nuevas, vertederos y luego los campos cultivados, caminos blancos, algunas majadas dispersas y derrumbadas sobre los oteros.

El cielo estaba muy azul, con cirros tirantes como colas de caballo. En el suelo había paquetes de cigarrillos vacíos y aplastados, tornillos, programas de la gira de algún cantante.

Era lenta, siempre lo había sido. No sentía ninguna ansiedad, ninguna prisa por anticipar la conclusión de la tarea que la estuviera ocupando. Ninguna merecía la urgencia. Sabía que esa cadena era infinita y que a una la seguiría otra, y a ésta otra más, sin terminar nunca.

Al verla, podía producir impaciencia. Daba vueltas y vueltas alrededor de una cama hasta darla por hecha del todo. Volvía a estirar las sábanas, alisaba una y mil veces la colcha hasta que la palma de su mano no encontraba la resistencia de ningún pliegue, por nimio que fuera. Antonio estaba mirándola, con las manos en los bolsillos, desde la puerta del dormitorio; había llegado la noche anterior. Los últimos análisis de Mafe no significaban ninguna mejoría; la rehabilitación no avanzaba.

–¿Qué quieres? –Seguía inclinada sobre la cama, recorriendo el contorno sin parar, de espaldas a él; no le hacía falta verlo para saber que quería decirle algo.

–¿Cómo está tu prima? –preguntó Antonio–. Hace mucho que no la veo.

–¿Por qué?

Por la ventana abierta llegaba el soplo cálido y verde del fin de la primavera, un brillo ajeno a los dos. Vivían en un presente desahuciado. El orden de la casa, como el de los armarios, a Antonio le era por completo ajeno; había cartas y papeles desconocidos, recibos, como quien en un hotel de pronto se encuentra con que su habitación está ocupada por nuevos huéspedes. Dedi lo sabía todo, conocía el significado de cada papel, de cada cosa, pero no se molestaba en explicárselo. Tampoco él preguntaba; era un tiempo de prolongación imposible, pero ya no quedaba ninguna posibilidad de retroceso.

–Porque no sé nada de ella.

–Antonio, ¿qué quieres?

–¿Es que no puedo preguntarte?

–Sí, puedes preguntarme –dijo Dedi dándose la vuelta. Ahora estaba erguida frente a él–. Pero hace mucho que no ves a nadie, no sólo a Mila. ¿Tienes algo que decirme? Tengo cosas que hacer.

Antonio deseaba con todas sus fuerzas que reanudara sus tareas, que no lo atendiera tan fijamente como ahora: sólo así podría decírselo. Pasaron unos segundos, los que tardaron en ir, el uno seguido del otro, hacia otra habitación.

–Me ha dicho doña Victoria que nos invita este verano a pasar unos días en Denia con los niños, en unos apartamentos nuevos. Su empresa forma parte del consorcio que los ha construido, y por lo visto este verano puede disponer libremente de varios. Son bungalós, cada uno es independiente, imitan las chozas de la selva, pero con todos los servicios, restaurante, piscinas… Los chicos se pueden divertir.

–¿Y no tiene otros invitados?

–No sé. Se ha acordado de nosotros.

Dedi salió del cuarto sin más comentarios. En el dormitorio comenzó a vestirse para salir; Antonio no sabía adónde se dirigía. Una vida dolorosa pero plena la había acogido adentro, en su seno, una vida en la que ella estaba como en un refugio seguro, un reducto amurallado, autosuficiente. Allí, en ese lugar de sacrificio continuo, en ese lugar únicamente hecho para la entrega, se encontraba justificada en todos y cada uno de sus actos. Era triste vivir allí, en aquel lugar cálido y firme. Una firmeza que se parecía a una salvación de la que él había sido expulsado como un ángel rebelde.

Antonio sentía derrumbados todos los muros, deshechos todos los anclajes que lo ataban a tierra, como si el fortín se hubiera convertido para él en una nave que hubiera roto los amarres con el puerto, un barco a la deriva cuyo naufragio fuera el precio por su felicidad y su nueva alegría de vivir en alta mar. No podía eludir la culpa.

Dedi no quería, en realidad, ni oír hablar de aquellas vacaciones. El placer había quedado eliminado de su constelación de motivaciones, una estrella muerta y definitivamente apagada.

La luz del sol, sin embargo, iluminaba y daba calor a su cansancio y a los desvelos por sus hijos, por Mafe, sobre todo, a la que consideraba un órgano de su propio cuerpo, el corazón. Alguna vez dejará de latir, se decía continuamente con palabras que le sobrevenían como ladrones nocturnos, aunque en realidad no podía

imaginárselo. Se lo habían advertido varias veces, sin llegar a decírselo claramente. No deseaba que nada de lo que convertía en lacerante para ella la situación de Mafe, en realidad, desapareciera. Se preguntaba por el egoísmo de los mártires.

Ningún pasado era capaz de desbancar, con la representación de sus recuerdos –la mayoría falsos–, a la penosa pero plena vida real que había construido junto a su hija. Ningún futuro podía suplantar con sus ilusiones y sus deseos esa verdad de su vida cumplida, esa verdad doliente y salvadora. Nada de todo eso tenía ahora su antiguo poder sobre ella. Estaba entregada a la acción, al latido real del presente, por fin encontrado como un tesoro.

Pero la sospechosa propuesta de la señora Estalella –llámala Viví, por favor, le insistía muchas veces el bobo de Antonio– a lo mejor no era del todo rechazable. Toni y Willy merecían un esparcimiento en la playa, les vendría bien, los ayudaría a distraerse. Que se fueran con Antonio. La que no iba a ir era ella: lo veía absurdo, algo le decía que eso era el colmo, intolerable. Pero podrían ir, quizá, sus primos Feli y Charlie, así la pobre Mila podría quedar también liberada unos días y descansar un poco, que falta le hacía.

Abrazaría a Mafe, durante quince días al menos estaría íntegramente dedicada a su amadísimo sufrimiento. La acariciaría, iría a despertarla por las mañanas, la acostaría junto a ella, no se separaría de ella ni un instante. Era un sueño, eso sí que era un sueño de verdad. Ella quedaría borrada; sus deseos y apetitos, tachados y sepultados a metros de profundidad, suplantados por las necesidades y los requerimientos de aquella criatura infinitamente necesitada. Le traspasaría su conciencia, su pensamiento, la fuerza de sus músculos, sus sentidos; todo sería de ella, no se guardaría nada para sí. Esa entrega absoluta era lo único que Dedi podía reconocer entonces como un verdadero deseo. Una especie de anulación.

En fin, los chicos lo pasarían en grande. ¿Qué será de ellos mañana –esto también lo pensaba a veces–, dentro de diez años, de veinte? ¿Cómo vivirán? ¿Qué será el amor para ellos? Años atrás, la gansa de Anabel solía hacer el mismo chiste, decía: «Yo, que vengo de mejor familia que mis hijos…». Lo había repetido tantas veces que había acabado riéndose ella sola, a falta de alguien que escuchara su boutade por vez primera.

Pero Dedi seguía pensando en ellos, sin mirar a la gente, sin conciencia exacta del lugar al que había pensado dirigirse cuando salió de casa.

Los días de primavera, el brote decidido de las hojas en los árboles del paseo del Marqués de Villarta, como una respiración ancha, al fin, después de meses de encogimiento y jadeos comprimidos. El cielo, azul, espléndido, abierto de nuevo a una extensión ilimitada, a las eternidades. Ninguna de mis ilusiones se cumplirá, se decía; verán brillar la luz de las quimeras. En algún día de su juventud, quizá rodeados de amigos, Toni y Willy se verán a sí mismos como si fueran otros, al otro lado de un espejo, personajes triunfantes, apoteósicos. Después, volverán a este lado, cuando las imágenes reflejadas en el espejo ya se hayan borrado para siempre. Y lo que es peor, creerán entonces que aquel mundo existió alguna vez y que ahora se ha desvanecido. Dedi había hecho ese viaje de ida y vuelta, y conocía su final.

Aunque cuando pensaba en sus hijos también sabía lo inútil que resulta, a propósito de todo esto, la teoría.

La vida es esa experiencia del deseo, justamente, y de su inútil frustración.

–Te voy a llevar a Pepper's, ya verás. –Ya habían estado una vez en Torremolinos, de paso, pero ahora era distinto: el Gran Hotel Pez Espada iba a renovar las instalaciones y Viví tenía a la vista un buen negocio que celebrarían. Al entrar, se veía junto a las piscinas un templete de madera con gente bailando, trajes largos, corbatas, entre reflejos de luces verdes.

Había en el pueblo calles estrechas, tortuosas, que descendían casi hasta la playa, encajonadas entre paredes encaladas y tiendas llenas de souvenirs, de cosas de cuero labrado que olían muy fuerte, largos vestidos blancos colgados de las perchas, orfebrería popular, espejitos moros.

Bajaban por las callejas deteniéndose en todos los tenderetes, se perdían, tardaban en volverse a encontrar, cuando lo hacían, se besaban; Antonio corría la mano por sus caderas.

Antes de llegar a la playa había jóvenes disfrazados de egipcios repartiendo hojas de propaganda de nuevos locales. Viví se paraba a hablarles. Llevaban unos pantaloncitos muy cortos, plateados.

–¿Sabes que hay una discoteca sólo para chicas? Para chicas con chicas, quiero decir.

Algunas noches iban de tasca en tasca, picando, pidiendo lo que veían en las barras, salpicón, boquerones, ensaladilla. En la Bodega Flores, un sitio antiguo de techos altos, bebían una mezcla de fino y vino generoso al que en la pizarra llamaban fifty-fifty, impronunciable para los camareros, que preferían decir ligaíllo cuando se lo voceaban al encargado de servirlo en la barra.

Había salas de fiestas siderales, decoradas con una escenografía espacial. Los astros y los cometas sorteaban sus mutuas colisiones. Las estrellas expandían su fulgor con rayos que se deslizaban por las paredes tapizadas de seda.

Dormían hasta tarde. Todo el mundo lo hacía, también los directores de los hoteles con los que Viví tenía que entrevistarse. Se les iba media mañana en la cama, jugando. Lo mismo en la primera hora de la tarde. Del pasaje que había en un lateral del hotel, subía

entonces la voz asordinada de unos albañiles que cantaban coplas mientras se afanaban en el tajo.

Podría haberse sentido humillada por cerrar los ojos a la evidencia, pero no fue así. Por lo demás, nada habría cambiado. Podría haber sentido el bochorno por el engaño, por la mentira. Pero su vida era otra; ella no estaba allí donde el engaño o la mentira parecían haberse cebado con alguien; si lo habían hecho, se habían mofado de un espantajo que no era ella. Ella estaba muy lejos. Se había dejado ir hacía mucho tiempo, años. Dejarse ir, dejarse llevar por esa corriente alta de aire gélido y puro, abandonarse a esas rutas abiertas. Y desde allí casi no se distinguía nada de lo que hormigueaba por abajo.

Al menos, podría haberse irritado, que era la mínima respuesta socialmente esperada. Pero ni siquiera fue así cuando, al regreso de aquellas vacaciones en Denia, los hijos de Mila revivieron un suceso increíble en la playa.

En realidad, no fueron ellos quienes lo vivieron: sencillamente se limitaron a revelarlo, a hacer de cotillas, a formar un escándalo. Eran unos gamberros. Esos chicos no sé cómo van a acabar, decía la gente que los conocía. Tenían madera de forajidos; eran audaces, chantajistas, partidarios de la camorra, sobre todo Feli, el mayor. El pequeño Charlie lo seguía, hacía de lugarteniente. Feli fumaba, lo sabía todo el mundo. Vendía y compraba piezas de automóvil, de moto; traficaba con bicicletas robadas, aunque no las hubiera sustraído él, con revistas porno.

Cuando Dedi propuso a sus hijos aquellas vacaciones, Toni y Willy se negaron en redondo a ir con sus primos: con ellos se sentían acogotados, sometidos. Al final, consintieron en la compañía exclusiva de Charlie, algo más civilizado; además, de uno en uno resultaban menos peligrosos.

La grava chirriaba entre los bungalós al pisarla. Había pequeños recintos con pinos altos separados por muros blancos a media altura, por debajo de los cuales crujía una espesa alfombra de agujas, de ramuchos secos. Se oía un televisor, las ventanas estaban abiertas. Al otro lado de la carretera había un camping y varias pistas de tenis; se decía que entrenaban allí algunos campeones, que jugaban partidos de exhibición. Manuel Orantes.

Una tarde, Charlie había desaparecido por entre las chozas, como

solía hacer todos los días a la hora de la siesta. Eran unas horas tentadoras para el espionaje, para las ocurrencias más disparatadas a las que invitaban el aburrimiento y el calor. Seguramente estaría en un rincón de la inmensa cafetería que ocupaba un nudo central entre los apartamentos, cerca de la piscina; allí había, contra una pared, una batería de pinballs, las máquinas tragaperras a las que era tan aficionado y alrededor de las cuales andaba siempre alerta para avistar a los jugadores que se dejaban partidas pendientes o las abandonaban. A esa hora, olía a café, al humo de los puros, a whisky. Junto a señores en su mayoría de edades bastante avanzadas, con camisas de seda de colores, había señoras más jóvenes con llamativas sandalias doradas, de tacón muy alto, vestidas con trajes de baño que cubrían con unos pareos transparentes.

Cuando volvió al apartamento estaba pálido, blanco como si hubiera visto una aparición. No hablaba, no le salían las palabras. Antonio no estaba en ese momento; Toni y Willy no sabían qué hacer con él. Se tumbó encima de la cama, mirando al techo, temblando, hasta que poco a poco fue recobrando el color. Después de unos minutos, llamaron a la puerta.

Era doña Victoria. Los chicos, aunque la conocían y habían recibido de ella regalos de cumpleaños, no habían dejado de llamarla así. Tampoco sabían que ella estuviera allí, exactamente, y se sorprendieron. Estaba muy alterada, se notaba enseguida a pesar de su esfuerzo por presentarse serenamente, o quizá por eso mismo se notaba todavía más. Entró sin saludarlos. Se dirigió directamente a la cama en la que Charlie estaba tendido y se agachó a su altura para trasmitirle tranquilidad, o eso parecía, acariciándole la frente y los hombros con las yemas de los dedos. Tranquilidad o disculpas, no estaba muy claro; Toni y Willy no podían saberlo, como no podían saber lo ocurrido entre la señora y su primo.

Nada, nada, dijo dirigiéndose a ellos, no ha pasado nada, todo ha sido sin querer. La exculpación, formulada en cuclillas, pareció en realidad una súplica. Luego se levantó; al salir intentó hacer otra caricia a Willy, pero el gesto de su mano quedó en el vacío. Y se marchó, con la respiración entrecortada, mirando sin ver hacia ningún punto fijo.

–¿Cómo era? ¿Negro? ¡Dios! –exclamó Feli mientras se retorcía de regocijo, dando vueltas sobre su cama en todas direcciones.

Cuando volvieron de las vacaciones, Charlie había subido como un rayo las escaleras de su casa; Mila lo abrazó, lo besó, pero el chico se zafó enseguida de su madre y casi no miró a su hermana Vicky. Buscaba atropelladamente a su hermano.

Al entrar en la habitación en la que Feli estaba encerrado, tiró por el suelo varios paquetes y bolsas con regalos. Déjame, le dijo primeramente su hermano al notar la urgencia con la que pretendía contarle algo. Vicky se quedó intrigada, pero no entró: sabía que sería más práctico oírlos desde fuera, si quería enterarse de algo.

–La puerta estaba abierta, macho, yo no sabía quién había allí, pero entré… Era la cabaña más chula de todas, la más grande.

–¿Y qué? Suelta, venga, joder, eres un suertudo, tío. –A Feli le habían sido suficientes los primeros indicios sumarios para reconstruirlo todo en su imaginación, pero deseaba con todas sus fuerzas regodearse en los detalles.

–Al oír entrar a alguien, ella dijo: enseguida salgo, amor, estoy ardiendo y he tenido que darme una ducha. Hablaba desde el baño. Casi todas las persianas estaban bajadas. Me quedé paralizado, me quería ir, pero no podía…

–¿Irte? ¡Tú eres gilipollas!

–Sí, quería salir a escape, tenía miedo, pero me quedé clavado. –Desde adentro dijo–: Ya verás, vete preparando, va a ser lo nunca visto. Estoy más morena que nunca. –Feli se retorcía como una trenza de pelo, un zarcillo de vid–. Y de pronto, macho, veo que aparece…

–Pero ¿completamente en…?

–Completamente. Sólo unos tacones enormes, casi se cae cuando se dio cuenta. Me pareció altísima, mucho más que nunca, bamboleando las dos… Movía el culo como las artistas que bajan por una pasarela…

–¡Dios!

–¡Menuda pelambre, chaval! ¡Una mata negra como un bosque! –Charlie sabía que la aventura suponía un ascenso con el que quedaba equiparado a Feli en su particular jerarquía de mando, y aunque ése no fuera el mismo efecto que producía en su hermano, se sentía enaltecido por su narración.

–¿Y qué pasó?

–Montó en cólera, soltó un grito de mil demonios, no veía nada con que taparse y me tiró todo lo que tenía a mano, un vaso, un cojín, un libro, yo qué sé… Salí por piernas. Menudo lío.

–Joé, tío. ¡Me muero…!

8

La boda de Vicky fue en el otoño de 1986, un día bastante destemplado, ventoso y húmedo. Se celebró en Madrid por decisión suya –la costumbre era casarse allí de donde era la novia o donde había vivido con su familia– y de ningún modo permitió que su padre asistiera, tampoco su tío.

La sala del juzgado estaba adornada ridículamente, pero a ellos por lo visto les gustaba, olía a oficina. La gente se colocó en sillas que parecían duras y en los asientos con cojines de una especie de estrado, situado al fondo, que le daba a aquel lugar un aire más solemne.

Vicky vivía con Marcos desde hacía unos años. No era muy alto, pero sí fuerte, con una espalda ancha y los bíceps marcados incluso con el traje. Llevaba el pelo muy corto; a su alrededor se concitaba un aire de simpatía que era igualmente recibido con asentimiento por la gente mayor y por sus bromistas amigos, un grupo de chicos y chicas ruidosos, desenfadados, que se reencontraban aquel día con su colega vestido de novio bajo las tácitas contraseñas que habían funcionado entre ellos durante años de camaradería. En los gestos compartidos por los chavales con su amigo había sarcasmo, alegría, cariño, irreverencia y burla. (Todo eso también lo había con Vicky, aunque algo más matizado.) Hasta hacía poco había trabajado de monitor en un gimnasio, pero ahora estaba en paro. Vicky, que había estudiado Enfermería, trabajaba en una clínica de uno de los barrios que se habían formado junto al aeropuerto; se habían conocido en un curso de fisioterapia deportiva, según dijo alguien al entrar. La quieren mucho allí, dijeron, es muy competente.

Las falanges de grullas volaban hacia el sur, a mucha altura por el cielo gris, humoso. Sus formaciones angulares, ondulantes como una bandera. Sus rutas, indudables. Su destino era seguro; no había lugar para la incertidumbre, para el dolor de la libertad. Era sábado, la calle tenía un movimiento indolente, no demasiados coches; unos grupos de adolescentes sudorosos y congestionados volvían a casa botando un balón después de algún partido. Los grandes pájaros, casi borrados en la distancia; aun así, se oía su trompeteo.

La abuela de Marcos sufrió un mareo al entrar al edificio, nada importante, pero se perdió la ceremonia junto a algunos familiares

que la atendieron en un restaurante cercano, todavía sin clientes, sin luz, mientras los repartidores descargaban de los camiones cajas de refrescos y cerveza, y las introducían en el almacén del local. No tenga prisa, decía el dueño, ¿quiere que llamemos a una ambulancia? No, sólo un poco de agua; descansa un rato, mamá, decía un hombre con una americana de color vino, sin corbata. Marcos era su nieto predilecto y todo había comenzado cuando la abuela, derramando lágrimas y con el corazón alborotado, se había colgado literalmente de su cuello al verlo llegar vestido con traje, algo inédito en él que resumía simbólicamente los deseos de la anciana.

Dedi y Mila vistieron sus galas –Mila con un vestido color coral desvaído, de seda, y unos zapatos blancos que Dedi encontraba espantosos–, se arreglaron y fueron juntas desde el hotel Tirol, en la calle Marqués de Urquijo, más o menos cerca del piso que habían alquilado los novios y del juzgado. Charo se había enfadado, con Dedi sobre todo, porque no fueran a dormir a su casa. Pero es mejor así, demasiado lío, había dicho Dedi por teléfono, ya es bastante con Mercedes y Emi. Además, eso le permitiría volver cuanto antes y estar con Mafe siquiera un rato. Mila estaba muy alterada, feliz, con capas de maquillaje que cubrían las zanjas y las oscuras trincheras con una pasta tersa y mate. Había olvidado llevar muchas cosas: una pulsera de oro, el chal verde, un cepillo grande, las tiritas.

Cuando los novios llegaron a la ceremonia se encontraron con dos bandos de invitados a ambos lados de la calle, el de cada familia en una de las aceras. Anabel Carretero soltaba ocurrencias más o menos incisivas y malignas.

Marcos y Vicky habían acordado ceder a Mila el puesto de madrina. El padrino fue un tío de Marcos, un hombre gordo, expansivo, con un poblado bigote blanco, que luego durante el banquete asumió el papel de humorista oficial. Cuando los novios pasaban de mesa en mesa repartiendo saludos, él se sumó como acompañamiento, formando una especie de comitiva bufonesca. Por entonces, Marcos ya se había quitado la chaqueta y llevaba a Vicky de la cintura; ella se dejaba arrastrar, bajaba la cabeza. Había entre ellos un lazo físico más visible y poderoso que un mero gesto, una sobreabundancia de cuerpo y de energía como la que enseguida se nota en una pareja de acróbatas, un acoplamiento que sugería suavidad, fuerza, ensamblaje.

Antes del banquete se había celebrado un cóctel de bienvenida en un jardín a la entrada del restaurante; los grupos se habían mezclado ante el comentario común de la amenaza de lluvia. Emi mostraba su

innata facilidad para la charla fortuita con desconocidos.

Las tres, Charo, Mila y Dedi, habían acudido sin pareja, mujeres solas; al tiempo de las presentaciones, las tres esbozaban sonrisas que pronto se deshacían, aunque dejando retenida en la comisura de los párpados la rigidez de unas arrugas que tardaban en desaparecer. Las tres lo sabían: aquélla estaba para ellas entre las fechas de más, como las de los homenajes a los deportistas veteranos, los exiliados, los deportados al otro lado de la frontera.

Algún tiempo antes de la boda de Vicky y después de muchas apariciones esporádicas y fugaces, como en un régimen de pensión, Antonio había decidido volver a casa.

–¿Dedi? Soy yo. –El mismo ruido ambiente de siempre: los gritos de las comandas, las monedas que caían ahora por la ranura de los nuevos teléfonos, las primeras, en cascada.

Pero ya no llamaba casi nunca. Aparecía, simplemente; llevaba alguna cosa para los chicos, y dinero, con el que pretendía convalidar su régimen de vida ambulante, sus viajes, que no habían cesado. Al revés, se habían hecho constantes y constituían su plan de trabajo a todos los efectos, un trabajo cuyo estatus no se conocía exactamente. Ese dinero, en todo caso, significaba o quería significar su cobertura, la lógica de su ambigüedad.

Dedi sólo sabía que la señora Estalella seguía siendo el empresario, su patrón. Ella, por su parte, había reanudado su trabajo en los laboratorios. Era muy difícil, por no decir imposible, verlos juntos.

Permaneció callada.

–¿Dedi? ¿No vas a decirme nada?

Sabía que tarde o temprano pretendería volver a casa de una manera más estable, quizá definitiva.

–¿Qué te parece?

–Haz lo que quieras.

–Yo creo que los chicos…

–Haz lo que quieras, Antonio.

Nunca se separaron. Cuando llegó el momento, Vicky le pidió a su tía que no se le ocurriera a Antonio aparecer en su boda. No lo soportaría, le dijo. Un par de tardes antes de la fecha, y a petición de su madre, accedió a llevar un ramo de flores –rosas blancas, que compró Mila– a la Virgen de la Serna.

Viví Estalella sí se había separado legalmente, y luego divorciado. Dedi daba por hecho que habían continuado sus visitas a Fermina, sus regalos. En cuanto a Dedi, se había encastillado en su baluarte. Apartadas de allí, la mentira y la frustración habían acampado, pero ya no amenazaban sus muros: el asedio había cesado. Esa distancia era su arma, ni siquiera la cercanía de Antonio podía vulnerarla ahora.

Nadie pudo saber cómo vivieron a partir de entonces. Antonio frecuentaba los bares, como había hecho siempre. Hay algo de profanación en la pretensión de imaginar la vida de ambos por entonces, las mañanas de sol, las comidas, el cesto con el pan, el ruido de los cubiertos, las noches y el tiempo del sueño en las habitaciones a oscuras. El baño compartido.

Hay algo que se resiste a la visión, pero también a la imaginación y a las palabras. Ese reducto sagrado, como el de un arca, debe ser intocable para la magia del arte: ha de quedar en el silencio.

Mafe murió a comienzos de la primavera de 2001. El tiempo no está hecho de unidades homogéneas; hay horas inacabables, inmóviles, años vertiginosos como pensamientos, como ataques.

Nadie lo esperaba ya; todo llevaba décadas asentado en una rutina de ritmos y ciclos que se repetían, sin apenas movimiento de tierras, sin que nada afectase al núcleo profundo. Cuando Dedi le depilaba el bozo oscuro, por encima del labio superior le quedaba una franja de fina piel enrojecida. Todo el pelo eran canas.

El interés por el estado de la niña –nunca dejó de serlo para nadie– había decaído tiempo atrás; Dedi sabía que quien preguntaba en la calle no tendría paciencia para esperar la respuesta: sus ojos ya estaban en otra parte. La gente se cansa de todo. Es inconstante. Nadie había visto a Mafe en los últimos años; a Dedi tampoco mucho. Parecía un libro ya leído, al menos en parte; la gente había olvidado el capítulo en el que lo dejaron, el lugar exacto por el que transcurría ahora la peripecia.

Entre los pocos, estaba Juan. También él volvía ahora de su

alejamiento particular: no se sabía de su vida, no se habían visto últimamente. Pero supo del estado de Mafe, y seguramente de la nueva Dedi. Tampoco a él habían dejado de pasarle cosas.

Los dientes desparejos en la boca, siempre abierta y húmeda, componían una extraña rima con los ojos y sus miradas descoordinadas, cada una hacia un objeto, sin objeto. En el cuerpo de Mafe había el descoyuntamiento de un mecanismo averiado, piezas sueltas que habían perdido la sujeción.

El rosa de las tardes de febrero, tibias, a las que esperan aún unas cuantas celliscas heladas, días gélidos y oscuros del invierno que resiste, son espejismos de dulzura. El jardín de la clínica, con cuatro grandes cedros frailunos. Los pasillos asfaltados entre los espacios verdes del césped, todavía temeroso. Al empujar el carrito, Dedi no pierde de vista los gestos de su hija, se agacha para recoger la suave manta que ha caído al suelo, entre las ruedas. Las cuidadoras sonríen al pasar junto a ellas, no dicen nada. Enseguida llega la hora de la cena. El fin de semana lo pasará en casa, con su madre, inseparables, aisladas. Le limpia los labios, la barbilla llena de babas. Antonio vive con ellas, se podría decir así.

Al otro lado de la tapia hay un colegio; llegan los gritos de los chicos, que no quieren que el juego termine. Y muy cerca de allí están construyendo el nuevo centro hospitalario. Más allá está el campo, silencioso.

–Es una tranquilidad maravillosa. –Dedi respira hondo al decirlo, las manos apoyadas sobre el carro–. Es como si todo, fuera de aquí, se hubiera vuelto absurdo, superfluo.

–Te comprendo muy bien. Debe de ser como si te absolvieran. –Juan ha ido a visitarlas ese día.

–Sí, algo así. Como haber dado con el lugar, con mi lugar, tú ya lo sabes.

–El tiempo pasa, eso también cuenta. No es lo mismo que de jóvenes…

–Ya, pero ahora no añoro nada –dijo Dedi–. Y desde luego no la ansiedad, el fervor con los que entonces anhelaba parecerme a alguien. Había mucho de teatro en todo aquello, un juego del que sabíamos que podíamos salir y entrar cuando quisiéramos. Parecido a aquel gusto que teníamos por las cosas viejas, los recuerdos ajenos. ¡Madre mía, cuando me acuerdo de todas aquellas cosas que yo

guardaba, que coleccionaba! Eran como prendas, pero ¿de qué? La verdad es que nada de eso que nos gustaba tanto nos comprometía personalmente; eran disfraces, trajes de quita y pon.

–Eso es la juventud, ¿no?

–Es hermoso pasárselo bien jugando a los disfraces, a imitar. A mí por ejemplo me encantaba visitar el cementerio, las tumbas de los míos, cuando todavía no había enterrado a nadie. Luego, todas esas cosas viejas, con su mugre y su ceniza, se vuelven dolorosas, porque ya no son ajenas, ahora son nuestras, como nuestros despojos. ¡Oye, oye, mi amor, eso no! –Mafe chupaba el extremo de la manta–. Pero, ya te digo, hace tiempo que no quiero ser otra. Ahora, ya, somos lo que somos, lo que de hecho y en la realidad hemos sido verdaderamente. Y eso da una enorme tranquilidad. ¿Tienes frío, mi amor? Ya, ya, vamos dentro.

–Yo os dejo; si me lo permites, volveré cualquier tarde para dar un paseo. No te olvides de decirle a Toni que lo pongo en contacto con Juan Carlos Yebra, es muy buen amigo y le puede ayudar. Ese chico será un gran científico, ya lo verás.

–Te lo agradezco mucho, Juan; está muy preocupado porque cree que no va a encontrar trabajo después de seis años estudia que te estudia. Sube cuando quieras, aquí estaremos. Contigo es distinto. Adiós, dile adiós, Mafe. ¡Qué boba, cuando le da por ponerse tonta…!

–¡Adiós, adiós!

Es la tarde de un día anodino, de abril; en el cielo, que estaba casi completamente cubierto, se va abriendo por unas rendijas de azul el sol a ráfagas. La calle Amadores está silenciosa, en sordina, como si todo lo que suceda hoy aquí ya no pudiera importar.

Y, de hecho, ya no importa. En gran medida una tarde póstuma, ya fuera de foco, fuera del recortado círculo con que un telescopio, por ejemplo, acota un fragmento de realidad y de tiempo convirtiéndolo en una posesión, mientras el resto se ennegrece tragado por la nada. En ese reducido campo de la visión aparecen las cosas nítidas, pero también aisladas del mundo que las rodea, de su infinitud. Como en un cuadro o una película. El sueño del sentido. Ese círculo de realidad aduce una vida con sus leyes propias, como las de los habitantes de una isla solitaria, una tribu sin comunicación con el resto del mundo.

El círculo en el que se recorta la visión ha acabado también por desprenderla del tiempo. Está el famoso cuadro de Magritte en el que una roca sobre la que se sustenta un castillo, elevándose, se libera de la tierra, del mar; asciende por el cielo, corporal, densa pero ingrávida.

Ahora no hay luz en la casa. Los cristales de los miradores no trasparentan nada. Rozados por los rayos rasantes del sol, sólo dejan ver su propia superficie polvorienta junto a las maderas resecas, el desgaste de las superficies.

Los neumáticos de los coches emiten un silbido amortiguado, se deslizan como si no llevaran motor. Hay en el aire una calma latente, hueca, una especie de conformidad.

En la casa las sombras habrán invadido los cuartos, las salas. Emi pasa toda la mañana en la calle. Mercedes murió en 2006. Por entonces, la conciencia de Dedi tampoco admitía ya más incorporaciones ni supresiones a su territorio, ese círculo acotado. Ni historias ni nombres ni fechas nuevos, y los registrados hasta entonces también habían comenzado a borrarse, salvo quizá ciertas voces, suspendidas entre la tierra y el cielo. A veces parecía estar escuchándolas, respondía, se inmiscuía entre ellas.

–A mí, eso no me gusta –dice Mercedes.

–¿El qué?

–Lo de poner filis a unos zapatos nuevos.

–Pues yo, de siempre, los compro y, antes de ponérmelos, los llevo al zapatero. No soporto la suela gastada o rayada, ¡y menos nueva! ¡Buf! Me da dentera –dice Charo.

–¡Emi! ¡Pero que se te está cayendo el agua! ¡¿No lo estás viendo?! –exclama Mercedes.

–¡Bueno, bueno, no pasa nada, ya lo recojo! –Emi se levanta de la estera sobre la que toma el sol; al levantarse, tropieza, se le cae la falda, que ella misma se había desabrochado, y se queda en bragas. Todas ríen, gritan.

–¡Qué desastre de mujer!

–¡Uy, uy, uy! ¡Sí, qué desastre! ¡Claro, qué desastre! –Emi se va rezongando medio desnuda.

–Han empezado la obra del hotel en la plaza Calavia, menudo lío había esta mañana. Es que así era una pena –dice Charo–, semejante local cerrado tanto tiempo.

–¡Anda, ahora me doy cuenta! –dice Mercedes–. Me encontré con Josefina hace poco, y pensé que qué haría aquí, iba con un hijo. No me dijo nada del hotel.

–¿Qué Josefina? –Emi había vuelto y secaba las maderas con un paño.

–¡Hombre, qué Josefina va a ser! –aclara Mercedes–. ¡Josefina Rincón! ¡La dueña del hotel!

–Rincón era su marido. –Emi ha encontrado un desquite.

–Me da igual, ya me has entendido. Lo que pasa es que te gusta incordiar. ¡Ya sé que Rincón era el marido!

–Se fueron a Sevilla, ¿no? –Dedi se limaba las uñas con la mitad partida de una lima rosa.

–Él era sevillano –contesta Mecedes.

–Qué educada Josefina, y qué elegante siempre. Tenían dos o tres hijos, y una hija, ¿no? –pregunta Dedi.

–Dos hijas y dos hijos –dice Mercedes.

–Hijas, una.

–Emi, ¡por Dios!, que te estoy diciendo que estuve con ella hace poco y me habló de los hijos. Sé muy bien que eran dos y dos, no me lleves la contraria…

–Lo que tú digas.

–No, lo que yo diga, no. Uno es arquitecto, el mayor, y el otro no sé qué está estudiando. El mayor es el que iba con ella. Pero no me dijo nada del hotel, también es muy suya.

La última vez que Dedi estuvo cerca de Charo, antes de que su mente comenzara a disolverse en la masiva realidad que no tiene vacíos, ya no puede decirse que estuviera con ella. A su amiga le habían diagnosticado un cáncer de pulmón que ya había hecho metástasis; fue todo bastante rápido, menos de un año (el de Antonio fue de páncreas, más fulminante todavía, apenas se llevaron unos meses).

El tanatorio era un edificio nuevo, al sur de Madrid, al otro extremo de su nueva casa, sin que se supiera por qué la habían llevado tan lejos. Ladrillos rojos, lisos, muy suaves, limpiamente ensamblados, como si entre ellos no hubiera sido necesario cemento ni argamasa. Unas altas paredes que dibujaban el trazado sinuoso de un laberinto curvo, con pasillos estrechos como olas, daban al recinto un cariz algo misterioso, una escenografía cretense. El sol quedaba relegado a la parte superior de los muros; el rojo de los ladrillos, el azul del cielo parecían pintados con los tonos puros y las líneas severas de una fotografía geométrica. Varios hombres jóvenes, altos, formalmente vestidos, muy erguidos, quizá algo más que erguidos, junto a sus esposas, rubias y delgadas, con gafas oscuras, como en los funerales de las películas. Nadie conocía a Dedi. Únicamente una señora mayor, con un gran peinado redondo, rodeada de niños, que resultó ser hermana del marido de Charo, le sirvió para cruzar unas palabras; estaba allí cuando Dedi fue a ver a Charo en su nueva casa, ya hacía tiempo de eso.

Pero la vida de Charo también había pasado a ser la de una

desconocida, como si el personaje de una novela hubiera decidido de pronto abandonar una narración para inmiscuirse en otra, escrita por otro, con otros personajes, en otro idioma. El telescopio la había dejado fuera de su campo de visión.

Hubo cartas, algunas llamadas al cabo de las cuales las dos colgaban el teléfono con la sensación de haber agotado las conversaciones antiguas por falta de sentido, por la pereza que daba volver, sobre todo tras la muerte de Mafe, por el odio a lo que muere. La enfermedad de Charo y sus tratamientos fueron muy lejanamente seguidos por Dedi en esas conversaciones, más bien adivinados en su voz enronquecida y paulatinamente apagada.

–Dedi, ¿cómo estás? –En sus visitas, Juan intentaba ayudar a Emi–. Tienes que comer, venga, sólo un poco, está riquísimo… Si no, te tendrán que dar algo bebido.

–¿Qué es ese sobre?

–¿Éste? Nada, qué va a ser, cosas del banco –dice Emi.

–Ah.

–Vamos, venga, una cucharada sólo. –Emi es paciente ahora. Nadie lo hubiera pensado–. Haz un esfuerzo.

–¿Qué hay en ese sobre?

Voces muy tenues, despedidas. Evocaciones de instantes muy remotos que de pronto pasan al primer plano, ráfagas de olores apenas perceptibles que vienen de lejos, canciones desvaídas y olvidadas hace mucho que reaparecen de repente.

La verdad se va pareciendo cada vez más al infinito, como la sustancia.

–¿Qué es ese sobre?

Sé lo que pasa, dijo un día, asisto desde fuera y desde dentro a la misma función. Dijo función.

Su rostro era sereno, conservaba líneas del antiguo dibujo de la nariz; los pómulos al sol sobre las rocas ardientes, junto a los reflejos del agua. Mediodías en el embarcadero del río. Los secretos con

Charo. Cuando vive, la gente no se ve; cuando la imagen está disponible, la realidad ya ha escapado.

Luego, también eso se desvanece. El tiempo vivo es inasible a la conciencia, que llegará después, siempre tarde, con la pretensión de componer ese desbarajuste puramente aleatorio organizándolo ahora en un orden consecuente, bajo alguna ley lógica, narrativa, como la de las novelas. Fue el trágico deseo de algunos filósofos, Platón sobre todo, empeñados en rescatar a impulsos del pensamiento lo desaparecido en la realidad de la vida. También ellos sabían, sospechaban que algo se había olvidado, pero ¿el qué? Es el saber más melancólico que existe.

Las tardes convalecientes de verano, en esta misma casa de Amadores, se extinguían sin que nadie se levantara a encender las lámparas; todo, los perfiles, las palabras, quedaba disuelto en la penumbra.

¿Dónde estás, Dedi? Ésta era la pregunta que sugería su presencia callada, somnolienta, y la que Juan no dejaba de hacerse calladamente cuando pensaba en Dedi, cuando la visitaba.

Sobre una lustrosa cómoda antigua estaban las cajas de medicamentos, apiladas como las piezas de colores de una arquitectura de madera. Una llama de complacencia y aceptación le iluminaba los ojos.

Se encorvó, su figura encogida en un sillón de respaldo duro tapizado de un verde boscoso se iba retorciendo sobre sí misma. A veces, se levantaba y deambulaba de un sitio a otro sin ningún cometido, para nada, presa de una nerviosidad puramente biológica, parte de la tierra, de la hierba, del crecimiento y la propagación de los enjambres de abejas. El mundo mental y el mundo material son el mismo, extenso e infinito, único, indivisible, y no ha sido hecho para las personas.

Cuando Toni y Willy se marcharon a vivir con sus parejas respectivas –Toni con una preciosa chica francesa, Gisèle, de melena corta, morena, delicada, que había conocido en Estrasburgo; Willy, con otra chica que trabajaba en una productora audiovisual, Elena–, Emi se hizo cargo de los cuidados de Dedi, hasta el momento en que hicieron falta atenciones más especializadas. En realidad, no la cuidaba, no podía, no sabía, sólo la acompañaba, la lavaba, hasta que no pudo ser y Dedi acabó ingresada en la residencia de los Sagrados Corazones, a unos pocos kilómetros.

Al principio todo parece muy lento, pequeños olvidos. Es como si ese tiempo no fuera a pasar nunca. Pero es la entrada a una gran plaza desierta, a un cine en el momento en que comienza a vaciarse de gente, a apagarse la luz.

(Escolio. «Antes de seguir adelante, debemos traer a la memoria aquí lo que más arriba hemos mostrado, a saber, que todo cuanto puede ser percibido por el entendimiento infinito como constitutivo de la esencia de una substancia pertenece sólo a una única substancia y, consiguientemente, que la substancia pensante y la substancia extensa son una sola y misma substancia, aprehendida, ya desde un atributo, ya desde otro […].»)

Y, aun así, nadie puede dejar de desear, de conspirar contra la verdad, a favor de todas las promesas.

Son las campanas de San Martín. Pasar por esta calle, volver una y otra vez sobre los pasos, detenerse y contemplar la casa desde la acera de enfrente, ha cobrado para Juan el aire de un rito. Las liturgias retienen, declarada o solapada, una invocación a la magia. Éste es el lugar, se dice todas las noches.

Desde aquí siente la constancia de lo irrevocable, su infranqueable muro. Pero también el sueño de lo que no fue y pudo haber sido, lo que, a pesar de todo, insiste en alimentar una esperanza más allá del mundo. Amor mío, ¿nos hemos encontrado alguna vez en tus sueños?

En la residencia suele tener los ojos cerrados. Ya no le tiñen el pelo.

–No, no está dormida –dice Emi.

Elvira Valero, amiga de siempre, también acude a ver a su madre, ancianísima, y Emi ha conseguido que la lleve en su coche. Si no, toma un taxi.

–Oye, cuando quieras me lo dices y venimos en mi coche.

–No te preocupes, Juan, yo vengo todos los días, normalmente con Elvira. Es mejor que me digas tú cuándo piensas venir a verla, y a lo mejor me apunto, si quieres.

–Claro, claro.

–Dedi, mira quién está aquí. Pero abre los ojos, mujer.–Emi le habla como si la llave de su somnolencia y su silencio estuviera en sus manos, a la manera en que una madre se dirige a un hijo pequeño olvidadizo de alguna cortesía.

Un mirlo salta sobre el césped, saltos amplios, elásticos, como impulsados por un resorte. Un mirlo macho, con el pico muy amarillo. Picotea, gira la cabeza, vuela a la rama. Los magnolios tienen ramas muy gruesas, troncos suaves, sin estrías; las hojas apenas se dejan mover por la brisa. En torno de la base, muy robusta, del árbol las

raíces han formado una considerable elevación. El pájaro rodea el montículo, mira alrededor, vuelve a la rama.

Una cuidadora se agacha para acariciar a Dedi. Se queda unos momentos en cuclillas, recogiéndose la falda del uniforme entre las piernas. Le toma las manos, muy delgadas, con muchas manchas oscuras. A la mujer le cuesta un poco incorporarse, la silla está en una leve pendiente. Antes de seguir su camino hace un frunce con los labios a manera de sonrisa y la besa en la frente.

(Escolio. «Pues nadie hasta ahora ha conocido la maquinaria del cuerpo de un modo lo suficientemente preciso como para poder explicar todas sus funciones, por no hablar ahora de que en los animales se observan muchas cosas que exceden con largueza la sagacidad humana, y de que los sonámbulos hacen en sueños muchísimas cosas que no osarían hacer estando despiertos; ello basta para mostrar que el cuerpo, en virtud de las solas leyes de su naturaleza, puede hacer muchas cosas que resultan asombrosas a su propia alma.»)

–Quiero buscar una blusa azul, pero no sé, podíamos ir mañana a ver lo que hay en Valero. –Charo pasa las páginas de la revista. Habla con Dedi sin mirarla.

–Uy, en Valero no sé, te parecerá todo muy rancio.

–Bueno, pues miramos en Batik, esa tienda nueva que pusieron en el pasaje. Tenía muy buena pinta.

–Eso, a lo mejor.

–Algo de rayas, por ejemplo; es para el pantalón blanco, el que me compré el otro día.

–Ahí tienes una monísima, vuelve la página.

–¿Dónde? ¿Aquí?

–Sí.

–¿Ésta?

–Sí, te iría bien.

–No sé, qué quieres que te diga.

–¿Por qué? Yo la encuentro muy…

–No dice nada.

Emi habrá salido de casa a horas intempestivas. Las plazas vacías. Se habrá encontrado con alguien igual de solitario; charlará infinitamente con frases hechas, dejándose ir muy lejos de lo que escucha, de lo que no escucha. Ahí enfrente, las habitaciones oscuras, el cuarto ropero. Los olores salitrosos de la despensa. Los patios umbríos.

Por encima, los tejados pardos asisten a los giros de los vencejos, gritones, incansables en el aire. Las nubes, tenues, leves como gasas. En lo hondo de las sierras, sobre laderas de matorrales hirsutos, las crías de los corzos y los jabalíes abren los ojos entre jaras pegajosas con tallos en los que puja la savia, entre troncos descompuestos por el invierno, el estallido amarillo de las retamas.

Más allá del palacio de la Diputación, la calle se prolonga con otro nombre, Fermín Garayo, un prócer local cuya fundación levanta aquí mismo sus altos muros, entre los que trabajó un tiempo Asun, muy joven, como becaria. A continuación, el colegio de los Paules, sus ojivas, sus ladrillos cariados de abadía inglesa.

Por la esquina de Amadores con el Museo de Bellas Artes, una fila de colegiales espera la indicación de la profesora para entrar a las salas. Gritan, se gastan bromas, están a punto de abalanzarse sobre dos ancianas y hacerlas caer fuera de la acera. La profesora los reprende, los amenaza con suspender la visita.

La brisa tibia y húmeda de la tarde de primavera; la luz, que alarga sus dones. Hay comerciantes que charlan desde la puerta de sus tiendas, sin moverse del umbral, la zapatería, la relojería; es una hora acolchada de la tarde, casi sin clientes todavía.

La casa en la sombra. La cómoda, los armarios. Los objetos de los que se rodean las vidas, recuerda Juan que decía Dedi a veces, todos son tristes, una vez caducado su poder de sugestión. Despojados de las atribuciones de un talismán que les concede su dueño, piensa, son el testimonio de la pobreza y la banalidad sobre las consolas de los cuartos sin luz, en noches sin nadie. Moneditas en cajones, figuras de porcelana, estuches de cuero de color azafrán para máquinas fotográficas, para prismáticos, cajas de cristal con ribetes dorados, abrecartas de ébano. Ropas de los muertos, ¡no volváis a la luz! No

abandonéis el sueño de la imaginación donde todo vive para siempre.

AGRADECIMIENTOS

A Gretel Piquer debo el descubrimiento y la localización de la pintura de Joaquín Vaquero Palacios que ilustra la cubierta, cortésmente cedida por la Casa-Museo Vaquero Turcios, de Segovia.

Y a Teresa, Carlota y Lucía, todo lo demás.

ÍNDICE

Primera parte

Segunda parte

Tercera parte

Cuarta parte

Quinta parte